



SAGA ORDINALES

LA OCTAVA
CONDICIÓN

PHAVY PRIETO

S A G A O R D I N A L E S
LA OCTAVA CONDICIÓN

PHAVY PRIETO

A mi querida hermana Almudena.

La flor más linda de todo mi hermoso jardín.

*Gracias por ser una gran amiga para mí,
además de mi mayor ejemplo para seguir.*

Te quiero “moni”.

Agradecimientos.

*A mi querido amigo, José Domingo Seco Cuenca,
por la maravillosa edición de las portadas
y por estar siempre ahí,
¡Gracias!, Sin ti no hubiera sido lo mismo.*

*A mis bellas florecillas de Wattpad, por apoyarme cada día
y hacer que esta historia también se convirtiera en el número uno
de las listas de Género Histórico.
Sois increíbles, siempre os lo digo,
miles y miles de GRACIAS.*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

©Phavy Prieto, Abril 2018

ISBN: 9781980795902

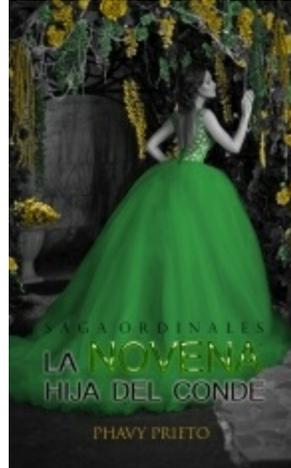
Sello: Independently published

“ Amarse a uno mismo es el comienzo de una aventura que dura toda la vida”

Oscar Wilde.

Antecedentes de La Octava Condición:

La Novena Hija del Conde



Emily Norwing es la novena hija del reciente fallecido Conde Ashby, arruinado por las cuantiosas dotes que ha tenido que ofrecer para casar a sus ocho hijas, queda huérfana y bajo la tutela de su cuñado. Es consciente a sus diecisiete años, que una joven sin dote no tiene posibilidades para contraer matrimonio, pero ella desconoce su increíble belleza e ingenio por los cuales sorprende a todos.

El duque de Sylverston queda gratamente sorprendido con la belleza que irradia la jovencísima señorita Norwing. Algo en ella le despierta cierto instinto haciéndole recordar sentimientos que él creía no volver a sentir. Aunque entre ellos no existe ninguna posibilidad, él hizo un

juramento y su honor no le permite quebrantarlo.

A pesar de sus diferencias y los dieciocho años que les separan, ambos se enfrentaran a lo inevitable. La atracción que sienten el uno hacia el otro.

Inglaterra 1822. Londres, 9 de noviembre.

La honorable Catherine Wells era la única hija del Vizconde de Grafton, al menos, su única hija legítima porque cuando Catherine perdió a su madre a la temprana edad de siete años, el vizconde decidió casarse de nuevo tan solo dos años después con una dama viuda sin título que aportaba una hija de su anterior matrimonio.

Nadie preguntó si estaba de acuerdo con que aquellas personas desconocidas entraran en su vida, aunque poco hubiera podido hacer, tan solo era una niña que se había quedado hacía poco tiempo huérfana de madre y su único pariente cercano era su tía que vivía en el ducado de Florencia, ya que su madre era de ascendencia florentina a la que llevaba muchos años sin verla, exactamente desde la muerte de su madre Isabella hacía ahora once años. Por tanto, ante la falta de una figura de una dama, su padre decidió contraer de nuevo esponsales. Sinceramente hubiera preferido estar sola antes que tener que soportar la compañía de su madrastra Elisabeth y su hija Amelia.

Amelia era una dama bellísima, aunque todo lo que tenía de bello lo tenía de arpía según decía su nana Lilith. Desde que su hermanastra Amelia entró en aquella casa, observo como intentaba ganarse el cariño del vizconde para que éste le hiciera siempre los regalos más caros y los vestidos más lujosos, incluso a una edad muy temprana, consiguió que le regalara joyas que una dama tan joven no debía llevar, pero Amelia era descarada, es más, solía decirle desde que tenía us de razón que el Vizconde la repudiaría algún día por ser tan fea, llegó a decírselo tantas veces que hubo ocasiones en las que lo creía posible, más cuando veía como su padre la obligaba a permanecer encerrada cuando recibía visitas de amigos en casa.

—¡Deja de rascarte niña!, ¡Te pondrás aún más roja y parecerás un tomate!
—exclamó la doncella.

—Lo siento Nana, no puedo evitarlo —contesto apenada—. Hoy no es un buen día.

Tenía esos picores y esa piel extraña llena de puntitos rojos enrojecidos desde que cumplió los diez años, algo debió ocurrir en ella porque ni los mejores médicos que había contratado su padre fueron capaces de llegar a alguna

conclusión sobre su extraña enfermedad. Fuese como fuese, tenía que aceptar que no era una joven agradable de ver, por más que eso le doliera reconocerlo y sabía que nunca tendría un pretendiente, ningún joven se interesaría en ella por su aspecto, menos aún teniendo a Amelia a su lado.

—Vamos, te pondré el aceite de almendras de *lady* Elisabeth para calmarte un poco —contestó la doncella mientras emprendía camino hacia el tocador donde siempre estaba el frasco que la madrastra de Catherine le entregaba cada vez que se agotaba.

A *lady* Elisabeth le encantaban las plantas y solía mezclar aceites con algunas de ellas para conseguir un olor riquísimo a la vez que hidrataba la piel. No sabía cuántas de esas flores y plantas mezclaba, pero el olor que emanaba aquella esencia de aceite era celestial. Recordaba que cuando era pequeña odiaba que se lo aplicaran porque no le gustaba la sensación en la piel, pero con el paso del tiempo se dio cuenta que su madrastra utilizaba ese aceite cada noche, al igual que Amelia y debía reconocer que ambas tenían un cutis envidiable. Por eso lo seguía usando, se había acostumbrado tanto a él que prácticamente se había vuelto una necesidad.

—No entiendo porque debo acudir a ese baile mañana —recalcó mientras la doncella le aplicaba el ungüento—. Padre nunca me deja asistir a esos eventos —aclaró mientras la doncella ponía especial atención en escote, brazos y rostro, puesto que eran las zonas más visibles.

—Tal vez se haya dado cuenta de que tienes que encontrar marido y aquí encerrada no vas a encontrarlo —contestó seriamente la doncella.

—¡Oh!, ¡Vamos Lilith! Sabes perfectamente que ningún caballero se interesará por mí —aclaró como si las palabras de su nana fueran la estupidez más grande que había escuchado jamás.

—Eres hermosa por dentro —respondió sincera la doncella—. Y estoy segura de que el hombre que se case contigo se dará cuenta de ello.

Ningún hombre se casaría con ella, no a menos que buscara la fortuna de su padre y era algo que tenía muy presente. ¿Le compraría su padre un marido como en su día hizo el Conde Ashby con sus hijas?

—Gracias Lilith —contestó algo apenada porque sabía que su nana le decía aquello solamente por la gran estima que le profesaba.

—Además, tienes unos ojos preciosos —añadió Lilith sonriente.

Era cierto, sus ojos era lo único realmente bello que poseía, aquellos ojos de un color azul océano como los de su difunta madre Isabella. Eran grandes, incluso quizás más de lo que en ese momento parecían debido a su piel hinchada, aunque contrastaban siendo hermosos con aquellas marcas enrojecidas. Su cabello de color castaño claro le gustaba, se podía manejar dócilmente, pero salvo esos únicos rasgos, el resto de ella era horrible, incluso su madrastra solía prohibirle determinadas comidas hasta el punto de racionarle las comidas porque le advertía que estaba demasiado gorda y debía adelgazar. Lamentablemente se pasaba el día entero con hambre y muy a su pesar, su cintura no menguaba ni una sola pulgada.

—Si, lo único que heredé de madre —afirmó triste.

Su madre era hermosa, la más hermosa de la temporada de hecho. La echaba de menos a pesar de no tener demasiados recuerdos de ella, todo hubiera sido tan distinto si ella no se hubiera marchado tan pronto... pero lamentarse no cambiaría los acontecimientos.

—Descansa, quizá mañana te encuentres mejor y luzcas más bonita para el baile —sentenció la doncella antes de lavarse las manos con un paño y apagar

las velas de los candelabros que iluminaban la habitación—. Buenas noches mi niña —añadió cerrando la puerta.

—Buenas noches, nana —contestó Catherine sonriente con la única vela de su mesita de noche prendida.

«Si» pensó una vez se marchó su doncella. Lucir bonita era lo último que haría ella, de hecho, lo único que conseguiría sería que hablaran de sobre su extraña enfermedad en la piel. Lo odiaba, por eso no le parecía mal no acudir a esas fiestas o bailes, aunque al día siguiente su hermanastra Amelia intentara darle envidia al respecto sin saber que a ella le daba absolutamente igual. Prefería mil veces antes quedarse en casa leyendo una novela de amor, una de esas que tanto le agradaban donde relataban historias apasionadas y describían un amor que desde luego ella jamás viviría en sus propias carnes.

Lord David Clayton, marqués de Normanby a título de cortesía, no recordaba lo que era acostarse temprano desde hacía unos cuantos inviernos. A sus veintisiete años, su vida se centraba en beber brandy junto a sus incondicionales amigos, jugar al póker y sobre todo extasiarse en los mejores prostíbulos de Londres. No le gustaba tener solo una amante, prefería deleitarse con todas ellas y no le importaba pagar para ello, aunque tenía relación con varias damas casadas e incluso algunas viudas. Era demasiado insaciable para conformarse con una sola dama en su vida.

—¡David!, ¡Ven aquí inmediatamente! —gritó la voz del duque de Lennox.

La voz proveniente del estudio hizo a David proferir una maldición. ¿Por qué ese hombre tenía que madrugar tanto? Ahora tendría que soportar otra de sus charlas sobre su inmadurez y su irresponsabilidad frente al futuro ducado que un día heredaría a la muerte del propio duque.

—Si padre —dijo David una vez entró en el estudio con voz pesada.

No había dormido aún en toda la noche y el alcohol comenzaba a disiparse en su sangre provocándole estar de nuevo en todos sus sentidos y por consecuencia, un cansancio atroz. Solo deseaba irse a su habitación y dormir el resto del día hasta que de nuevo llegara la noche.

—Me he cansado de tu comportamiento —advirtió el duque mirando fijamente a su hijo —. Te lo he advertí David, te dije que sería la última.

El tono de voz del duque era demasiado tranquilo en comparación con otras veces o eso pensó David, pero quizá estaba demasiado cansado. Había sido una larga y agradable noche por lo que quizá sus sentidos no estaban en plenas facultades a esas horas.

—Muy bien, padre —contestó dándole la razón y no importándole en absoluto sus advertencias, ya estaba acostumbrado a ellas. Además, tenía demasiado sueño como para atender sus charlas sobre el deber hacia el ducado.

—Pues bien, he tomado una decisión —zanjó el duque.

David no había prestado atención a toda la perorata anterior que su padre había estado mencionando, solo escuchó aquella última frase.

—¿Y que ha pensado, padre? Creo que soy lo suficientemente adulto para que me envíe a un internado —contestó con sorna.

—No —negó el duque—. Te vas a casar.

—¿Qué? —exclamó confuso. Seguro que no había escuchado bien.

—Te vas a casar con la hija del vizconde de Grafton —repitió el duque.

David no conocía a la joven, pero sin duda sería una dama insulsa y además, virgen. Él odiaba a ese tipo de mujeres, era demasiado experimentado en la cama para perder el tiempo enseñando a alguien. No, él no se iba a casar... ¡Ni hablar!

—No me pienso casar. —Sus palabras fueron de pura convicción.

—Te casarás —afirmó de nuevo—. O ya puedes recoger tus cosas y salir de esta casa —aclaró el duque—. He cancelado todas tus cuentas y no te concederé crédito ningún banco, no me sobra el dinero precisamente como para que estés dilapidando la poca fortuna que nos queda en apuestas de carreras y jugando al póker.

—¿Que ha hecho que? —gritó airado.

—Lo has entendido perfectamente —afirmo—, no tienes ni un solo penique y el único que tendrás será el de la dote de tu futura esposa. Además de su fortuna a la muerte del vizconde, porque salvo los títulos nobiliarios no vas a recibir nada más de mi parte. Así que tu verás lo que haces, pero en este momento, dependes íntegramente del padre esa joven.

—¿Me ha vendido? —exclamó sopesando la realidad de las palabras que acababa de decir su padre.

—Si lo quieres llamar así... adelante —afirmó sin ningún tipo de remordimiento. Yo lo llamaría una buena transacción de negocios. El Vizconde de Grafton es un hombre acaudalado, con numerosos negocios que le hacen aumentar su patrimonio, solo estoy haciendo lo mejor para ti.

—Lo mejor para mí —ironizó—, ¡Diga lo mejor para usted!, ¡No pienso casarme! —exclamó antes de dar un portazo a la puerta conforme salía del estudio y marcharse airado de aquella casa sin pensamiento alguno de volver.

Cuatro días fueron suficientes para saber que el tren de vida que había llevado hasta ahora, no podía mantenerlo. Sus amigos no le daban crédito, había acumulado algunas deudas con acreedores que no eran aún muy elevadas, pero que evidentemente no podría saldarlas al no tener ni un solo penique. Su padre no le iba a sacar del fango en el que se estaba metiendo por lo que solo le quedaba una opción, así que allí estaba él, en el despacho de una de las empresas del Vizconde de Grafton, hablando sobre la dote que recibiría por casarse con su única hija.

Tendría que haber visto a la joven antes de aceptar puesto que era demasiado bueno para creerlo. El vizconde había pagado sus deudas, además de prometerle cinco mil libras tras casarse con su hija y por supuesto como la honorable Catherine Wells era su única y legítima heredera, él sería el futuro propietario de su fortuna que ascendía a una cifra desorbitada incluso para él. Si... todo era demasiado bueno para ser cierto, pero evidentemente si una joven con semejante fortuna como herencia estaba aún soltera y acudían precisamente a él, que era cuanto menos un caballero

respetable, debía ser por alguna razón. En un principio pensó que solo se debía al título, probablemente ese hombre deseaba que su hija fuera una futura duquesa y no le importaba tener que comprar a su futuro yerno, pero nada más lejos de la realidad... la hija del Vizconde de Grafton era la dama más horripilante que sus ojos habían tenido la desgraciada fortuna de ver. Más que fea era sencillamente imposible de apreciar sin llegar a la conclusión de que padecía una enfermedad contagiosa o sumamente extraña en la piel.

Se casaría. Lo haría porque estaba entre la espada y la pared y no tenía otra alternativa, pero jamás tocaría a esa dama que sería su esposa, ni se acercaría más de lo estrictamente necesario. Ni hablar. No pensaba tocarla, ni darle herederos, ni mucho menos compartir su lecho con ella, aunque solo fuera para dormir.

Definitivamente Catherine no había amanecido con mejor aspecto, de hecho, estaba incluso peor si es que eso era posible. Seguramente porque inconscientemente mientras dormía se había rascado la piel inconscientemente. Podían verse algunas de las múltiples heridas que se había hecho a sí misma durante la noche.

«Lilith me reprenderá por esto» se dijo conforme se apreciaba la sangre ya seca que incluso había manchado las sábanas. Quizá pudiera llevar algún vestido que cubriera la mayor parte de sus brazos y escote para no parecer tan repulsiva.

Catherine no sabía lo que era tener amigas, la única persona que tenía cerca y que casi podría considerarla de tal modo, era Julia, la prima de Amelia. Básicamente su amistad consistía en que ninguna de las dos soportaba a la susodicha. pero al menos, era agradable poder hablar con una joven de edad aproximada a la suya, puesto que con su hermanastra la amistad no tenía

lugar.

La puerta de su habitación se abrió de par en par y un remolino de color amarillo se hizo presente. No entendía porqué a su hermanastra le encantaba hacer aquello, como si creyera que la iba a sorprender realizando alguna fechoría o algún acto que pudiera perjudicarla si se lo decía al vizconde.

—Me he enterado de que esta noche acudirás al baile de los Sadwen —dijo en ese tono de voz agudo y repelente—. Es un baile privado, donde únicamente acuden las personas más selectas de la sociedad, ¿De verdad vas a ir? —preguntó mordaz mientras analizaba las únicas y modestas joyas que tenía en el joyero su hermanastra.

Catherine había escondido las joyas de su madre en un lugar a buen recaudo. Conociendo como conocía a Amelia, sabía que utilizaría alguna de sus tretas para lograr adueñarse con ellas y por encima de su cadáver permitiría que una joya de su madre acabara en alguna parte del cuerpo de aquella arpía mimada y consentida.

—Me lo ha ordenado padre —contestó en un tono neutro.

—¡Oh! —exclamo fingidamente—, imagino que al ser una fiesta privada donde no estará toda la sociedad londinense, el vizconde habrá pensado que solo unos pocos serán los afortunados de ver realmente la fealdad de su hija —afirmó sin ningún atisbo de piedad—. Quizá deberías pedirle a Lilith que compre más polvo de arroz, dudo que tengas suficiente para tapar todas esas heridas, querida hermana —añadió y con las mismas que dijo aquello salió de la habitación.

Como siempre, la delicadeza de su hermanastra Amelia brillaba por su ausencia. Si supiera que a ella le importaba un comino sus insultos, no

perdería el tiempo en hacerlos, pensó Catherine.

Eran demasiados años soportando a su hermanastra para que a esas alturas pudiera afectarle lo que dijera. Había asimilado que era fea. Sí No hacía falta que Amelia se lo recordara a cada momento para que esa afirmación fuera más real de lo que de por sí ya era.

—Si pudiera desaparecer... irme lejos a algún lugar y que nadie me encontrar —susurró en voz baja.

Eso sería lo mejor para todos, que ella se marchara para siempre, pero no podía. Al menos no sin los medios necesarios para hacerlo.

El baile de los Sadwen era más concurrido de lo que esperaba. Se había ataviado con un vestido de seda azul pastel que cubría con gasa semitransparente todos sus brazos y la zona del escote, aunque lamentablemente no podía cubrir también su rostro, pero al menos, disimulaba bastante el resto de su afectada piel.

Afortunadamente Julia se encontraba allí, en realidad fue su salvación, tanto ella como las amigas de la señorita Benedict, sobre todo la agradable *lady* Emily Barnes, que era la mujer más hermosa que Catherine había visto jamás. No podía dejar de admirar su belleza y desear tener un poco de ella. Su piel parecía seda y con aquellos ojos grandes de un verde tan peculiar sin duda era el centro de atención de toda la fiesta. Quiso alejarse de la baronesa viuda, si se quedaba junto a aquella dama sin duda sería observada por todos, pero *lady* Emily no la dejó sola ni un instante, por lo que a pesar de su vergüenza era junto a su nueva amiga, el centro de atención de la fiesta y no por la misma razón que ella.

—No bailas, ¿Catherine? —preguntó *lady* Emily.

—¡Oh no! —exclamo como si fuera una osadía—. Nadie se atrevería a pedírmelo —contestó cordialmente.

—¿Por qué no? —preguntó extrañada.

Su voz era casi celestial, pensó Catherine. Desearía poder ser ella por un día, saber lo que era sentirse realmente hermosa, casi un ángel.

—¿Me ha visto usted bien? —confesó sincera—. Todos los caballeros creen que mi enfermedad es contagiosa. Aunque nunca se ha determinado que es lo que le ocurre a mi piel, no es algo que se contagie, así que no se preocupe —afirmó por si *lady* Emily se sentía en cierta forma preocupada.

—No había pensado que lo fuera, Catherine —contestó amablemente—. Y puedes llamarme solo Emily, pues pretendo ser tu amiga y tenerte en la misma estima a la que tengo a Julia.

Catherine sintió como la mano de Emily se posaba sobre la suya en un acto de afecto. Era la primera persona que no tenía miedo de ella, que no pensaba que su fealdad fuera a afectarle y lo había hecho precisamente la que sin duda sería la mujer más hermosa de todo Londres. Por un momento sintió un aprecio hacia aquella dama que tendría aproximadamente su misma edad y supo que serían grandes amigas, ese tipo de amistad que dura para siempre.

—Gracias, Emily —contestó y sonrió con sinceridad y agradecimiento por primera vez en mucho tiempo.

—¿Es esa? —preguntó Andrew llamando la atención de David.

David debía acudir a esa maldita fiesta por expreso deseo de su padre y del vizconde. Así que decidió acudir acompañado de sus amigos Andrew y Richard a pesar de saber que terminarían riéndose de su desdicha.

—Si —afirmó avergonzado y tras hacerlo sus amigos comenzaron a reírse de él. No les culpaba, si alguno de ellos estuviera en su situación sin duda también lo haría, solo que el maldito destino había querido que la desgracia fuera de él—. Me largo de aquí, no soporto siquiera estar en la misma sala en la que está ella —graznó dándose asco de sí mismo.

Ni muerto pensaba ponerle una mano encima, seguramente aquella enfermedad era contagiosa por mucho que su padre hubiera dicho que no lo era. ¿Tantos pecados había cometido para que la vida se lo pagara de aquella forma? Sería el hazmerreír de toda la ciudad, todos rehuirían de él como la peste en cuanto se casara con ella. Comenzaba a pensar que era mejor suicidarse que tener que casarse con la honorable Catherine Wells.

—¿No se supone que tienes que sacarla a bailar? —preguntó esta vez Richard, un capullo integral que era más canalla que el propio David si es que aquello era posible.

— No —negó. Ya estaba bien de reírse de él, aunque sabía que le esperaban meses o incluso años en los que sería el centro de bromas de sus amigos—. Se supone que solo tengo que casarme con ella, nadie me dijo que tuviera que hablar con ella y menos aún bailar.

Había ido allí porque le habían obligado a asistir ya que estaría su prometida, pero nadie le dijo que tuviera que invitarla a bailar, ni tan siquiera acercarse a presentarse o saludarla. Simplemente había ido porque se lo habían exigido y como ya había cumplido la exigencia, se pensaba largar de allí.

Miró por última vez a la dama en cuestión; para más vergüenza estaba acompañada de la mujer más hermosa de todo Londres, la baronesa viuda de Barnes y eso acrecentaba su fealdad,

«¡Se le podía pegar algo de belleza de aquella dama!» exclamó en sus pensamientos.

—¿Dónde crees que vas? —Interrumpió la voz del duque de Lennox al verlo marcharse.

— He venido, ¿No es suficiente? —dijo con cierto tono de ironía hacia su padre.

— Es tu prometida David, aunque ella aún no lo sepa, por tanto, invítala a bailar —terció el duque.

—Ni hablar —contestó negándose en rotundo—. Me casaré con ella puesto que era lo que quería, ¿No? Pues bien, no me pida que la corteje porque no lo haré. —Sentenció antes de salir de aquella maldita fiesta seguido por sus incondicionales amigos, Andrew y Richard, aunque a veces se les unía Robert que, en aquella ocasión, parecía estar bastante entretenido hablando con el duque de Sylverston.

La luz matutina que se filtraba por su habitación la despertó aquella mañana. Catherine solía dormirse bien entrada la noche mientras leía alguna de sus fantásticas historias de romance, pero en aquella ocasión se debía por asistir a aquel baile privado de los Sadwen.

Aún podía recordar las miradas de reprobación que más de una persona le dirigió, pero debía reconocer que estar acompañada de la baronesa viuda de Barnes, a la que ahora podía considerar casi una amiga había sido

satisfactorio. Emily era indudablemente bella, si tan solo pudiera alcanzar una décima parte de la belleza que poseía la baronesa.

—Buenos días bella durmiente —proclamó la doncella.

La voz de Lilith terminó de despertar a Catherine del todo.

—Buenos días nana, ¿Qué hora es? —contestó sonriendo al apodo de su doncella.

—Hora de levantarse pequeña —respondió sonriente—, tu padre ha solicitado que acudas a su estudio cuando termines el desayuno.

—¿Padre quiere verme?, ¿En su estudio? —exclamó.

Eso era extraño, su padre nunca la citaba allí, es más, ni siquiera recordaba cuando fue la última vez que entro en su estudio estando él presente, puesto que solía acudir a escondidas para robar algún que otro libro de la biblioteca.

—Si, así es —confirmó la sirvienta sin más.

La lengua mordaz de Amelia fastidió el desayuno a Catherine y no era precisamente porque le dijera que todo el mundo en el baile había hablado sobre ella y lo repugnante que resultaba a la vista, sino porque cuando mencionó a la duquesa viuda de Barnes; lo hizo con desprecio, evidenciando claramente que lo hacía porque sentía envidia de ella o así le pareció a ella.

—Debiste darle realmente lástima para que se acercara a ti Cathe —dijo con ironía Amelia que se empeñaba en llamarla Cathe y ella no se oponía a que lo hiciera por tal de darle cuanta menos conversación posible—. Nadie en su sano juicio se acercaría a ti, todos piensan que tienes una enfermedad contagiosa. —Siguió alegando ante el silencio de Catherine—. Además, ¿Por qué otro motivo iba a acercarse a ti sino? O tal vez sea porque carece de

amigas al igual que tu —se mofó—, desde luego anoche su belleza fue de lo que menos se habló gracias a ti, dudo que su amistad te dure mucho tiempo...

—Amelia querida, deja a tu hermana desayunar —intervino su madrastra Elisabeth—. Además, tenemos que salir pronto a encargarnos de vestidos en la nueva casa de modas que abrirá la baronesa de Barnes para la gran mascarada, así que date prisa querida.

Lady Elisabeth nunca reprendía a su hija cuando la lengua viperina de ésta hacía de las suyas, únicamente la cortaba cuando lo creía oportuno o tenía prisa por ir a algún sitio como en aquel momento. Nunca supo porque jamás puso a su hija en su lugar cuando se mofaba de ella como en esa ocasión, ahí radicaba el principal problema en la actitud de Amelia, según Catherine. Era una mimada, consentida y egoísta joven que nunca le habían puesto límites.

—Claro madre —respondió con una dulce sonrisa mientras se limpiaba las comisuras de la boca pacientemente y dejaba la servilleta sobre la mesa—. Iré a prepararme —argumentó antes de levantarse y subir las escaleras que llevaban a su habitación.

Catherine sabía que a su hermanastra le encantaba ir de compras, podría pasarse todo el día gastando el dinero de su padre. De hecho, le constaba que multiplicaba al menos por diez la cantidad de vestidos que Amelia poseía respecto a los suyos propios, aunque claro, también era cierto que la agenda de eventos de su hermanastra era diez veces mayor que la suya.

—Querida, ¿Debo encargarme de un vestido para ti? — preguntó *lady Elisabeth* condescendiente.

—No sé si asistiré al baile *lady Elisabeth*, tendrá que preguntárselo a padre —confesó sincera. Si por ella fuera no acudiría, pero quizás las intenciones

de padre eran distintas a las suyas propias.

—Bien querida, le preguntaré a él entonces —contestó levantándose y dejándola sola en la mesa del comedor.

Catherine terminó tranquilamente su té de la mañana, degustándolo lentamente. Si por algún casual su padre decía que asistiría a esa fiesta no deseaba ir acompañada a la casa de modas de *lady* Emily con ellas, preferiría ir más tarde sola para poder hablar con su recién estrenada amiga.

Supo en qué momento *lady* Elisabeth y Amelia se marcharon por los berridos que su hermanastra emitía en el diálogo que mantenía con su madre argumentando como quería su vestido. Al parecer quería algo similar a lo que la propia Emily había llevado la noche pasada, solo que de un color azul como el de sus ojos. Odiaba que Amelia fuera hermosa, alguien tan detestable no debía ser increíblemente hermoso por fuera.

—Catherine —dijo la voz masculina de su padre asustándola un instante al no esperarlo.

—Si, padre —contestó ella rápidamente.

—Llevo esperándote más de media hora en mi despacho. Deja de comer y ven inmediatamente —terció su padre con voz dura.

Catherine apretó los dientes, ella no estaba “comiendo” precisamente, es más, apenas había dado un bocado al panecillo de leche, solo estaba haciendo hora para que se marcharan las arpías de aquella casa, pero *lady* Elisabeth había criticado hasta la saciedad que su gordura se debía a que comía demasiado llegando a tal punto que su propio padre lo creía también así. Incluso su hermanastra había insinuado algún que otro comentario en presencia de su padre asegurando que ella se levantaba de madrugada para vaciar la lacena

con todo lo que encontraba a su paso. Nunca entendió que pensaba conseguir Amelia con aquello que desde luego era completamente falso, pero desde el día en que lo dijo la lacena de la cocina permanecía cerrada con candado. A ella no le importaba en absoluto puesto que su acusación era infundada, pero que su propio padre creyera las mentiras de aquellas dos solo hacía marginarla aún más y alejarla de él.

—Voy padre —respondió e inmediatamente se levantó de la silla dejando su servilleta sobre la mesa.

No discutió el hecho de que no estaba precisamente comiendo, no serviría de nada, su padre era bastante autoritario y serio. Gracias a eso se había convertido en un hombre muy acaudalado, sus negocios eran prósperos y había amasado una gran fortuna con su esfuerzo y trabajo constante.

El despacho del Vizconde de Grafton era sobrio. No había grandes cuadros, ni tapices de gran valor. La decoración era algo simple y denotaba austeridad. Además de no ser muy grande, teniendo en cuenta el tiempo que solía pasar allí que era siempre que se encontraba en casa y tenía una forma de L. El acceso estaba frente a su mesa de madera maciza de roble, era una gran mesa antigua. Justo detrás de esta había una gran librería llena de estantes con libros de todo tipo y donde su padre también almacenaba algunos libros de cuentas. A la derecha había una gran ventana, donde entraba la única luz natural de aquella habitación que daba directamente al jardín trasero de la casa. El resto del mobiliario se reducía a un pequeña librería donde permanecían los viejos libros de su madre y los que ella frecuentemente solía entrar a hurtadillas para llevarse alguno y un par de butacas con una pequeña mesa central junto a la licorera donde recibía a algún socio o amigo, algo que solía ser bastante infrecuente puesto que su padre tenía su gran despacho en una de sus empresas más importantes; la fábrica de carruajes Grafton, donde

se fabricaban los mejores carruajes de lujo de todo el país, aunque también poseía las grandes caballerizas Grafton de donde salían los mejores caballos de competición en carreras, entre otras empresas de menor relevancia.

Catherine se sentó en una de las sillas que había frente a la mesa, aquella era una situación algo incómoda para ella teniendo en cuenta que jamás había estado en aquel despacho a solas con su padre. Él siempre la había buscado en su habitación o en el saloncito de té cuando tenía algo que decirle, aunque en los últimos años siempre se ayudaba de Lilith para dirigirse a ella en lugar de hablarle directamente. Ella pensaba que era porque no podía mirarla sin sentir lástima o desprecio por su aspecto.

—Usted dirá, padre. —Se atrevió a decir sin levantar la vista.

Ella tenía demasiado respeto hacia el vizconde, por eso intentaba ser una hija ejemplar a pesar de que él no parecía ver sus esfuerzos.

—En seis meses vas a casarte, Catherine —pronunció sin más.

—¿Como? —exclamó sin terminar de procesar la frase.

—Tu prometido es el marqués de Normanby, *lord* David Clayton y futuro duque de Lennox —aclaró—, creo que será un matrimonio ventajoso para ambos.

—¿Un marqués? —preguntó absorta.

¿Iba a casarse con un futuro duque? No podía ser... ¿La habría visto él? A ella no le sonaba de nada su nombre, pero como tampoco le sonaría el nombre de la mayoría de caballeros de la ciudad teniendo en cuenta su nula vida social.

—Si, lo será cuando su padre fallezca y tú por supuesto, serás la duquesa de

Lennox. —El tono del vizconde carecía de sentimiento alguno.

—Pero... ¿Él me ha visto?, ¿Sabe cómo soy? —pregunto inquieta.

Los miedos de Catherine llegaron siendo consciente de su aspecto. Nunca nadie le había dicho algo bonito, nunca había recibido ningún elogio salvo de su nana, no desde que le apareció aquella maldita enfermedad.

—Si, te ha visto —contestó sin más su padre.

—¿Y aun así quiere casarse? —preguntó para asegurarse.

—Si Catherine —afirmó—. Es un matrimonio de conveniencia, ambos salís ganando con el acuerdo —contestó calmadamente—. La boda será dentro de seis meses, hasta entonces *lady* Elisabeth te ayudará a preparar tu ajuar —sentenció y posó su vista en un libro de cuentas dando por terminada la conversación.

Catherine se levantó aún incrédula. Se iba a casar... iba a casarse con un caballero sin rostro, pero él sí la había visto ¿Qué pensaría el marqués de Normanby de ella?

—Pero eso es fantástico mi niña, ¡Un marido! Ya era hora que tu padre pensara en tí por una vez y no en esa arpía de hermanastra que tienes —replicó la voz de Lilith en cuanto Catherine le confesó las intenciones de su padre.

—No lo entiendes nana —dijo Catherine apenada—, es un matrimonio de conveniencia, yo ni siquiera lo conozco. No sé quién es —confesó algo aturdida aún.

Iba a casarse con un completo desconocido. Ni tan siquiera sabía la edad de su prometido, pero no debería ser muy mayor cuando no era duque porque

aún vivía su padre.

—Pero es un duque mi niña... y tu serás duquesa algún día cuando el padre del marqués fallezca, aunque hasta que eso ocurra, serás la marquesa de Normanby —argumentó Lilith quitando hierro al asunto de que el matrimonio fuera concertado.

—Mi padre me ha comprado un marido... —confesó—. Me repudiará nana, sé que lo hará —dijo mirándose al espejo y comprobando aquella espantosa piel enrojecida llena de manchas rojas. A veces eran tantos los puntitos rojos en una misma zona que se convertían en una mancha alargada, no apreciándose en absoluto su blanca piel. Si tan solo los médicos hubieran averiguado a qué se debía, porqué el destino cruel se había ensañado así con ella.

—Mi niña, no te tortures ahora —dijo la doncella—. Disfruta de todo lo que acontece a la ceremonia; los preparativos, el ajuar... estoy segura de que cuando ese marqués te conozca y vea la bondad que hay en ti, sabrá apreciarte tal y como eres.

—A mí no me interesa ser marquesa o la futura duquesa de Lennox algún día —confesó Catherine.

Aunque sabía perfectamente quién en aquella casa quería serlo a toda costa; Amelia. Sabía que se enfurecería cuando supiera que ella después de todo, lo sería a pesar de su indeseable aspecto.

Cada día que pasaba David se emborrachaba aún más si es que eso era posible. Seis meses era lo que le habían dicho y de eso ya hacía tres semanas. Su padre había insistido en que debía al menos verse públicamente con la joven, aunque todo el mundo supiera que se trataba un matrimonio

concertado, porque ¿Cómo si no iba a casarse un caballero con dicha dama si no era de ese modo? Menos aún un marqués que sería futuro duque. Aunque arruinado, pero duque, a fin de cuentas.

Sus amigos aún seguían gastando bromas sobre su desdicha. Odiaba ser el centro de cualquier broma pesada que saliera a relucir a la joven Wells. Casi había comenzado a detestar ese nombre; Catherine Wells era la peor de sus pesadillas. Si tan solo hubiera sido medianamente guapa... pero no, tenía que ser la mujer más fea de todo Londres, ya puestos quizá lo fuera de todo el País.

—Vamos Clayton que no vas a llegar en pie al baile. —Se mofó Richard.

—No me lo recuerdes —contestó secamente.

Aquella noche debía bailar con su prometida y presentarse ante ella. Sería la primera vez que la vería de cerca y aquello lejos de gustarle le provocaba náuseas.

—Vamos hombre, al menos sabrás si lo que tiene es contagioso o no —dijo Richard comenzando a reírse a carcajadas.

A David le dieron ganas de tirarle el resto de su copa en la cara, al menos se podía compadecer un poco de él por su desdicha en lugar de mofarse a su costa.

—Vamos David, no le hagas caso —habló Robert—, me consta que la muchacha es algo tímida, pero es bondadosa, aunque su aspecto no sea el más agraciado; es una dama gentil.

«Menudo consuelo», pensó David. Bueno... al menos no le reprocharía que tuviera amantes. Si la joven era buena y gentil como afirmaba Robert,

entonces simplemente la apartaría de su vida como si no existiera y él seguiría haciendo lo que hacía hasta ahora. Pensar en eso le reconfortó, al menos lo suficiente como para afrontar la noche que le esperaba.

Aquella noche estaba nerviosa, su padre le había dicho que conocería a su prometido en aquel baile de máscaras y Emily le había realizado un vestido que disimulaba muy bien su problema de piel salvo en su rostro, pero como llevaba una gran máscara que solo dejaba a relucir sus ojos y labios, por primera vez en su vida se sintió hermosa al mirarse en el espejo.

El vestido era de un precioso azul muy parecido a su color de ojos haciendo que estos brillasen con el destello del color, las mangas eran de gasa,

disimulando muy bien su imperfección al igual que el escote y el cuello que, con un fruncido gracioso, Emily lo había conseguido disimular también muy bien, es más, de lejos parecía llevar un vestido muy revelador y nadie podría adivinar que trataba de ocultar su imperfecta piel. Su cabello lucía suelto en un semi-recogido, consiguiendo que los reflejos rubios brillaran por las luces de las velas. Se sentía segura, al menos, más segura que de costumbre.

Catherine permaneció al lado de *lady* Elisabeth buscando con la vista a Julia, Susan o Emily deseando escaparse de las garras de su madrastra para liberarse teniendo la excusa perfecta. Divisó a Emily por sus inconfundibles ojos verdes a lo lejos, ya que al llevar máscaras todo el mundo a veces resultaba difícil identificar a conocidos.

—¿Dónde vas, querida? —pregunto *lady* Elisabeth cuando vio sus intenciones.

—Iré a saludar a la Baronesa de Barnes, mi *lady*, enseguida vuelvo. — contestó y se escapó antes de que su madrastra se lo impidiera.

David intentaba buscar a su prometida entre todas las damas allí presentes. No sería difícil de encontrar teniendo en cuenta que sólo debía encontrar a una joven dama con los brazos llenos de aquellas manchas rojas y con cierto sobrepeso. El revoloteo azul de una joven con un vestido azul llamo su atención, puesto que de lejos parecía llevar un vestido de lo más sugerente pero cuando fijó su mirada en ella, supo que no era nada revelador, sino que en definitiva trataba de ocultar sus más que evidentes defectos. Esa era sin duda la honorable Catherine Wells, cuánto antes terminara aquello, antes podría marcharse de allí para comenzar de verdad lo que sería su noche de fiesta.

—¿Me concede este baile señorita? —pronunció cortésmente.

Catherine fue interceptada a mitad de camino entre su madrastra y *lady Emily* por un joven con media máscara. Aquellos ojos junto a la mitad del rostro que se podía apreciar no oculto dejaban a relucir que era un caballero muy apuesto, de hecho, era demasiado apuesto para que tratara de bailar con ella.

—Yo... —comenzó a sisear.

Realmente Catherine no sabía que responder, ella jamás había recibido una petición de baile.

—Entonces bailemos —sentenció David sin dejarla hablar cogiéndola del brazo mientras la arrastraba hacia la pista de baile.

Catherine observaba de vez en cuando aquellos labios increíblemente seductores, ¿Quién era ese caballero? Y lo más ilógico de todo ¿Por qué la había sacado a bailar? A esa corta distancia sin duda podría apreciar sus manchas, aunque fueran difusas bajo la tela de gasa azul.

El silencio por parte del caballero la estaba matando, pero tampoco sabía qué decir o qué argumentar para mantener una conversación. Nunca había tenido la oportunidad de hablar con un hombre y menos aún, a solas.

—¿Está disfrutando usted del baile de máscaras, señorita Wells? —preguntó cortésmente.

—Si, gracias —respondió automáticamente—. ¿Me conoce usted? —preguntó sorprendida en cuanto la información llegó a su cerebro y razonó que ella no se había presentado y en cambio él, sabía su nombre.

—Si, sé que usted es la honorable Catherine Wells, hija del Vizconde de Grafton —respondió.

La conocía y, aun así, había querido bailar con ella.

— ¿Debería conocerle?, ¿Es usted algún socio o conocido de mi padre? — preguntó aún más confusa.

—No —negó—, al menos no hasta este momento —añadió y él la miró directamente a los ojos.

David reconoció que al menos sus ojos eran bellos y si debía admitirlo también lo eran aquellos labios, habiendo descartado el resto de su cara que evidentemente afeaban todo el conjunto por completo. Quizás debería dejarse aquella máscara puesta para el resto de su vida, seguro que así evitaba desagradables miradas.

—¿No me dirá quién es usted? —preguntó curiosa justo cuando pararon de bailar al terminar la música.

La gente comenzó a gritar la cuenta atrás de lo que supuso sería para quitarse las máscaras y revelar el rostro de la persona que había bajo ella, cuando todo el mundo se la quitó y vio el rostro del caballero su respiración se pausó. No solo era apuesto, sino el hombre más atractivo que jamás había tenido la fortuna de contemplar.

—Soy *lord* David Clayton, marqués de Normanby y su prometido —reveló.

Catherine estaba más que anonada y casi estupefacta al descubrir que no solo sería marquesa, sino que su esposo era verdaderamente apuesto. Tras escuchar aquellas palabras se quedó muda, impactada, quizá por el mero hecho de que jamás pensó que su futuro esposo fuera a ser tan guapo por el que pudiera llegarse a sentir atraída, ¿Por qué sino iba a aceptar casarse con ella si era un caballero apuesto con título? Podría tener a cualquier dama... no era que se tuviera en baja estima, simplemente era realista consigo misma.

—Le deseo una feliz velada, señorita Wells —añadió en vista de la muda

respuesta de Catherine, algo que David aprovechó para huir de aquella fiesta.

La había sacado a bailar y se había presentado. Aquello era lo que le habían exigido hacer, ¿No? Pues ahora que le dejaran en paz. Él no pensaba cambiar su vida por el hecho de casarse, menos aún con la desgracia de esposa que le iba a tocar tener, por tanto, ese pequeño resquicio de culpa que comenzaba a tener mientras abandonaba el gran salón donde se celebraba el baile lo desechó tal cual había llegado.

«No. No sentiré culpa alguna por desear a otra mujer y menos aún, por llevarla a mi lecho para saciar mis apetitos» se dijo mentalmente mientras sus fieles amigos de juerga Andrew y Richard le acompañaban entre risas.

Catherine aún no se terminaba de creer que su futuro marido fuera aquel duque tan apuesto, ¿Podía tener tanta suerte por una vez en la vida? Él la había visto, sabía quién era ella pese a llevar la máscara e indudablemente la había tenido lo suficientemente cerca para haber podido apreciar su piel a través de la tela del vestido, ¿Y aun así iba a casarse con ella? Un sentimiento comenzó a albergarse en lo más profundo de su ser... ¿Quizá él no la viera tan despreciable?, ¿Tan increíblemente horrenda como realmente era? Bueno, lo primero era no hacerse vanas ilusiones, aunque si iba a ser su esposo, él sabría “todo” lo que implicaba esa palabra, ¿No? Con aquel nuevo pensamiento se adentró en su lecho.

Su futuro esposo... el marqués de Normanby, aquel hombre apuesto de cabello castaño claro con reflejos dorados y ojos profundamente grises. Rememorando aquel dulce rostro de aspecto atrevido y travieso al mismo tiempo se adentró en un profundo sueño.

—¡Vaya!, ¡Hoy te levantaste con mejor aspecto! —exclamó la voz de Lilith cuando abrió los ojos despertándola de su ensoñación.

Lo cierto es que había dormido muy bien aquella noche, quizás sus picores habían dado tregua y por eso tendría mejor aspecto.

Bajo a desayunar radiante de felicidad, aunque cuando divisó por el hueco de la puerta mientras bajaba la escalera a su madrastra y Amelia en la mesa del desayuno, su estupenda felicidad se esfumó.

—Buenos días querida, hoy te veo con mejor aspecto, ¿Te pusiste el aceite anoche? Seguro que fue eso, ya te he dicho que mejora tu piel, mira la de Amelia y la mía; tan suave y tersa... estoy segura de que algún día tú la tendrás igual, solo hay que ser constante querida —recitó su madrastra nada más verla y ella asintió.

Realmente no se había puesto el aceite aquella noche porque había vuelto demasiado tarde de la fiesta y no quiso echárselo antes de la velada por si manchaba el vestido, pero se lo acababa de aplicar por el cuello justo antes de bajar para apreciar ese aroma tan peculiar que tanto le agradaba.

—Si *lady* Elisabeth —afirmó—, estoy segura de que algún día así será —añadió como toda respuesta.

Después de todo era lo único que le podía agradecer a aquella mujer, que la tuviera en consideración para darle su aceite milagroso, aunque estaba segura de que lo hacía más por pena que otra cosa.

—¿Es cierto que ha dicho el vizconde?, ¿Vas a casarte con el futuro duque de Lennox? —preguntó la voz irritante de Amelia haciendo acto de presencia.

—Amelia —la reprendió su madre.

—¡Pero es que no lo entiendo! —gritó alzando la voz—. ¡Es fea!, ¡Indeseable!, ¡Es una don nadie! —grito histérica—. ¡Y aun así se va a casar

con un duque!, ¡Un duque! —volvió a gritar llena de rabia—. ¡Y encima apuesto! —bufó en un tono de voz que indicaba que aquello era lo que le molestaba en realidad.

Catherine se mordió la lengua. Estaba más que habituada a las hirientes palabras de Amelia como para que éstas la afectaran, pero saber que en parte había herido el orgullo de su hermanastra la satisfacía.

—Tu obtendrás algo mucho mejor, Amelia —contestó su madre que lejos de reprenderla por sus hirientes palabras solo trato de serenarla.

Amelia en respuesta se levantó y abandonó el salón donde estaba la mesa del desayuno.

—Discúlpala querida, ya sabes cómo es Amelia —dijo como toda excusa hacia su hija, aunque sabía perfectamente que *lady* Elisabeth aprobaba el abominable comportamiento de su mimada hija.

Catherine hizo un gesto afirmativo con la cabeza mientras le daba un sorbo a su té, fue a coger uno de los panecillos de leche recién hechos que tan deliciosos le salían a la cocinera cuando fue interrumpida.

—Debes adelgazar Catherine —dijo su irritante madrastra al ver sus intenciones—. Ahora debes entrar en un vestido de novia y no creo que quieras estar así de gorda para esa fecha, ¿Me equivoco? —exclamó airada.

Catherine se mordió la lengua de nuevo. La última vez que tuvo una respuesta mordaz hacia su madrastra la mal parada fue ella porque aquella mujer fue con un cuento distinto de la realidad a su padre y ella terminó castigada en su habitación durante una semana a dieta estricta. Era increíble que su propio padre creyera antes a una extraña que a su propia hija.

—Si *lady* Elisabeth —contestó soltando el panecillo en la fuente de la que emanaba ese increíble y apetecible olor que hacía aguas en su paladar.

—A partir de ahora le diré a la cocinera que te haga una dieta especial —advirtió—, solo comerás verdura y pescado hervido, se acabaron los postres y los dulces —añadió.

Catherine vio cómo su madrastra se observaba las uñas al decir aquello, ¿Pero qué clase de mujer podía someterla a semejante crueldad sin un atisbo de piedad? *Lady* Elisabeth desde luego parecía una experta en ello.

—Por supuesto *lady* Elisabeth —afirmó esperando que ese infierno terminara pronto.

Para suerte de Catherine, su querida amiga Emily—porque ahora podía considerarla amiga—, había accedido a realizar su vestido de novia. Dado que había acertado de pleno en la realización del vestido para la gran mascarada, supuso que era la idónea para realizar su traje para la ceremonia.

Aunque aún faltaba tiempo decidió ir aquella misma tarde a Lynet's para encargarlo. No sabía con cuánto tiempo se debía encargar un vestido de novia, pero no sería mucho más que uno normal, apenas quedaban cinco meses y unos días para su boda.

—¿Así que el afortunado será un futuro duque? —preguntó sonriente Emily.

Se habían reunido en su pequeño despacho que estaba situado en la trastienda de la tienda. Le resultaba extraño que una mujer de la nobleza y con posibles como lo era Emily, hubiera decidido abrir un negocio cuándo realmente no lo necesitaba. Admiraba el talento y tesón de su amiga, ojalá ella tuviera una décima parte de la seguridad que irradiaba *lady* Emily Barnes, aunque ella también sería una duquesa después del anuncio de su boda con el duque de

Sylverston en la fiesta de la mascarada.

—Si —respondió algo azorada—. Imagino que ambas seremos duquesas, aunque yo tarde un poco más en serlo —confesó admitiendo que sabía sobre la futura boda de ella con el duque—. Espero que no sea un inconveniente teniendo en cuenta que también tendrás que realizar tu propio vestido de novia —dijo antes de que le contestara.

—Tranquila Catherine, haré tu vestido con mucho gusto —afirmó—, de hecho, ya se me están ocurriendo algunas ideas, ¿Deseas algún color en especial? —preguntó Emily mientras anotaba un par de apuntes en un papel en blanco.

—Pues siempre me ha gustado el azul, pero si pudiera tener algún toque plateado me encantaría —confesó ilusionada.

—Por supuesto que sí, bueno, tus medidas ya las tengo, así que te avisaré para la primera prueba —afirmó terminando de anotar unas cuantas ideas.

—¿Pasaré algo si pierdo peso? —preguntó recordando la dieta estricta a la que pensaba someterla *lady* Elisabeth.

Realmente no creía que fuese a perder nada, pero con las intenciones de su madrastra sobre matarla de hambre, quizá perdía alguna libra que otra desde ese instante hasta la ceremonia.

Emily se echó a reír ante su comentario.

—No Catherine, si pierdes peso no pasará nada, ¡Pero no se te ocurra ganar! ¡O no habrá tela suficiente de donde sacar! —exclamó divertida.

Catherine llegó a casa completamente agotada, finalmente Emily también se encargaría de su ajuar personal, por lo que podía despreocuparse al respecto.

Quizás debería haber ido con su madrastra, pero era mejor así. Estaba segura de que *lady* Elisabeth se hubiera metido en cada uno de los detalles negándose a sus propias ideas como había hecho hasta ahora.

—¡Ah!, ¡Has vuelto! —exclamó la voz de Amelia en su dormitorio.

Aquello hizo que el agotamiento de Catherine aumentara.

—Si, he vuelto —respondió con voz cansada.

—Solo venía a decirte que sé de buena fuente que tu futuro esposo es un completo libertino —afirmó—. Es más, me consta que solo se casa contigo porque está arruinado y necesita tu dinero —añadió.

Amelia oso no solo pasearse por su habitación después de decir aquello, sino que se sentó en el pequeño taburete de su cómoda para observar su reacción.

—¿Y eso te complace, Amelia? —preguntó mordaz.

No quería que ella se diera cuenta de si aquello le dolía o no, porque primero; no sabía si sería realmente cierto y segundo; tampoco le sorprendería teniendo en cuenta lo apuesto que era el marqués de Normanby.

—Bueno... yo solo quería que estuvieras enterada de la situación. —Su tono de voz indicaba que sí, que le complacía demasiado.

—Pues ya estoy informada, gracias —respondió secamente.

—¡Oh vamos, Catherine!, ¿No ibas a pensar en serio que un marqués, futuro duque en este caso, iba a querer casarse contigo, ¿No? —exclamó con una sonrisa jactanciosa.

Su pregunta en modo de afirmación solo estaba hecha para herirla, para dañarla. Nunca entendería la razón de la maldad de Amelia, era

incomprensible.

—Por supuesto que no —afirmó.

Era mejor darle la razón, así se marcharía creyendo que había cumplido con su cometido, uno que desde luego solo se centraba en martirizarla y hacerle daño.

—Bueno querida —dijo en un tono era alegre, como si estuviera casi feliz de saber las razones por las que se casaba el marqués de Normanby con ella—. Ahora que lo sabes, puedes estar segura de que jamás te va a desear —sentenció y diciendo esto salió por la puerta con aires de grandeza.

Catherine apretó los dientes en señal de rabia. No debería importarle, ¿Por qué le importaba entonces? Sabía porqué, una vez que había visto al futuro duque de Lennox, una pequeña esperanza se había alojado en su interior al creer que él había aceptado ese matrimonio por algo más que el dinero de su padre. Algo que evidentemente no era así, solo tenía que mirarse al espejo para saberlo.

Aquel día comprobó que *lady Elisabeth* no mentía con lo de su nueva dieta, ella tenía para cenar pescado hervido con verdura de menestra y sin ningún tipo de aderezo, mientras que el resto de su familia cenaba pavo asado en salsa. Se mordió la lengua cuando su padre aprobó su triste plato. Quizás, lo peor de todo era asumir que él creyera que aquello era por su bien, tal vez lo fuese y ella era la única equivocada al respecto, pero pasar hambre hasta el punto de desmayarse para no conseguir resultados le parecía absurdo.

David no había cambiado sus hábitos, nadie se lo había exigido salvo su padre y hacía tiempo que la opinión del duque de Lennox no le importaba en absoluto. Su futuro suegro no parecía disconforme con sus salidas, es más, había pagado sus deudas y, aunque algo en su interior le decía que creía que solo lo hacía para obtener un marido con título para su hija, en el fondo intuía que aquel hombre exigiría sus condiciones una vez que se hubiera casado, así se aseguraría de tener a su intocable única hija amarrada a un caballero. Si, probablemente esa era la finalidad del vizconde

teniendo en cuenta que era un hombre de negocios hecho a sí mismo. Era ilógico pensar que aceptara como yerno a alguien como él; carente de responsabilidad y saber estar.

Pese a todo, David era muy consciente de que sólo representaba un derroche de dinero constante sin ningún tipo de ambición, pero le gustaba demasiado su tren de vida como para malgastarlo en trabajar o dedicarse a alguna actividad que no fuera en su propio beneficio.

—¿Ya te vas? —preguntó la dulce voz de Jane desde aquel lecho algo zarrapastroso en aquella casa de citas.

Janet era una de las cortesanas favoritas de David por su dulce piel lechosa y su cabello rubio. Si, tenía predilección por las mujeres hermosas de piel pálida y cabellos rubios, eran su delirio.

—Si, pronto amanecerá —respondió abrochándose los botones de la camisa.

—¿Volverás mañana a por más? —pregunto sonriente aquella hermosa rubia.

Era una lástima que aquella belleza se vendiera al mejor postor, pero en aquel mundo si no nacías para ser servido, nacías para servir.

—Puede ser, aunque dudo que me eches demasiado en falta, ¿No? —dijo arrastrando la voz.

Realmente él no se conformaba con una, pero era cierto que tenía sus favoritas en cada casa de citas, allí en el Roxy's, Janet era una de ellas.

—¡Oh cielo! Ya sabes que contigo tengo un trato especial —contestó la muchacha de forma locuaz, como si realmente pensara así.

David era consciente que pese a pagarle del mismo modo, la chica

agradecería antes su compañía que la de algún borracho feo y gordo, no había que ser muy estúpido para saberlo. Hizo un gesto afirmativo por toda respuesta mientras se alzaba después de colocarse los zapatos. Si por trato especial entendía “emplearse a fondo” en sus dotes de cortesana, suponía que lo haría con cualquiera.

Era demasiado tiempo el que disfrutaba del placer carnal con mujeres que vendían sus favores al mejor postor. Ya ni recordaba la última vez que no tuvo que pagar por obtener dicho placer, tal vez años... desde que descubrió que era más fácil obtener aquello que quería solo por unos cuantos peniques sin necesidad de emplear sus dotes de seducción y la cantidad de tiempo para obtener lo mismo. Además, se había cansado de las mujeres que siempre exigían más y más, o de que se enamoraran de él y pretendieran arrastrarle hacia el matrimonio. No, lo mejor era las cortesanas, con ellas se sabía que nunca habría dobles intenciones, ni juegos sucios.

Un mes... solo había pasado un mes y Catherine sentía que desfallecería comiendo tan poco. Debía decir a su favor que, su cintura se había reducido dos pulgadas, pero en su conjunto apenas se notaba la diferencia. Aquella noche debía acudir a una cena a la que al parecer su prometido también asistiría, aunque el anuncio de su compromiso había salido en el periódico, debían dejarse ver en público juntos para afianzar dicho compromiso. Aquella cena sería el comienzo de otros eventos en los que coincidirían y estaba nerviosa puesto que sería la primera vez que le vería desde el baile de la gran mascarada en el que él no pudo apreciar bien su rostro, por lo que sentía cierto miedo a la reacción que pudiera tener el marqués de Normanby esa noche.

Su vestido beige algo amarillento ahora le quedaba mejor gracias a esas pulgadas perdidas. Lilith le había apretado más de la cuenta el corsé

pensando que así realzaría su pecho y sí que lo hacía, sus grandes pechos parecían resurgir del corpiño. Si no fuera porque también estaban llenos de aquellos puntitos rojos al igual que el resto de su cuerpo, podrían llegar a ser bonitos y dignos de admirar como en el resto de las damas.

A su favor, debió reconocer que Amelia fue severamente mordaz respecto a su boda los primeros días desde que se enteró del compromiso. Ahora en cambio, parecía obviar el hecho de que se iba a casar antes que ella, a pesar de ser un año menor. Tal parecía que la intención de su hermanastra era indudablemente “cazar” a un duque apuesto y sumamente acaudalado, lástima que el duque de Sylverston no estuviera ya a su disposición. Su ataque de rabia contra Emily después del anuncio de compromiso de ésta con el duque, no le pasó desapercibido y es que Amelia había intentado en vano captar la atención del duque de Sylverston sin conseguir ni siquiera que la invitara a bailar en alguna ocasión.

En definitiva, Amelia había puesto toda su atención en encontrar un candidato que superase en título y condición a su prometido el marqués de Normanby probablemente para presumir ante ella de que tenía a alguien mejor. Dudaba sinceramente que lo encontrara... cualquier caballero con dos dedos de frente entendería de que pie cojeaba su hermanastra por más hermosa que ésta fuera. A las pruebas se remitía de que después de dos temporadas no se había casado aún, ni recibido ninguna propuesta decente.

—Vaya hermanita, pareces un bollito de crema bastante agujereado —dijo Amelia cuando ambas damas coincidieron en el hall de entrada y comenzó a reír por su propio comentario.

Catherine no respondió al ver aparecer al vizconde que había salido de su estudio para asistir a la cena con ellas. *Lady Elisabeth* hizo su aparición justo

después con un lujoso vestido en tonos verdes y dorados. Catherine a veces pensaba que su madrastra se daba aires de grandeza como si fuera la esposa del mismísimo rey debido a ese porte de altivez que mantenía constantemente. En su época debió ser una dama muy hermosa, tanto como lo era su hija probablemente y a pesar de sus años aún mantenía cierto aire de esa belleza, pero para su desgracia los años no perdonaban a nadie.

—Querida, esta noche estas muy hermosa —dijo con aquel tono de voz fingido.

Catherine reconocía perfectamente ese tono de alabanza falsa que interpretaba delante del vizconde solo para hacerle creer que adoraba a su hijastra.

—Gracias *lady* Catherine —contestó educadamente—, usted luce muy bella —añadió. Ya puestos... ella también hacía su papel de buena hija o se encontraría con una severa charla de su padre como cuando era niña.

Los asientos estaban asignados y a Catherine no le tocó precisamente cerca de su prometido, sin embargo, a su hermanastra sí. Verla coquetear con el marqués de Normanby comenzó a enfurecerla, ¿Es que Amelia no tendría límites? Decidió no observarles y dedicarse a conversar con la persona que tenía al lado, pero las risas de su hermanastra solo hacían que su sangre se alterara cada vez más, comenzando a odiarla como nunca había hecho con anterioridad.

David miraba de reojo a su futura prometida de vez en cuando. Estaba situada a unas sillas de distancia de la suya. Pese a la lejanía era apreciable su aspecto difícil de admirar. Ni tan siquiera con aquellos polvos que las mujeres utilizaban para tener una piel más radiante era capaz de camuflar un poco su aspecto

Un escalofrío le recorrió por dentro al ser consciente de que tendría que ver aquel rostro cada día durante el resto de su vida. Miro hacia otro lado recordando aquellos ojos de un azul intenso y esos labios carnosos que pudo apreciar en la fiesta de la mascarada. Tal vez la obligara a llevar máscara para poder soportarlo.

Las risas de la dama que tenía al lado eran carentes de emoción alguna para él. Sin duda alguna era una joven hermosa, del tipo que a él le gustaba; con una piel suave y un cabello que seguramente se convertiría en seda entre sus dedos, pero no le transmitía nada. Se notaba a leguas sus pretensiones y su coquetería, aunque como caballero educado en actos de ese tipo le reía sus gracias y la trataba con cortesía.

Quizá en otros tiempos hubiera intentado seducir a la dama en cuestión, llevarla a su cama para satisfacer su más rastrero apetito y después negarse a comprometerse con ella. Pero eso hubiera sido hace años... ahora buscaba otra clase de apetencias y no incluía a vírgenes inexpertas que solo podrían satisfacerlo a medias entre ellas.

—Será un placer tenerle en la familia, *lord Clayton* —dijo de pronto Amelia.

Las palabras de la dama en cuestión sonaban demasiado sugerentes o eso creyó David.

—Señorita Barston —dijo dirigiéndose a la dama—. Creo que no entiendo a qué se refiere —. ¿Su familia?, ¿Acaso aquella mujer estaba emparentada con el vizconde de Grafton?

—¡Oh!, ¿No lo sabe? —exclamo sorprendida Amelia, aunque aquel gesto fuera más que falso—. La honorable Catherine Wells es mi hermana — afirmó—, bueno “hermanastra” más bien, porque desde luego salta a la vista

que no nos parecemos en nada.

En absoluto se parecían, es más, no estaba seguro de si era más insufrible casarse con la señorita Wells o con su hermanastra la señorita Barston, porque aquella dama por más bella que fuera, con toda seguridad debía ser una tortura para cualquier caballero que osara casarse con ella. Si había algo que odiaba más que nada en el mundo, eran las intrigas y conspiraciones femeninas, estaba demasiado harto de ellas. A juzgar por las apariencias y lo que su amigo Robert le había indicado, al menos estaba libre de aquello respecto de su futura esposa. Después de todo debía casarse algún día con alguna dama respetable puesto que era lo que se esperaba de él como futuro duque y pensaba elegir a una mujer que no se metiera en su vida para permitirle hacer lo que le viniera en gana sin juzgarlo... la honorable Catherine Wells cumpliría dicha función.

La cena terminó y se ofreció una degustación de postres para los comensales mientras una pequeña orquesta tocaba para aquellos que decidieran iniciar el baile.

Catherine se sentía demasiado llena, después de varias semanas alimentando a su cuerpo con cierta limitación, se había acostumbrado a llenarse pronto, por lo que no le cogía ni un ápice más de comida. Era una lástima que ninguna de sus nuevas amigas se encontrara en aquella cena privada para cincuenta comensales. No conocía a nadie, ni tenía con quien hablar, por lo que se sentía fuera de lugar.

David se acercó a su prometida con pies de plomo porque realmente no le apetecía en absoluto hacer lo que por obligación debía realizar.

—¿Me concede este baile señorita Wells? —dijo acercándose a ella y ofreciéndole su mano.

—Si, por supuesto —respondió educadamente Catherine sabiendo que de todos modos no podría negarse siendo su prometido.

—¿Ha disfrutado usted de la cena? —preguntó por cortesía.

—Si, gracias —respondió tímidamente.

A David casi le dieron ganas de reír ante la timidez de la muchacha, desde luego era más inocente de lo que pensó en un principio. «Eso era bueno. Muy bueno», se dijo mentalmente. De hecho, era demasiado bueno para lo que pretendía sacar de aquel matrimonio de conveniencia.

Catherine estaba nerviosa entre los brazos de aquel apuesto caballero, no entendía porque sufría aquel nerviosismo, tal vez fuera porque no solo era el único hombre que la sacaba a bailar, sino que también sería el que conviviría bajo su techo y el que vería cada día al despertar. Soñaba con que podría ver aquel rostro apuesto cada mañana y eso la hacía temblar de emoción. Los ojos de *lord* David eran chispeantes, de una agudeza que probablemente escondía pasiones y en su fuero interno deseó poder despertar en él aquella pasión que estaba segura de que tendría. Quería ser deseable para él, aunque solo fueran unos instantes, pero debía ser realista, lo más probable es que jamás la deseara dada su apariencia.

—¿Es usted poco habladora? —preguntó algo divertido.

—No, bueno si —se contradijo—. Por norma general son pocos lo que se atreven a hablar conmigo. Por si se lo preguntaba, no es contagioso. —Se atrevió a responder haciendo alusión a su afectada piel.

—¿Desde cuándo lo sufre? —preguntó David.

No era una persona que se fuera con rodeos, pero prefería no herir los

sentimientos de la dama hasta que estuviera casada y él tuviera acceso a su acaudalada dote.

—Desde hace ocho años — confirmó.

—¿Entonces no es de nacimiento? —preguntó confuso.

No sabía porqué razón él había creído que la joven Wells había sido siempre así desde que nació.

—No —negó Catherine—. Comenzó poco a poco y en ocasiones varía la intensidad con la que aparece, pero ningún médico ha sabido explicar la causa que lo provoca —afirmó.

Realmente no quería dar lástima, pero creía oportuno que él, puesto que iba a convertirse en su marido supiese por ella misma lo que era aquello antes de creer las mil invenciones que corrían por la ciudad sobre su inexplicable enfermedad.

Los rumores iban desde maldiciones, enfermedades venéreas, picaduras de algún animal exótico, alergias, intolerancias y finalmente la más abominable de todas afirmaba que ella nació así porque su madre no la deseaba y debió hacer algo mientras ella aún permanecía en su vientre. Ya nadie la recordaba cuando era niña y que incluso decían cuán hermosa era apostando a que sería una joven de belleza inigualable como lo fue en su día su madre Isabelle.

—¿Y le han comentado si es posible que algún día desaparezca? —preguntó David.

Realmente no supo porque hizo aquella pregunta, tal vez fueran sus deseos de creer que aquello sería posible.

—No se sabe. —Mintió.

Ella soñaba con despertarse un día sin tener aquel aspecto, pero varios científicos habían creído posible que su afección se debía a algún problema en su sangre. Si aquello era cierto jamás se curaría.

David no añadió nada más a la conversación. El vals había terminado y devolvió a la dama junto a su padre el Vizconde que le saludó formalmente aprobando el trato hacia su hija. Decidió marcharse, ya no tendría nada más que hacer allí y tampoco creía que la velada durara mucho más. Había cumplido su cometido y buscaría todas las excusas oportunas para no volver a ver a su prometida hasta el día de la ceremonia, así evitaría que la muchacha se hiciera ilusiones respecto a él. Una vez casados le aclararía cual sería la situación respecto a su matrimonio, él haría su vida por su lado y si ella lo deseaba, no se opondría a que también hiciera la suya, pero estaba seguro de que ningún caballero en su sano juicio le pondría una mano encima a su futura esposa, aunque fuese mediante pago.

Catherine aún no se creía fuera a casarse al día siguiente. Habían transcurrido todos aquellos meses sin tener apenas noticias de su prometido. Solo coincidieron en el matrimonio de los duques de Sylverston y apenas cruzaron miradas. *Lord Clayton* estuvo todo el tiempo rodeado de sus amigos y por lo que ella pudo apreciar, parecían reírse de algo bastante gracioso, llegó a pensar que sería de ella misma cuando interceptó que la observaban, pero quiso desechar aquella idea o se martirizaría aún más de lo que de por sí

hacía.

Lady Elisabeth no estuvo de acuerdo con la elección de su vestido, según ella debía ser su modista de siempre quien lo hiciera y no la joven e inexperta duquesa de Sylverston ahora que estaba casada. Además, quiso desprestigiarla diciendo que con su propio matrimonio sería incapaz de tener el vestido a tiempo, pero por primera vez Catherine se opuso a su petición y decidió confiar en su amiga. Supo por puro instinto que Emily disimularía su defectuosa piel tal y como lo hizo en el baile de máscaras y no se equivocó. Por suerte para Catherine su padre no apoyó a su madrastra en la decisión de que el vestido lo realizase su modista de siempre, incluso recordó aquella ridícula discusión.

—Querido, no podemos permitir que vaya de cualquier manera. Se va a casar con un marqués y los invitados esperaran algo digno de ver —argumentó con su parlotearía habitual como solía hacer delante del vizconde, fingiendo que todo lo hacía por su propio bien, cuando ella sabía perfectamente que los vestidos que hacía su modista no disimulaban en nada su defecto, de hecho, no entendía cómo su padre no se daba cuenta.

—*Lady Barnes* se ha comprometido a realizarme el vestido y ya he dado mi palabra padre Yo quiero que lo realice ella, es mi boda y creo que lo mínimo es que yo elija quien realizará mi propio vestido —contestó con la suficiente confianza en sí misma para enfrentarse a su padre por una vez.

—Querida —respondió el vizconde mirando a su esposa compungida—. Si Catherine ya ha decidido quién será su modista, no puedo oponerme puesto que es su matrimonio. Si no va lo suficientemente adecuada para la ocasión es ella quien saldrá perjudicada, no nosotros —terció el vizconde—. Después de todo tiene razón, es su boda —dijo volviendo la vista a su periódico—. No

obstante, querida. Si te sientes mejor, encarga el vestido que creas “acorde” a las circunstancias, por si dado el caso *lady Barnes* no logra estar a la altura de las circunstancias como tú crees.

Su madrastra sonrió complacida ante las palabras de su padre y ella rodó los ojos sin ser vista, indudablemente que *lady Elisabeth* encargaría ese vestido y daba por hecho que a ella personalmente no le gustaría.

Por suerte, Emily no solo realizó su vestido, sino que era el más hermoso que jamás había tenido. El corpiño estaba labrado en pedrería plateada bajo un fondo azulado, aquellos brillantes que sin duda relucirían a la luz del sol al día siguiente jugarían al despiste provocando que cualquiera que la viera mirara el vestido en lugar de su piel. Aun así, Emily había diseñado unas laboriosas mangas largas de encaje que se repartían por los brazos, escote y espalda. El bordado del encaje no permitía apenas ver la piel y eso lograba que lo disimulara muy bien, incluso podría recogerse todo el cabello en un moño alto, algo que nunca solía hacer para que su propio cabello cubriera en parte el escote de la nuca.

Lilith entró en ese momento en su habitación y seguida de ella un par de criados transportaban la tina hasta su habitación.

—Órdenes de *lady Elisabeth* —dijo y se encogió de hombros su nana al decir que no podía evitarlo, le hizo recordar las veces que de pequeña hacía lo mismo; obligarla a darse un baño a pesar de que hiciera frío y pudiera correr el riesgo de constiparse. Aunque para Catherine era agradable y no le suponía un castigo, no entendía aquellos caprichos de su madrastra.

Con la bañera llena y el agua tan caliente que el vapor inundaba toda la estancia, Catherine se metió en ella mientras Lilith añadía algunos aceites esenciales, lavanda, pétalo de rosa y ese aceite esencial del mismo olor que

tenía su aceite de almendras que tanto le agradaba. *Lady Elisabeth* decía que era una mezcla de varias flores, pero Catherine captaba un olor peculiar que embriagaba sus sentidos, adoraba ese olor... era entre tropical y dulce.

Se relajó mientras aspiraba el aroma, al menos olería extremadamente bien el día de su boda. Aquella noche a pesar de su nerviosismo precedente por el día de su boda se durmió profundamente. Tal vez se debía por los aceites del baño que la habían conseguido relajar, la cuestión es que concilió el sueño rápidamente.

Un leve ruido hizo que Catherine se moviera algo molesta y la sombra que había en su habitación permaneció completamente quieta a la espera. Posteriormente cumplió su cometido cuando comprobó que la joven no había despertado y se fue silenciosamente tal como había llegado...

—¡Despierta bella niña!, ¡Hoy es el día de tu boda! —exclamó la voz de *Lilith* que parecía irradiar felicidad. Corrió las cortinas y la luz se filtró por la habitación devorando cada hueco de la estancia—. ¡Oh dios mío! —gritó.

La exclamación de la mujer asustó a Catherine que la observaba con estupefacción.

—¿Qué ocurre? Nana, ¿Qué ocurre? —preguntó asustada Catherine.

El instinto de Catherine fue mirarse los brazos... hacía tiempo que un brote tan severo de aquella enfermedad no la azotaba tan fuertemente, tenía la piel más enrojecida que nunca. Descubrió sus piernas apartando las sábanas y estaban aún peor, casi con ampollas, inmediatamente sintió el picor de su piel y apretó sus manos fuertemente para evitar rascarse o se pondría la piel aún peor. No le deseaba ese sufrimiento ni a su peor enemigo, ¿Por qué tenía ella que sufrir aquel mal sin causa?, ¿Que había hecho mal para que Dios la

castigara de aquella forma?

Lilith conociendo de sobra como lidiar con aquel sufrimiento volvió enseguida con paños de agua fría que aliviarían el picor.

—¿Qué haces aún en la cama, Catherine?, ¡Levántate ahora mismo! —exigió la voz de *lady* Elisabeth inundando la habitación.

Catherine no podía contestar porque tenía la cara tapada con un paño calmando su piel, afortunadamente para ella en la cara no había sido tan severo esta vez, pero igualmente tenía aquellos puntos rojos.

—Mi *lady*, la señorita Catherine ha despertado con un brote muy severo —hablo Lilith por ella.

—Seguramente es por los nervios de la boda —contestó airada—. Está bien, que repose una hora con los paños de agua fría a ver si está medianamente presentable, ve preparando todo entonces Lilith.

Era extraño que *lady* Elisabeth concediera aquella pequeña tregua para Catherine, muy extraño de hecho. En otras ocasiones no le había importado, ¿Tal vez se apiadaba de ella por ser el día de su boda?

—¡Oh dios mío! —Volvió a gritar Lilith y Catherine se quitó inmediatamente el paño de su cara.

Lilith había sacado el vestido de la funda de tela que lo protegía para evitar cualquier tipo de mancha y precisamente eso era lo que tenía, una gran mancha de color marrón como de algún líquido parecido al café que se extendía por toda la falda.

Aquello no podía estar ocurriendo, simplemente no podía estar pasando. El día de su boda tendría que ser el día más especial de su vida e iba a ser el más

catastrófico sin duda alguna.

Supo lo que ocurriría entonces. Tendría que ponerse el horrible vestido que *lady* Elisabeth había mandado hacer para ella y no solo eso, sino estar agradecida de que lo hubiera hecho porque de lo contrario no tendría vestido que ponerse el día de su boda.

¿Pero cómo se habría manchado el vestido? No lo había sacado de la funda desde que regreso de Lynet's. La funda era lo suficientemente grande para abarcar todo el vestido sin que se arrugara y cuando llegó había comprobado por si misma que estaba perfectamente estirado en su correspondiente percha. ¿Quién lo habría manchado? ¿Y con qué intención? Si tenía que juzgar a alguien seria a Amelia desde luego...

Lady Elisabeth hizo una actuación primorosa de la estupefacción al ver la mancha del vestido, incluso echó la culpa a las costureras de Lynet's tachándolas de incompetentes. Cuando Catherine la sacó de su error diciendo que el vestido llegó en perfectas condiciones a casa dijo que interrogaría una por una a las criadas, que probablemente habría sido alguna de ellas tratando de ver el vestido de novia, pero Catherine por primera vez empezó a pensar que quizá no había sido la propia Amelia, sino su madrastra la que había hecho aquello, ¿Por qué?, ¿Solo para salirse con la suya y lucir el vestido que ella quería?, ¿Podría *lady* Elisabeth ser tan mezquina para cometer esa clase de hazaña? Empezaba a creer que sí, fuera como fuera ese mismo día saldría de aquella casa y de las vidas de *lady* Elisabeth y su mimada hermanastra para siempre.

El vestido que su madrastra había encargado no era feo... horripilante. Realmente no es que fuera feo en sí mismo, sino que eran tan simple, liso y sin un solo detalle que parecía plano, casi como un camisón de dormir.

Para más énfasis tenía un escote amplio y las mangas eran cortas, de forma que toda su piel luciría tan roja como la grana debido a aquel brote severo que le había dado justo en ese día tan importante para ella.

Una mujer recordaría el día de su boda durante el resto de sus días, ella lo recordaría sin duda como el más horrible y nefasto de todos. Pensó que se sentiría guapa, que quizás el marqués de Normanby no la encontraría tan repulsiva, al menos no ese día, pero sin duda todos sus deseos se habían ido al traste cuando se vio vestida con aquel simple traje y sus brazos enrojecidos que además le ardían y escocían por la irritación.

Tenía miedo. Miedo de ver la reacción que *lord Clayton* tendría al verla en uno de sus peores días, ¿Anularía la boda al verla? No se sorprendería si fuera así, por el cuello llegaba a tener incluso alguna ampolla, algo que no le sucedía desde hacía años...

David esperaba en el altar entre impaciente por acabar con toda aquella parafernalia de una vez por todas. Aunque por otro lado no quería que llegase el momento porque sabía que estaba haciendo un acto que no tenía reversión alguna, era algo que tendría que asumir para el resto de sus días y aquello lo asustaba. Se tranquilizó pensando que, de todos modos, nada iba a cambiar y él seguiría actuando como un hombre soltero a pesar de que un papel dijera lo contrario.

Cuando la vio entrar y acercarse del brazo de su padre quiso morir, ¿Era su imaginación o estaba incluso peor de lo que la recordaba? Desde luego estaba peor, mucho peor... si llegaba a estar más horrible que conforme lo estaba en ese instante no quería ni imaginarlo. ¡Por dios! ¡Si hasta tenía ampollas! Era asqueroso... definitivamente provocaba repulsión con solo mirarla.

A Catherine no le pasó desapercibida la reacción de *lord Clayton*, pero para

su sorpresa miró hacia otro lado evitando así el contacto con ella, ¿Cuánto ganaba él con aquello? ¿Hasta qué cifra desorbitada habría tenido que ascender su padre para que girase la cabeza hacia otro lado accediera a casarse? Era evidente que la encontraba repulsiva, pero David era un futuro duque y era apuesto, podría encontrar a otra rica heredera que no tuviera un problema tan severo como lo tenía ella, ¿Tal vez estaba confundiendo su repulsión y en el fondo si la apreciaba? No tardaría en comprobarlo.

Cuando el sacerdote les concedió la gracia como recién casados, firmaron los documentos debidos acompañados de los testigos y *lord Clayton* le ofreció el brazo a su ahora esposa para salir de la iglesia. Tenían su propio carruaje en el que viajarían juntos solos por primera vez. Ofrecerían un pequeño brunch en casa del vizconde y después se irían a su nueva casa donde ya deberían haber trasladado todas sus cosas.

Catherine observaba a su ahora esposo algo tímida, era extraño estar a solas con un hombre a pesar de que ahora fueran marido y mujer solo porque un papel así lo decía. El carruaje nuevo había sido un regalo de bodas de su padre, con nueva carrocería y asientos de piel, todo un lujo no asequible al bolsillo de cualquiera.

—Bueno ahora que estamos casados, creo que es conveniente que aclaremos ciertos puntos. —Comenzó hablando David aprovechando el viaje a solas—. Es evidente que ninguno de los dos quería este matrimonio —aclaró— Al menos yo no lo deseaba, pero me vi obligado a aceptar, imagino que fue también tu caso, ¿Verdad? —preguntó mirándola directamente a los ojos.

David sabía que diciéndolo de aquel modo no se negaría, esperaba por su bien que la dama no lo hubiera elegido al azar, aunque lo dudaba porque seguramente no conocería de su existencia hasta que él mismo se presentó la

noche del baile de máscaras, pero aun así quiso asegurarse de que ella admitiera que no lo quería.

—Sí —admitió en un monosílabo Catherine, aunque habiéndolo conocido después la idea no le terminó de disgustar, pero evidentemente no podía decir mucho al respecto puesto que no lo conocía. Solo podía juzgarlo por lo que veían sus ojos y ella no era la más indicada para juzgar solo por la apariencia física.

—Me alegro porque no esperes encontrar amor por mi parte, *lady* Catherine, ya que jamás lo he sentido y jamás lo sentiré —afirmó—. No voy a entrometerme en sus actos, sois libre de hacer lo que os plazca, al igual que tampoco intervendréis en lo que yo haga o deje de hacer. Solo seremos un matrimonio en apariencia —puntualizó como frase final.

—Llevaremos vidas separadas —dijo más para asimilarlo la propia Catherine.

—Así es —contestó firmemente.

La pequeña esperanza que tuvo en un principio se desvaneció tal cual había llegado. Solo le quedaba el pequeño consuelo de saber que ahora podría tomar decisiones por su cuenta, pero el resquemor porque su propio esposo la rechazara no podía eliminarlo de su corazón.

—Por cierto, no nos iremos de luna de miel, al menos no por ahora —anunció—. Es el cumpleaños de un amigo en tres días y no me lo perdería por nada del mundo, aunque tú puedes irte si quieres claro está...

¿Qué clase de luna de miel sería entonces si se iba ella por su cuenta mientras él se quedaba en la ciudad para asistir a una fiesta?

—¿No te preocupa lo que dirán? —preguntó sincera.

En un mundo donde la sociedad lo era todo, donde las apariencias te daban el pase de acceso a cualquier lugar o posición no entendía como él que era un marqués y futuro duque le decía aquello.

—Hace tiempo que dejó de importarme lo que la sociedad pensara sobre mi —reconoció.

Era cierto que no pensaba sobrepasar ciertos límites, pero pocas cosas eran infranqueables para él. Reconocía que su comportamiento no era el del caballero más honorable, pero los de sus amigos tampoco lo eran y eso en cierta forma le reconfortaba. Hacía mucho tiempo que dejó de aspirar a ser lo que su padre pretendía que él fuera, exactamente el mismo tiempo desde que murió su hermano mayor, el “verdadero heredero al ducado de Lennox”. Las comparaciones, las pretensiones sobre él superaron sus límites y se cansó de intentar ser como su hermano mayor —una réplica exacta del responsable y honorable *lord* Peter Clayton, marqués de Normanby, título que había heredado a su muerte— y desde luego no pensaba volver a mirar la vista atrás de nuevo.

Catherine reprimió su llanto interno, quizás había salido de un infierno, pero no sabía exactamente si se adentraba en otro aún peor.

La recepción fue acogedora, afortunadamente no se habían excedido con los invitados y eso era de agradecer. A pesar de los compromisos del vizconde por sus negocios, parecía que él no había invitado a demasiada gente a la ceremonia de su hija.

Para fortuna de Catherine, tanto Julia, como Susan y Emily se encontraban allí. En cuanto pudo separarse de su ahora esposo, se acercó a las damas que parecían hablar de algo en forma susurrante.

—¡Enhorabuena Catherine! —exclamó Julia un tanto incomoda, aunque Catherine no supo definir bien porqué.

—Gracias, me alegro mucho de que estéis aquí, significa mucho para mí —confesó con una sonrisa tímida.

—Mi más sincera enhorabuena Catherine y espero que seas muy feliz en tu matrimonio —añadió Susan.

—Te deseo lo mejor, Catherine —terminó por concluir Emily que se acercó a ella y tocó su mano dulcemente.

—Gracias a todas, sobre todo por venir. Realmente me hubiera desesperado entre tanta gente desconocida para mí.

—¿Por qué llevas ese vestido, Catherine? —preguntó Julia sin cortarse la lengua.

—No me lo recuerdes —suspiró—. Esta mañana mi vestido apareció con una gran mancha enorme en la falda —dijo mientras hacía una pausa recordando el momento—. Este vestido fue el que “*lady Elisabeth*” había encargado para mí, porque según ella, la casa Lynet’s no estaría a la altura de las circunstancias —aclaró—, me vi en la obligación de usarlo al quedar inservible el precioso vestido que Emily hizo para mí, solo espero que la mancha se pueda eliminar o arreglar de alguna manera para poder ponérmelo de verdad algún día, aunque no haya podido ser el día de mi boda —miró a Emily cómplice de sus palabras.

—¡Oh! Estoy segura de que esa zarrapastrosa de Amelia tiene que algo que ver en eso —dijo airada—. La he visto hace un momento y parece enfadada por algo, conociendo como conozco a mi prima, estoy casi segura de que su rabia por no ser ella la primera en casarse la ha llevado a querer fastidiarte la

boda manchándote el vestido.

—No sé quién lo ha hecho, ni qué clase de intención tendría al hacerlo, pero te arreglaré con gusto ese vestido —añadió dulcemente Emily.

—No lo sé... —susurró—. En realidad, creo que vi algo anoche, como una sombra negra, pero estaba demasiado cansada para recordarlo o quizás solo fuera un sueño, aunque no me preguntéis porqué, pero creo que no fue Amelia precisamente la que provocó el desastre en el vestido —dijo sin confirmar que sospechaba de *lady* Elisabeth antes que, de su hermanastra, solo que no quería hacer acusaciones sin tener ninguna prueba. Una cosa era acusar a la mimada de Amelia y otra bien distinta a su madrastra—. Además, hoy mismo me voy de esta casa y no tiene sentido ya nada de lo que ha pasado. Lo olvidaré como tantas otras cosas y solo será otro episodio bochornoso de mi vida —concluyó intentando evitar recordar los otros muchos episodios por los que había tenido que pasar vergüenza ya fuera por su atuendo o por su enfermedad.

—¡Pero no es justo, Catherine! —gritó Julia exaltada que había visto en primera persona las burlas hacia ella en numerosas ocasiones—. ¡Llevas soportando los constantes caprichos de esa arpía mimada desde que entró en esta casa!

Julia no entendía porqué Catherine lo soportaba, se tragaba todos los insultos que Amelia incluso delante de ella misma. Su prima no se cortaba en insultar o desprestigiar a su hermanastra y veía como Catherine se callaba sin entender porqué no respondía o no se enfrentaba a ella.

—No serviría de nada Julia —afirmó apenada—. Además, no me importa a estas alturas. Hoy comienza una nueva vida para mi lejos de ella y de *lady* Elisabeth —concluyó sin confirmar que era incapaz de enfrentarse a Amelia

Tal vez debía reconocer primero que su autoestima no era demasiado fuerte para hacerlo, ¿Con qué argumentos se podía enfrentar ella a su hermanastra cuando lo que Amelia le decía respecto a su apariencia era cierto? Gritarle que era insoportable o engreída no la iba a rebajar... solo incrementaría los insultos hacia ella de nuevo y con más ímpetu si cabe, ya lo intentó una vez y solo logró que *lady* Elisabeth la castigara sin cenar por no saber comportarse. Le gustaría que aplicara esa disciplina con su propia hija y no que hasta venerara que fuera demasiado coqueta con todos los caballeros que se acercaban a ella si tenían algún título.

Julia no respondió, desde luego ella no se hubiera callado de estar en la situación de Catherine Tal vez había algo más que se le escapaba, pero estaba segura de que vivir en aquella casa junto a su prima y su tía, debía ser un completo infierno, más aún para Cath que sufría aquella odiosa enfermedad desde hacía años y era un blanco fácil para Amelia.

—Bueno, no dejemos que lo del vestido te amargue la velada, querida — intervino Emily para calmar la situación que desconocía hasta qué punto Catherine había soportado insultos o vejaciones por su aspecto en su propia casa, pero le parecía increíble que alguien se pudiera mofar de su situación cuando era algo que ella misma no podía evitar. Desde que conoció a Catherine sintió nostalgia por ella, le recordó a ella misma cuando debía abandonarlo todo e ir a Londres junto a su hermana. Estaba asustada, creyendo que no encajaría en la sociedad y que nunca se casaría... algo en Catherine la impulsaba a ayudarla si estaba en su mano hacerlo.

—No, por supuesto que no —respondió Catherine intentando sonreír, sin admitir que lo que realmente le había arruinado la velada habían sido las palabras de David instantes antes en el carruaje.

Solo el tiempo le diría qué lugar tendría respecto a su esposo, si simplemente serían dos personas viviendo bajo el mismo techo o llegarían a trabar al menos una pequeña amistad.

El Vizconde les había dado como regalo de bodas una pequeña casa de dos plantas cerca del centro de la ciudad. Allí las casas no solían ser de grandes dimensiones como a las afueras, salvo alguna que otra excepción. Cuando entraron en su nueva casa Catherine comprobó que estaba decorada con tapices, cuadros y mobiliario nuevo. Tal parecía que el vizconde no había escatimado en gastos en cuanto al decorado de la casa o tal vez es que la había comprado así. Realmente, ahora que lo pensaba, nunca había logrado llegar a conocer verdaderamente a su padre. Desde que se casó con *lady Elisabeth*, se distanció de ella como si asumiera que su hija ahora estaba a cargo de su nueva esposa y que él podía dedicarse por completo a sus negocios.

Cuando comenzó a sufrir por primera vez aquellos brotes se preocupó un poco más por su salud, hizo venir a los mejores médicos, la llevó a especialistas... pero ninguno conseguía dar con el origen de aquello puesto que cuando parecía que iba a desaparecer, que remitía, de nuevo brotaba como si la atacara desde dentro. Finalmente viendo que su enfermedad no parecía tener cura, sino que iba a ser permanente, el vizconde simplemente pareció apartarla de su vida. Catherine solo tenía una queja de su padre, puesto que a ella nunca le había faltado realmente nada material en su vida, pero sí careció del amor de un padre hacia su hija.

—Lleve a *lady Catherine Clayton* a su habitación —pronunció David y Catherine escuchó se lo decía a una doncella de mediana edad.

La mujer le indicó que subiera las escaleras y la llevó hasta una habitación de

tamaño grande que denotaba ser la habitación principal, con una gran cama central, había una gran cómoda a la izquierda de la puerta y un tocador con espejo. Aquella iba a ser su nueva habitación, ¿La visitaría allí su esposo? ¿O daba por descontado que jamás acudiría a su lecho?

Pasó una noche inquieta, quizás por la espera a que su esposo abriese la puerta, pero eso definitivamente no ocurrió. Finalmente consiguió conciliar el sueño de madrugada en el silencio inquietante de aquella casa, le resultaba extraño no estar en su habitación de siempre, más aún la ausencia de su nana Lilith que aquella noche se había quedado en su antigua casa preparando los últimos baúles de sus pertenencias. Nadie la despertó a la mañana siguiente, simplemente abrió los ojos y dedujo que era bastante tarde por la luz que se filtraba desde la venta y supuso que serían más de las diez. Se levantó y se vistió ella sola puesto que no sabía realmente a quien llamar en aquella casa ya que no le habían presentado a la servidumbre y aún era desconocida para ella. Cuando bajó los escalones y vio a la misma doncella que la había llevado hasta su habitación no dudó en preguntarle.

—¿Dónde está mi esposo? —preguntó algo tímida.

¿Sabrían los criados que él no había acudido a su lecho en su noche de bodas?

—No ha vuelto aún mi *lady* —respondió la doncella avergonzada.

—¿Como? —exclamó.

No entendía, ¿Cómo que no había vuelto aún?, ¿De dónde?

—Salió anoche mi *lady*... y aún no ha regresado —aclaró.

Catherine se llevó una mano al pecho en signo de preocupación.

—¿Le habrá ocurrido algo?, ¡Oh dios mío!, Tal vez haya sufrido un altercado o lo han asaltado o... —Comenzó a decir pensando en lo peor hasta que el gesto contrariado de la doncella le hizo creer que su esposo estaba perfectamente, solo que viviendo la buena vida.

Se mordió el labio en respuesta para reprimir las ganas de gritar. La vergüenza que sintió en ese instante de que todos supieran el talante de su esposo antes que ella la hizo sentirse ingenua y frágil. Justo en aquel momento *lord* David Clayton, su esposo y el futuro duque de Lennox hizo acto de presencia.

—Buenos días “esposa” —dijo remarcando la última palabra con algo de hastío.

A Catherine no le pasó desapercibido el olor a alcohol que su esposo emanaba a raudales, ¡Qué vergüenza! Todos los criados de la casa sabrían de sobra que su matrimonio no había sido consumado y no solo eso, sino que su esposo había preferido pasar su noche de bodas fuera de su propia casa.

Catherine se tragó su orgullo. «Mejor eso que tener que aguantar a Amelia», pensó por unos instantes tratando de enfriar su mente. No importaba... sí, era cierto que se había hecho ilusiones con respecto a su matrimonio, pero a la vista estaba que no iba a tener lugar ningún tipo de relación entre ellos y ninguna cortesía por parte de él. Su padre le había comprado un esposo que no la deseaba y fin de la historia.

—¿Qué haces desayunando sola, mi niña? —preguntó la voz de Lilith.

Nada más ver a su nana entrar hizo que dejara de pensar en su reciente esposo.

—¿Con quién debería desayunar, nana? —preguntó confusa si en esa casa

vivían solos con el servicio.

—Pues con tu esposo, ¿Con quién sino? —dijo como si fuera evidente.

—Creo que mi esposo no está en condiciones de desayunar ahora mismo — respondió sin entrar en detalles.

No quería darle importancia, si lo hacía estaba segura de que lloraría y si comenzaba a llorar no pararía de eso estaba segura.

—¿Y tú sí? —respondió Lilith imaginando que a lo que se refería sería por su noche de bodas.

Cuando Catherine entendió a lo que se refería su nana enrojeció por la timidez.

—No... hemos.... él y yo... no.

—¿No habéis consumado el matrimonio? —terminó por decir la doncella.

Catherine asintió con la cabeza y Lilith refunfuño en respuesta.

—Pero debería... ¿Entonces es que está enfermo? —preguntó.

Catherine apreciaba que Lilith no mencionara su enfermedad como excusa para que su esposo no la tocara, pero lo cierto es que era así.

—No, nana —negó y respiró hondo para relatar lo que iba a decir sin que le doliera—. Él ha preferido pasar la noche fuera de aquí.

Su mente solo quería pensar que David no habría sido capaz de estar con otra mujer en su noche de bodas. No. No lo creía tan ruin y mezquino para hacer algo así, pero a la vista estaba que se la había pasado bebiendo, solo rezaba porque nadie de relevada importancia le hubiera visto o todo Londres sabría

hoy que su esposo no había pasado la noche de bodas con ella.

—¡Ay mi niña! —exclamó y se acercó a ella para consolarla entre sus brazos—. Ya verás cuando te conozca... estoy segura de que lamentará no haber estado aquí anoche y se arrepentirá de sus actos —dijo para reconfortarla.

Catherine por un lado querría creer que sí, pero su instinto le decía que no veía posible que aquellas palabras se hicieran realidad. Tenía que aceptar que era completamente indeseable.

David tenía una jaqueca horrible, ya no estaba en su casa para que la cocinera le preparara el brebaje que le hacía antes de acostarse para que al despertar no tuviera aquel horrible dolor de cabeza, por lo que cuando despertó pasado el almuerzo decidió no salir de nuevo aquella noche. Su cuerpo estaba para el arrastre y las resacas ya no las llevaba tan bien como cuando era más joven. Además, tenía que ahorrar fuerzas para la noche siguiente que era el cumpleaños de Richard e iban a armar una bien grande ya que su amigo correría con todos los gastos.

Catherine interpretó el hecho de que David cenara con ella como algo a su favor, ¿Quizás era arrepentimiento? Ella no hizo mención alguna al hecho de que él hubiera pasado fuera la noche de bodas y David parecía bastante serio, tanto que apenas mencionó palabra alguna.

—¿Que te parecería si nos vamos una semana a la casa de la playa en Eastbourne? Es una de las propiedades de mi familia, allí estaremos tranquilos —comentó David como algo trivial.

—¿Cuándo nos iríamos? —preguntó ilusionada por la idea de tener una luna de miel de verdad.

—Pasado mañana —afirmó—, ya te dije que mañana era el cumpleaños de

un amigo y no quería faltar, pero podemos irnos al día siguiente —añadió.

Lo cierto es que le apetecía descansar de tanta salida y después de la fiesta de cumpleaños de Richard iba a tomarse esas fiestas con otra filosofía, después de todo la pasada noche no había disfrutado todo lo que él creía que haría, pese a ser un libertino, se había dado cuenta de que tenía remordimiento de conciencia. Es más, ni siquiera terminó en alguna cama de un burdel barato con alguna fulana y aquello le sorprendía.

Aquella noche Catherine se prometió a sí misma que haría todo lo posible por ser la mejor esposa que su marido pudiera tener. Le demostraría a David que, pese a su aspecto, ella podría ser la perfecta marquesa que él necesitaba.

Con la excusa de su inminente luna de miel, Catherine aprovechó el día para hacer compras. No le importó que la pasada noche David tampoco hubiera acudido a su lecho, ella le daría tiempo, le daría todo el tiempo que él necesitara para acostumbrarse a su aspecto. Compró varias camisolas de gasa para ponerlas bajo los vestidos y disimular sus ronchas, algunos sombreros; uno de ellos con rejilla que camuflaban un poco su rostro y así no era tan evidente descubrir las ronchas de su cara y un par de botas nuevas. Gracias a Emily tenía vestidos y prendas de encaje interior como ajuar de bodas por lo

que no necesitaba más, así que, al llegar a casa, comenzó a preparar su equipaje ilusionada junto a Lilith sin saber lo que ocurriría aquella noche, sin prever que sus ilusiones se desvanecerían más rápido de lo que habían llegado.

Después de cenar David se marchó sin despedirse y ella decidió acostarse puesto que quería estar fresca al día siguiente para el viaje, pero no tenía sueño y decidió continuar con la novela que había dejado a medias antes de su boda que aún no había retomado. Debía ser de madrugada cuando un ruido la despertó, aún no había amanecido y comenzó a escuchar pasos acompañados de risas que intentaban acallarse con siseos.

Catherine abrió la puerta levemente, solo para que una finísima raja se filtrara del exterior y pudiera ver que estaba ocurriendo.

—Cssh calla o despertaremos a todos —susurró una voz de mujer.

Catherine pudo apreciar el vestido que ella llevaba, era demasiado llamativo y provocador y supo que mujer de la vida alegre como las llamaba *lady* Elisabeth, una fulana. Observó que David se apoyaba en ella como si apenas pudiera mantenerse por sí mismo en pie.

—Ezzzz ezzza —dijo señalando al fondo, indicando su habitación.

Catherine no lo podía creer, David había traído a una cualquiera a su casa, ¡A su propia habitación!, ¡Había traído a una fulana para acostarse con ella en su propia casa! A escasos metros de donde ella se encontraba.

Las lágrimas silenciosas comenzaron a brotar de sus ojos emborronándolo todo. Escuchó como la pareja seguía los pasos por el pasillo y después el sonido de abrir y cerrar la puerta de la que supuso sería la habitación de David.

No se lo pensó dos veces, salió de su habitación y se dirigió hacia las habitaciones del servicio donde dormía su Lilith. Entró sin llamar y la despertó zarandeándola.

—Nos vamos —dijo mientras las lágrimas aún salían de sus ojos.

—¿Qué?, Pero que hora es? —preguntó desconcertada la doncella puesto que aún no había amanecido, aunque ya comenzaba a verse algún rastro de luz de signos evidentes de que estaba a punto de hacerlo.

—No lo sé, ni me importa, pero no pienso quedarme en esta casa ni un segundo más —afirmó tajante.

—¿Que ha pasado? —preguntó la doncella extrañada por la reacción de su señora.

—Te lo diré de camino, despertaré al mayordomo para que cargue mis cosas en el carruaje y saldremos de inmediato.

—¿Pero a dónde? —preguntó la doncella despertando del todo.

—No lo sé... lo pensaré cuando esté fuera de aquí —admitió.

Estaba demasiado nerviosa para razonar en ese instante. Catherine se colgó su capa sobre el camisón, no pensaba subir esas escaleras ni volver a su habitación. Su instinto le decía que si escuchaba el más leve sonido en el pasillo proveniente de la habitación de David no lo soportaría, así que cubriendo el camisón con su capa y echándose el gorro de la capucha sobre su cabeza para ocultar su rostro salió de aquella casa sin mirar atrás. La leve luz del amanecer le indicaba que debían ser entorno a las seis de la mañana por las fechas en las que se encontraban. El frío de la mañana hizo que se encogiera bajo la fina capa, era consciente de que no iba adecuadamente

vestida, pero lo cierto es que en ese momento aquello no le importaba.

Subió al carruaje esperando a que tanto el mayordomo como su nana Lilith llegarán, para su suerte no tardaron demasiado tiempo en hacerlo puesto que el equipaje lo tenía prácticamente hecho para partir hacia su luna de miel. «Ingenua y tonta», pensó ahora en lo que acababa de ocurrir, ¿En qué momento pudo pensar que David la miraría con otros ojos? Desde luego que jamás lo haría. No si había sido capaz de hacer lo que sus propios ojos acababan de ver.

Lilith suspiró cuando se montó en el carruaje como si le faltara el aire, parecía algo agitada probablemente por la rapidez con la que había sucedido todo.

—Ya están los baúles cargados —dijo con evidente desahogo.

Catherine dio un golpe seco en la puerta y el carruaje se puso en marcha, se asomó por la ventanilla de la puerta y le comunico a su cochero que fuese sin rumbo fijo y diera vueltas por el centro hasta que le diera una dirección.

—¿Se puede saber que ha ocurrido para que hagas semejante locura? —preguntó Lilith que parecía casi asustada porque la conocía lo suficientemente bien como para que hiciese algo así repentinamente, ella que jamás era capaz de enfrentarse a una situación, ni encararse a nadie—. Apenas es de día —añadió ante el silencio de Catherine.

—Era necesario —dijo ella sin más—. No soportaba la idea de permanecer en esa casa ni un segundo más sufriendo esa deshonra —aclaró y la expresión de su doncella fue de conmoción, aunque evidentemente no entendía nada—. Mi “esposo” —dijo haciendo énfasis en la palabra esposo—. Ha traído a una mujer a su habitación y no a una “dama” precisamente. —volvió a hacer

énfasis en la palabra dama— . Sino a una mujer.... una... —No lograba decir la palabra.

—¿Una fulana? —exclamó Lilith que parecía contrariada, como si aquello no fuera posible.

—Si —respondió agradeciendo no tener que decirlo de sus propios labios.

—¡Virgen santísima! —exclamó la doncella. La tez de Lilith se volvió algo roja—. ¿Por qué no me dijiste nada, niña? —la acusó—. Le hubiera dado yo un buen escarmiento a esa... cómo se atreve a meterse en la casa de un caballero ¡Y estando casado! —gritó—. ¡Acabáramos!

Lilith parecía estar enfurecida con la mujer en cuestión cuando Catherine sabía que la culpa no era de esa mujer principalmente, sino de su esposo que había osado llevarla a su propia casa donde estaba su esposa.

—La culpa no es de esa mujer Lilith, sino del marqués.

No pensaba decir que era su esposo nunca más... no hasta que se le pasara la rabia interna que sentía, más por haberla avergonzado de aquella manera que de repudiarla de aquel modo.

—Es tu marido —respondió como si aquello significara que tenía que tragar con todo.

—No, podrá ser mi marido en un documento, pero no se ha comportado como tal y por eso mismo no pienso volver.

—¿Y a dónde irás?, ¿Volverás a esa casa para aguantar a ese par de dos? —preguntó con cierto tono de ironía.

—No, por supuesto que no —negó tajantemente.

—¿Y entonces? No tienes a donde ir mi niña... Además, necesitarías el permiso de tu esposo.

—Pues no pienso pedirlo, me crearé una identidad falsa si es necesario, pero no voy a volver, nana. Me niego a volver a esa casa.

Lo cierto es que en retrospectiva sí que estaba dolida, dolida de verdad y no entendía porqué ¿Es que acaso David le gustaba más de lo que ella creía?

Catherine lo tenía todo más o menos pensado, sería una auténtica locura, pero nadie se enteraría. Solo ella lo sabía y esperaba que así siguiera... iba a necesitar la ayuda de Emily para lograrlo, así que cuando le pareció una hora decente acudió a su casa y por suerte para ella, la duquesa de Sylverston madrugaba bastante al tener un negocio que atender.

—¡Catherine! —dijo sorprendida al verla con aquella capa y los finos encajes de su camisón que se translucían al caminar.

—Necesito tu ayuda Emily. Estoy desesperada —suplicó nada más verla.

—Por supuesto —contestó enseguida—, haré todo lo que esté en mi mano —respondió sin pensar.

—Catherine le contó lo que había ocurrido y las razones por las que había huido de su propia casa que eran las mismas por las que necesitaba marcharse.

—¿Tienes pensado dónde ir? Yo podría prestarte alguna de las propiedades de Lynette —respondió Emily sin dudar.

Catherine se sintió bien al no escuchar que su deber era estar al lado de David, se sintió mejor sintiendo el apoyo de su amiga.

—Te lo agradezco, pero lo cierto es que tengo una tía que vive en el ducado de Florencia —comenzó a decir Catherine—, puedo alojarme con ella, aunque no la veo desde la muerte de mi difunta madre, pero sé que me aprecia y podré quedarme en su casa.

—¿Entonces para qué me necesitas? —dijo Emily algo confundida.

—Necesito una identidad falsa —dijo sabiendo lo que implicaba—, no quiero correr el riesgo saliendo del país. Además, prefiero que si siguen mi pista no me encuentren —añadió.

Catherine vio meditar unos instantes a Emily que parecía pensativa.

—Espera un momento —dijo antes de salir de la habitación dejándola sola. Cuando Emily volvió traía un sobre y Catherine la miró extrañada—. Esto lo encargué hace un tiempo, pero ya no lo voy a necesitar —dijo antes de sacar una documentación falsa que respondía al nombre de una tal señorita Casandra Brooks de estado civil viuda—. Es tuyo si lo quieres — dijo Emily antes de que ella hablara.

—¿Pero no lo necesitas? —preguntó.

Realmente no quiso preguntar porqué razón Emily necesitaría una identidad falsa, ¿Tal vez también quisiera huir de su esposo?

—Tranquila, estoy segura de que no lo voy a necesitar —dijo sin entrar en detalles.

—¡Oh no sabes cuánto te lo agradezco! —exclamó ahora aliviada al saber que podría realizar sus planes.

—Solo espero no estar cometiendo un error, aunque por lo que me has contado dudo que así sea. Me apena el hecho de que tengas de irte de aquí y

no vuelva a verte, pero prométeme que me escribirás, al menos para saber que llegaste bien a tu destino.

—Te prometo que así será —dijo abrazándola agradecida.

—Quizás deberías cambiarte antes de marcharte, ¿No te parece? —preguntó divertida para que el peso de su huida no fuera tan amargo.

—Si, será lo conveniente si no quiero que me tomen por una loca y no me dejen subir al barco —afirmó.

David despertó algo desorientado. Le costó abrir los ojos lo suficiente para reconocer su habitación. Se movió levemente y tropezó con un cuerpo a su lado, aquello le sobresalto, ¿Tan borracho estaba que se había acostado con su esposa? Cuando se fijó en la piel de la joven supo que desde luego no era Catherine, y cuando miró el vestido tirado en el suelo identificó que había traído sin saber cómo a una prostituta a su casa. Se levantó de la cama rápidamente, salvo por la camisa tenía el resto de su ropa puesta, por lo que intuía que al menos no se había acostado con esa mujer, al menos no en su casa. Pese al dolor de cabeza comenzó a pasear por la habitación pensando en cómo salir de aquel embrollo, ¡Quería colgarse a sí mismo por hacer aquello!, ¿Como había podido estar tan borracho para permitirlo? No es que fuera el mejor de los caballeros, mucho menos el más honorable, pero ¡Cielos! Hasta él tenía sus límites y se había extralimitado haciendo aquello.

Le dio un manotazo a la joven para despertarla.

—¡Vamos, despierta!, ¡Vístete! —Le ordenó mientras él se ponía su camisa y la abotonaba como medianamente podía debido a los nervios.

—Espera aquí hasta que vuelva —dijo antes de salir de la habitación para ver si Catherine estaba despierta y si era así, en qué lugar de la casa estaría. Sería

capaz tirar antes a aquella mujer por la ventana a que su esposa la viera.

No es que estimara a Catherine, pero tampoco pensaba humillarla hasta ese punto. Realmente la muchacha no le había reprochado sus salidas, ni tan siquiera lo había intentado. Así que al menos le otorgaría cierto respeto. Se lo merecía después de todo.

«La culpabilidad te corroe», se dijo mentalmente.

Y era cierto... acaba de darse cuenta de lo ruin que había sido, no pensaba volver a beber hasta dentro de un largo tiempo, pero ahora tendría que salir de aquel lio en el que se había metido.

Para su suerte, Catherine no estaba por la casa, así que aprovechó para sacar a la susodicha fulana a hurtadillas por la puerta del servicio. No pudo evitar que una de las doncellas le viera y fue más que evidente su indignación, pero miró hacia otro lado y siguió con sus tareas.

Cuando David se bañó, afeitó y vistió adecuadamente, volvió a bajar para tomar el almuerzo debido a las horas que eran. Partirían hacia su luna de miel después del mismo y así llegarían a la caída de la tarde, pensó mientras hacía como que leía el periódico en el sillón del salón puesto que su jaqueca no le dejaba leer ni tres palabras coherentemente.

Le pareció extraño el retraso de Catherine para la hora del almuerzo, aunque tampoco conocía sus pautas, pero por las horas que eran le resultaba de lo más inhóspito.

—¿Está la marquesa en casa? —preguntó a la misma doncella que le había visto sacar a la prostituta hacía unas horas.

—No, señor —respondió secamente—. *Lady Catherine* salió esta mañana

muy temprano y se llevó sus pertenencias con ella. Hizo que cargaran sus baúles y se marchó en el carruaje —dijo sin más detalle.

—¿Que se marchó temprano? —preguntó sin comprender nada—. Llame a Harrison, quiero hablar con él —añadió refiriéndose al mayordomo.

—Si mi *lord* —contestó la doncella.

—¿Qué sabe sobre mi esposa? —preguntó inquisitivo en cuánto el mayordomo apareció por la puerta.

—Mi *lord*, esta mañana sobre las seis me despertó y ordenó que cargara sus pertenencias en el carruaje, posteriormente se marchó sin dar explicaciones junto a su doncella personal.

—¿No dijo a dónde iba? —preguntó extrañado por la reacción de Catherine.

—No, mi señor, pero parecía llevar mucha prisa, cualquiera diría que había visto un demonio para salir de esa forma.

—Está bien, pueden retirarse —dijo mientras se sentaba en la butaca.

Un demonio no, pero seguramente sí que le vio a él traer a una fulana a su propia casa. Si Catherine había huido de aquella forma solo podía deberse a eso... ¡La había fastidiado a base de bien!

Catherine se había marchado. Había salido de su vida, ¿Por qué no se alegraba entonces? Ahora podría seguir siendo el libertino que era sin ningún tapujo. Su esposa le había dejado vía libre para hacerlo, pero la culpabilidad que sentía por ser el causante de su marcha le hizo sentir una opresión en el pecho hasta ahora desconocida.

Catherine compró los pasajes del primer barco que salía rumbo a Europa a primera hora de la tarde, para su suerte aún quedaban algunos libres y aunque aquel barco llegaba solamente hasta costas francesas, debería hacer el resto del viaje en carruaje atravesando Francia. Sabía que tardaría semanas en llegar a su destino y que iba a ser largo además de tedioso, pero al menos la distracción y el cansancio por el viaje no le permitiría pensar en la locura que estaba cometiendo, porque si lo pensaba sabía que se retractaría de sus actos y no deseaba hacerlo.

Cuando se vio a bordo del barco y alejándose del País que la había visto crecer, un sentimiento de miedo y nostalgia la invadió. Realmente no sabía porqué, puesto que, salvo sus recientes amistades y Julia, el resto de personas que la rodeaban no las estimaba lo suficiente como para poder echarlas de menos y la única persona que sí la quería se la había llevado con ella. Quizás fuera el sentimiento de abandonar lo conocido, de enfrentarse por el contrario a lo desconocido; sin duda alguna, el miedo al futuro que estaba por llegar, un futuro que ella había escogido para huir. Al menos le quedaba la seguridad que obtendría junto a su tía, sabía perfectamente que Camelia Lavender no iba a reprocharle su osadía, precisamente ella no.

—No estoy de acuerdo con esto, niña —refunfuñó Lilith como estuvo haciendo desde el momento en el que le dijo hacia donde pretendía ir.

—Ya te dije que eras libre de quedarte, nana —contestó.

No iba a obligar a nadie a acompañarla, menos aún a Lilith con sus prejuicios, pero su doncella de toda la vida no iba abandonarla, aunque fuese a meterse en la boca del lobo.

—Ese no es un lugar para señoritas de buena reputación —insistió.

—Por si no lo recuerdas, dejé de ser una señorita hace cuatro días, ahora soy una marquesa y según esto, una señora viuda, pero nada de señorita —dijo señalando su documentación falsa.

Lilith suspiró hondo y se marchó de la cubierta dejándola sola con sus pensamientos.

Quizá Lilith tenía razón y no era una buena idea ir al ducado de Florencia y alojarse con su tía, teniendo en cuenta la reputación de Camelia. De todos modos, nadie sabía a lo que su tía se dedicaba, ni tan siquiera el vizconde. Su

madre lo supo ocultar muy bien y ella lo sabía por las cartas que encontró escondidas hacía unos años en el trasfondo del tocador de su habitación que en su día fue el de su madre.

Realmente no había mantenido correspondencia con Camelia, esperaba que se encontrara bien después de todo, aunque lo normal hubiera sido avisarla, quizá debiera enviarle una carta urgente cuando llegase a costas francesas para avisar de su inminente llegada.

—¿Dónde está el aceite de almendras, nana? —preguntó mientras rebuscaba entre el baúl.

La incomodidad de no poderse dar un baño en condiciones en el barco hizo querer sentirse al menos bien perfumada, necesitaba que aquel olor floral le diera de nuevo esa sensación.

—¡Sabía que se me olvidaba algo! —exclamó de pronto la doncella—. ¡Con tanta premura no lo recordé! No los metí en el baúl para que no mancharan los vestidos durante el trayecto si se rompían y los puse en una bolsa de tela cuidadosamente, pero se me olvidó cogerla mi niña —dijo apenada—. Lo siento, sé cuánto te gusta ese olor —añadió Lilith apesadumbrada.

—Bueno, no importa —contestó un poco melancólica—. Tengo este pequeño frasco que al menos me servirá para oler la fragancia —dijo con pesar.

Era un pequeño y fino frasco de cristal en el que depositaba el aceite para utilizarlo en ocasiones como perfume por la comodidad del frasco. Siempre lo llevaba consigo, al menos podría oler la fragancia cuando quisiera. Tal vez encontrara a un perfumista que fuese capaz de realizarle algo similar a esa fragancia en el ducado de Florencia.

Tardaron tres semanas en llegar al ducado de Florencia, el camino fue largo,

angosto y pesado. Tuvieron que hacer numerosas paradas hasta llegar, lo cierto es que Catherine no tuvo problemas de dinero porque saco el suficiente para el viaje y lo llevaba a buen recaudo. Pese a los miedos de su doncella, no sufrieron ningún tipo de asalto, también es cierto que Catherine fue lo suficientemente precavida como para no viajar sola con su doncella, sino que buscó siempre la compañía de más viajeros de tal forma que no pudieran ser una presa fácil.

—Por fin hemos llegado —dijo cuando se bajó del carruaje.

Realmente no sabía la dirección exacta donde se alojaba su tía, pero esperaba encontrarla por su nombre. Se dirigió a uno de los carruajes que se alquilaban y preguntó en su perfecto florentino bastante oxidado de no usarlo durante varios años si podía llevarlas hasta Madame Lavender.

El hombre la observó con cara de incredulidad, pero afirmó que conocía la dirección, se montaron de nuevo en el carruaje cargando sus pertenencias y durante media hora condujo por el centro de la ciudad hasta llegar a una calle algo menos transitada.

—Es aquí —dijo el cochero bajando sus pertenencias y dejándolas frente a la pintoresca fachada del edificio.

Catherine le dio las gracias, le pagó con las pocas monedas que había conseguido cambiar. Se sintió algo turbada ante la realidad de pronto, pero no se paró a pensar en ello y llamó a la puerta. Tuvo que insistir hasta que finalmente la abrió un hombre bastante fornido.

—¿Qué quiere? —preguntó después de observarla fijamente. Su tono no era amable precisamente.

—Estoy buscando a *lady* Camelia Lavender —dijo algo abrumada.

—¿Se refiere a Madame Lavender? —preguntó con un tono de voz que incitaba respeto—. ¿Quién pregunta por ella? —dijo entrecerrando sus ojos observándola, como si la estuviera valorando detenidamente.

—Su sobrina, la honorable Catherine Wells —respondió.

El gesto del hombre pareció sorprendido, tal vez no era la respuesta que esperaba escuchar.

—Espere un momento —dijo tras cerrar la puerta y Catherine desde luego no pensaba irse

Cuando la puerta se abrió de nuevo una mujer de mediana edad, pero muy bien conservada apareció en lugar de aquel hombre que miró primero a Catherine sin reconocerla y después a Lilith, evidentemente supo al reconocer a esta segunda que la joven que se hallaba frente a ella era su sobrina.

—¿Catherine? —preguntó la mujer.

—¿Tía Camelia? —exclamó con los ojos algo llorosos

Reconocer los ojos azules tan parecidos a los suyos en su tía la hizo creer que sí, por lo que sin previo aviso se lanzó a sus brazos.

—¿Qué haces aquí?, ¿Por qué no me avisaste de que vendrías? ¿Y qué te ha pasado en la piel, pequeña?

—Es una historia larga de contar, tía —dijo derramando alguna lágrima ahora que podía sentirse “a salvo”.

—Vamos pasa, no te puedes quedar aquí en la calle. Te podrían ver —dijo apremiándola a que pasaran dentro—. Giovanni encárgate del equipaje de mi sobrina y su doncella —añadió dándole órdenes al hombre fornido de antes

que al parecer se llamaba así.

—¿Como me has encontrado? —preguntó curiosa mientras la llevaba a lo que parecía un salón con varios sofás y tapices bien decorados, aunque demasiado ostentosos para el gusto de una dama.

—Por las cartas de mama —anunció sinceramente.

—Dios mío... esas cartas tienen muchos años Catherine, ¿Te atreviste a hacer este viaje sin saber siquiera si seguía en la misma ciudad? Debió de ocurrir algo grave para que una señorita como tu venga hasta aquí sabiendo a lo que se expone.

Catherine pensó detenidamente que desde luego aquel lugar no era el más indicado para una dama. Ella, que había huido de su propia casa porque su esposo había traído a una fulana a su hogar, iba a alojarse precisamente en un lugar lleno de fulanas, en el burdel que regentaba su tía Madame Lavender.

—Bastante grave tía, al menos así me lo pareció a mí. Realmente necesitaba salir de Inglaterra, alejarme de todos y sobre todo de él —relató a su tía.

—Así que hay un él —repitió—. ¡Siempre hay un él! —dijo a modo de reproche—. La mayoría de mis chicas están aquí por un él, espero que tu no seas una de ellas. —La miró inquisitivamente.

—Es mi esposo —confirmó antes de que su tía hiciera alguna conjetura.

—Bueno, eso no cambia mucho las cosas, mírame a mi... ¿Te ha llevado a la ruina a ti también? —preguntó—. Sé que el vizconde hizo grandes fortunas, mi hermana quiso ayudarme a escondidas en alguna ocasión, pero me juré a mí misma que no le debería nada a ningún hombre en lo que me restara de vida y afortunadamente para mi hasta ahora así ha sido.

—No, quizás hubiera sido mejor eso que lo que hizo —dijo algo compungida.

—¿Algo peor que dejarte en la mísera calle y con miles de deudas por doquier? Déjame dudarle criatura... tú no sabes lo que es, estar de un día para otro con una mano delante y otra detrás, ¡Menos mal que Dios no me dio la oportunidad de tener hijos porque juro que no sé qué habría hecho!

Catherine sabía entre líneas la historia de su tía puesto que Lilith se la había contado cuando insistió en ello. Su tía Camelia se casó por amor, con un noble hombre sin gran fortuna, ni título nobiliario, pero a ella no le importó. Decidieron irse al ducado de Florencia para probar suerte en los negocios, la dote de su abuelo por parte materna fue generosa y eso les permitía intentar forjar su futuro. Además, su abuela materna era de origen florentino y tanto Camelia como su madre Isabella hablaban perfectamente el idioma, de ahí que ella misma lo comprendiera. Para su desgracia, el marido de su tía no era lo que ella creía, pronto se dio cuenta que la idea de irse a ese país no había sido buena, cuando descubrió que su esposo había dilapidado toda su dote en jugar a las cartas, en malas inversiones y en compañía femenina, había comenzado a pedir crédito acumulando deudas con acreedores y personas demasiado peligrosas que amenazaban no solo a su esposo, sino también a ella sin saberlo. Finalmente descubrió todo aquello demasiado tarde, su marido se suicidó dejándola a ella sola y sin un penique.

Lo fácil hubiera sido huir, buscar refugio en sus padres, pero las personas que habían prestado dinero a su esposo comenzaron a presionarla a ella. La seguían y desde luego, no iban a permitir que abandonara el País sin cobrar antes sus deudas. Sin poder pedir ayuda a sus padres para no poner en peligro a su familia también por culpa de su esposo, hizo lo único que podía hacer, ofrecer sus servicios como amante a un acaudalado hombre que saldó sus

deudas.

A raíz de aquello se dio cuenta de que no podría volver a Inglaterra, ¿Como podría enfrentarse a su familia después de convertirse en la amante de un hombre vendiendo su cuerpo al mejor postor? No... poco a poco fue ahorrando dinero, haciéndose una experta en el arte de complacer a un hombre. Se fue labrando un nombre y ofrecía sus servicios a otros acaudalados caballeros para conseguir más y más dinero hasta que finalmente tras siete años de esfuerzo y constancia consiguió abrir su propio burdel donde no volvió a ejercer, otras ya lo hacían por ella.

—Mi padre compró a mi esposo, creo que es “evidente” porque lo hizo — dijo señalando su piel.

—¿Que le ocurre a tu piel? —preguntó de nuevo.

—Es una enfermedad que sufro desde los diez años... por más médicos que he visitado no han logrado averiguar de qué se trata. Lo más probable es que sea algo que está en mi sangre, lo único real es que no tiene solución aparente, por tanto, no puedo reprocharle a David que no me desee, que ni tan siquiera pueda tocarme —confesó sin querer que se notara que en el fondo reconocerlo le dolía—. Había asimilado que llevaríamos vidas separadas, que, aunque conviviéramos en la misma casa y estuviéramos casados, no existiría nada entre nosotros, lo que no me imaginaba es que fuese a traer a sus amantes a mi propia casa.

—¡Acabáramos! —gritó su tía—. ¡Hasta el más canalla de los hombres que ha pisado mi burdel sería incapaz de llevar a una de mis chicas a su casa!

—Por eso me fui, no podía soportar tanta humillación —Su voz era frágil, a punto del llanto.

—¿Lo amas? —preguntó su tía.

—No... bueno él es... —comenzó a decir—. No —negó—. No lo amo.

—Pues yo creo que sí —dijo su tía—. Una no se va tan lejos solo por esa humillación abandonando todo lo que conoce. No te digo que no te habrías alejado de la ciudad, pero atravesar medio mundo para alejarte de él... tal vez ni tu misma te hayas dado cuenta de que lo amas, pero el tiempo te lo dirá.

¿Amar a David? No podía ser, ¡Si apenas lo conocía! Además, ¿Cómo podía enamorarse de un hombre así? Él era guapo, eso era un hecho y se había hecho falsas ilusiones, pero de ahí a amarlo... no, definitivamente solo se había ido por la humillación y el dolor que sintió al verle con otra... ¿Dolor? Si... dolor y celos por buscar en otra mujer lo que en ella no podía sentir.

—Creo que sí —afirmó comenzando a soltar pequeñas lágrimas de sus ojos.

¿Había tenido que ir hasta el ducado de Florencia para darse cuenta que en lo más profundo de su ser, su corazón estaba sintiendo algo por ese canalla?

—No te preocupes cielo, estás en el lugar adecuado para saber cómo conseguir tener a un hombre danzando en la palma de tu mano —confesó su tía sorprendiéndola—. ¿Sabe alguien que estás aquí?

—No... bueno, una amiga, pero no saben tu nombre, ni dónde encontrarte —confesó.

—Bien, porque si te quedas aquí y lo descubren no será nada bueno para tu reputación —dijo guiñándole un ojo—. Ven, te instalaré en mi cuarto de invitados para que te acomodes, después te presentaré a las chicas.

Conforme pasaban los días David no pudo evitar preocuparse en parte por sentirse responsable de la partida de Catherine. Se informó de que no estaba

en casa del vizconde, así que, sin duda, habría acudido a alguna de sus propiedades, por tanto, allí estaba él, recorriendo una a una para pedirle perdón en cierta forma y prometerle que no volvería a ocurrir semejante hazaña, ¿Que por qué? Ni él mismo lo entendía, pero de algún modo le preocupaba su esposa, al fin y al cabo, era su responsabilidad.

Realmente Catherine no tenía la culpa de que él fuera así, un completo canalla que hasta incluso lo reconocía para sí mismo. Su ingenua esposa ni tan siquiera había sido capaz de reprocharle nada, simplemente había hecho las maletas y se había ido, eso le hacía sentirse aún más culpable de lo que era.

La encontraría, le diría que no se repetiría, le aseguraría de que podía estar tranquila y que jamás volvería a llevar a ninguna mujer a su propia casa, que todo había sido una confusión “sin entrar en el detalle de que Richard hizo una apuesta para ver si era capaz de hacer semejante locura y él en su estado de inconsciencia debido a la embriaguez aceptó”. Le prometería a su esposa que llevaría “sus asuntos de faldas” lo más discretamente posible, porque desde luego no iba a renunciar a acostarse con otras mujeres y no le importaba que Catherine lo supiera, al igual que tampoco le importaría si ella lo hacía. Si, eso haría si es que era capaz de encontrarla en alguna de las propiedades que ya llevaba días recorriendo.

Catherine siempre había creído que las mujeres que trabajaban en los burdeles serían ordinarias, sin ningún tipo de cultura, instrucción o sabiduría, pero que equivocada estaba... Precisamente ellas, al menos en el ducado de Florencia, estaban bien instruidas para saber dar conversación a los caballeros. Se culturizaban para poder saber de qué hablaban e incluso su tía Camelia confesó que en ocasiones ejercían de espías para el gran ducado de Firenze.

En el ducado de Florencia “Firenze” reinaba la dinastía Habsburgo–Lorena tras morir el último miembro de la familia Médici que había gobernado durante siglos, sin descendencia. El gran duque de Toscana Fernando III, hijo

y sucesor de Leopoldo II era quien reinaba el ducado junto a su esposa María Fernanda de Sajonia.

A Catherine no le atraía el tejemaneje de la realeza, bastante tenía con su enfermedad y con asumir sus sentimientos hacia el marqués de Normanby, su esposo. Pensando en su enfermedad, ahora que se observaba la piel parecía haber mejorado inexplicablemente, incluso los picores de los que siempre padecía y a los que tenía que refrenar sus ganas de rascarse no eran tan excesivos; tal vez solo fuera la calma que precedía a un nuevo brote...

Llevaba tres días en aquel burdel y comenzaba a acostumbrarse a su gente. Observaba desde arriba algunas noches sin poder evitarlo como se desenvolvían aquellas mujeres en el salón; sus movimientos seductores, sus pasos sigilosos para acercarse a sus presas sutilmente. Coqueteaban y llamaban la atención con descaro, incluso algunas reían a carcajadas sin ningún tipo de complejo y aquello obviamente, parecía complacer a los caballeros que visitaban el burdel.

—¿Que buscas, Catherine? —preguntó su tía.

—No entiendo a qué se refiere tía —contestó algo abochornada.

—Las observas desde que llegaste, como si buscaras una respuesta en lo que ellas hacen.

—Bueno... yo... realmente admiro la seguridad que tienen para acercarse a un caballero —confesó—, no parecen avergonzarse, ni tienen miedo de hacerlo.

—¡Oh querida! —exclamo *lady* Camelia—. La timidez es lo primero que una cortesana pierde, lo segundo es su virtud y lo tercero; sus sentimientos querida. Todo lo que ves aquí Catherine no es real, es solo un papel que esas

mujeres interpretan para conseguir lo que ellos desean, algunas incluso llegan a disfrutarlo de verdad.

—¿Tu lo disfrutabas, tía? —preguntó curiosa.

—Solo tuve un amante con el que verdaderamente disfruté, querida... pero no lo amaba —confesó pareciendo recordar tiempos pasados—, no podía volver a amar a ningún hombre y eso condenó nuestra relación, porque él quería algo que yo no le podía ofrecer.

Catherine no respondió, supuso que su tía no quería hablar más del asunto.

—Ven, creo que es hora de que te despoje de esos miedos que albergas y enfrentarte a la realidad. Te voy a enseñar todo lo que tuve que aprender por mí misma y que igualmente enseñé a mis chicas... ¡Vamos, acompáñame!

Catherine siguió a su tía por un pasillo largo y estrecho, subieron unas escaleras de caracol que parecían desembocar en una buhardilla.

—Usamos esta habitación un poco para todo, pero principalmente aquí se instruye a las aprendices —dijo *lady* Camelia en cuanto abrió la puerta.

Catherine observó una especie de maniquí de tela con algún tipo de relleno, se fijó en la protuberancia que había entre las piernas y se quedó boquiabierta.

—¿No has visto nunca a un hombre desnudo? —preguntó su tía un tanto confusa por su reacción.

—No —confesó sincera.

—¿Ni a tu esposo? —exclamó extrañada.

—No, él y yo... no...

—Eres virgen —afirmó sin necesidad de corroborarlo—. Debí imaginarlo. Bueno, realmente no eres la primera virgen a la que enseñé, así que empecemos.

Al principio Catherine se sentía arder por la vergüenza cuando su tía comenzó a explicarle el cuerpo de un hombre con sus puntos más sensibles; donde se excitaba con mayor facilidad, las formas sutiles de rozar delicadamente esos puntos sensibles o incluso como hacerle creer con algunos trucos que te gustaba.

Las lecciones de su tía se limitaban a charlas, experiencias y sobre todo información que su cerebro trataba de asimilar. Su tía decía que una vez tuviera la base aprendida, comenzaría a practicar, aunque obviamente no mantendría una relación con un hombre, sino que las chicas le enseñarían como hacerlo. En cierta forma tanta charla le había servido para que no tuviera reparo alguno de hablar con total libertad sobre el tema. Después de todo en aquella casa todas se alimentaban de la misma fuente; sus artes amatorias en el lecho con un hombre.

Catherine se había levantado para el desayuno bastante tarde para no hacerlo sola. Su tía tenía trabajando en el burdel a doce chicas, lo cierto es que aún no le había dado tiempo de hablar con todas ellas, pero para su incredulidad, la trataban como a una más y no le hacían sentirse mal por su aspecto.

—Catherine, hoy vamos a visitar al perfumista, ¿Te apetece venir con nosotras? —La pregunta vino de una de las más jóvenes cortesanas, se llamaba Emma si mal no recordaba y era una criatura hermosa de rizos oscuros y ojos castaños.

—¿Perfumista? —preguntó curiosa.

Lo cierto es que, aunque a ella no le importaba dejarse ver con aquellas chicas, aunque ello supusiera un riesgo para su reputación, pero estaban en un país donde nadie la reconocería y ella había comenzado a verlas como lo que verdaderamente eran, mujeres normales que ejercían ese oficio por necesidad o porque no tenían otra opción.

—Si, solemos ir cada cierto tiempo a visitarle. Maximilian es el mejor perfumista de toda la ciudad, su padre era francés y tiene un olfato increíble. Además, suele hacernos descuento cuando Annabella viene con nosotras — dijo comenzando a reír mientras la aludida la miraba frunciendo el entrecejo —. ¿No quieres un perfume nuevo?

«¿Un perfume?» pensó Catherine. Lo cierto es que sí que quería algo...

—¿Está muy lejos de aquí? —preguntó pensando si podría acudir junto a ellas.

—No, está justo al final de la calle a mano derecha —contestó de inmediato —. Vamos, ven... seguro que Maximilian acierta con tu esencia.

Su tía no puso reparos a que fuera con Emma y Annabella al perfumista, Lilith en cambio sí que lo hizo, pero hizo caso omiso de sus reproches y se adecentó para salir por primera vez desde que había llegado al ducado de Florencia, a sus calles.

Cuando la calle terminó y ésta se cruzaba con la vía principal, Catherine supo lo que era ser el centro de atención de todas las miradas. Verdaderamente supo lo que aquellas mujeres significaban, todos y cada uno de los caballeros que paseaban las observaban deleitándose con su forma de andar. Allí en el ducado de Florencia, las cortesanas no vestían tan llamativas y de forma vulgar como en Londres, sino que lo hacían de una forma más sugerente y

adecuada, incluso le recordó a la sutil forma que su amiga Emily realizaba sus vestidos para seducir a la sociedad.

—Es aquí —anunció Emma antes de empujar una pequeña puerta de madera. Encima de ésta había un cartel con un dibujo de un frasco perfume y al lado estaba escrita la palabra “Parfum”.

—Buenos días Annabella —pronunció la voz masculina del hombre de apenas veintipocos años que había tras el mostrador. Denotaba pura adoración hacia la joven cortesana. Catherine observó como Emma la miraba cómplice con una sonrisa, ser partícipe de aquello la hizo sentirse mejor.

—Hemos venido a por un nuevo perfume —dijo Annabella en un tono sensual, como si realmente pareciera interesada en aquel hombre.

—¿Un perfume para cada una? —contestó sonriente pero solamente tenía ojos para Annabella.

—Si —respondió Annabella.

—Usted parece nueva —dijo ahora fijándose en la presencia de Catherine.

—Si, llegué hace poco —contestó sin entrar en detalle.

—Aquí tengo algunas muestras ya realizadas, si elige uno o dos, puedo interpretar cuales son las notas que más le agradan para poder realizar un perfume exclusivo para usted —dijo ofreciéndole un muestrario bien colocado en una caja de madera.

—Maximilian es capaz de adivinar las esencias exactas que contiene un perfume con solo olerlo —dijo Emma elogiando al dependiente.

—¿Es eso cierto? —preguntó Catherine.

—Bueno... han sido muchos años de oler plantas y flores, tengo esa facilidad —contestó modestamente.

—Si yo le doy un aceite que contiene esencias florales, ¿Sería capaz de conseguir el mismo olor?

—Lo podría intentar —le aseguró.

Catherine sacó de su bolso el pequeño frasco de aceite de almendras de *lady Elisabeth* que aún no había usado por si se le gastaba.

—Sé que es un aceite de almendras, pero lleva varias esencias florales y adoro ese olor, si pudiera hacer un perfume que oliese igual que este aceite o lo más parecido posible...

El dependiente cogió el frasco, lo abrió y cerrando los ojos inspiró de una forma peculiar el aroma realizando movimiento extraño mientras lo hacía, como haciendo círculos en el aire.

—Lirio blanco, Jazmín, canela, bergamota, Amapola, Azahar, violetas.... —Comenzó a relatar y volvió a hacer el gesto de nuevo—. Extracto de rosas, esencia de vainilla y.... —Guardó silencio momentáneamente y abrió los ojos mirándola fijamente—. Si, está mezclado con el aceite de almendras en menor proporción, ¿Puedo quedarme con el frasco? Hay un componente más del que no estoy completamente seguro —confesó mirándola con cierto interés.

Ante la incredulidad de Catherine por saber reconocer todas esas plantas en ese frasco aceptó de buena fe, solo esperaba que finalmente pudiera obtener el perfume de ese olor que tanto le agradaba y se marcharon de nuevo hacia el burdel.

—No Catherine —repitió Emma por enésima vez—. Tienes que balancearte, como si fuera una danza, sé que es difícil porque nunca en tu vida has usado ese movimiento y además te saldrá de manera natural cuando montes a un hombre, pero el balanceo debe ser con esta parte —dijo señalando su bajo vientre y la parte alta de su trasero con las manos—. No con esto —añadió señalando una zona más arriba.

Llevaban varios días practicando unas posturas de lo más vergonzosas para ella y que desde luego intuía que jamás usaría en realidad. Realmente no entendía porqué se sometía a aquello que al principio le daba demasiado pudor y que ahora parecía haber perdido su vergüenza. Se esforzaba por aprender lo que le enseñaban, comenzaba a encontrarse a gusto en aquel lugar, a encajar, a ser realmente aceptada y sorprendentemente con cada día que pasaba sus vestidos los notaba cada vez más sueltos, como si estuviera encogiéndose en sí misma. No se notaba los brazos tan hinchados, ni las piernas, algo estaba mejorando en ella y solo hacía que se sintiera más feliz consigo misma.

—¡Eso es! —gritó de pronto Emma—. Tienes que encontrar el equilibrio sobre ti misma —le indicó—. No puedes apoyarte en ningún sitio, practica hasta que ese movimiento te salga de forma natural —agregó—, yo tengo que empezar a arreglarme que en dos horas vendrán los primeros clientes —anunció antes de marcharse.

¿Realmente aprender todo aquello le serviría de algo? No estaba del todo segura de que moviéndose así un hombre cayera rendido a sus pies, pero ¿Qué sabría ella si hasta ahora era completamente ingenua ante todo lo que sucedía en el lecho marital?

Bajo a cenar media hora más tarde. Normalmente las chicas cenaban antes de

abrir las puertas y después tomaban algo a altas horas de la madrugada cuando cerraban el burdel.

—¿Que tal te desenvuelves con Emma? —preguntó *lady* Camelia a Catherine en cuanto la vio aparecer—. Puedo pedírselo a otra en su lugar si no te gusta su forma de enseñarte.

—No hace falta tía, Emma es muy amable y directa, de hecho, es demasiado directa y casi lo agradezco porque de otro modo no aprendería —confesó mordiéndose la lengua—. ¿De verdad que haciendo todo lo que Emma me enseña puedo hacer que cualquier hombre este a mis pies?

Su tía emitió una sonora carcajada en respuesta, no creía que hubiera dicho nada divertido, pero al parecer así era.

—Mi querida sobrina, a veces olvido lo ingenuas que son las damas de buena cuna —le confesó—. Como ya te dije, un hombre siempre se mueve por sus instintos, sus más fieles y bajos instintos —recalcó—. El placer que un hombre encuentra en una mujer es uno de ellos y créeme cuando digo que es capaz de hacer cualquier cosa por obtener ese placer si saben cómo proporcionárselo —le advirtió.

—Entonces, ¿Una esposa no sabe darle ese placer a su marido? —preguntó directa. Quizá era eso por lo que los caballeros tenían siempre amantes...

—Por norma general no, Catherine —respondió sinceramente su tía torciendo el gesto—. En la educación de una dama no entra la lección de cómo complacer a su esposo en su cama, es más, no entiendo porque muchas de ellas van sin saber que les espera en su noche nupcial, algunas con la incertidumbre, otras con miedo... dime Catherine, ¿Alguien te contó que esperar sobre tu noche de bodas? —preguntó inquisitivamente.

—Bueno... Lilith me había explicado, pero es cierto que, de no ser por ella, las explicaciones de *lady* Elisabeth fueron demasiado ambiguas sin llegar a decir nada en concreto sobre lo que debía esperar —confesó.

—¿Ves? —exclamó corroborando lo que anteriormente había mencionado—, pero contigo mi querida sobrina, no voy a consentir que seas otra de esas pobres e ingenuas damas que callan y aguantan que su esposo haga con ella lo que quiera mientras mantiene a cientos de amantes. —Su tía hablaba como si la situación de Catherine le afectara a sí misma—. Te miro y me veo a mí hace quince años... no dejaré que nadie te manipule, serás tú quien lleve las riendas de tu matrimonio, Catherine y no al revés.

—Pero él jamás me verá bonita, tía... ni tan siquiera se acercará a mi —dijo realista.

—Catherine —dijo su nombre llamando su atención—. Torres más altas han caído —afirmó seriamente—. Si tú eres capaz de creer que eres bella pese a tu aspecto, todos lo creerán.

Catherine la miro sin estar del todo segura, ¿Si ella se lo creía, todos lo harían? Nunca una mentira había sonado tan bien.

—Tuve una vez una chica hará un par de años —comenzó a relatar—. No era hermosa, de hecho, era la menos agraciada de todas las que había tenido hasta ese entonces. La decidí contratar por su carácter, estaba segura de sí misma, decidida y eso me gustó, pensé en ponerla a prueba un par de semanas y si no funcionaba la echaría —Catherine prestaba atención a su tía, parecía que con aquella historia pretendía revelarle algo de suma importancia para ella—. Me demostró que las apariencias engañan Catherine. En dos semanas, tenía a todos los caballeros revolucionados y solo la querían a ella, la preferían sobre las otras chicas, su increíble parlotearía, su seguridad en sí misma, hacía que

un hombre no pudiera dejar de mirarla pese a no ser tan hermosa como las demás.

—¿Y qué ocurrió con esa chica? —preguntó curiosa, le gustaría conocerla.

—¡Oh, se fue a Francia! Realmente vino aquí para hacer dinero y poder marcharse, ese era su sueño.

—Y lo consiguió —afirmó.

—Así es Catherine... así es.

Catherine se quedó pensando si su tía tendría razón con aquello... ¿Tal vez si ella misma dejaba de darle tanta importancia a su aspecto, otros dejarían también de dársela? Lo cierto era que desde que había llegado allí, nadie la miraba mal, nadie cuchicheaba a escondidas sobre ella, es más, todos parecían tratarla como si su aspecto fuera lo más normal del mundo. Si todos lo hacían, ¿Por qué ella no?

La puerta se vio interrumpida de pronto haciendo que tanto ella como su tía se sobresaltaran.

—¡Maximiliam! —exclamó de pronto su tía al ver al joven perfumista algo agitado y con aquellas formas de entrar apresuradamente sin avisar.

—Lo siento Madame, no he podido contenerlo y como es conocido... —dijo disculpándose Giovanni el fornido hombretón que se encargaba de la seguridad del burdel.

—Tranquilo Giovanni —dijo su tía mirando ahora al joven perfumista—.

Annabella está arriba —añadió como si fuera aquello lo que le traía así de agitado.

—No es eso, Madame —dijo ahora recuperando el aliento—. He venido en cuanto lo he averiguado —añadió ahora mirando a Catherine—. ¿Se ha vuelto a aplicar ese aceite que me dejó hace días? —preguntó mientras la miraba como si la estuviera estudiando detenidamente.

Catherine pareció extrañada por el hecho de que la observara así. Ese perfumista era un tanto extraño, pensó.

—No, lo cierto es que le pedí ese perfume porque me había dejado todos los aceites en casa y no traje ninguno conmigo durante el viaje, solo el que le presté —confesó.

—¡Oh, menos mal! —exclamó ahora aliviado.

—¿Por qué?, ¿Qué ocurre? —preguntó su tía ahora sin entender.

—Había un aroma que no conseguí descifrar en el momento que me dejó el frasco, era leve, pero podía apreciar las notas del rastro que dejaba. Pensé que sería alguna flor exótica o menos común... pero no encontré ese olor, aunque me resultaba familiar —comenzó a relatar Maximilian—. No fue hasta que recordé su aspecto que quizá podría ser un tipo de planta que jamás se utilizaría para realizar un ungüento, perfume o algún tipo de aceite... por eso las había descartado, pero hice varias pruebas y efectivamente, el olor coincide.

—¿De qué se trata? —dijo su tía expectante.

—Es hiedra venenosa —confesó.

—No entiendo nada... —dijo Catherine confundida.

—El veneno de la planta es incoloro y de hecho tampoco tiene olor, pero la hoja sí que lo tiene y para usarlo han macerado las hojas de la hiedra venenosa en el aceite de almendras que usted posee, para que absorba de esta forma el veneno de la planta. Después las han retirado evidentemente, pero el aroma de la hoja permanece en cierta medida. Lo cierto es que han intentado camuflarlo muy bien con el resto de fragancias y si no fuera por mis años de aprendiz, jamás hubiera dado con el matiz que deja casi inapreciable de la hoja de la hiedra...

—¿Está diciendo que lo que mi sobrina tiene en la piel es por usar este aceite venenoso? —preguntó *lady* Camelia.

—Si, su piel corresponde a la típica reacción por hiedra venenosa, es más, tiene un mejor aspecto desde que la vi hace unos días. Sin duda se debe a la falta de aplicación del veneno en pequeñas cantidades. Además, yo mismo me aplique en el dorso de la mano una gota del aceite que me prestó para comprobarlo por mi mismo — dijo enseñando las rojeces que le habían salido exactas a las que había sufrido Catherine durante años.

—¿Quiere decir que todos estos años he estado sufriendo esta enfermedad por culpa de este aceite? —dijo muy alterada casi gritando.

—¿Años? —preguntó confundido el perfumista.

—¡Llevo ocho años sufriendo esto! —gritó apunto del llanto.

—Catherine, ¿Quién te daba ese aceite? —preguntó su tía.

—*Lady* Elisabeth —dijo arrastrando la voz—. La esposa de mi padre — confesó intentando asimilar porque su madrastra había sido capaz de hacer algo así, ¡Era una niña cuando empezó a hacerlo, por amor de Dios!

—¿Esto puede llegar a matar? —preguntó *lady* Camelia sin contenerse. Comenzaba a pensar lo peor de la madrastra de Catherine.

—En la cantidad que fue añadido, no —afirmó—. Solo provoca una reacción en la piel muy irritante y molesta por la toxicidad del veneno —respondió amablemente Maximilian.

—¿Y entonces que pretendía esa mujer sometiéndola a esa tortura durante años? —exclamó sin comprender.

Maximilian se encogió de hombros sin saber que responder puesto que desconocía las razones para que alguien hiciera una hazaña así durante años.

—Exactamente lo que ha conseguido —dijo de pronto Catherine—. Apartarme de mi padre —confesó.

—¡Vieja loca! —gritó de pronto su tía—. ¡Juro que si la tengo de frente la dejo calva!, ¿Como se puede ser tan mezquina? —comenzó a maldecir.

Lady Camelia estaba enfurecida, como si se la llevaran los demonios, sus gritos hicieron que Lilith no tardará en llegar para ver que ocurría.

—¿Y cómo no te diste cuenta tú? —gritó al verla aparecer provocando que la expresión de confusión de Lilith se hiciera evidente.

—¡Esa vieja bruja envenenando a mi sobrina!, ¡Juro que en estos momentos iría hasta Londres y le arrancaría las tripas para hacerle un collar con ellas!

—Pero ¿Qué ocurre? —preguntó al fin mirando a Catherine que había permanecido en silencio mientras su tía gritaba, como si intentara asimilarlo, procesar que durante esos ocho años no había tenido ninguna enfermedad como tantas veces había intentado asimilarlo para convivir con ello.

—¿Qué pasa? —gritó *lady* Camelia—. ¡Que, qué pasa! —exclamó y esa vez no era en tono de pregunta—. ¡Pasa que esa arpía de madrastra que tiene mi sobrina la ha estado envenenando todo este tiempo!, ¡Pasa que lo que tiene en su piel es por culpa de esto! —dijo señalando el pequeño frasco de aceite que Maximilian había traído.

La expresión de Lilith fue de conmoción, como si no procesara lo suficientemente rápido aquella información.

—El contenido de ese aceite contiene hiedra venenosa —afirmó Maximilian que observaba detenidamente toda la escena expectante.

—¿Hiedra venenosa? —preguntó Lilith ahora sorprendida.

—Si, eso es lo que provoca esa reacción en la piel de la joven tan severa —afirmó el perfumista.

—¡Oh dios mío! —exclamó ahora Lilith llevándose una mano a la boca comprendiendo aquello—. ¡Oh mi pobre niña! —dijo ahora corriendo con los brazos abiertos hacia Catherine que aún permanecía conmocionada y que reacciono relativamente al abrazo de su nana.

—Pero hay algo que no entiendo —dijo de pronto Catherine al reaccionar—. Si esto afecta a al aplicarlo, al entrar en contacto con la piel, ¿Por qué Lilith no lo sufría? Ella me lo ha aplicado casi siempre e incluso a veces ella se aplicaba algunas gotas como fragancia.

—Es cierto —confirmó Lilith afirmando las veces que, al aplicarle aquel aceite a Catherine, se aplicaba por el cuello los restos que sobraban en sus manos.

Maximilian observó a la criada pensativo, estudiando su respuesta

detenidamente.

—He leído sobre algunas personas a las que el veneno de la hiedra no les afecta. Son una gran minoría, pero tal vez su doncella sea una de ellas, de lo contrario no se explicaría que no tuviera la misma reacción que usted en las zonas aplicadas.

—¡Bendita mala suerte! —gritó Lilith—. ¡Si yo también hubiera reaccionado a eso lo habríamos descubierto mucho antes!, ¡Nos habríamos ahorrado años de sufrimiento!

—Ya no se puede hacer nada —terció *lady* Camelia—. Lo importante es que ahora lo sabemos. ¿Se va a curar?, ¿Va a desaparecer por completo esa afección? —preguntó al joven perfumista.

Maximiliam dudó en que debía responder, él era perfumista, no médico, aunque era cierto que conocía muy bien el poder de las plantas y las esencias, alguna vaga idea sí que tenía...

—Su piel ha estado expuesta por años a la hiedra según ha comentado, desconozco hasta qué punto puede estar de dañada —dijo siendo cauto—. Sé que una afección normal, acaba desapareciendo por completo sin dejar daños y la piel afectada vuelve a su estado original. En su caso quizá lleve más tiempo de recuperación si es que es posible —añadió sin dar falsas esperanzas.

—Será así... o de lo contrario mataré a esa bruja —afirmó ahora Lilith.

—¿Hay algo que pueda hacer para que mi piel se recupere más rápido? —preguntó Catherine.

Aunque llevaba años sufriendo aquello, saber que su piel podría volver a lucir

sin aquellas afecciones por más mínima que fuera la posibilidad, estaría dispuesta a quemarse viva si hacía falta.

—Los remedios tradicionales para la intoxicación por esta planta suelen ser cataplasmas de avena, que ayudan a calmar la piel y baños en leche. No obstante, yo podría conseguir el extracto de una planta asiática, sirve para cicatrizar antes, ayudando a que la piel se regenere mucho más rápido, creo que en su caso sería beneficiosa.

—Consíguela, pagaré lo que sea necesario si funciona —contestó *lady* Camelia.

Maximilian hizo un gesto afirmativo y se despidió para dejarlas a solas.

—No me puedo creer que esa bruja nos haya engañado todos estos años. Ahora entiendo la insistencia en esos baños y en utilizar esa esencia para el agua, ¡Seguro que también contenía ese maldito veneno! —refunfuño Lilith.

—Catherine —dijo su tía sacándola de sus pensamientos por un instante—. ¿Por qué crees que esa mujer quería apartarte de tu padre?

Camelia pensaba que, aunque apartara a su sobrina de su propio padre, al fin y al cabo, ella seguiría siendo su hija; su heredera, ¿Qué sentido macabro tendría hacer todo aquello si no era por avaricia? Su experiencia le decía que aquella mujer tenía un fin más oscuro para su sobrina si durante años la había sometido a aquella tortura y nadie se había dado cuenta. Ella estaba segura de que las intenciones de la vizcondesa eran peores de lo que su propia sobrina creía.

—No lo sé tía. Tal vez para que padre mirara a Amelia como su propia hija también —confesó.

Desde que había asimilado que su enfermedad se reducía a ese aceite que con tanta insistencia recordaba que su madrastra le hacía ponerse, solo podía pensar en las razones por las que su madrastra quería que ella sufriera aquel maltrato incesante.

¿Tan mala había sido para que la torturara de esa forma?, ¿Qué mal le había hecho ella a su madrastra para que se lo pagara de aquella forma? No lograba llegar a comprender las razones por las que *lady Elisabeth* la quería en aquel estado, ¿Para qué *Amelia* la humillara?, ¿Para que su padre no la tratara como una hija?, ¿Para tenerla escondida en casa sin acudir a eventos sociales?, ¿Para torturarla como lo hacía con aquellas dietas estrictas?

Unas lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos por sentirse ingenua, débil y el ser más insignificante del mundo al saber que desde que era una niña; una persona vil y cruel había manejado el destino de su vida.

—Desahógate Catherine— dijo *lady Camelia* que se había acercado hasta su sobrina y la había acogido entre sus brazos para consolarla—. Derrama todas las lágrimas que tengas, porque una vez lo hagas, no vas a llorar más —añadió. Sonó tan firme y contundente que hasta provocaba que se le erizara la piel a cualquiera—. Confía en mí —dijo mientras acariciaba su espalda—. Esa mujer va a pagar con creces lo que te ha hecho y me aseguraré de que no te vayas de aquí hasta que estés preparada para hacerlo.

Los días comenzaron a prolongarse convirtiéndose en semanas y las semanas en meses. Catherine se pasaba el día y la noche envuelta en multitud de gasas impregnadas en avena o en la sustancia pegajosa y transparente que Maximilian le facilitaba que al principio picaba y luego daba frescor; sea como sea, solo esperaba que aquella tortura china acabara algún día. Tomaba dos baños en leche diarios y solo se quitaba las vendas para poner unas

nuevas. Ni tan siquiera le daba tiempo a ver la evolución de la piel, su tía no le dejaba, probablemente para no crearle falsas esperanzas.

—¡Quiero verme! —exclamó mientras Lilith le cambiaba las vendas como hacía cada mañana.

—Aun no —respondió *lady* Camelia que siempre lo supervisaba, controlando que todo se hacía según las indicaciones de Maximilian.

—¿Pero por qué? —exclamó compungida—. No puede ser peor de como he estado —contradijo

—A su debido tiempo, Catherine —sentenció su tía.

«A su debido tiempo, a su debido tiempo», refunfuño mentalmente.

Su tía siempre usaba esa frase y ya había perdido la cuenta de los días que llevaba allí empotrada en aquella cama, ¿La estaría buscando *lord* Clayton? Por supuesto que no lo haría, pensó desechando la pregunta. Después de meter a aquella mujer en su casa intuía que para él debía resultar un alivio haberse deshecho de su esposa, ¿Quizá su padre se preocupara por ella?, ¿Tal vez el vizconde la buscaría? Quizá *lady* Elisabeth le habría convencido para no hacerlo llegado el caso. Hacía un mes que envió una carta a Emily avisando de que estaba bien con su tía y que no pensaba volver por un tiempo, le dio su dirección por si necesitaba contactar con ella y para mantenerla informada, pero pidió que siguiera guardando su secreto.

Habían pasado más de cuatro meses y Catherine seguía sin dar señales de vida. David meditaba donde se habría metido su esposa mientras le daba otro sorbo a su vaso de coñac. La había buscado incansablemente, de hecho, hasta se sorprendió a sí mismo por su insistencia en encontrarla, pero era como si la tierra se la hubiera tragado. Debería de alegrarse como le habían dicho sus amigos, había salido ganando con aquel matrimonio; tenía una casa, el dinero de la dote que podía dilapidar con gusto y su esposa le había concedido el beneplácito de desaparecer de su vida no teniendo que

lidiar con ella.

Se había visto en la necesidad de mentir a su familia para no levantar sospechas alegando que su esposa se encontraba en una propiedad campestre de la familia Clayton. Les dijo que el aire puro del campo parecía estar beneficiándola en su enfermedad y por eso había prolongado su estadía. No sabía cuánto tiempo podría aguantar aquella farsa, sobre todo cuando la insistencia de la vizcondesa de Grafton por ver a su hijastra se hacía cada vez más palpable conforme pasaban las semanas.

Intuía que la dama sospechaba algo, puesto que cada vez que aparecía en su casa y lo encontraba era muy perspicaz en intentar sonsacarle la dirección de la propiedad en la que Catherine se encontraba para realizar una visita, él solo podía alegar que su esposa había pedido no ser molestada y que solo respetaba sus deseos. Si Catherine no aparecía pronto, iban a empezar a sospechar que la había asesinado o algo similar.

Disipó parte de su culpabilidad por lo ocurrido al poco tiempo de que Catherine se marchara, puesto que volvió a su antigua vida o al menos a parte de ella puesto que el ritmo de beber durante toda la noche y acostarse con mujeres distintas le estaba causando estragos. Además, no entendía porqué ya no era igual, no lo disfrutaba de la misma forma o al menos, no lo conseguía satisfacer como antes.

—Mi lord —dijo la voz del mayordomo que hizo que David se girase para prestarle atención—. El señor Benedict está aquí y dice que es urgente.

David frunció el ceño, Robert era un gran amigo, aunque ya no un compañero de juergas como antes, o como lo era Richard y Andrew en la actualidad.

—Hágale pasar —anunció sorbiendo el resto de su copa y dejándola en la

mesa de licores.

—Hasta que te encuentre —dijo Robert nada más entrar en la sala.

—¿Me buscabas? —preguntó confundido David, ¿Qué podría tener tanta importancia?, ¿Sería Catherine?, ¿La habrían encontrado?

—Si, te estado buscando toda la noche, puesto que vine aquí y me anunciaron que no estabas. Supuse por tu historial que estarías con ese par de dos, así que me recorrí todos los burdeles y tabernas principales, pero no logré encontraros. —Su tono de voz sonaba bastante cansado, David no dudo en la verdad de sus palabras.

—¿Que ha ocurrido? —preguntó directamente creyendo que las razones de que Robert estuviera allí eran debido su esposa. No sabía por qué, pero casi podía intuir que tenía que tratarse de ella.

—Es el vizconde de Grafton —dijo con voz seria—. Al parecer estaba muy grave según me contó madre cuando salí a buscarte, lo más probable es que ya haya fallecido —anunció Robert provocando que David le diera la espalda para asimilar la noticia—. Tienes que avisar a tu esposa, debe venir inmediatamente y según *lady* Elisabeth, tu eres el único que sabe dónde está. Porque sabes dónde está, ¿no? —preguntó dudando de cualquier cosa que procediera de David.

¡Cielos santo!, ¿Qué iba a hacer ahora?, pensó David llevándose las manos a las sienes para tratar de pensar.

—No — admitió David—. No sé dónde está *lady* Catherine, Robert — confesó.

—¡Pero como no vas a saber dónde está tu esposa! —le gritó como si fuera el

más inepto de los hombres.

—¡No dijo a donde iba! —respondió en el mismo tono—. ¡Y conste que la busqué para pedir perdón!

—¿Qué hiciste, David? —pregunto ahora inquisitivo—. Porque te conozco... y me puedo esperar cualquier cosa de ti.

—No te voy a decir lo que hice. No merece la pena —confesó evitando el tema—. Lo importante es averiguar dónde está. Estoy seguro de que se lo debió confesar a alguien, tu hermana era una de sus amigas, ¿Ella no lo sabe?

—No, Julia no sabe nada —contestó—. De lo contrario no me hubiera pasado toda la noche buscándote —le advirtió.

—¿Tal vez a la duquesa de Sylverston? —preguntó con esperanza.

—Se trata de tu esposa, Clayton —dijo mencionando despectivamente su apellido—. ¡Mueve tu trasero para algo y encuentra a tu mujer!

Emily envió una carta aquella misma mañana por correo urgente. Saldría esa misma tarde en el último navío con rumbo a Francia, esperaba que en poco tiempo llegara a manos de Catherine, solo deseaba que su amiga estuviera acompañada cuando leyera el contenido de la carta, sabía que pese a la distancia que mantenía con su progenitor, las palabras que le había escrito le dolerían en el alma.

Después de veinticuatro días, sí, los había contado uno a uno, por fin le permitieron darse un baño en condiciones. Uno que no fuera en leche, sino en agua caliente. Suspiró de alegría cuando vio como metían la bañera en su habitación y comenzaban a llegar los cubos que volcaban sobre ésta.

Cuando Lilith y una doncella de su tía comenzaron a retirar las vendas

lentamente, ella no podía apreciar realmente su piel por aquella gelatinosa sustancia mezclada con la pastosidad de la avena, pero pudo intuir que no había rojez y eso ya era un gran paso. Se hundió en el agua, era todo un deleite después de estar postrada en esa cama o lo que vagamente le permitían caminar aquellas vendas y sintió como sus atrofiados músculos se relajaban. Por unos instantes, se hundió en el agua aguantando por completo la respiración mientras se frotaba la cara para retirar cualquier rastro de mejunje pastoso que le hubiera quedado.

—¿Me pasas un paño seco? —pidió a Lilith para secarse la cara

Cuando su doncella se giró para dárselo un quejido de asombro la hizo dar un saltito al verla.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella miedosa de la respuesta.

En ese instante como siempre hacía ante cualquier reacción de su doncella, se miró los brazos, pero por primera vez en su vida desde que aparecieron aquellos ronchones, la nítida y blanca piel relucía como nunca había visto antes en ella.

—¡Un espejo! —exclamó casi sin aliento.

Necesitaba verse, sus piernas estaban igual de blancas y nítidas que sus brazos, cuando Lilith volvió con un espejo y acompañada de su tía, Catherine ardía en deseos de verse.

—Aquí tienes mi niña —contestó la doncella.

Su voz estaba cargada de emoción, de hecho, percibió sus ojos llorosos. No podía ser peor de lo que estaba anteriormente, ¿No? Pensó cogiendo aire mientras se llevaba el espejo frente a ella.

«No puede ser», pensó cuando vio su imagen reflejada. De hecho, se llevó una mano a la mejilla y pellizcar la piel para comprobar que efectivamente era ella.

—¿Soy...? —Ni tan siquiera podía decir una frase coherente ante su asombro —. ¿Soy yo? —preguntó.

La pregunta podría sonar estúpida, pero definitivamente la mujer del espejo no podía ser ella... ni en sus sueños hubiera imaginado ser así.

—Eres muy hermosa, Catherine —dijo la voz de su tía a sus espaldas.

—Más hermosa incluso que su madre —sentenció Lilith provocando que Catherine comenzara a derramar lágrimas sin controlarlo.

—Todos estos años —hipó—. Pensando que mal habría hecho para que Dios me castigara así y —hipó de nuevo—. Esa malvada bruja...

—Ya Catherine —dijo *lady* Camelia arrodillándose para quedar a su altura. Le acogió el rostro entre sus manos mirándola fijamente—. Lo pagaré, sé una chica lista como te he enseñado Catherine, sabrás darle donde más le duele —le indicó mientras Catherine se limpiaba las lágrimas y erguía su rostro.

—Por supuesto que lo pagaré, tía —dijo por primera vez segura de sí misma —. No descansaré hasta que lo haga.

Verse por primera vez hermosa le dio la seguridad que necesitaba, esa fuerza de la que siempre había flaqueado creyéndose inferior, débil, una mujer frágil. Ahora comprendía todo lo que su tía le había estado diciendo desde que llegó allí, pero que evidentemente no habían cobrado sentido hasta ese momento. Si ella tenía la seguridad en sí misma, nada ni nadie podrían entorpecer su camino, ya fuera *lady* Elisabeth, Amelia o el mismísimo David,

iba a vengarse de todos... y disfrutaría haciéndolo.

—Ahora vístete, esta noche iremos a la ópera —mencionó *lady* Camelia—. Es hora de que el mundo te vea al fin como verdaderamente eres.

No recordaba lo que era sentirse así, antes de que *lady* Elisabeth apareciera en su vida provocando aquella afección. Ella era tan solo una niña y no tenía la edad suficiente para acudir a eventos, ni tan siquiera los que se pudieran hacer en su propia casa. Nunca había sentido ilusión por acudir a una fiesta, ni por elegir un hermoso vestido. Sabía que lo único que provocaría eran miradas indeseadas y habladurías poco agradables a su paso, pero en aquella ocasión tenía ilusión. Sí, por primera vez padecía ese sentimiento, esas ganas de que la miraran tal y como era, como una mujer normal, y no un extraño ser con una enfermedad rara que no tenía cura.

Su tía le había dicho que era hermosa, desde luego el reflejo de aquel espejo era hermoso, pero no terminaba de creerse aún que era el suyo propio, quizás necesitaría un tiempo para acostumbrarse y asimilar lo que eso implicaba.

Ataviada con un lujoso y hermoso vestido plateado de brillantes, fue acompañada por su tía a la ópera. Realmente le agradecía que por fin saliera de aquel burdel después de pasar tantos días encerrada.

—Tengo un palco, querida sobrina —dijo al entrar y darle indicaciones—. Regalo de un antiguo preceptor —dijo disimuladamente entre ellas mientras caminaban hacia su destino.

A Catherine no le pasaron desapercibidos los saludos y miradas inquisidoras de algunos caballeros.

—Madame Lavender, es un gusto verla por aquí —dijo saludando un caballero.

Catherine observo al caballero en cuestión, rondaría la treintena a juzgar por su apariencia tal vez algunos años más bien llevados. Vestía formalmente, probablemente pertenecía a la nobleza del ducado de Florencia.

—Lo mismo digo señor Barelli —respondió su tía.

Aquel hombre dirigió su mirada hacia Catherine, que en aquellos momentos no supo qué decir.

—¡Oh! Disculpe mi torpeza —dijo su tía con fingido interés—. Le presento a la señorita...

—Brooks —se adelantó Catherine.

—¿Y cómo se llama la joven y hermosa señorita Brooks? —preguntó ahora concentrándose solo en ella y mirándola fijamente.

—Casandra —contestó enseguida, antes de que su tía mencionara su nombre.

Era el nombre de su documentación falsa el primero que se le vino a la mente.

—Hermoso nombre para un hermoso rostro —respondió mientras le daba un delicado beso en la palma de su mano y Catherine no pudo sino sonrojarse.

Fue el primero de muchos otros caballeros que detuvieron a su tía solo para que les presentará a la hermosa joven que la acompañaba, aunque solo uno causó impresión a Catherine, quizá fue por su porte, por su aire seductor, por su innegable belleza y sobre todo por su audacia, pero Gabriele Edmondo sin duda, le había provocado más de una sonrisa esa noche.

Había sido una noche memorable, pensó cuando al fin Catherine se acostó en su cama. Una noche en la que había aprendido una hermosa lección, era una

mujer deseada entre los hombres. Tantos años de burlas y miradas de reproche al fin habían llegado a su final.

Aquella mañana despertó sonriente, aún no sabía cuándo volvería a Londres. Tendría que hacerlo sin duda ahora que sabía todo, aparte de vengarse quería que su padre supiera la verdad, que se enterase de la clase de víbora que tenía por esposa.

—Buenos días Catherine —dijo su tía mientras daba un sorbo a su café detenidamente—. Creo que, si te convenciera para ser una de mis chicas, sin duda alguna obtendría bastantes beneficios, lástima que seas mi sobrina de lo

contrario pondría demasiado empeño en hacerlo —confesó sonriente.

—¡Gracias por su consideración entonces! —respondió bromeando por primera vez en mucho tiempo.

—Ha llegado esto para ti —dijo ofreciéndole una carta.

Estaba a nombre de Casandra, por lo que sin duda tendría que ser de Emily al venir desde Londres. La abrió rápidamente y comenzó a devorar las letras de su contenido.

Querida Catherine.

Te escribo esta carta con el deseo y anhelo de que cuando la recibas no sea lo suficientemente tarde, pero me temo no ser portadora de buenas noticias.

Se trata de tu padre. El vizconde de Grafton cayó enfermo hace dos días y su estado ha empeorado considerablemente, es por tanto que envío esta carta con urgencia para informarte de que partas de inmediato hacia Londres cuánto antes con la esperanza de llegar a tiempo para despedirte de él.

Te estima, tu más fiel amiga,

Lady Emily Sylverston.

Catherine se fijó en la fecha, hacía una semana desde que Catherine la había enviado, era muy probable que su padre... que el vizconde... ¡Oh no! Se llevó una mano al pecho y perdió el equilibrio sentándose en la silla más

cercana.

—¿Qué ocurre? —preguntó su tía al verla en aquel estado.

—Mi padre —mencionó— Él... él...

Su tía le arrancó la carta de las manos y devoró rápidamente las letras que contenía el papel.

—Tienes que volver inmediatamente —sentenció su tía.

Catherine se apresuró para partir de inmediato de vuelta a casa, su corazón estaba en un puño y deseaba fervientemente llegar a tiempo. La sola idea de que su padre no la viese una última vez, hacía que se le encogiera el estómago al pensarlo.

Lilith metió sus cosas en el baúl lo más rápido que le fue posible, aunque la mayoría de sus vestidos le quedaban demasiado holgados, porque si algo había descubierto después de todo es que no estaba gorda, sino hinchada por culpa de ese veneno ponzoñoso que su madrastra le obligaba aplicarse.

Pensar en *lady* Elisabeth solo aumentaba su rabia. Esa arpía... su padre tenía que saber lo que esa condenada mujer era capaz de hacer. Tenía que vivir para saberlo, por Jesucristo que llegase a tiempo pese a que las palabras de Emily en su carta demostraban lo contrario. A su pesar, sentía una mínima esperanza por lograrlo y se apresuraría todo lo que pudiera viajando de noche si era necesario... pero intentaría llegar lo antes posible a Londres... de vuelta a casa.

Se despidió de las chicas que sentían su marcha repentina, pese al poco tiempo que había estado —puesto que solo habían sido unos cuantos meses —, había trabado amistad con algunas de ellas, incluso podría considerar

amigas tanto a Emma como a Annabella. Aquellas dos mujeres eran sin duda alguna, dignas de admirar por su valentía y esfuerzo para salir adelante como lo habían hecho.

—Catherine —dijo *lady* Camelia—. Te acompañaría si no fuese porque dejo demasiadas cosas atrás —comenzó a decirle cuando llegó el turno de despedirse de su sobrina—. Pero confío en haberte preparado lo suficiente, aunque hubiera necesitado más tiempo para que estuvieras preparada del todo —añadió.

—No se preocupe tía. Estaré bien — le dijo segura de sí misma—. Gracias por todo lo que ha hecho por mí.

—Si alguna vez me necesitas, aquí estaré. Ésta es tu casa Catherine.

—Lo sé, tía... lo sé.

—Toma —dijo entregándole unos pequeños frascos que parecían de perfume.

—¿Qué es esto? —preguntó extrañada.

—No confío en esa mujer, Catherine. Así que le pedí a Maximilian que hiciera algo similar a lo que esa víbora utilizaba para que pareciera que seguías padeciendo los síntomas, solo que es mucho menos agresivo para la piel y el efecto dura menos tiempo.

Catherine la miró extrañada, sin saber a qué se refería.

—No creo que...

—Úsalo si crees que corres peligro, por alguna razón esa mujer hacía lo que hacía contigo y mis sospechas tengo de que no descansará hasta conseguir lo que quiere. Cuando regreses a Londres, no acudas inmediatamente a ella,

infórmate primero de cómo están las cosas y decide si debes o no usarlos. Esta vez juegas con ventaja Catherine... no le demuestres tus cartas tan pronto.

Catherine hizo un gesto con la cabeza afirmando en respuesta. Ella también había pensado que *lady* Elisabeth tramaba algo, desde luego que tendría que estudiar al enemigo antes de acercarse a él. Iría directamente a la casa de los Sylverston y sería Emily quien le informaría de cómo estaban las cosas, aunque su primer impulso fuera ir a su casa para ver si su padre aún seguiría vivo.

—Madame, hay un señor en la puerta preguntando por la señorita Casandra Brooks —anunció el fortachón de Giovanni.

La tía de Camelia hizo una expresión contrariada, los hombres no acudían a su burdel a esas horas del día, pero sin duda Catherine había causado demasiada buena impresión para saltarse esa norma de la casa.

—Dígale que no son horas, que vuelva más tarde —respondió sabiendo perfectamente que su sobrina no estaría.

—Mi señora, se lo he dicho, pero Gabriele Edmondo insiste en ver a la señorita Brooks y ya sabe que él...—comenzó a decir el hombre.

—Está bien tía —dijo Catherine que pese a estar contrariada por su apresurada marcha, no quiso ser descortés con el apuesto caballero—. Que vayan cargando mis cosas en el carruaje, partiré enseguida —anunció antes de salir de la sala donde se encontraban y ver qué quería aquel caballero de ella.

Definitivamente el señor Gabriele Edmondo era guapo, muy guapo... quizá casi tanto como David, pero con otros rasgos más suaves.

—Señor Edmondo, es un placer recibir su visita, pero no viene en un buen momento —dijo nada más verle.

—Lamento escuchar eso señorita Brooks, pero no pude evitarlo, es usted demasiado hermosa para no alegrar mi hermoso día con solo verla —añadió.

Definitivamente aquel hombre le podía hacer sonreír pese a la gravedad de la situación.

—Agradezco sus cumplidos señor, pero he de partir inmediatamente.

—¿Se marcha? —preguntó al ver como sacaban un baúl y lo colocaban en su carruaje.

—Así es —afirmó—, se trata de un asunto de gravedad que no puedo posponer —comunicó sin entrar en detalles.

—Lamento escuchar eso, solo deseo que el motivo de su partida le permita volver pronto ¿Puedo saber a dónde va? —preguntó con interés.

Catherine pensó que no tendría razones para mentirle también en eso, de todos modos, lo más probable es que no volviera a verlo.

—Vuelvo a Londres, señor Edmondo —dijo mientras comenzaba a dirigirse hacia el carruaje en el que Lilith ya se había instalado.

—Regrese pronto, señorita Brooks o me verá obligado a ir a Londres solo para volver a verla —respondió sonriente.

Catherine tuvo ganas de sonreír, jamás le habían dedicado palabras tan hermosas. Si ese hombre la hubiera visto tan solo unos días atrás, estaba segura de que no le dedicaría tan bellas frases.

—Le esperaré entonces si eso ocurriera —dijo antes de subirse sabiendo

perfectamente que aquel zalamero jamás pisaría tierra inglesa solo por verla a ella.

Tardó cuatro días en llegar a costas francesas para coger el barco que le llevaría de vuelta a Londres, cuatro días sin descanso, sin parar en posadas o tabernas para descansar, recorriendo los largos y angostos caminos en ocasiones y en la oscuridad de la noche. Sabía que se arriesgaba demasiado, que se exponía sustancialmente, pero siempre se cubría el rostro para no ser vista y sus ropas holgadas indicaban que no era una dama de alcurnia o adinerada, de lo contrario podría tener vestidos de su talla, eso le dio la ventaja de ahorrar dos días en su viaje de regreso.

Las horas de espera hasta que el barco zarpó finalmente fueron eternas, al igual que el viaje de dos días hasta ver la costa inglesa... pero al fin había llegado.

Cubierta con una capa gris con gorro, la misma que la vio partir el último día que había estado en aquella ciudad, ocultando su rostro de personas que paseaban por las calles a esas horas, llamó a la puerta de la casa de los duques de Sylverston.

El mayordomo le abrió la puerta y ella respiró con tranquilidad.

—¿Está la duquesa en casa? —preguntó mientras el mayordomo intentaba verla a través de la oscuridad que reflejaba la capucha de su capa.

—¿Quién pregunta? —preguntó desconfiado.

—Soy su prima, Casandra Brooks —mintió para que la dejara pasar sin revelar su identidad.

No le pasó desapercibido la extrañeza del hombre al mencionar su nombre,

pero era normal. Emily jamás habría mencionado que tenía una prima llamada así.

—Espere un momento —dijo dejándola en el recibidor mientras suponía que le comunicaría a su señora su presencia.

—¿Catherine? —preguntó Emily sin llegar a verla.

Catherine se giró en cuanto escuchó la voz y se bajó la capucha de la capa.

—Así es, Emily —respondió al tiempo que veía a su amiga llevarse una mano a la boca en gesto de sorpresa.

—¡Dios mío Catherine! —No pudo evitar gritar sorprendida—. ¡No pareces tú!, ¡Jamás hubiera imaginado que lo eras!

—Si, yo tampoco me lo creí al principio. No podía creer que la imagen que se reflejaba en el espejo fuera la mía.

—¡Oh!, ¡Eres bellísima! —exclamó acercándose a Emily y abrazando a su amiga.

—¿Como está mi padre, Emily? —preguntó una vez que se separó de su abrazo.

—¿No has ido a su casa?, ¿Aún no lo sabes? Es evidente que no —respondió Emily seguidamente sin darle tiempo a contestar—. Ven, esto es demasiado delicado para hablarlo aquí donde pueden escucharnos —dijo mientras la cogía del brazo y se la llevaba a una salita de té algo apartada donde nadie las escucharía.

Catherine la siguió suponiendo lo peor, pero no le quedaba de otra más que esperar a que su amiga le confesara todo lo que había ocurrido desde su

partida.

Emily la invitó a sentarse y Catherine se retiró la fina capa y la depositó a un lado.

—Aun no me creo que seas tú. Si no fuera por esa capa y el nombre falso que te di, habría jurado que eres una impostora nada más verte... —anunció una vez que se sentaron.

A Catherine no le extrañaron las palabras de su amiga, nadie diría que era la misma, solo seguía estando el color de sus ojos, ahora más grandes gracias a no tenerlos hinchados por el maldito veneno de la hiedra venenosa.

—Bien, comenzaré desde el principio —comenzó a decir Emily ante el silencio de Catherine que evidentemente necesitaba saber lo que había ocurrido—. Cuando te envié aquella carta esa mañana, el vizconde... quiero decir, tu padre, estaba bastante grave- De hecho, los médicos afirmaban que tan solo le quedaban un par de días de vida como mucho. Lamenté no enviártela enviado antes, cuando Julia me comunicó que al parecer el vizconde había caído enfermo de lo que parecía un resfriado común, pero no le di importancia, pensé que no era lo suficientemente grave para avisarte enseguida, espero que me perdones por no haberlo hecho, tal vez hubieras podido llegar antes de haber sido así —dijo haciendo una pausa mientras cogía a su amiga de la mano—. Catherine, tu padre murió hace cinco días —confesó con nostalgia provocando que ella derramara una lágrima silenciosa.

No había conseguido llegar a tiempo para despedirse, para verlo una última vez.

—Aunque me hubieras avisado dos días antes, Emily, no habría servido de nada, no habría podido llegar a tiempo tampoco igualmente —dijo

excusándola.

Por nada del mundo quería que su amiga se sintiera culpable, si no se hubiera marchado tan lejos, podría haber tenido la oportunidad de despedirse.

—¿Ya ha sido el funeral? —preguntó sabiendo que así debió haber sido.

—Si, fue al día siguiente de su muerte —le comunicó en el mismo tono apacible—. Está enterrado en el panteón familiar, junto a tu madre —añadió para consolarla.

—Está bien —respondió algo estática, sin creerse que ahora era huérfana completamente. Pese a no haber tenido una gran relación con su padre le dolía, más aún de que él no hubiera podido saber la clase de persona con la que se había casado.

—Hay algo más Catherine —añadió Emily con voz dolida, como si le doliese más a ella tener que dar las malas noticias que a la propia Catherine.

—¿Mas? —preguntó sorprendida.

—La muerte de tu padre es cuanto menos sospechosa, Catherine —comenzó a decir con tacto—. Un resfriado común no se agrava tan rápidamente, ni se lleva a alguien con la fortaleza de tu padre en tan corto periodo de tiempo, creo que después de ver la actitud de *lady* Elisabeth tras su muerte, algo tuvo que ver en ello —anunció.

—¿Su actitud? —preguntó contrariada.

Cada vez debería estar menos sorprendida por las dimensiones de las hazañas que cometía esa mujer, ¿Es que era capaz de todo?, ¿Hasta de matar a su padre?

—*Lady* Elisabeth dijo que, en su lecho de muerte, tu padre confesó que a la que consideraba su única y verdadera hija era a su hijastra Amelia. Además, está comenzando a lanzar rumores sobre ti —dijo apesadumbrada—. Dice que, si evidentemente no viniste al funeral de tu padre, ni te preocupaste por él en su lecho de muerte es porque estás muerta o te desentendes totalmente de su herencia.

—¿Como? —exclamó aturdida.

Eso sí que no se lo esperaba, aunque no le sorprendía, ya nada podría sorprenderle de esa arpía ingrata.

—Tengo mis sospechas, Catherine, de que *lady* Elisabeth busca la manera de que la herencia de tu padre sea íntegra para ella. Es más, el testamento del vizconde no se puede leer hasta que tu aparezcas, por eso está lanzando esos rumores, incluso ayer comenzó a afirmar que te has internado en un convento de clausura porque no soportabas los desdenes de tu marido. Creo que está buscando la forma de falsificar que renuncias a tu herencia de algún modo.

—¿Como sabes todo eso? —preguntó sorprendida de que *lady* Elisabeth lo dijera abiertamente, era demasiado lista para hacerlo.

—Julia la escuchó hablando con Amelia —confesó—, ella está preocupada por ti. Me tuve que morder la lengua para no decirle que sabía dónde estabas y que vendrías de camino.

—Dios mío —susurró Catherine—. ¿Pero qué clase de víbora hace algo así? No le bastó con arruinarme la vida todos estos años con sus dichosos aceites envenenados... no, ¡Ahora también quiere quitarme lo que es mío!

—¿Aceites envenenados? —exclamó Emily.

—Si —afirmó—, yo tenía la piel así por su culpa, tuve que irme al fin del mundo para averiguarlo, pero ahora lo sé, es una serpiente venenosa Emily, aunque te aseguro que lo pagará caro —advirtió a su amiga mientras no podía evitar levantarse y andar de arriba a abajo por la pequeña salita.

—¿Y qué vas a hacer? —preguntó Emily—. Si yo que soy tu amiga casi no te he reconocido, estoy segura de que ella dirá que eres una impostora que quiere reclamar la herencia de Catherine y créeme que no le faltarán testigos para afirmarlo. Aunque puedes contar conmigo y con Henry por supuesto para apoyarte —afirmó Emily.

—Tienes razón —dijo Catherine deteniéndose de pronto—. Mi tía me lo advirtió y no quise creer que tuviera razón, pero como siempre la tiene. No le daré motivos a esa arpía para que se quede con lo que es mío —dijo seriamente—. Aunque me duela, volveré a ser la antigua Catherine. Soportaré esa picazón y ese desdén con el que me miraban por un tiempo más... si he aguantado años, podré soportarlo unos días y después Emily, te aseguro que no habrá un lugar donde esa mujer pueda esconderse.

—¿La antigua Catherine? —preguntó confusa.

—Si —respondió mientras sacaba de su bolsa uno de los botes que su tía le había dado y comenzó a echárselo por los brazos, el escote y la cara—. Espero que esto haga efecto rápido —dijo mientras Emily la observaba—. Porque quiero ver la cara de esa víbora cuando vea que he vuelto.

—¿Dónde dices que has estado? Porque déjame decirte que el cambio de aires parece haberte sentado demasiado bien —dijo una Emily sorprendida al ver el carácter sorprendente de la que ella consideraba su tímida y retraída amiga.

—Si te lo dijera te escandalizarías —aseguró mientras se aplicaba aquel mejunje en la nuca.

—No creo que sea para tanto —contestó ahora intrigada.

—En un burdel, pero no uno cualquiera, sino en el más prestigioso del ducado de Florencia —respondió mientras sonreía vagamente. Sino fuera por las circunstancias que la rodeaban, relatar su experiencia en el extranjero podría resultar fascinante.

—¡En un burdel! —gritó sabiéndose después consciente de que lo había exclamado demasiado alto—. Pero ¿Estás loca?, ¿Que hacías ahí?

—No lo que tú crees —Se adelantó a contestar algo más serena y guardando de nuevo el bote en su bolsa—. Mi tía es una Madame muy conocida, es la dueña y regente del burdel, yo sabía a donde me dirigía cuando me fui de aquí, pero era el único familiar en quien podía confiar y del que nadie se acordaría para buscarme —dijo comenzando a relatar mientras notaba un pequeño ardor en su piel... al parecer iba a ser rápido el efecto.

Mientras la reacción en su piel del líquido hacía efecto, le contó a Emily todas sus proezas. Como descubrieron que su enfermedad no era tal sino que era su madrastra la causante de tal agravio hacia ella y de cómo había vivido todos esos años engañada. Le reveló las enseñanzas de su tía, la antigua Catherine lo habría hecho cohibida, tímida y roja de vergüenza, en cambio, la Catherine en la que se había convertido lo contaba de manera usual, como si aquello fuera un tema de conversación común entre damas.

—Aunque ahora no es el momento, creo que te pediré algunas de esas clases en un futuro no muy lejano —advirtió Emily.

—¿Realmente las necesitas? —preguntó Catherine.

Sabía al irse que si Emily tenía una documentación falsa podría ser porque ella quería dejar a su marido, pero tal vez las cosas habrían cambiado en el tiempo que había estado fuera, si su amiga seguía allí sería por algo, aunque tal vez solo fuera por su casa de modas.

—Bueno... entre Henry y yo no hay ningún problema en ese sentido —afirmó disimulando su vergüenza—. Pero me gustaría sorprenderle —confesó.

—¡Oh! En ese caso te podré enseñar lo que a mí me enseñaron, aunque desde luego no he podido ponerlo en práctica. Las chicas me dijeron que la primera vez dolería, pero luego si sabía cómo hacerlo, obtendría un placer infinito.

—Sé que no es el momento de hablar de esto —volvió a decir Emily teniendo presente los acontecimientos—. Pero tienen razón, de hecho, es indescriptible.

Catherine pensó que ella quería descubrirlo, quería saber que placeres se ocultaban en el lecho con un hombre, ¿Tal vez con su esposo? Recordó la última vez que le vio, cuando metió a aquella cortesana en su casa y el rencor volvió de nuevo a ella, aunque en menor grado. Bueno, no adelantaría nada, primero tendría que enfrentarse a su madrastra junto a Amelia y después a David. Tal vez y solo tal vez, él tendría una disculpa hacia ella sobre sus actos.

—Empiezo a ver a lo que te referías cuando mencionaste volver a ser la antigua Catherine —dijo Emily sacándola de sus pensamientos.

Se había abstraído por unos instantes pensando en David. Se miró los brazos y allí estaban de nuevo comenzando a brotar aquellos granos, desde luego no

tan horribles como otras veces, pero su piel volvía a lucir algo hinchada.

—¿Que sabes de *lord* Clayton? —preguntó de pronto, quería saber que había hecho David durante todo este tiempo.

—Poca cosa, la verdad —confeso.

A Catherine no le pasó desapercibido que Emily le ocultaba algo.

—Somos amigas, Emily —la apremió—. No me dolerá. —Se adelantó al golpe que sabía que iba a darle.

—Bueno, no sé si sabrías de las costumbres del marqués de Normanby, pero digamos que... no las ha abandonado del todo.

—Sé que mi esposo es un libertino —dijo por dar una definición suave a todo lo que era David. Un gran bebedor al que le gustaba probablemente el juego y las fulanas... aunque llamar fulanas ahora a las chicas que ejercían la profesión le parecía un insulto después de haber convivido con ellas, más bien cortesanas. Sí, eso sonaba más suave.

—Quizás ahora que has vuelto. Tal vez... —dijo Emily intentando suavizar la situación.

—Tengo demasiadas cosas en que pensar aún como para catalogar donde meteré a *lord* Clayton entre todas ellas —dijo adelantándose, por no mencionar que el mero hecho de que su esposo no se hubiera cortado seguir realizando sus hazañas en su ausencia no era que le agradase demasiado. Aunque lo entendía, si con ella presente lo hacía, más razones tendría para seguir haciéndolo si ella misma se había alejado, pero eso no respondía al hecho de que igualmente le desagradara.

—Dale una oportunidad Catherine, te puedo asegurar que Henry tampoco fue

un santo cuando le conocí, no hizo las cosas muy bien al principio, pero me demostró lo arrepentido que estaba.

—Estoy segura de que no metió a una mujer en tu casa, mientras dormías en la alcoba de al lado —afirmó.

—No... desde luego que no, pero quizás hizo algo incluso peor que eso, Catherine —confesó Emily evocando algunos recuerdos.

Catherine la miró de pronto anonadada, iba a preguntar por lo que le había hecho su esposo para que hubiera sido peor que aquello cuando una doncella las interrumpió.

—Mi señora, la joven señorita Benedict desea verla —anunció.

—¡Oh, hazla pasar! —exclamó antes de que la doncella se retirase y mirara a Catherine—. Estoy segura de que se alegrará de verte, estaba muy preocupada porque David te hubiera hecho algo en la luna de miel, yo intenté quitarle esa idea de la cabeza, pero ya sabes cómo es Julia de testaruda —dijo algo sonriente.

Cuando Julia entró y vio a la dama que acompañaba a Emily soltó un grito de alegría.

—¡Dios mío Catherine! —exclamó y se acercó rápidamente para abrazarla—. Juro que pensé que ese mal nacido libertino te había asesinado o algo peor —confesó atropelladamente.

—¿Algo peor que asesinarme? —preguntó con cierta ironía.

—Bueno... ya me entiendes. Además, después de que... —comenzó a decir, pero se calló de pronto y miró a Emily, ésta le hizo un gesto afirmativo—. ¡Oh Catherine! Lamento tanto la muerte de tu padre. Sé que no estabais muy

unidos, pero era tu padre después de todo.

—Lo sé —contestó algo apenada al volver a recordarlo.

Le hubiera gustado tanto despedirse por una última vez, que la hubiera visto como era ella realmente, como siempre debió haber sido.

—¡Pero ahora que estás aquí!, ¡La perra de Amelia se tendrá que conformar con las migajas! —gritó y después se colocó una mano en la boca como si hubiera dicho algo malo—. Lo siento... sé que no debería tratar con tanta frivolidad la herencia del vizconde, pero no sabes lo que he tenido que soportar durante toda la semana pensando que esa arrogante sería inmensamente rica.

La sonora carcajada que se le escapó a Catherine hizo que ambas la mirasen sorprendida al principio y que después la acompañaran con las risas.

—Eso desde luego —dijo recuperándose—, no lo voy a permitir —confesó antes de coger su capa y comenzar a colocársela.

—¿Te vas? —preguntó Julia viendo cómo se alistaba para marcharse.

—Sí —afirmó—. Y si no es mucho pedir, me gustaría que me acompañaras —añadió—, solo para tener un escudo ante la víbora de tu tía —confesó sin sentir ni el más mínimo pudor en confesarle a su amiga que ahora no solo era a Amelia a quien le tenía manía, sino que a *lady* Elisabeth también.

—¡Oh dios mío! —gritó una Julia abriendo de par en par los ojos—. ¿Qué le has hecho a la Catherine que yo conocía?

—La abandoné en el ducado de Florencia —dijo guiñándole un ojo y despidiéndose de Emily.

—Pues hiciste bien en dejarla allí, porque ésta desde luego me gusta más —
terció Julia.

—Y a mí —añadió Emily que escuchaba expectante la conversación.

No fue directamente a su casa, la que su padre le dio como regalo de bodas y en la que supuestamente vivía con David, aunque ella solo vivió tres días en ese lugar. Tampoco fue a la casa donde se había criado toda su vida y donde encontraría a su madrastra y la hija que ésta tenía si no habían decidido salir de compras. No... fue directamente al despacho del abogado de su padre, el señor Middleton.

Tenía que decirle que había vuelto y tenía que proceder a la lectura del testamento cuanto antes. Solo esperaba... no, más bien deseaba que, aunque su padre no la hubiera tenido en muy alta estima los últimos años de su vida, la hubiera dejado en una buena posición económica o al menos, en una mejor que a su madrastra y hermanastra.

El señor Middleton era un hombre mayor, gran amigo de su padre y que la había visto crecer desde pequeña. Se alegró de verla de vuelta y Catherine solo pudo disculparse por no haber podido volver a tiempo debido a encontrarse fuera del País. Le relató una verdad a medias, dado que su aspecto sin duda era algo mejor que el que solía mantener siempre, el hombre la creyó sin dudarle. Había decidido inventarse una historia sobre que había tenido que marcharse para tratar de curar su enfermedad debido a que le habían comentado que en el extranjero podría encontrar una cura para lo que ella padecía, nadie pondría en duda su versión, cualquiera aceptaría que, padeciendo aquella aberración en la piel, iría hasta el fin del mundo si hacía falta para curarse. Eso la excusó de preguntas indeseadas y de tener que revelar donde había estado todo aquel tiempo en el que se hallaba

desaparecida.

La lectura del testamento se procedería esa misma tarde a primera hora. El señor Middleton mandó un comunicado a la vizcondesa viuda y a su esposo, el marqués de Normanby. Catherine supuso que debería estar en la lectura por ser su marido y no le extrañó que lo hiciera.

Acto seguido se fue hacia su antigua casa, no pensaba ver a David hasta la lectura del testamento. Cuando el carruaje se apostó en la puerta, respiró profundamente, iba a ver a la causante de todos sus males, a la misma causante que seguramente habría provocado la repentina muerte de su padre y solo quería que sus demonios no se la llevaran para cometer un error. Necesitaba estar fría, pensar con claridad como le había enseñado su tía...

«Sé inteligente Catherine», se repitió aquellas palabras. «No hagas nada precipitado, piensa las cosas y actúa después» recitó a su tía.

Subió los peldaños de su antigua casa y llamó a la puerta, afortunadamente para ella Julia la acompañaba y se quedaría junto a ella hasta que hiciera falta tal como le había asegurado su amiga. Además, Lilith también las acompañaba, eso la hizo sentirse más segura de sí misma al tener el apoyo de su nana.

—¡Señorita Catherine! —dijo de pronto al verla una de las doncellas que parecía bastante alegre al verla.

—Ahora *lady* Catherine, Marie —respondió intentando ser algo sonriente a pesar de la situación.

—Es cierto, discúlpeme... la costumbre. —Se disculpó la doncella.

—No tiene que disculparse, es normal. ¿Está *lady* Elisabeth en casa? —

preguntó cambiando de tercio.

—Si, por supuesto —confirmó dejándolas pasar.

La actuación de *lady* Elisabeth al verla aparecer en el comedor fue indudablemente acorde a la situación. Primero puso una cara de espanto, que al pronto cambió a una más que fingida sonrisa de alegría al verla.

—¡Oh dios mío querida! —exclamó al verla con los brazos abiertos y dándole un frío abrazo que Catherine estaba segura de que era por cortesía—. ¡Por fin has llegado! Temíamos lo peor de ti, *lord* Clayton no nos decía dónde estabas, juro que pensé que te había ocurrido algo. —Sus alusiones iban acompañadas de gestos dramáticos—. Estaba tan preocupada por ti... —añadió mientras miraba hacia Julia al mismo tiempo que lo decía—. Y Amelia también, por supuesto, ella no dejaba de preguntar por ti temiendo lo peor —dijo de pronto provocando que una indiferente Amelia se levantara de su asiento.

—¡Oh si, desde luego! —exclamó con una leve sonrisa.

—Estoy segura de que así ha sido —dijo Catherine con un tono de voz seguro—. Pero como podéis ver, me encuentro perfectamente —añadió mientras se quitaba la capa para que apreciaran muy bien que sus ronchas seguían estando por todo su cuerpo, aunque realmente solo estuvieran en brazos, escote y rostro.

—La pérdida de tu padre ha sido tan dolorosa, Catherine —afirmó—, que si tu hubieras estado aquí habría podido sobrellevarlo mejor, estoy segura. —Su voz sonaba demasiado fingida y Catherine no supo cómo no lo había notado otras veces, quizá ahora que la venda de los ojos se la había caído del todo lo percibía de forma distinta.

—Lamento no haber podido estar. He venido en cuanto me informaron sobre ello —dijo apenada.

—Sé que no estabais muy unidos, el vizconde tenía sus manías y era un hombre taciturno —confesó su madrastra a lo que Catherine interpretó como hundir el dedo en la llaga—. Pero en el fondo te quería.

«Si claro... en el fondo», pensó Catherine. «Tú te encargaste de que así fuera», se dijo a sí misma.

—Veo que has mejorado algo tu padecimiento —dijo de pronto su madrastra observándola detenidamente y Catherine supuso que decidió cambiar de tema ante su silencio.

—¡Oh, no lo creas! —mintió—. Fui a un especialista, por eso me alejé tanto tiempo, pero dijeron que es incurable —advirtió—. Lo máximo que consiguieron hacer para que mi aspecto fuera mejor es lo que veis, me revelaron que permaneceré así para siempre —añadió fingiendo estar apesadumbrada, haciéndoles creer que habían triunfado en su cometido, que tantos años usando aquel aceite había dado sus frutos estropeándole la piel definitivamente.

—Lo lamento tanto, mi querida Catherine. No sabes lo que me entristece esa noticia.

El abogado llegó y seguidamente lo hizo David que al verla pareció sorprendido y la saludó formalmente, Catherine interpretó que quería hablar con ella, pero la premura del abogado por la lectura del testamento no les dejó margen para hablar, así que, en el antiguo despacho del vizconde, se reunieron los cuatro. *Lady Elisabeth*, la vizcondesa viuda, la señorita Amelia Barston, la hijastra, *lady Catherine Clayton* la hija legítima y el marqués de

Normanby, el yerno. Solo ellos componían el círculo cercano al fallecido vizconde de Grafton.

—Bien, siéntense —les apremió el señor Middleton que ocupaba la silla que el vizconde había tenido durante tantos años en aquel estudio privado.

—Se procederá a la lectura vigente del vizconde Grafton cuya última voluntad fue rectificadada tres días antes de su repentina muerte —comenzó a comunicarles el abogado.

Aquello sorprendió a Catherine, ¿Por qué habría modificado el testamento su padre? Que le habría ocurrido para hacerlo. ¿Eso la beneficiaría o la perjudicaría por el contrario?

El abogado comenzó a decir una retahíla de cosas... leyes, fechas y demás datos que no venían a ser relevantes. Catherine estaba cada vez más nerviosa, temía que su padre no la hubiera dejado en buen lugar y cada vez lo temía más hasta que llegó el momento importante.

—A mi muy amada esposa, la vizcondesa de Grafton le dejo la pequeña casa de campo en los Hamptons y una renta de ochocientas libras al año —pronunció el abogado e hizo una pausa para cambiar de documento, lo que a Catherine le dio que pensar... ¿Ya está?, ¿Nada más? Se apretó las manos deseando que así fuera.

—A mi querida hijastra, la señorita Amelia Barston, le concedo una dote de mil libras con la esperanza de que encuentre un esposo de su agrado. Sé que con su belleza no necesitará una dote acaudalada para conseguir un buen matrimonio.

El pequeño gemido que sin duda habría procedido de Amelia solo hizo que una vocecilla interna bailara al son de las maracas en la cabeza de Catherine.

Mil libras era una pequeña fortuna, pero desde luego no sería lo que su hermanastra esperara.

—El resto de mis posesiones, todas mis casas incluida la residencia familiar, empresas y fábricas se las dejo a mi única y verdadera hija legítima, mi dulce y estimada Catherine, a la que quise con todo mi corazón y de la cual me sentí orgulloso pese a no demostrarlo como hubiera debido hacer.

Se sentía orgulloso de ella, su padre la quería... ¡Y no pudo despedirse de él! Las lágrimas comenzaron a derramarse silenciosamente por su rostro.

—Señoras, si me disculpan debo quedarme a solas con el marqués y la marquesa de Normanby —proclamó el abogado a las damas presentes—. Mientras tanto, pueden ir haciendo su equipaje puesto que hoy mismo los legítimos dueños deberán trasladar sus cosas a esta casa —añadió.

—¿Como dice? —preguntó *lady* Elisabeth haciéndose la ofendida.

—Como he mencionado previamente, ésta casa ahora les pertenece a los marqueses de Normanby que se deberán mudar inmediatamente.

—¿Y dónde pretende que me vaya?, ¿A la casa de los Hamptons?, ¡Eso está a dos días de camino! —gritó—. Estoy segura de que mi hija comprenderá la situación y nos dejará quedarnos, ¿No es así querida Catherine? —exclamó dirigiéndose hacia su hijastra como un gato manso.

—¡Oh, por supuesto que lo comprendo! —exclamó Catherine viendo la sonrisa de *lady* Elisabeth. Esa sonrisa fingida que tanto comenzaba a exasperarla—. Por eso se irán a vivir a nuestra casa, como comprenderá “madre” — dijo asqueándole esta palabra—. Un matrimonio de recién casados necesita privacidad.

—Pero estoy segura de que a tu esposo no le molest...

—Creo que mi esposa tiene razón —añadió David interviniendo y apoyando la decisión de su esposa.

Por nada del mundo iba a soportar a ese par de dos ni un solo día. La voz de Amelia le daba dolor de cabeza a cualquiera, aunque la dama fuera una belleza andante.

—Pero... —intentó insistir *lady* Elisabeth.

—Ya lo ha oído *lady* Elisabeth, acepte la buena disposición de su hija y váyase a la casa que le han ofrecido.

Cuando ambas salieron del despacho Catherine pudo respirar algo más tranquila. En ese momento comprendió que su padre le había dejado toda su fortuna y posesiones a ella, hasta el último penique era suyo.

—Bien, siéntense —volvió a decir el abogado—. Lo que voy a contarles solo puede quedar entre ustedes y yo, que seré su custodio.

—¿Custodio? —preguntó David.

—Para recibir la herencia del vizconde, éste se aseguró de dejar ocho condiciones expresas. El incumplimiento de alguna de ellas provocaría la revocación del testamento y por tanto, la herencia no sería percibida por ninguno de sus familiares, sino que pasaría directamente a donarse al orfanato de las monjas de Santa Teresa —anunció de pronto.

—¿Por qué no ha mencionado esto delante de *lady* Elisabeth y la señorita Barston? —preguntó Catherine agradeciéndolo.

—Porque es algo que sólo les afecta implícitamente—declaró—. En el supuesto caso de que ustedes no cumplieran y no percibieran la herencia, ellas tampoco tendrían derecho alguno a ella.

—¿De qué condiciones se trata? —preguntó hablando por primera vez David.

—Procederé a la lectura —anunció.

—Para percibir la herencia del vizconde de Grafton en su totalidad, mi hija, la marquesa de Normanby, *lady* Catherine Clayton y futura duquesa de Lennox, y su esposo, el marqués de Normanby, *lord* David Clayton, futuro duque de Lennox; deberán comprometerse en aceptar las ocho condiciones que vinculan la herencia, así como llevar a cabo cada una de ellas.

Catherine miró expectante al abogado, ¿Qué podría haber previsto su padre para ellos?

—En primer lugar, el marqués de Normanby, deberá asumir la responsabilidad de todos los bienes como máxima autoridad de las propiedades Wells.

En segundo lugar, los marqueses de Normanby no podrán tener acceso a la fortuna familiar hasta que el marqués de Normanby haya alcanzado un

mínimo del tres por ciento de ganancias sobre el patrimonio Wells.

En tercer lugar, los marqueses de Normanby recibirán en conjunto una asignación anual limitada a mil libras hasta que el marqués de Normanby consiga los beneficios mencionados anteriormente.

En cuarto lugar, los marqueses de Normanby deberán alojarse en la casa familiar Wells, el abandono por parte de alguno de ellos a esta condición supondrá la nulidad inmediata del testamento.

En quinto lugar, la marquesa de Normanby, no podrá abandonar Londres sin la compañía expresa de su esposo, el marqués de Normanby.

En sexto lugar, los marqueses de Normanby deberán acudir juntos a todos los actos de mayor relevancia de las próximas tres temporadas. La causa no justificada de alguno de ellos provocaría la nulidad inmediata de este testamento.

En séptimo lugar, el marqués de Normanby deberá tener un comportamiento decente. Cualquier acto indecoroso, vergonzoso o fuera de contexto provocará la nulidad del testamento inmediatamente.

En octavo lugar, los marqueses de Normanby deberán tener un heredero legítimo en un plazo de tres años desde el momento de esta lectura.

Estas son las ocho condiciones que el vizconde de Grafton impuso para poder heredar su inmensa fortuna. —Terminó por decir el abogado ante *lord Clayton* silencioso y *lady Catherine* anonadada.

—Cuando se refirió a que usted sería nuestro custodio, ¿A qué se refería exactamente? —preguntó David.

La voz de David hizo que Catherine volviera de nuevo a aquel despacho. ¿En

que estaba pensando su padre al mencionar todas aquellas condiciones?, ¡Era ridículo!

—Yo seré quien les vigile para verificar que cumplen sus condiciones, el vizconde fue muy específico con su última voluntad y no seré yo personalmente quien les vigile, sino que tendrán a personas controlando sus movimientos —añadió para que se tomaran en serio aquellas condiciones.

—¡Esto es ridículo! —exclamó David dando un manotazo en la mesa y levantándose.

—*Lord Clayton*, cálmese —dijo el abogado.

—¡Como se le ocurre dejarme a mí al frente de todas las empresas! —gritó —. ¡Ni tan siquiera tengo idea de cómo se manejan! —exclamó sincero.

—Usted recibió una formación ejemplar en Eton, *lord Clayton*.

Si, él había estudiado y se había formado como buen hijo de noble y tuvo que ampliar sus estudios tras la muerte de su hermano para ser digno del ducado que un día heredaría, pero eso no le daba las directrices del manejo de las empresas que Grafton poseía. ¡Él no tenía ni idea de cómo manejar ese patrimonio! Y mejor ni hablar del resto de las condiciones... de lo más inverosímiles, ¿Aumentar las ganancias un tres por ciento?, ¿Estaba loco? Si lo más probable es que las llevase a la quiebra en dos días... ah, y para más fastidio, ¡Que tuviera un comportamiento decente!, ¡Que acudiera a todos los eventos sociales! Eso podría ser pasable, pero... ¿Tener un hijo con su esposa? No... eso sí que no.

—Creo que necesitaremos procesar la última voluntad de mi padre, señor Middleton —dijo Catherine.

David la observó. Su voz no le hizo reducir su furia, aunque tenía razón, necesitaban procesarlo y saber qué medidas tomar. No habría muchas opciones pensó, ¿Tal vez comprar el silencio del abogado? Prefirió no decir nada en su momento, tenía el vago recuerdo de que el señor Middleton era un viejo amigo de la familia.

—Oh, por supuesto que sí, entiendo que esto ha podido sorprenderles a ambos —anunció el señor Middleton mientras recogía sus documentos y los guardaba de nuevo en su carpeta de piel delicadamente.

—Desde luego no lo esperábamos —dijo tímidamente Catherine intentando excusar el silencio de David ante el abogado.

—Les deseo suerte en cumplir las últimas voluntades del vizconde. Estoy seguro de que serán capaces de conseguirlo, no me cabe la menor duda.

—Gracias señor Middleton —dijo Catherine puesto que David seguía completamente en silencio. Se había limitado a observar a través de la única ventana del despacho y ni tan siquiera parecía querer despedirse.

—Si, gracias —dijo justo antes de que el abogado se marchara, aunque su voz sonó un tanto esquiva.

El señor Middleton hizo un gesto afirmativo con su cabeza y se fue, Catherine se acercó a cerrar la puerta de la biblioteca.

—Tenemos que hablar de esto —terció Catherine.

—Creo que primero tengo que procesarlo —contestó aún sin mirarla.

—No es que tengamos mucho margen de tiempo para procesar, ¿Qué piensas hacer? —preguntó Catherine directamente, necesitaba saber si al menos su marido intentaría llevar a cabo lo que su padre había dejado expresamente

escrito o si estarían condenados desde el principio.

—No lo sé —dijo David volviéndose a mirarla y llevándose las manos a la cabeza.

—Sabes que, si no cumplimos las condiciones, apenas tendremos dinero para sobrevivir —afirmó siendo consciente que esas mil libras no serán suficientes para mantener las posesiones.

—¿Y crees que no lo sé? —dijo en voz alta—. La idea era que las cumpliéramos, por eso nos dejó esa cifra ridícula, para asegurarse de que lo hiciéramos.

—No sé en qué estaba pensando padre cuando decidió elaborar este absurdo plan —dijo contrariada.

David iba a responder, pero lo cierto es que se calló. Sabía perfectamente las razones del vizconde en trazar aquellas condiciones, supuso que era la única forma de asegurarse de que su yerno, es decir, él mismo, no despilfarrara su fortuna, llevará sus empresas a la ruina y dejara a su única hija desamparada. Imaginó que habría investigado su trayectoria para realizar semejante disparate y pensó que ponerle entre la espada y la pared sería la única solución.

—¿Dónde has estado todo este tiempo Catherine? —preguntó de repente.

Llamarla por su nombre le pareció algo demasiado personal a Catherine, reconoció que volver a ver a David le había hecho sentirse distinta, sus sentimientos eran contrariados, por un lado, no podía olvidar la última imagen que vio de él, acompañado de esa cortesana, pero por otro lado seguía siendo el hombre más atractivo y guapo que jamás había visto.

—Eso no importa ahora —dijo sin revelar nada, ¿Que más le daba a él donde se hubiese ido? Había vuelto, aunque suponía que lo había hecho para desgracia de él, puesto que el más perjudicado en esas condiciones que su padre había dejado era David—. ¿Crees que podrás cumplir con la séptima condición? —preguntó de pronto sin darle tiempo a que él asimilara la seca respuesta por parte de ella, ¿Desde cuándo Catherine se había vuelto audaz en sus palabras? Por lo poco que la había conocido cuando se casaron le dio tiempo de sobra para entender que era una joven demasiado tímida y retraída, en cambio, la mujer que tenía delante no parecía ser así... su actitud era *refrescante*.

¿La séptima condición?, pensó David mientras trataba de recordar cuál era... ah sí; su comportamiento indecente, recordó de pronto. Y su esposa encima tenía que recordárselo, como si tratara de rememorar el motivo de su partida.

—Si lo preguntas por lo que ocurrió antes de marcharte, te aseguré que no se repetirá —admitió sin entrar en detalles, pero consideró que aquello era una disculpa.

Conocer del propio David que no tendría que volver a sufrir semejante aberración en su propia casa la tranquilizó. Al menos en ese sentido podía respirar tranquila.

—La séptima condición parece que solo me atañe a mí y eso significa que tu quedas libre, querida —dijo de pronto él.

Catherine le miró extrañada, ¿Es que acaso ella había tenido un comportamiento indecente alguna vez como para reprochárselo? Guardó silencio esperando una aclaración de aquella afirmación.

—Lo que significa que podrás encontrar a alguien para cumplir con la octava

condición, porque te aseguro que no seré yo quien lo haga —afirmó.

¿Octava condición?, ¿Cuál era la octava condición?, ¡Oh sí!, ¡Un hijo legítimo! Recordó de pronto Catherine, ¿David le estaba dando permiso para buscar a otro padre como su hijo?, ¿Era cierto lo que sus oídos habían escuchado?

—Me estás dando permiso para ser infiel? —preguntó directa y sin rodeos.

—Así es, querida —afirmó secundando las palabras—. Tienes todo mi permiso para encontrar a otro hombre si es que eres capaz de convencer a alguno —admitió—. Y llevar acabo la petición de tu padre, porque te aseguro que yo no lo haré.

Esas últimas palabras le dolieron a Catherine, hasta el punto de quedarse demasiado grabadas en su frágil corazón.

—¿Estás seguro de ello? —preguntó queriendo confirmarlo, quería que él tuviera una última oportunidad porque después, no habría vuelta atrás.

—Tan seguro como que soy el heredero al ducado de Lennox —afirmó David.

—¿Me das tu palabra de que le darás tu apellido al hijo que tenga de otro hombre? —preguntó.

Si su tía estaba en lo cierto, no había peor ofensa para un caballero que tocaran lo que consideraba suyo, entendía por tanto que para David ella no significaba nada, solo la fuente que le proporcionaría dinero.

—Te doy mi palabra —aseguró firme.

—Está bien —dijo ella segura de sí misma. Añadiría que se arrepentiría de

sus palabras, ya se encargaría a su debido tiempo de que se arrepintiera, pero dejaría que el tiempo lo pusiera en su lugar—. Yo cumpliré con mi parte, pero tu cumplirás con la tuya —dijo refiriéndose a todas las condiciones que le afectaban a él.

David hizo un gesto afirmativo y Catherine aprovechó que no añadió nada más para salir de aquel despacho. Aún no podía creerse que su propio esposo la incitara a serle infiel, casi se le escapa una carcajada de pensarlo. En teoría tendría que sentirse ofendida de que su propio esposo la rechazara, de que la encontrara tan repulsiva que no sintiera el más mínimo interés en tocarla siquiera.

—Mi querido David —susurró en voz baja cuando se adentró en la que era su antigua habitación—. Voy a hacer que te pesen esas palabras y suplicas de rodillas hasta que no te quede aliento —añadió dibujando una sonrisa en sus labios, puesto que nadie la veía—. Y disfrutaré haciéndolo —terminó por decir mientras se dejaba caer en su antigua cama.

Catherine asumió que David dormiría en la antigua habitación del vizconde y no trato de contrariar aquella deducción de los criados puesto que ella dormiría en la habitación de al lado, la que en su día perteneció a su madre y que afortunadamente para ella, su padre jamás dejó que *lady Elisabeth* utilizara.

Solo de pensar en dormir en la misma cama que había dormido aquella bruja

le enardecía la sangre. Su padre había sido estricto en cuanto a las peticiones para poder tener acceso a su gran fortuna, pero se alegraba de que les hubiera dejado tan poco a aquel par de víboras. Probablemente Amelia no tardaría en aceptar una propuesta de matrimonio o de lo contrario no podrían permitirse el lujo de afrontar otra temporada.

Después de muchos años, puesto que no recordaba exactamente cuándo fue la última vez que se adentró en los aposentos de su madre y que desde luego sería a escondidas de su padre robando la llave de su despacho, volvió a entrar en aquella habitación.

Olía a polvo mezclado con humedad por permanecer cerrada, por lo que inmediatamente Lilith abrió las ventanas para que se aireara. Su padre no había querido cambiar absolutamente nada de aquella estancia, durante todos esos años. El tiempo había pasado por cada uno de aquellos objetos, inmortalizando sus recuerdos y a Catherine le invadió la nostalgia por las vagas imágenes que a su mente llegaban de cuando era una niña y entraba a aquella habitación para que su madre la peinara o le leyera algún cuento.

Recordaba como su madre, la hermosa *lady* Isabella Wells, la dejaba sentarse en el pequeño diván a los pies de su cama, con un reluciente brocado dorado que ahora no lucía tan radiante, mientras se preparaba para acudir a un gran baile o una galante cena. Ella adoraba ver como la ayudaban a vestirse, le ajustaban minuciosamente el corsé para lucir aquella hermosa figura, la peinaban delicadamente y finalmente añadía lujosas joyas que su padre le había regalado a sus preciosos vestidos.

Soñaba con poder hacer lo mismo algún día, cuando ella tuviera la edad apropiada, era tan inocente en aquel tiempo que jamás pensó que llegaría alguien para amargar ese sueño, para tirar por tierra todos aquellos dulces

anhelos de una niña inocente.

Pero ahora estaba allí, en aquella habitación de nuevo en la que dormiría, en la que ahora sería ella a la que ayudarían a prepararse, a alistarse para conquistar cada baile y cada galante cena.

Abrió el armario de su madre y vio algunos de sus antiguos vestidos que habían pasado de moda, en su percepción inicial contempló un brillo azul que llamó su atención, lo sacó de aquel armario donde permanecía colgado y descubrió un hermoso y precioso vestido de un color azul noche, era un azul tan profundo y hermoso que estaba segura de que cuando su madre lo usó debió deslumbrar.

La pedrería del corsé era absolutamente preciosa, dejando destellos de un color casi violeta a la luz del sol y la falda tenía una hermosa caída. Una idea pasó por su cabeza, ¿Tal vez Emily pudiera arreglarlo? Hacerlo un poco más cercano a la época sin aquellas mangas tan pomposas y ese cuello típico de aquella moda.

No tardaron en traer sus pertenencias de la casa en la que vivía con David, aunque apenas vivió en aquella casa todas sus cosas habían estado allí, quizás hubiera sido mejor no haberlas trasladado desde el principio si hubiera previsto como se desarrollarían los acontecimientos.

La vizcondesa demoró todo lo que pudo su partida, ella no pensaba apremiarla a marcharse, le daría el tiempo que quisiera, pero desde luego, no pensaba permitir que pasara la noche en esa casa, es más, se aseguraría de ello.

Cuando estaba guardando de nuevo el vestido en el armario cuidadosamente, escuchó que alguien entraba en su habitación, dedujo quien sería, tantos años

haciendo lo mismo solo podían significar que era de nuevo ella.

—Veo que después de todo, el vizconde te consideraba su hija, engendro mal nacido —dijo escupiendo sus palabras.

La envidia, el odio y el rencor hacia ella no le pasaron desapercibidos a Catherine.

—Vaya Amelia y yo que creía que todo este tiempo que había estado fuera, te habría ayudado a madurar —contestó.

Era la primera vez que contestaba a su hermanastra, que no se callaba una de sus hirientes frases.

La cara de sorpresa de Amelia que sin duda alguna no esperaba una contestación por su parte hizo que Catherine sonriera dentro de sí misma. No tenía desperdicio alguno, pero sabía que aquello solo iba a enfurecer aún más a esa pequeña bruja.

—Yo soy más madura que tú, gorda sarnosa —respondió mordaz creyendo sin duda que sus palabras hirientes harían que como siempre, Catherine se encerrase en sí misma y en su poca autoestima al creerlas.

—Tal vez yo sea una gorda sarnosa, como bien dices, pero al menos estoy casada, tengo un futuro duque por esposo y una gran herencia que gastar, ¿Que tienes tú, Amelia? Aparte de tu evidente mala educación y tu más que desagradable carácter. Tal vez seas hermosa... pero que yo sepa, eso no te ha dado ningún buen marido, ¿No?

La furia de Amelia que paso de la palidez a la rojez máxima en cuestión de segundos solo hizo que Catherine comenzara a reír en su cara.

—Por si no lo sabes, ¡Tu esposo me desea a mí! —gritó Amelia.

Catherine dejó de reír, no dudaba que David prefiriera a Amelia, ella era hermosa y cualquier hombre que la viera podría desearla; hasta que la conocía... y en ese preciso instante perdían el interés, porque a diferencia de su madre, Amelia no sabía esconder sus aspiraciones y pretensiones, aparte de su carácter, el de una completa dama mimada y consentida.

—Si —dijo ahora regodeándose Amelia—. Me desea y quiere que sea su amante, me lo ha dicho él mismo.

¿Sería cierto?, lo más probable es que no, David no le pediría a una dama ser su amante, menos aún si ésta aún no estaba casada.

—¿Y crees que me interesa, Amelia? —respondió mordaz—. Sé su amante si te apetece, a mi desde luego no me importa, la que sería duquesa sería yo. No tu —añadió.

Sabía que aquello era lo que le dolería a Amelia.

—¡Haré que anule tu matrimonio, perra sarnosa! —gritó con odio.

—Buena suerte en ello —respondió sin ninguna emoción, consiguiendo que Amelia saliera de su habitación enfurecida, llena de ira y lo más probable es que escuchara en los próximos minutos como se rompía algún jarrón o por el contrario lo que ocurrió, un sonoro portazo de su habitación.

—Primer asalto ganado —se dijo en voz baja mientras sonreía, era la primera vez que se enfrentaba a su hermanastra y debía conocer que comenzaba a gustarle. Debía darle las gracias a la tía Camelia por enseñarle a tener la suficiente confianza en sí misma para lograrlo.

David se había ido después de la lectura del testamento al club, necesitaba beber para asimilar todo lo que había ocurrido, todo lo que a partir de ese día

iba a cambiar en su vida si no quería verse en la más que mísera ruina.

—Vaya hombre, ¿Tan temprano por aquí? —exclamó la voz de su amigo Robert que le hizo alzar la vista de la butaca en la que se encontraba.

Robert iba acompañado de *lord Sylverston*, hacía tiempo que no los veía por allí, claro que sus horarios a la hora de frecuentar el club eran más bien distintos.

—Benedict, *lord Sylverston* —dijo serio con un gesto de cabeza.

Ambos se sentaron frente a él con sus respectivas copas de coñac.

—Hoy ha sido la lectura del testamento del vizconde —añadió David para responder a la pregunta de Robert del porqué estaba allí.

—¿Ha regresado tu esposa? —preguntó sorprendido Robert.

—Si, regresó hoy mismo —afirmó.

—Vaya, me alegro entonces de que no le hubiera ocurrido nada grave y se encontrara bien —contestó.

—Perfectamente al parecer —dijo sin dar detalles.

—Visitó a mi esposa esta mañana —añadió para intervenir en la conversación *lord Sylverston*—. Al parecer estuvo en el ducado de Florencia, de ahí que no llegara a tiempo al entierro del vizconde.

David le miró atónito, hasta un extraño sabía más de su esposa que él, aunque no debía sorprenderle.

—Si —dijo como para dar a entender que no desconocía esa información, aunque desde luego por su cara ambos debieron suponer lo contrario.

—Bueno, ¿Te debemos felicitar entonces por la fortuna heredada del vizconde? —preguntó Robert cambiando de tema—. Porque sin duda su fortuna era bastante cuantiosa según mis cálculos — aseguró. De todos era conocido que el vizconde de Grafton sumaba una inmensa fortuna.

—Desde luego toda su fortuna se la dejó a su única y legítima hija — respondió dando un sorbo a su coñac.

—No parece estar contento con ello, ¿Acaso hubo alguna cláusula?, ¿Te impidió el acceso a su fortuna? —preguntó inquisitivo Robert.

—Me dejó al mando de todas sus empresas —respondió evadiendo que no le había dejado una clausula sino ocho para ser más exactos.

—¡Pero eso es para celebrarlo!, ¡No todos los días le llueven a uno negocios que aportan grandes beneficios!

Si era sincero, David no tenía ni la más mínima idea de los beneficios que aportaban las empresas del vizconde, ni tan siquiera hasta qué punto ascendían las ganancias o cuántas tenía en su totalidad.

—En mi vida he llevado un negocio, Benedict — fue sincero—. No me interesa en absoluto —dijo despectivo.

—Yo podría echarte una mano —intervino *lord Sylverston*—. Tengo un par de sociedades con el vizconde, por lo que te puedo poner al día de las cuentas y enseñarte cómo funciona el negocio.

—Te lo agradezco, pero sería una pérdida de tiempo —dijo apesadumbrado.

—Tienes más que perder si no lo intentas, pero es decisión tuya desde luego —respondió seriamente *lord Sylverston*

Y tenía razón, pensó David. Malviviría si no era capaz de sacar ese tres por ciento de beneficio que se había estipulado, quisiera o no, tendría que intentarlo al menos y si fracasaba no podría decir que no había hecho lo posible.

—Está bien, *lord* Sylverston. Lo haré —afirmó mientras se acababa el resto de su copa.

—¿Crees que puedes arreglarlo? —preguntó Catherine.

Había llevado el vestido de su madre azul noche a la casa de modas Lynet's que Emily tenía en la ciudad.

Ambas se encontraban en la trastienda donde podrían examinar más detalladamente los detalles de aquel precioso vestido antiguo.

—Si, solo tengo que retocar un poco el corsé, arreglar las mangas y el escote —afirmó convencida—. ¿Te está bien o tengo que sacarle de las costuras? —preguntó mientras observaba detenidamente las costuras.

Catherine observó detenidamente la prenda, probablemente ninguna de ambas opciones, sino más bien meterle a juzgar por su cintura cuando dejara de usar aquel líquido que la hacía parecer que tenía sobrepeso.

—Te traeré el único vestido que es de mi talla real —dijo con una sonrisa.

—Así que la verdadera Catherine, esa que solo he podido ver en tan solo una ocasión volverá —anunció Emily sorprendida.

—Si, ya va siendo hora de que todos en esta ciudad vean como soy realmente —afirmó Catherine pensativa—. ¿Cuándo crees que lo tendrás listo? —. Necesitaba aquel vestido para la gran velada que tendría lugar en la casa de los Olbrich dentro de dos semanas, para ese entonces ella habría tenido

suficiente tiempo de recuperarse, solo tendría que esquivar cualquier encuentro con David en los días previos al gran baile.

—En diez días estará listo —aseguró Emily—. Imagino que además necesitarás un guardarropa nuevo.

—No puedo permitírmelo por ahora, Emily —dijo apesadumbrada.

La expresión contrariada en su amiga le hizo relatarte la peculiaridad del testamento de su padre y la cantidad limitada que percibirán hasta cumplir las condiciones.

—En realidad encuentro fascinante que tu padre haya previsto algo así —contestó Emily anonadada—, es algo minucioso y premeditado, desde luego debía conocer el carácter de *lord* Clayton. Ahora entiendo cuando Henry me comunicó esta mañana que tenía una reunión con tu esposo, al parecer cumplirá con su parte y se hará cargo de las empresas del vizconde.

—Si, llegamos a un acuerdo —dijo con desgana recordando esa parte en la que él la rechazaba.

—No pareces muy contenta —afirmó Emily.

—Lo estaré —dijo con una sonrisa—. No te preocupes.

—Bueno, en cualquier caso, te abriré una cuenta y apuntaré en ella todos los vestidos que pienso realizar para ti, ya me los pagarás cuando puedas.

—No puedo aceptar algo así, es demasiado Emily.

—No voy a dejar que la mujer más hermosa de la temporada vista de cualquier manera —dijo Emily negándose rotundamente a que su amiga fuera vestida de cualquier manera.

Esa actitud tan vivaz de Emily era inigualable, pensó Catherine. Quizá por eso tenía tanto éxito en su negocio y lo que estaba aún más segura, su marido estaría profundamente enamorado de ella.

—No soy la más hermosa, de hecho, ahora mismo soy todo lo contrario.

—Ah, pero nadie te ha visto como yo... y créeme, eres la más hermosa— aseguró—. Te lo dice alguien que ha vestido a casi todas las damas de la ciudad y que se ha fijado muy bien en las que no ha vestido —dijo entre risas contagiando a Catherine.

David llevaba días encerrado en el despacho principal de la empresa de carruajes Grafton enfrascado entre libros de cuentas, pedidos, fechas de entrega de materiales, más pedidos... ¿En serio el vizconde se encargaba de todo eso? Según el duque de Sylverston, que debía reconocer había tenido bastante paciencia al respecto, tenía que estudiar cómo funcionaba la fábrica para poder conocer sus puntos débiles y mejorarlos, esa sería la única forma de obtener beneficios rápidamente.

Mientras estudiaba los otros negocios del vizconde, se dio cuenta de la gran

capacidad que había tenido su suegro para crear aquel imperio y la misma que desde luego tenía Sylverston, ¿Cómo lo hacían? Además, tenían una familia a la que dedicaban tiempo y acudían a los eventos sociales donde desde luego suponía que hablarían de negocios al igual que en los clubs. A él desde luego no le quedaban energías para salir de fiesta por la noche como hacía antes, es más, había recibido varios avisos de Richard preguntando donde se había metido. Aún no había podido ver a sus compañeros de juergas desde entonces e inexplicablemente no es que lo echara mucho en falta, aunque desde luego, la ausencia por la falta de una mujer si comenzaba a hacer mella en él, más aún cuando volvía agotado a casa.

La convivencia con Catherine al menos era cordial, debía reconocer que estaba sorprendido con la nueva actitud que parecía tener su esposa. Parecía bastante independiente, apenas hablaban, pero no le había reprochado en ningún momento el motivo de su marcha, pese a que le había pedido disculpas cualquier mujer se lo habría echado en cara, sin embargo, Catherine parecía estar conforme al acuerdo al que habían llegado, es más, podría parecer que estaba loco, incluso lo podría achacar al cansancio, pero inexplicablemente comenzaba a ver a su esposa cada vez más tolerable en su aspecto físico, ¿Era eso posible? Tal vez la falta de una mujer podría nublar el juicio de un hombre, pero ¿Tanto como para comenzar a contemplar la posibilidad de acostarse con Catherine? Definitivamente necesitaba una copa.

—Dichosos los ojos que te ven David —dijo de pronto la voz de Richard—. Así que esto es lo que te tiene tan ocupado para que no te hayamos visto el pelo en más de una semana.

—No es que haya sido elección propia —aseguró.

—¿Entonces por qué no te vienes esta noche? —preguntó con una sonrisa

— No puedo Richard.

—¡Oh venga ya! —exclamó con pesadez.

—Te aseguro que no es por falta de ganas Richard... pero creo que pasaré una larga temporada entre estos muros —admitió apesadumbrado.

—Eso suena aburrido, ¿Acaso te vas a convertir en uno de esos duques serios y trabajadores como Sylverston? —ironizó Richard.

—Como mucho aspiro a cumplir las condiciones que el dichoso vizconde dejó estipuladas y después ya veremos. —Se sinceró.

—¿Condiciones?, ¿Así que el viejo estableció condiciones para heredar? —preguntó curioso.

—Ocho para ser exactos —dijo mientras le aclaraba algunas de ellas.

—¡Vaya con el vizconde!, ¿Y no hay forma de saltárselas?

—No... se aseguró de que se cumplieran —admitió para su pesar.

—Bueno, pues suerte con tu esposa para darle ese heredero legítimo que estipula el vizconde. —dijo no pudiendo evitar contener la risa ante la desgracia de su amigo.

—Ah no, de eso se encargará ella sola —admitió—, ya le he dicho que le doy mi permiso para encontrar a quien la embarace y yo me limitaré a reconocer a la criatura —confesó sin pensarlo.

—¿En serio?, ¿Quién crees que iba a ser capaz de tocarla, David? —exclamó dando por sentado que nadie en su sano juicio lo haría.

—Eso es problema de ella —contestó serio, ¿Por qué se lo había tenido que

decir? Sabiendo como era Richard se debería haber callado.

—En fin, supongo que entonces solo te veré en eventos apropiados para la sociedad —dijo mientras se levantaba.

—Tal vez deberías trabajar un poco tú también, quizá se te pegue algo bueno —dijo en tono bromista.

—¡Ni hablar! —respondió como si fuera la estupidez más grande—. ¡Yo viviré la vida de libertino hasta el fin de mis días!

—Algún día caerás, Richard —afirmó.

Aunque Richard tuviera fortuna propia, a su ritmo tarde o temprano tendría que sentar la cabeza.

—¡Jamás! —respondió sonriente mientras se marchaba.

—Te veré el sábado en la fiesta de los Olbrich —afirmó David.

—Imagino que seducir a una hermosa viuda puede entrar en mis planes —dijo antes de marcharse confirmando que asistiría.

Catherine fingió unas profundas jaquecas para permanecer encerrada en sus aposentos tres días antes de la fiesta. Afortunadamente el líquido que su tía le había proporcionado requería un menor tiempo de curación y en solo tres días estaría más que recuperada. Había tenido dos semanas para averiguar cuánto duraba el efecto en su piel. Aun así, aprovechó para que su piel se recuperase aún más rápido dándose baños de leche y envolviéndose en vendas de avena como había aprendido de la primera vez.

Había enviado una carta a Julia, pidiéndole un pequeño favor. Necesitaba que su amiga enviase una carta el mismo sábado por la mañana, requiriendo la

presencia de Catherine para un asunto urgente, asunto que Catherine prolongaría para así evitar tener que ir en el mismo carruaje que David al baile. Aunque Julia desconocía sus planes, sabía que contaría con ella y cuando recibió su respuesta afirmativa, aunque deseosa de saber sus intenciones, Catherine no se lo quiso explicar mediante una carta. Quizás hubiera debido explicarle la verdad de todo aquello, pero pese a que Julia era la primera en no soportar a su tía y su prima, después de todo eran su familia. Prefirió que no supiese nada hasta que todo Londres se enterase, cosa que ocurriría en pocas horas.

Tal como había previsto David se encontraba aquella mañana fuera de casa cuando recibió la carta por parte de Julia y estando de testigos los criados. Se marchó inmediatamente, más tarde tendría que enviar a Lilith a por su vestido para no levantar sospechas desde el principio.

Cuando llegó a la casa de los Benedict y llamó a la puerta, el ama de llaves la miró con interés, evidentemente no la reconoció. ¿Puede avisar a la señorita Benedict que estoy aquí en respuesta a su carta? —dijo sin dar detalles.

—Si, por supuesto su... —respondió intentando que revelara su nombre.

—Ella sabrá quién soy, ha solicitado mi presencia —dijo Catherine y con un gesto afirmativo el ama de llaves desapareció para lo que parecía avisar a su amiga.

—¿Catherine?, Porque Olga se refirió a ti como una señ...—Su voz se calló cuando vio el rostro de la mujer que tenía delante de ella—. Tú no eres Catherine —afirmó.

—Si, Julia —dijo elevando su rostro para que fuera más visible a la distancia que las separaba—. Soy Catherine.

—¡No es posible! —exclamó llevándose una mano a su boca para disimular su sorpresa.

—Tengo una historia muy larga de contar, pero si no te importa preferiría que fuera en un lugar privado y que nadie de tu familia me viera.

—¡Claro que sí!, ¡Por Jesucristo que aún no me creo que seas tú! —repitió mientras subían las escaleras hacia los aposentos de Julia.

—Mi señor el almuerzo está listo —anunció el mayordomo cuando entró en casa ayudándole a acomodar el sombrero y su chaqué en la entrada. Además de la carpeta de documentos que había decidido traerse para repasar esa tarde y matar el tiempo de alguna forma hasta prepararse para ese dichoso baile al que no le apetecía en absoluto asistir.

—Gracias Alfred —dijo cuando al fin se había aprendido el nombre del mayordomo.

David entró al comedor y solo vio que habían preparado un cubierto.

—¿Sigue mi esposa con esas fuertes jaquecas? Lo cierto era que llevaba tres días sin verla y resultaba de lo más extraño. Ni tan siquiera salía para desayunar, solo entraba a su habitación su doncella Lilith para servirle las comidas, ¿Tal vez no estuviera lo suficiente recuperada para asistir al baile? Eso podría ser un motivo justificado.

—No mi señor —respondió el mayordomo—. Su esposa recibió esta mañana una carta de la joven señorita Benedict, al parecer requería su presencia con urgencia y más tarde informó de que se iba a retrasar, de hecho envió una nota pidiendo que su doncella le llevara su vestido para el baile, según parece asistirá junto a la joven señorita Benedict.

—Está bien, Alfred —asintió mientras se dejaba de preocupar por ello, así no tendría que esperar a que su esposa se arreglara para la dichosa fiesta y podría ir cuando él quisiera—. Que sirvan entonces el almuerzo inmediatamente.

—¡No puede ser!, ¡Será vieja bruja esa mal nacida de mi tía!, ¡No puedo creer que sea mi tía! —exclamó Julia estupefacta cuando Catherine le contó toda la historia; desde su viaje al ducado de Florencia, el burdel de su tía Camelia, el aceite envenenado de *lady* Elisabeth, los desplantes de David y las condiciones del vizconde.

—No importa Julia —dijo mientras le cogía una mano— A partir de esta noche, todos sabrán quien es la verdadera Catherine.

—¡Dios mío Catherine!, ¿Sabes la cara que pondrá David cuando te vea? ¿Y Amelia?, ¡Se morirá de la envidia! —dijo riéndose ante ello.

—En realidad desconozco sus reacciones, pero espero que desde luego no les será indiferente —mencionó acompañándola entre risas.

—Creo que no serás indiferente para nadie esta noche —admitió.

Se había realizado un recogido bajo haciendo que todo su cabello rubio permaneciera lejos de su rostro y colocó unas diminutas flores blancas alrededor para decorar el recogido.

El vestido de su madre que Emily había arreglado minuciosamente le quedaba como un guante, ajustándose perfectamente a su ahora más que esbelta cintura. Había prolongado el decorado de pedrería en la falda, haciendo que éste luciera como un manto de estrellas en una noche despejada. Sin mangas, sin cuello, luciendo por primera su nítida y blanca piel en su tierra natal. Se enfundó en unos guantes de raso blanco que llegaban por encima del codo, el estrecho corsé hacía que su pecho luciera un

escote deseable y. cuando se observó en el espejo se estremeció de sí misma al contemplar la imagen que éste reflejaba.

—Tengo la certeza de que tendré que apartar las manos a mi hermano de ti durante el trayecto a la mansión de los Olbrich.

—No exageres —rio Catherine contrariada.

— No estoy exagerando, sin duda eres increíblemente hermosa Catherine. Ahora entiendo por qué mi tía hizo aquello —afirmó segura—. Eres indudablemente mucho más hermosa que Amelia.

—¿Crees que habría hecho todo eso solo para no ser competencia de su hija Amelia? —preguntó no habiendo sopesado esa posibilidad.

—Conociendo a mi tía y el amor que le profesa a esa hija malcriada que tiene; sí, pero no le ha servido de nada—confirmó—. Ahora vayamos que Robert ha de estar desesperado y maldiciendo porque llegaremos tarde.

—¡Julia llegamos tarde! —exclamó la voz masculina al final de la escalera.

Catherine se paró un instante antes de ser consciente de lo que iba a hacer, respiró profundamente y se recogió la falda para bajar la escalera.

—Si, si, si —decía Julia mientras bajaba mucho más rápido que Catherine—. Siempre quejándote, si tuvieras que ponerte un vestido entenderías porque tardamos tanto en arreglarnos querido hermano —refunfuñó.

Al no recibir respuesta, Julia miró a su hermano que parecía anonadado observando a la dama que bajaba las escaleras de su propia casa.

—¿Impresionado eh? —susurró cuando llegó a su lado y le puso un dedo en la mandíbula para que saliera de su asombro.

—¿Quién es? —preguntó sin dejar de mirarla.

—Es *lady* Catherine Clayton —respondió Julia orgullosa de decir aquel nombre.

—¿Qué? —exclamó Robert mirando a su hermana.

Conocía de sobra a *lady* Catherine Clayton y no era esa mujer, ¡Ni de lejos era tan hermosa!

—Hola, Robert —dijo ahora Catherine que ajena a la conversación de los hermanos había llegado hasta el pie de la escalera.

—¿Eres tú, Catherine? —preguntó.

Su voz desde luego sonaba igual y sus ojos... si, el color de sus ojos parecía el mismo, además del color de su cabello.

—Si, soy yo... aunque no lo parezca —sonrió.

—¿No decías que era tarde querido hermano?, ¡Dejad la cháchara para el camino! —apremió Julia mientras se cogía del brazo de Catherine para salir por la puerta después de ponerse sus correspondientes capas para no pasar frío durante el trayecto.

La mansión de los Olbrich estaba algo alejada de la ciudad, a las afueras para ser más exactos, eran famosos por sus inmensos jardines y fuentes de agua, solían dar esa fiesta en unas fechas en las que se pudiera pasear al aire libre, aunque el baile se desarrollara en el salón principal.

Catherine estaba nerviosa, era muy probable que David ya hubiera llegado y que tanto su madrastra como Amelia se encontraran allí. De pronto sus fuerzas y seguridad en sí misma comenzaban a flaquear, ¿Como se le había podido ocurrir que revelar como era realmente en un baile delante de todos era una buena idea?, ¿Y si se volvía a casa? No. No podía porque estar allí era una de las condiciones que debía respetar, ya no había salida, tendría que afrontar las cosas como las había pensado y que fuera lo que Dios quiera.

—Te veo bastante solo, David.

David reconoció la voz de Richard y cuando se giró para observarle vio que estaba con Andrew así que saludó a los dos.

Hacía más de una hora que había llegado, él había sido puntual y solo esperaba que su dichosa esposa apareciera, porque si después de que se estaba partiendo el lomo como un negro para conseguir ese tres por ciento de beneficio ella osaba ni presentarse y echar a perder todo en el primer evento al que debían acudir, la mataría con sus propias manos.

—Si, mi esposa tenía un asunto que tratar y vendrá con los Benedict.

—Aprovechemos mientras tanto su ausencia para observar el mercado, ¿Has visto algo interesante? —preguntó Andrew.

—Lo cierto es que no, aunque puede que la viuda de Astrid sea de vuestro agrado si obviamos su prominente nariz —dijo dando un sorbo a su copa.

—Tal vez su nariz se compense con sus pechos —dijo comenzando a reír Richard cuando la visualizó con su mirada.

El duque de Sylverston se acercó a él mientras Richard y Andrew seguían analizando el salón en busca de alguna presa que llevarse a los jardines para tener un encuentro a escondidas.

Enfrascados en la conversación observaron que el salón se había quedado más silencioso de lo normal, observó a Sylverston fijar su mirada al frente e inevitablemente David que estaba de lado miró en aquella dirección para encontrarse con la mujer más increíblemente hermosa que había visto en su vida.

¿Quién era esa deliciosa joven? Sus cabellos rubios como a él le gustaban, su delicada piel nítida y blanca como la nieve que pese a la distancia parecía ser

pura seda, aquellas mejillas rosadas, esos labios hechos para el pecado; carnosos y algo enrojecidos. Sus profundos ojos azules que probablemente resaltaban aún más por ese vestido hermoso que acentuaba cada una de sus curvas. Si, indudablemente era la dama más exquisita que había tenido el placer de ver y había visto a muchas damas a lo largo de su vida, debía reconocer.

Cuando vio que iba al lado de Robert, pensó que tal vez sería algún pariente de él, ¿Una prometida?, ¿Una prima? Conforme se acercaban a ellos podía apreciar cada vez mejor la belleza de aquella dama y podía juzgar por sí mismo que lejos de haberse equivocado se había quedado corto en su descripción. Daría lo que fuera por tener aquella mujer, aunque fuera solo una noche en su cama. Algo en su caminar conseguía que nadie dejara de mirarla, su porte era elegante y eso acompañado de su increíble belleza la hacían ser única. Definitivamente esa mujer no era de allí, debía ser extranjera o no habría pasado desapercibida para él.

—Querida, el vestido es precioso, pero en ti luce increíblemente hermoso. Esta noche estás encantadora Catherine —dijo *lady* Emily Sylverston.

Cuando David escuchó la voz de la duquesa de Sylverston frente a él se quedó estático, ¿Eran imaginaciones suyas? Porque había escuchado el nombre de Catherine perfectamente y se suponía que su esposa iba a llegar acompañada de los Benedict. No, imposible, solo se trataba de una mera coincidencia.

—¡Oh Emily! Gracias —contestó con una sonrisa Catherine mientras por dentro estaba de los nervios. Tenía a David a tres pasos a su izquierda y no sabía de qué forma debía presentarse, ¿Tendría que hacerlo? Abrazó a su amiga con cuidado por el estado de su embarazo que, aunque no era muy

avanzado ya era más que evidente. No podía evitar pensar si ella se vería así algún día no muy lejano, descartó momentáneamente ese lapsus en su mente y se concentró en aquel instante—. Pero es gracias a tus habilidades que el vestido quedo hermoso. —argumentó alabando la majestuosa virtud que tenía su amiga en la confección de vestidos.

—Sin duda Emily tiene un don para la moda —intervino Julia sonriente.

David se quedó algo silencioso observando la situación mientras la duquesa de Sylverston, la hermana de Benedict y aquella preciosa dama que cada vez la encontraba más hermosa si era posible hablaban sobre banalidades.

—El lunes me pasaré por tu despacho y concretaremos todo —mencionó *lord* Sylverston haciendo que tuviera que dejar de mirar a aquella dama por unos instantes.

—Ah, sí claro —respondió por inercia, si tan siquiera pensar en lo que le había dicho, ¿Que le ocurría?, ¿Desde cuándo una sola mujer había tenido aquel poder de embelesarlo hasta tal punto?

—Querido señor Clayton —dijo de pronto la dulce voz de la duquesa de Sylverston.

David volvió su mirada de *lord* Sylverston hacia la esposa de éste que acababa de llamar su atención y se dio cuenta de que le acompañaba aquella exquisita dama de cabellos rubios.

—Es un placer verla *lady* Emily —respondió educadamente.

—¿No le parece que su esposa luce hoy muy hermosa? —preguntó la duquesa de Sylverston y con un gesto de manos señaló a aquella preciosidad de mujer.

Si no fuera porque mantenía una mano debajo de la copa, habría jurado que se le habría resbalado de los dedos y posteriormente hecho añicos en el suelo de aquel salón.

Su esposa. La duquesa de Sylverston había dicho literalmente *su* esposa, solo que Catherine no podía ser esa joven de piel nítida y más hermosa que una diosa griega. No es que hubiera visto a muchas diosas griegas precisamente, pero estaba seguro de que debían ser así.

—¿Cómo? —exclamó.

No quiso quedar como un auténtico estúpido delante de las damas, pero ¡Por todos los santos!, ¡Esa no era su esposa!, ¡Mas quisiera él que lo fuese!

En ese momento aquella beldad le miró directamente a los ojos y al fijarse pudo apreciar el color que debía reconocer era muy parecido al de Catherine. Vino a su mente la imagen de la primera vez que bailó con ella en la mascarada, cuando se dijo a si mismo que con aquella máscara podría decir que la joven detrás de ella era hermosa por sus ojos y sus labios.

—Creo que mi querido esposo no encuentra las palabras apropiadas para decidir si estoy realmente hermosa o no con este vestido —dijo Catherine sin dejar de mirarle, como si le estuviera retando a alguna clase de juego.

—Debo reconocer que yo no... que no...

—¿Esperaba que estuviera tan hermosa esta noche? —añadió Julia como siempre entrometiéndose en todas las conversaciones.

—¿Me permiten un momento a solas con mi esposa? —preguntó a todos dando por sentado que nadie se opondría y cogiendo a aquella hermosa joven de la que aún no se creía que fuese Catherine pese a que todos parecían

afirmar que lo era, se encaminó hacia los jardines que había en el exterior.

—¿Se puede saber quién eres? —preguntó sin rodeos cuando nadie los escuchaba.

—Soy *lady* Catherine Clayton, marquesa de Normanby y tu esposa —dijo con una sonrisa cínica por respuesta.

—Tú no eres mi esposa, ¡Es imposible! —gritó mientras la seguía prácticamente arrastrando hacia un lugar más lejano de aquella casa.

—¡Suéltame! —respondió tratando de soltarse de su agarre—. ¡Me haces daño! —gritó.

El observó cómo se llevaba una mano al lugar donde él la había agarrado fuertemente, ¿En qué momento había perdido el control de sus actos? Aquella mujer lo iba a volver loco, fuera o no una impostora estaba seguro de que le volvería loco.

—Quién eres.

No fue una pregunta, era más bien una exigencia.

—Soy *lady* Catherine Clayton — repitió algo cansada—. Hija del vizconde de Grafton y de *lady* Isabella Lavender. Y por si eso no te convence aparte de las personas que has visto que afirman que soy yo —dijo haciendo una pausa para mirarlo directamente a los ojos mientras se cruzaba de brazos—. Mi padre te compró para casarte conmigo, supongo que debiste estar demasiado endeudado para acceder. —Su tono era un tanto de reproche—. Tal y como bien me dejaste claro desde el mismo momento en que nos casamos, llevaríamos vidas separadas, ¿Lo recuerdas? Así como me dejaste bien claro que debo cumplir con la octava condición por mi cuenta.

—Yo no...

—Antes de que digas nada —dijo interrumpiéndole sin dejarlo hablar—. Te diré que yo cumpliré mi parte como te dije, así que tu dedícate a cumplir con la tuya.

No le dejó hablar, se dio media vuelta y caminó de regreso a la casa donde estarían sus amigos. Las manos aún le temblaban de aquel enfrentamiento, ahora David sabía quién era, ¿La habría encontrado hermosa? Ni siquiera sabía porqué deseaba saberlo.

Catherine volvió junto a Emily y Julia, aunque su vuelta duró solo unos instantes puesto que demasiados caballeros desconociendo su identidad comenzaron a solicitar su permiso para bailar. Ella indudablemente aceptó a todos y cada uno de ellos, no haciendo excepción alguna, incluso cuando aquel tal Richard con mirada lasciva pidió un baile con ella.

David solo tenía ojos para Catherine, para su esposa que para su desgracia no dejaba de ser cortejada por cada caballero que había en aquel salón.

—Eres un esposo demasiado permisivo, *lord Clayton* —dijo Benedict cuando se acercó a su rincón solitario—. Si yo tuviera a esa preciosidad por esposa no dejaría que se le acercara ni una mosca a su lado.

—Cuidado con tus palabras Benedict —dijo en un tono posesivo.

—¡Vaya!, ahora resulta que te agradará estar casado después de todo...—dijo riéndose mientras se alejaba.

—¿Desde cuándo tu esposa ha pasado de ser la mujer más horrenda de la ciudad a la más hermosa?, ¡No sabes cuánto me alegraré de darte ese heredero, Clayton! —exclamó la voz de Richard mientras le daba una

palmada en el hombro.

David apretó su mandíbula y cerró los ojos pensando en lo que significaba aquello que acababa de decir Richard, pensar en Catherine con cualquier otro hizo que apretara con tanta fuerza la copa que tenía en su mano que ésta explotó haciéndose añicos.

—Si se te ocurre ponerle una sola mano encima a mi mujer, eres hombre muerto — terció y le observó de tal forma que su amigo enmudeció.

—David, estas sangrando —dijo Catherine al verle.

Cuando David se giró y contempló de nuevo a la que era su mujer, a aquella figura bella, delicada y sencillamente hermosa no supo reaccionar, por primera vez vio a través de su rostro que sí era la Catherine con la que se había casado, enfundada en un delicioso cuerpo lleno de curvas, con una piel sin imperfecciones, pero indudablemente tuvo que reconocer que era ella.

—Nos vamos —contestó firme sin dejar de mirarla.

—Pero aún no ha acabado... yo... —comenzó a decir.

David pensó que le diría que ella se quedaba probablemente para buscar a ese supuesto amante que él le había inducido a tener. Ni hablar, no la iba a dejar sola ni un segundo.

—Eres mi esposa y te vienes conmigo —sentenció mientras la cogía del brazo, esta vez de forma suave y salían de aquella casa sin apenas despedirse de nadie.

Su carruaje quedaba cerca de la entrada por lo que la ayudó a montarse en el mismo con la mano que no le sangraba y subió tras ella mientras golpeaba el techo del vehículo para que se pusiera en marcha.

—Toma —dijo ella ofreciéndole un pañuelo para envolver su mano.

La respuesta de David fue ofrecerle la mano para que ella se la vendara, mientras Catherine cumplía con aquella labor, él no dejó de observarla, ¡Por Jesucristo!, ¿Quién iba a pensar que aquella joven de aspecto horrendo pudiera esconder a una mujer tan increíblemente preciosa?

La idea de que había estado jugando con él todo ese tiempo pasó por su mente y tomó forma, sin duda alguna esa mujer debía tramar algo.

—Quiero saber por qué me has mentido todo este tiempo, es más, exijo saberlo —dijo cuando Catherine le devolvió su mano al terminar de vendar el pañuelo en ella.

¿Había escuchado bien? David le reprochaba que le había estado mintiendo, ¿Acaso creía que aquella tortura durante años era fingida? Bueno... realmente le había mentido desde que había vuelto al no revelarle que estaba curada, pero ¿A él que más le daba? Si ya la rechazó el día de su boda y posteriormente en la lectura del testamento.

—¿Porque has fingido esa enfermedad Catherine?, ¿Es alguna clase de juego mezquino? —afirmó David probablemente debido a su silencio.

David no entendía la astucia que a veces se gastaban algunas mujeres, pero desde luego la suya debía estar loca para tramar algo así, ¿Con que intenciones lo habría hecho? No le importaba, lo averiguaría tarde o temprano.

—Puedes pensar lo que mejor te convenga —contestó.

David confirmó con aquella respuesta aún más sus sospechas de que su esposa le ocultaba algo.

Catherine determinó que no iba a contarle nada, primero porque no eran formas de exigirlo y segundo porque si realmente por remota que fuera la posibilidad, pero que podía serlo, Amelia tenía razón y David de alguna forma la quería no estaba dispuesta a revelar lo que su madrastra y ella le habían hecho para que se lo contara. No. Por el momento fingiría que se había recuperado milagrosamente y solo sus más allegados conocerían la verdad.

La noche no había resultado del todo como ella esperaba. Tampoco era que quisiera a un David rendido a sus pies, de hecho, no lo deseaba aún. Quería conseguir que suplicara, pero que lo hiciera de verdad y no por verla hermosa.

Su expresión al verla había sido memorable, aunque todo había cambiado al revelar lo que era, como si no aceptara la realidad y cuando lo hizo pasó del asombro a la estupefacción y después a la decepción o eso creía.

No sabía que podría haberle dicho el señor Richard Hayden para que David hubiera roto el vaso con sus propias manos, pero desde luego debió decirle algo que no le gustó para provocar ese arranque de ira y odio que vio en sus ojos. Lo cierto era que se moría de la curiosidad por saber que habría sido puesto que todo ocurrió después de que bailara con aquel patán de Hayden que lejos de asombrarse al revelar lo que era la esposa de su amigo y ser educado, fue un completo libertino tratando de cortejarla con lisonjas y sin andarse con rodeos casi le hizo una proposición que desde luego ella evitó haciéndose la ingenua al tratarse de él.

Richard era apuesto, había que reconocerlo y probablemente tendría a más de una jovencita loca por él, pero desde luego que a ella no. Su orgullo prepotente, sus modales y formas, hacían que el atractivo de aquel hombre se

esfumara al ser opacado por su comportamiento.

Quizás con David debería de haber sido del mismo modo, pero no podía evitar contemplarlo de otra forma, tal vez fuera por el hecho de ser su esposo, porque lo consideraba el hombre más apuesto y atractivo que había conocido o por la simple y llana razón de sentirse enamorada de él y no poder negarlo, aunque sí ocultarlo.

Mientras se desvestía recordó que no había visto a *lady* Elisabeth ni Amelia en el baile, era muy extraño que no hubieran asistido teniendo en cuenta la importancia del evento. Tal vez ella no las vio, pero sí estaban allí, después de todo se había pasado todo el baile en la pista y ahora que lo recordaba sus pies estaban algo doloridos.

No reclamó la ayuda de ninguna doncella para prepararse, se cepilló el cabello, se puso su camisón de seda y encaje y se deslizó entre las suaves sábanas de su mullida cama con el único pensamiento de que aún no podía creerse que David pensara que todo aquello había sido una estratagema con algún fin inexplicable.

«Llegará el día en que pidas clemencia por todos tus actos David, me aseguraré de que así sea» se dijo mentalmente mientras se colocaba de lado y se abrazaba a su almohada antes de entrar en un profundo sueño.

David no podía dormir, definitivamente no podía, ¡Menos aun teniendo la tentación a una puerta de distancia! Pero tenía que ser frío... esa mujer le había engañado, ¡Tenía que haberlo hecho! De lo contrario no se explicaba ese cambio tan radical en tan poco tiempo, ¿A cuento de qué? Ahora la intriga de saber dónde había estado todo el tiempo que estuvo ausente comenzó a abrumarlo, ¿Habría tenido amantes?, ¿Habría estado con otros hombres?, ¿Sería aún virgen y pura?

—¡Diablos! —gritó con furia mientras tiraba contra la chimenea apagada el vaso que tenía en su mano no dañada haciéndolo añicos. Era el segundo vaso que rompía aquella noche por no controlar todo lo que estaba sintiendo al mismo tiempo.

Se sentía frustrado, engañado, lleno de ira y de celos. Sí, por primera vez en su vida sentía unos celos atroces por ser consciente de que no quería que nadie tocara algo de su propiedad. Pero si no le importaba hasta hacía unas horas, ¿Por qué ahora sí? Conocía muy bien la respuesta... pensaba que nadie tocaría a la antigua Catherine, por lo tanto ¿Qué celos podría tener de algo que estaba seguro de que nadie deseaba? Ahora no era así, todos los caballeros y no tan caballeros de la sociedad la deseaban, ¡Hasta el más patán de ellos la deseaba!, ¡Él mismo la deseaba!

No iba a permitir que ningún hombre se acercara a ella, definitivamente no lo haría así tuviera que contratar a alguien que siguiera sus pasos para asegurarse.

¡Maldito fuera el día en que le dije que reconocería al hijo que tuviera de otro!, ¿En qué estabas pensando, David? Se dijo a sí mismo mientras se desplomaba en el sillón del antiguo despacho del vizconde que ahora era suyo.

Ella había jugado bien sus cartas, pensó. Había conseguido que le declarase formalmente que era libre para estar con otros hombres, pero no le iba a salir bien su jugada... definitivamente no iba a lograr lo que sin duda había ideado desde un principio. Él mismo iba a arruinar cada una de sus conquistas y si tenía un amante, lo mataría con sus propias manos si era necesario.

—¡Arriba niña! —exclamó Lilith.

El inesperado frío hizo que Catherine se removiera entre las sábanas buscando de nuevo el calor que estas le proporcionaban al haber sido arrebatadas.

—Es tarde y debes prepararte para el té que dará la Señora Fernsby.

—¡Ah, es verdad! —exclamó con desgana—. El dichoso té.

Odiaba la idea de encontrarse con un montón de damas refinadas sin que sus amigas estuvieran presentes porque ellas si habían puesto una excusa para no acudir a esa reunión, pero David y ella no tenían excusa, debían cumplir con el testamento.

—¿Que tal fue la velada? —pregunto inquisitiva Lilith.

—Bastante bien, David no me reconoció al principio, pero al final acabo aceptando que era yo.

—Es normal, no creo que muchos de los presentes aceptaran fácilmente que eras tú, pero desde luego hoy se correrá el rumor por todo Londres como la pólvora.

Lilith tenía razón, la gente la observaba y Julia se encargó de decir quién era ella... aunque muchos parecían ser reacios a creerlo.

—Lo cierto es que me extrañó no ver a *lady* Elisabeth y Amelia en el baile. Fue extraño. Juraría que no se lo perderían por nada del mundo —dijo mientras se echaba el agua fresca sobre el rostro que acababa de traerle para refrescarse.

—Ah, ¿No fueron? —exclamó la doncella sonriendo maquiavélicamente.

Ese hecho hizo pensar a Catherine que ella sabía la razón.

—No sé por qué intuyo que sabes la razón del porqué no acudieron y casi me atrevo a decir que tuviste algo que ver en ello.

—Bueno... —dijo un tanto distraída la doncella—. Puede ser que sin intención alguna desde luego —reiteró—. Uno de los aceites que se me olvidó llevar con nosotras al ducado de Florencia se colocara accidentalmente en el tocador de la habitación que ocupa la señorita Amelia.

—¡Lilith! —gritó sin poder contener la risa al imaginarse a su hermanastra como la gorda sarnosa que tantas ocasiones le había exclamado a ella.

—¡Se lo merecía! —gritó la doncella—. Además... fue por tu bien —dijo para convencerse a sí misma—. Pensé que *lady* Elisabeth podría dejarte en evidencia delante de todos y ahora en cambio que ya lo saben, no podrá más que aceptar su derrota.

—No voy a discutirlo —dijo mientras dejaba el paño con el que se había secado al lado de la palangana donde estaba el agua—. Es más, te estoy agradecida por ello, Lilith, pero no quiero que asumas riesgos por mi —dijo seria—. *Lady* Elisabeth debe saber que fuimos nosotras y si no lo sabe con certeza, deberá intuirlo... con ese acto le hemos demostrado que sabemos lo que me hizo todos estos años.

—De todos modos, iba a saberlo cuando te viera mi niña, esa mujer no tiene un pelo de tonta. Lo único que lamento es no haber podido verle el rostro a esa niña mimada con el aspecto que le habrá dejado esa hiedra venenosa en la piel.

La risa de Catherine volvió imaginando el aspecto de su hermanastra, además de sufrir los picores que ella había tenido que soportar durante años. Si, desde luego que ver aquello habría sido sin duda alguna una dulce recompensa.

Eligió un vestido en tonalidades verdes para ese día. Gracias a Emily tenía un surtido bastante amplio de preciosos y elaborados vestidos a la última moda que desde luego llamarían la atención. No sabía cómo lo hacía su amiga para acertar con el gusto apropiado de cada dama, porque desde luego con ella lo hacía a la perfección.

La falda era algo más elaborada que el que había lucido la noche pasada de su madre con una caída recta, en este caso los pliegues al final de la misma le daban un toque distintivo que, en contraste con el bordado del corpiño y los encajes de las mangas lo hacía ser peculiar. El juego de tonalidades verdes junto a los pequeños detalles como los botones, el hilo dorado del corpiño o las puntillas blancas de los encajes combinaban a la perfección de tal manera que se sentía cautivada. Además, se ajustaba perfectamente a su estrecha cintura y se adaptaba a sus formas donde era debido que lo hiciera.

Se hizo un recogido algo bajo puesto que ella no se terminaba de ver con grandes y aparatosos recogidos de pelo postizo que le parecían demasiado ostentosos en algunas damas. Prefirió algo sencillo y teniendo en cuenta que se tendría que poner el sombrero, un recogido alto le estorbaba.

David estaba esperando a su esposa para acudir a aquel dichoso té. No era partidario de ese tipo de eventos, le parecía de lo más aburrido tener que escuchar conciertos musicales y parlotear con las damas y los pocos caballeros que decidían acudir, pero lo organizaba un miembro importante de la sociedad y según el programa que el abogado les había dado al día siguiente de la lectura del testamento, aquella velada formaba parte de los eventos importantes a los que estaban obligados a acudir.

Para su suerte, no tendrían que asistir a ninguna otra velada hasta el viernes próximo, por lo que se podría evadir de tales nimiedades hasta entonces y

concentrarse en los negocios que ahora eran suyos y que después de todo estaba comenzando después de varios dolores de cabeza a entender.

Comprobó la hora en el reloj de bolsillo, si su esposa no bajaba pronto, llegarían tarde. Sinceramente le daba igual llegar tarde o no, por lo tanto, no la apremió a que se diera prisa. No la había visto desde la noche anterior, puesto que había desayunado en su habitación y no había querido almorzar tras haber desayunado demasiado tarde.

Escuchó ruido de puertas en la planta superior y alzó la vista desde el hall de entrada, comprobó lo que parecía ser un trozo de tela de color verde que tomaba forma y la visión de Catherine apareció ante sus ojos.

¡Virgen santa! Pensó al verla ahora a la luz del día sin ninguna sombra que entorpeciera su visión, era definitivamente hermosa sin lugar a duda.

Su instinto fue sonreír, pero recordó la discusión que habían tenido y la sonrisa se disipó inmediatamente. En cambio, Catherine sí sonreía por alguna extraña razón que a David se le escapaba. Su único razonamiento fue que aquella mujer tenía que ser demasiado insensible y fría para hacerlo después de como lo había engañado todo ese tiempo jugando con su aspecto.

Catherine no pudo evitar sonreír al ver a David y recordar la travesura de Lilith, ¡Si David viera a Amelia ahora mismo estaba seguro de que ya no la desearía! Al igual que no la había deseado a ella cuando estaba en la misma situación. Se fijó en su semblante serio y taciturno, lo que provocó que su sonrisa se apagó, ¿Qué problema tenía ahora?

—Veo que parece divertirte —dijo en un tono despectivo.

—¿Acaso es un pecado hacerlo? —respondió en un tono sensual.

David tragó saliva para poder asimilar esa respuesta y más aún la forma en la que lo había pronunciado. Observó como su esposa se colocaba aquel sombrero y aprovechó para estudiar su esbelta figura, ¿Cómo había podido adelgazar tanto en tan poco tiempo? Ahora que lo recordaba una imagen de los últimos días le vino a la mente recordando que los vestidos le quedaban algo holgados repentinamente.

—No me has respondido —dijo Catherine sacándolo de sus pensamientos.

—No, no lo es —respondió a su pregunta—. Pero sí lo es engañar.

Catherine que le había dado la espalda para colocarse el sombrero frente al espejo se giró de medio lado y le miró directamente a los ojos.

—Entonces seríamos ambos pecadores, ¿No? —exclamó.

El supo por su mirada a qué se refería exactamente, ¿Le estaba reprochando haber metido a aquella fulana en casa? No se lo había reprochado anteriormente, ¿Por qué lo hacía ahora? Quiso rebatir su respuesta, pero no tuvo con qué hacerlo, después de todo en eso Catherine tenía toda la razón muy a su pesar.

Tal como había previsto había más damas que caballeros en aquella velada y para su desgracia los pocos que había no le quitaban el ojo de encima a Catherine. Por suerte para él, ella parecía ajena a las constantes miradas y estaba entretenida con algunas damas que parecían sorprendidas tras revelar su nombre. Desde luego el impacto que había tenido en la sociedad su nueva esposa se había convertido en el tema de conversación de todo Londres.

—¿Quién lo diría? —exclamó la voz de un caballero que se acercó a David haciendo que éste tuviera que apartar la vista de su esposa unos instantes para reconocer al duque de Buccleuch.

David le saludo con un gesto cordial de cabeza reconociéndolo sin responder a su pregunta, no era por ser descortés, aunque sabía perfectamente a qué se refería.

—Condenadamente rica e insufriblemente hermosa —añadió el duque ante el silencio de David—, creo que en estos precisos instantes eres la envidia de cualquier caballero que busque esposa, *lord Clayton* —se sinceró.

—¿Es usted uno de ellos su excelencia? —preguntó directamente.

—Desgraciadamente si —dijo con seriedad.

El duque de Buccleuch no era un hombre apuesto, aunque las damas le miraban por sus indiscutibles ojos azules y su porte elegante. No solía sonreír y se le consideraba un hombre bastante taciturno. Había tenido dos esposas y las dos habían fallecido sin darle un heredero varón para su condado por lo que sin duda alguna estaba buscando a la tercera esposa que le diera ese heredero.

—Suerte en ello *lord Buccleuch*, aunque esa bella dama me pertenece solo a mi —sentenció.

La posesividad en sus palabras volvió a salir a flote y aún no entendía porque le molestaba tanto que otros caballeros hablaran así de Catherine como alguien deseable, admirable y que le envidiaran a él por ser su esposo. Tal vez no sentiría esa posesividad si ella fuera realmente suya, si le perteneciera de verdad porque, aunque fuera su esposa no podía tocarla, ¿O sí podría?, ¿Qué ocurriría si intentara tocarla?, ¿Hacerla suya? Después de todo era su esposo y se debía a él...

El concierto de piano estaba siendo bastante aceptable, pensó Catherine. David estaba sentado a su izquierda y parecía estar bastante interesado en la

joven que manejaba las teclas de aquel instrumento, una bella joven de piel blanquecina y cabellos castaños era bastante hermosa pese a no llegar a la altura de la belleza de su hermanastra Amelia.

Se quitó la idea de la cabeza sobre comparar todas las damas con Amelia como si fuera la mujer más hermosa de toda la ciudad por más que *lady Elisabeth* asegurara que lo era. No lo era, de hecho, ella consideraba aún más hermosa a *lady Emily* y ya que estábamos incluso a sus amigas; tanto Julia cómo Susan le parecían lo suficientemente aceptables como para competir con su hermanastra.

Cuando finalizó el concierto, el té se prolongaba durante un par de horas más para hablar sobre el mismo y seguir teniendo una excusa para tratar asuntos sin importancia. Catherine deseaba marcharse, pero no se le ocurría que excusa dar al respecto para hacerlo.

—Querida, no he tenido ocasión de preguntar estando tan impresionada por tu cambio de aspecto tan favorable, ¿Qué tal se encuentra la señorita Barston?
—preguntó la señora Ferguson, una amiga de *lady Elisabeth*.

—¿Por qué lo pregunta señora Ferguson? —preguntó fingiendo inocencia.

—¡Oh!, ¿No lo sabe? —exclamó la mujer evidentemente emocionada porque tenía un nuevo chisme que contar. Catherine mantuvo silencio para saber que versión habría dado su madrastra sobre no acudir a ningún acto social—. Al parecer la joven señorita Barston ha contraído un resfriado y debe permanecer en cama unos días, es una pena que se pierda gran parte de la temporada y más teniendo en cuenta que es su segunda temporada —dijo aquello dando a entender que era prácticamente su última oportunidad para encontrar marido.

—¡Oh que lastima! —contestó con fingido estupor Catherine para parecer preocupada por su hermanastra—. Precisamente iba a pasar por Kensington para visitarlas antes de volver a casa.

—¿Están viviendo en Kensington?, ¿Ya no viven en la mansión familiar de Park Lane? —exclamó asombrada.

De todos era conocido que el mejor barrio para vivir en la ciudad era Park Lane y donde estaban las mejores casas.

Catherine puso su mejor sonrisa antes de soltar el que sería el próximo chisme que recorrería todo Londres después de su sorprendente cambio.

—¡Oh!, ¡Desde luego que no! —exclamó acompañando con un gesto de mano contrariado como si fuera evidente—. Mi padre nos heredó la mansión a mi esposo y a mí. Evidentemente no podíamos compartirla, somos un matrimonio de recién casados y no estaría bien tener a una joven soltera en casa —añadió con una sonrisa de complicidad—. Aunque por supuesto, fui compasiva y les dejé mi casa de Kensington para que tuvieran un lugar donde vivir, compréndeme, no podía dejar que vivieran en la calle.

La expresión de aturdimiento que contrajo la señora Ferguson no tuvo desperdicio.

—¿Es que el vizconde no las tuvo en consideración cuando repartió su herencia? —preguntó descaradamente.

—¡Oh, si! —dijo mordaz—, le dejó una casita en los Hamptons a *lady* Elisabeth y una modesta renta para llevar una vida tranquila.

—¡Oh!, ¡Bendita seas, querida!, Menos mal que has sido generosa con ellas, eso dice mucho de ti —respondió con una sonrisa.

Catherine sabía que estaría deseosa de contarlo a todas sus amigas, si sus cálculos no fallaban antes de que terminara la velada todos estarían al corriente y si había algo que la sociedad no perdonaba en esos círculos; era ser pobre, mucho más que no poseer belleza alguna.

—Creo que iré a buscar a mi esposo para irnos. Ha sido un placer hablar con usted señora Ferguson —dijo despidiéndose cordialmente.

—El placer ha sido todo mío querida. La llamaré para que venga a tomar el té a mi casa con mi grupo de amigas, sería todo un placer tenerla entre nosotras.

—Por supuesto que aceptaré encantada —contestó sonriendo esta vez de verdad.

Ahí estaba, *lady* Elisabeth iba a pasar a un segundo plano desde ese momento y ella no podía estar más satisfecha con ello.

David esperaba ansioso el momento de marcharse, así que cuando vio que su esposa se acercaba a él se despidió formalmente de los caballeros con los que estaba manteniendo una conversación poco interesante y acudió a su encuentro.

—Me gustaría pasarme por nuestra casa de Kensington para visitar a mi hermanastra, según me han comentado no parece encontrarse bien.

Tenía la excusa de la señora Ferguson sobre el padecimiento de Amelia y

aprovecharía las circunstancias a su beneficio, iba a ser todo un deleite si David veía a Amelia en aquel estado.

—Por supuesto —respondió David que entendió que se preocupara de su familia, a pesar de que no fueran parientes consanguíneos.

Cuando llamó a la puerta de la que era su propia casa, aunque apenas había vivido unos cuantos días en ella, comenzó a pensar en que excusas le daría *lady* Elisabeth para no visitar los aposentos de su hija si es que se encontraba allí y pensó que como rebatirlos para que la dejase ver.

Había tenido tan poco trato con el personal de esa casa que apenas la habían conocido, pero desde luego no la iban a identificar menos aún en su aspecto actual, aunque al ir acompañada por David le dejaron pasar de inmediato.

—¿Se encuentra *lady* Elisabeth en casa? —preguntó nada más entrar.

—No, mi señora —contestó la joven doncella que no sabía exactamente quien era ella.

—Es mi esposa, *lady* Catherine Clayton —afirmó David a la joven doncella inquieta.

—Oh disculpe mi *lady*. No la había reconocido, está usted muy... muy...

—Distinta —contestó algo sonriente.

—¿Esta la señorita Barston en casa? —preguntó entonces.

Si Amelia sufría el padecimiento en su piel que en tantas ocasiones había sufrido ella, sin duda no habría salido de casa para que no la descubrieran.

La doncella asintió con la cabeza, pero no respondió.

—Subiré a verla —afirmó Catherine a su esposo al que desde luego no podía invitarlo a acompañarla porque sería un gesto de mala educación. Un hombre no podía entrar en los aposentos de una dama salvo que fuera un pariente muy cercano o su propia esposa.

—Mi *lady* usted no puede... —comenzó a decir algo compungida la doncella.

—Asumiré toda la responsabilidad —dijo cómplice de los miedos de la doncella.

Tuvo claro que *lady* Elisabeth dormiría en la habitación del fondo al ser la habitación principal, así que lo más probable era que Amelia durmiera en la que fue su habitación en esa casa. No llamó previamente, sino que abrió la puerta directamente y se encontró a una Amelia tumbada con las manos vendadas probablemente para no rascarse la piel y llena de granos rojos por toda la cara. Estaba tan hinchada que había aumentado más de la mitad de su tamaño. Tenía un aspecto horrible.

—¡Quien eres! —gritó con su voz chillona que era lo único que no había cambiado—. ¡Fuera de aquí! —gritó tratando de taparse con las sábanas de la cama, pero ella ya la había visto en todo su esplendor.

—¿Quién es ahora la gorda sarnosa, querida Amelia? —dijo observándola directamente a los ojos y cruzándose de brazos.

—¿Que? —exclamó.

La cara desencajada de Amelia no tenía desperdicio alguno.

—Bueno, *lord* Clayton está abajo esperándote, me gustaría ver de qué forma lo vas a conquistar, es más, ¡Me estoy impacientando por ver cómo lo logras!

—dijo sin poder evitar reírse en su propia cara.

—¡Tú no puedes ser Catherine!, ¡Es imposible! —exclamó completamente asombrada.

—Oh... desde luego que soy Catherine —aseguró firmemente.

—Pero tu... tu... —comenzó a decir sin que le salieran las palabras.

—¿No soy fea?, ¿No soy gorda? —exclamó recriminando sus insultos antes de que pudiera reprocharle nada—. Es evidente que no.

Amelia emitió un grito que se ahogó en la garganta de la impotencia que sentía—. ¡Lárgate de aquí! —gritó.

—¿Debo recordarte que ésta es mi casa? —sonrió cínicamente—. Más vale que no me lo recuerdes Amelia o te echaré de aquí a patadas.

—No harías eso —dijo ahora asustada.

—Dame una sola razón para no hacerlo —afirmó.

—Tu... yo... —balbuceó.

Era evidente que Amelia no encontraba ninguna.

—Ahí lo tienes, así que no juegues con la poca bondad que me queda hacia vosotras porque te aseguro que mi paciencia tiene un límite.

—¿Qué quieres? —dijo ahora más calmada sabiendo a lo que se enfrentaba.

—Si te veo cerca de *lord* Clayton por un instante, os pondré a tu madre y a ti de patitas en la calle.

—¿Eso es todo? —dijo mirando hacia otro lado.

—Por ahora si —respondió mientras se encaminaba hacia la puerta.

—Te puedo prometer que yo no me acerque a él, pero no puedo prometer que sea al revés —afirmó antes de que se marchara.

—¡Oh!, ¿Te aseguró que al revés no dará lugar, querida hermanastra! —respondió antes de cerrar la puerta a sus espaldas con una enorme sonrisa.

Había una condición que le prohibiría a David acercarse a ella y a cualquier otra dama en realidad.

Aún no se creía que todo hubiera salido tan bien. No haber encontrado a *lady Elisabeth* en casa había sido toda una suerte porque de lo contrario estaba más que segura de que no la habría permitido ver a Amelia con cualquier excusa, estaba claro que verla era afirmar contundentemente que lo que ella había padecido durante años había sido provocado su aceite maldito.

—No has mencionado nada del estado de tu hermana, ¿Se encontraba bien?
—preguntó David que había notado que Catherine estaba más callada de lo normal, como si estuviera pensando en algo minuciosamente.

—No es mi hermana, jamás he sentido que lo sea —reiteró para que se diera cuenta de ello—. Pero se recuperará en unos días, no es nada grave —dijo restándole importancia y de paso le anuló el hecho de poder seguir iniciando una conversación.

—Me alegro entonces de que se encuentre bien —respondió por cortesía.

—¿Pareces bastante interesado en la salud de la señorita Barston, ¿No? —preguntó en cierto tono de ironía y casi de reproche.

—Creo que es normal preocuparse por la salud de alguien que se encuentra enfermo —respondió David sincero.

A él no le importaba en absoluto la salud de la señorita Barston, solo quería hablar con ella, le servía perfectamente hablar del tiempo o del absurdo concierto de piano que había tenido que soportar.

—Si, muy normal —contestó en el mismo tono de reproche.

—¿Se puede saber qué ocurre? —exclamó.

¿A que venía aquello? Ella era la menos indicada para enfadarse, más aún después de tener que haber tenido que soportar los celos constantes durante toda la velada porque todos los caballeros no cesaban de mirarla y él podía intuir perfectamente sus pensamientos al respecto.

—Viene, a que sé que te gusta la señorita Barston —confesó.

—¿Y qué si me gusta? —respondió para provocarla.

No sabía de donde se había sacado esa conclusión que desde luego distaba mucho de ser real. No podía decir que la joven señorita Barston era fea, desde luego no lo era, pero de ahí a gustarle había un abismo.

—¡Así que lo admites! —reprochó llena de ira.

David no supo si fue el genio de aquella mujer lo que le encendió, su rojez por el matiz acalorado de la conversación, su increíble belleza, los celos de la velada acumulados durante horas o simplemente que le estaba volviendo loco con aquel comportamiento tan vivaz y elocuente que en lugar de responder a su exigencia no pudo contenerse; sus labios le pedían a gritos ser besados y él no iba a hacerse sordo ante aquella petición. Le colocó una mano en su nuca y acortó rápidamente la distancia que los separaba colocando sus labios sobre los suyos y apresándolos con voracidad. Se había dejado llevar por sus impulsos y debido a ellos la había besado de forma apasionada y ardiente.

Cuando los probó solo pudo enloquecer más aún y se dejó arrastrar por sus instintos de querer anhelar más de ella. Fue consciente de que ante sí tenía a una mujer aturdida por su gesto o inexperta con los besos. No sabiendo cuál de las dos opciones sería su esposa suavizó su intensidad de forma que se concentró en su labio inferior deleitándose detenidamente, provocando que Catherine abriera lentamente su boca con ello.

Catherine no supo cómo reaccionar ante aquel gesto. Jamás pensó que David se lanzaría de aquella forma y apresaría sus labios con aquella voracidad con la que lo hizo, es más, se sintió abrumada ante el gesto tan inesperado y mientras él parecía querer intentar algo con su lengua ella permanecía estática sin saber cómo reaccionar.

Cuando notó los labios de David suaves, apresando su labio inferior una sensación nueva la embriagó; era tan cálida, suave y definitivamente abrumadora que no quería dejar que se escapara. Así que sin saber porqué entreabrió los labios dejándose llevar por su instinto y David pareció aprovecharse de ello, porque al instante se sintió invadida por su lengua tratando de luchar con la suya.

Ante aquella invasión, Catherine le empujó con todas sus fuerzas devolviéndolo al asiento que ocupaba en el carruaje. David parecía confuso, pero un instante después dibujó una gran sonrisa en su rostro.

«Cretino» pensó Catherine. Sin pensar dos veces si sería o no correcto lo hizo.

«¡¡Plaff!!»

La bofetada que le propinó con la mano bien abierta y enguantada a David hizo que su sonrisa desapareciera.

—Ni se te ocurra volver a ponerme un solo dedo encima, ¿Me oíste? —amenazó.

Ella no era segundo plato de nadie, menos aún después de prácticamente asegurarle que sí estaba interesado en Amelia. A saber, que habrían podido haber hecho esos dos a sus espaldas. Solo con pensar en David besándola su sangre hervía.

—Parecía gustarte —dijo cínicamente con la mejilla aun roja por el golpe.

—Nada más lejos de la realidad —respondió secamente.

Para su suerte el carruaje se paró y unos segundos después la puerta se abrió para dejarles salir. Ella se apresuró a descender del carruaje y le dio igual si era apropiado o no hacerlo, al igual que tampoco esperó para entrar en la gran mansión de Park Lane y dirigirse a sus aposentos, tenía demasiado en lo que meditar puesto que David la había besado tal como ella había querido desde un principio, pero no fue ni la forma, ni el momento apropiado para hacerlo. Las cosas no estaban ocurriendo como ella quería, David parecía interesado de algún modo en la verdadera Catherine, pero solo se sentía atraído por su belleza y aquello era insustancial, tenía que conocerla de verdad o se cansaría tan pronto de ella como de todas sus conquistas.

Se llevó una mano a sus labios cuando cerró la puerta tras de sí, había sido su primer beso y el primer hombre que había rozado sus labios. Tenía que reconocer que fue bastante brusco al principio, pero luego fue gentil y suave, aunque la abrumó con aquella invasión de su lengua que desde luego no se esperaba a pesar de haber visto como algunas chicas del burdel habían besado a algunos caballeros. Una cosa era la teoría y otra desde luego la práctica.

Si era sincera consigo misma, deseaba repetirlo, quería experimentar de

nuevo esa sensación, conocer hasta donde podía llegar ese hormigueo que había comenzado a tener, pero era demasiado precipitado. No quería solo que David la deseara para destrozarle después el corazón largándose con cualquier mujer que vendiera sus servicios o con la insufrible de Amelia, tenía que conseguir que la quisiera de verdad, que la deseara con ímpetu y solo entonces habría ganado la batalla.

David se dirigió directamente a su estudio, aquella habitación de la casa se había convertido en su pequeño refugio, el único lugar donde comenzaba a sentirlo realmente suyo; más que nada por las horas que solía pasar en él cuando estaba en casa. Se sirvió una copa de brandy y degustó el primer sorbo, se puso la copa en la mejilla para sentir el frío del cristal, era muy probable que la tuviera roja por la bofetada que su esposa le había dado, menudo genio tenía, sin duda no era la joven inocente que pensaba que era cuando la conoció y bien escondido había tenido su carácter durante todo ese tiempo.

Se sentó en el sillón que daba justo a la única ventana del despacho recordando el sabor de los suaves labios de Catherine, sin duda alguna esos labios de sabor a miel le habían enardecido, deseaba más, mucho más de ella y no veía el momento de tenerla. Sabía que cuando fuera suya se quitaría esa sensación que le embriagaba en aquel momento. Su esposa había sido la primera mujer en rechazarlo y quisiera o no, aquello acababa de convertirse en un reto para él, tarde o temprano ella tendría que ser suya.

Miró la ventana que daba al jardín comprobando que estaba anocheciendo y pronto servirían la cena, ¿Bajaría Catherine a cenar?, ¿Se enfrentaría a él después de lo que acababa de ocurrir? Nada le gustaría más que lo hiciera. Fue consciente en ese momento de que deseaba estar con ella aunque solo fuera para deleitarse con su presencia, pero quizás tendría que conformarse

con ello por ahora. Además, tendría que estudiar sus intenciones para saber porque su esposa había mantenido aquel engaño todo ese tiempo, que motivos tendría para hacerlo y porque se había descubierto justo ahora.

Le anunciaron que su esposa había bajado para cenar y él afirmó a su mayordomo que iría enseguida. Al final ella sí había bajado. Sonrió para sí mismo antes de salir por la puerta de su despacho y de pronto recordó algo; Catherine había iniciado la discusión porque le reprochaba estar interesado en su hermanastra, ¿Eran aquellos celos después de todo?

Catherine estaba a punto de decir que cenaría en su habitación, pero hacerlo era como gritarle que su beso la había puesto nerviosa, así que negándose a sí misma que su esposo pensara aquello se cambió el vestido por un sencillo y nada lujoso vestido azul claro; demasiado sencillo para salir de casa, por lo que le pareció correcto usarlo precisamente en aquel momento. La fina tela era suave y su escote cuadrado era bastante revelador, pero como había dicho en un principio; no iba a salir de casa, por lo tanto sonrió para sí misma y se encaminó escaleras abajo.

Cuando David observó a Catherine con aquel sencillo vestido azul y su cabello casi completamente suelto, no supo cómo no dejó de respirar; si hacía un poco más transparente aquel vestido podría pasar por un camisón para dormir. Definitivamente algo se volvió demasiado duro en una parte de su ser, tanto que le costó caminar hasta la silla para situarse a la derecha de ella donde solían servir siempre su plato a la cabecera de la mesa.

¿En qué demonios pensaba aquella mujer al ponerse semejante prenda para cenar? Él desde luego en lo que menos pensaba era en la cena. Cada poro de su piel solo quería saltar sobre ella y apresarla entre sus brazos para demostrarle lo que estaba provocando en él.

Ante tal acto de silencio, Catherine no supo si decir algo o no, notaba como David evitaba mirarla y no entendía por qué, pensó que con aquel vestido precisamente haría todo lo contrario, pero parecía haberse equivocado totalmente, ¿Que se debía decir después de la discusión que habían mantenido en el carruaje? Quiso decir que no fuera sobre del tiempo en la

ciudad, ni sonara trivial, quizá debía preguntarle como llevaba las finanzas de la empresa de su padre. Sí. Quizá ese sería un buen tema de conversación ya que ella debería interesarse porque dependía de ello también.

Cuando reunió el coraje necesario para formular la pregunta, el mayordomo interrumpió con premura, parecía bastante nervioso y Catherine no sabía si era por haberles interrumpido.

—Mi *lord*, un joven desea verle —anunció Alfred frotándose las manos con nerviosismo—. Asegura que es urgente y que se trata de un sirviente de vuestro padre.

David frunció el ceño extrañado, ¿Un sirviente a esas horas con un mensaje urgente?

Catherine observó cómo David se limpiaba con la servilleta y se levantaba pidiendo disculpas para desaparecer del comedor. Algo importante debía de haber ocurrido, no sabía mucho del entorno familiar de David, a su boda solo había acudido su padre; el duque de Lennox, y solo la saludo unos instantes antes de dedicarse a hablar con el vizconde. Dedujo por tanto que no tenía madre ni hermanos, puesto que al matrimonio solo acudieron sus amigos y pocos familiares que no le fueron presentados suponiendo la razón; se avergonzaban de ella.

Catherine mareó la cuchara lo que le parecieron unos instantes pensando en el recuerdo de su boda cuando sintió los pasos de nuevo cerca de la entrada y levantó la mirada para descubrir que David había vuelto con el semblante muy serio. Se dirigió de nuevo a su asiento y se sentó colocándose la servilleta para no ensuciarse, esperó a que dijera algo, pero no parecía hacerlo.

Después de un silencio incómodo en el que Catherine se debatía si preguntar o no, David por fin pareció decidirse.

—Ahora eres duquesa —dijo sin mirarla con aquel semblante taciturno.

Catherine dedujo al instante de que el padre de David acababa de fallecer. No supo qué responder, la frialdad de David ante la situación la había dejado anonadada y sin saber cómo reaccionar ante aquello, ¿No se suponía que deberían acudir a la casa familiar?, ¿Preparar todo para el funeral de su padre?

—Lamento tu pérdida, debió ser un gran hombre —dijo sin poder evitar sentir cierta nostalgia, de hecho, la muerte del vizconde había sido reciente y sentía no haber podido llegar a tiempo para despedirse.

—Si... un gran hombre —dijo mientras daba un sorbo a su copa de vino.

Catherine intuyó que David no tendría una relación demasiado estrecha con su padre a juzgar por su comportamiento. Ella misma no había sido un gran ejemplo, pero pensó que sería diferente por tratarse de un heredero, aunque al parecer no era así.

—Si me disculpas voy a retirarme a mi despacho. Que pases una buena noche —anunció sin esperar obtener una contestación por parte de ella.

Catherine envió a Lilith a la mansión Clayton para obtener información sobre el funeral y velatorio del padre de David. Intuía que él no estaba en condiciones de preguntarle nada y ellos tenían que estar quisiera él o no.

David se sirvió una copa en cuanto entró en aquel despacho, si de por sí bebía para degustar el sabor de la bebida por puro placer, ahora lo necesitaba realmente, es más, probablemente necesitaría todo el contenido de la licorera.

Desde que nació siempre había sido el segundo en todo y como tal, siempre había sido comparado con su hermano mayor siendo David el mediocre, el segundón y desde luego; un don nadie como bien solía decir su padre. No podía quejarse, había podido tener más libertad que su hermano, aunque nunca gozara de las atenciones que su padre le dedicaba en cuerpo y alma a su primogénito; al heredero de su ducado.

David había gozado al menos de las atenciones de su madre hasta que la joven duquesa de Lennox murió de unas fuertes fiebres cuando él cumplió once años. Desde entonces había estado solo, casi inexistente para el duque que incluso lo internó en Eton probablemente para deshacerse de él o eso había pensado siempre porque cuando salía por las festividades de Navidad apenas le dirigía la palabra o simplemente evitaba hablarle.

Nunca lo entendió, jamás pudo comprender porqué el duque lo anuló de su vida más aún tras la muerte de su madre y se dedicó solamente a su hermano Peter. Solo comenzó a existir para su padre en el momento que Peter murió, supuso que se tendría que conformar con el segundo hijo ya que era el único que le quedaba para heredar su ducado, pero en lugar de enseñarle, con cada cosa que intentaba hacer para que su padre se sintiera orgulloso de él, le recriminaba que Peter lo hacía mejor... hasta que se cansó. Llevaba toda una vida de acumular ese rencor y de aquellas malditas comparaciones, de ser anulado por su hermano y después por el recuerdo que éste representaba aun estando muerto, por lo que decidió dar honor a las palabras de su padre de ser bueno para nada dedicándose en cuerpo y alma a la vida fácil, a las fiestas, las mujeres y al juego.

Era su forma de vengarse, si su padre nunca se iba a sentir orgulloso de él, le daría motivos verdaderos para no hacerlo y desde luego lo hizo. Al menos hasta que le puso entre la espada y la pared por lo que no le quedó más

remedio que casarse con Catherine, pero hasta en eso su padre había tenido que intervenir eligiendo a la que debía ser su esposa, a una apropiada heredera de una fortuna que llenara las arcas del ducado de Lennox.

No sabía cómo se debía sentir, ¿Triste?, ¿Alegre por no tener que volver a escuchar sus discursos? De una u otra forma ahora estaba solo. Primero su madre Anabel por unas fiebres, después su hermano Peter víctima de un naufragio mientras viajaba a las Américas y ahora su padre Albert de una caída a caballo.

Le dio un largo sorbo al vaso acabando su contenido y volvió a servirse otro. Al menos había podido tener una relación cordial con su hermano Peter que siempre había acatado las órdenes de su padre hasta que se empeñó en realizar aquel viaje a los veintiún años. Quería explorar las Américas, estaba fascinado con la idea y las anécdotas de los que volvían contando fabulosas historias. Aún recordaba cuando llegó la carta avisando del terrible naufragio en el que una tormenta les había sorprendido a su regreso, jamás encontraron los restos mortales de su hermano que probablemente se hallaran en el fondo del océano atlántico.

Pasó el resto de la noche en el estudio y al final acabó dormido en aquel sillón que se estaba convirtiendo en el testigo de todos sus pensamientos.

Catherine envió una nota a todos sus conocidos avisando del fallecimiento de *lord* Albert Clayton, tercer duque de Lennox que al parecer había sufrido un accidente en uno de sus largos paseos a caballo. Había sido una muerte inesperada y eso conmovió aún más a Catherine.

¿Cómo se sentiría David? No había salido de su estudio en toda la noche y aquello le preocupaba. Se levantó temprano puesto que debían acudir de inmediato a la casa familiar donde se procedería el velorio del duque.

Dio un par de golpes a la puerta, pero no escuchó nada así que decidió abrir lentamente para no hacer ruido y no lo vio por ninguna parte. Se giró hacia la derecha donde estaban los sillones en los que su padre solía leer el periódico o tomar su brandy y le encontró profundamente dormido. Miró entonces la licorera y estaba vacía, se había pasado toda la noche bebiendo, eso significaba que sí le importaba el duque después de todo.

—*Lord Clayton* —susurró suavemente sin conseguir que se despertara así que se acercó hasta él—. David tienes que levantarte —dijo mientras le quitaba el vaso que inexplicablemente no se le había escurrido de las manos y le frotaba el brazo.

David abrió lentamente los ojos escuchando que una suave voz le llamaba, cuando consiguió ver clara la imagen que tenía delante de él contempló a aquella hermosa mujer en la que se había convertido Catherine y deseó apresarla en un rápido movimiento para sentarla en su regazo, pero sus brazos no eran nada ágiles.

—Debemos acudir al funeral de tu padre, debes cambiarte —dijo lo más suave posible provocando que David se incorporara.

—Si, claro —contestó sin pensarlo mientras se levantaba y aguantaba su dolor de cabeza por la resaca—. Me cambiaré enseguida —anunció dirigiéndose a lo que Catherine entendió que sería su habitación.

David permaneció callado todo el viaje en carruaje hasta la mansión familiar de los Clayton. Catherine suponía que tendría mucho en qué pensar, a la cita acudieron amigos y algunos familiares para dar su más sentido pésame por la muerte del duque. Esa misma tarde se realizaría la misa y funeral.

Había conocido algunos familiares que no tuvo el placer de conocer en su

boda y parecieron algo contrariados al verla. Casi tanto como *lady* Elisabeth que para su asombro hizo acto de presencia sin su hija Amelia.

Si las miradas matasen probablemente estaría muerta, pensó Catherine al sentirse así observada por su madrastra que después de todo se acercó y les dio formalmente sus condolencias.

—Me alegra tanto verte así, cuando me lo contaron no podía creerlo ¿Te recuperaste milagrosamente? —apuntilló *lady* Elisabeth en voz baja con ese tono falso lleno de hipocresía que Catherine había aprendido tan bien a diferenciar y sin que David pudiera percatarse de lo que hablaban.

—Todo un milagro de Jesucristo —contestó con cierto aire de ironía.

—Qué extraño, ¿No? —respondió con aire inocente.

¿En serio aún era capaz de intentar no parecer culpable? Catherine pensó que alguna razón tendría que tener para aparentar inocencia en todo aquello, ¿Se trataría de la amenaza que le emitió a Amelia?, ¿De que las echaría a patadas de su casa? Probablemente fuera así.

—No tiene por qué —respondió ella con aire fingido —. No pensaba admitir lo que sabía, aunque sospechaba que *lady* Elisabeth debería intuirlo pero que se desquiciara pensando si lo habría averiguado o no.

—¡Oh! Bueno, en todo caso demos gracias a Dios por obrar este milagro. Es una pena que tu padre no esté aquí para verlo con sus propios ojos,

Catherine tuvo que clavarse las uñas en sus manos para no soltarle un par de frescas a la víbora de su madrastra, pero no era el momento, ni el lugar, ni tampoco tenía las pruebas suficientes que necesitaba y eso solo conseguía enfurecerla más, aunque se controló gracias a la intervención de sus amigas

que parecían haber intuido lo que podría estar ocurriendo y formaron un corro a su alrededor.

Gracias a Emily, Julia y una Susan que la veía como realmente era por primera vez pudo deshacerse de su madrastra sin entrar en muchos detalles. Era un momento de duelo para David pese a estar algo ausente y demasiado extraño, no pensaba hacer nada que llamara la atención y se comportaría como se suponía que debía hacerlo dadas las circunstancias, estaría a la altura de su nuevo estatus, la duquesa de Lennox.

Cuando todo acabó, Catherine estaba más que agotada por la larga jornada de duelo que habían llevado. No le apetecía cenar, su apetito se había esfumado, pero algo en su interior le conmovió al pensar en dejar solo en la cena a su esposo después de haber perdido a un ser querido.

Había sido la primera vez que había considerado a David como parte de ella preocupándose por sus sentimientos, por lo que él debería estar sintiendo, en definitiva; siendo consciente de lo que él suponía para ella.

Catherine se había quedado a mitad de la escalera pensando en aquello cuando sintió la voz masculina de David no muy lejana.

—¿Pido que sirvan la cena? —pregunto abstraído.

Ella se giró apoyada en la barandilla e intentó no demostrar su cansancio.

—Si por favor, voy a refrescarme y enseguida bajo —alegó dándose prisa en llegar a su habitación. Se despojó de aquel vestido para refrescarse un poco y se cambió por algo más liviano.

David estaba bastante sorprendido por la actitud de Catherine, tenía que reconocer que le sorprendió cuando el ama de llaves le había comentado que

su esposa se había encargado de todo y había organizado el funeral de su padre. Estaba gratamente agradecido por ello, porque ni tan siquiera lo había molestado en preguntarle nada, ella había asumido aquella labor y él no había preguntado, es más, ni siquiera pensó en ello la noche en la que el sirviente vino a anunciar la muerte de su padre a su propia casa.

Aquella mujer que tenía por esposa era profundamente extraña. Primero resultó ser la mujer más desagradable a la vista que jamás había conocido llena de aquellos ronchones poco agradables y bastante entrada en carnes, pero tímida además de poco habladora. Después pasó a ser la mujer más bella que había tenido y tenía el placer de conocer con una figura demasiado deseable y un carácter fuerte y decidido, es decir, todo lo opuesto a la mujer con la que se había casado y ahora en ese día una tercera Catherine igualmente hermosa, pero de lo más agradable y buena esposa había salido a la luz... ¿Cuántas Catherine existían? Y lo peor de todo, ¿Cuál de ellas sería la verdadera? Se frotó la sien para despejarse, había sido un largo día y de hecho no tenía apetito alguno, pero le apetecía alargar un momento más con su esposa. Sin duda alguna estaba empezando a interesarse por conocerla más de lo que él mismo llegaba a creer.

Su actitud contrariada, su vitalidad de los últimos días y sobre todo su embriagadora y deleitante a la vez que succulenta belleza lo tenían más que obnubilado.

Catherine apareció ante él como una visión con aquel vestido azul de la misma noche anterior, ¿Es que acaso se había propuesto torturarlo? Quizá ella solo quisiera estar cómoda en su propia casa, pero ¡Por Dios! Aquel vestido había sido creado para tentar a un hombre y eso que tendría que ser pecado pensar en aquello habiendo enterrado a su padre unas horas antes.

Catherine no dudó en ponerse el mismo vestido de la noche anterior dado que David parecía no haberse inmutado en su aspecto, al menos estaría igualmente cómoda después de todo el día. Cuando entró en el comedor notó que él la miró y enseguida aparto la mirada de ella, realmente no supo porque lo hizo puesto que habían sido bastante cordiales durante todo el día.

—He pedido a la cocinera que nos sirva algo ligero, debes estar cansada después de todo el día —dijo David intentando no mirarla, incluso se reprochaba a sí mismo desearla en aquellos momentos.

—Gracias, lo cierto es que ha sido un día largo —contestó por tratar algún tema de conversación.

Después de todo eran unos completos extraños pese a llevar meses casados, pero obviamente era normal dado el poco tiempo que habían pasado juntos.

—Aún no te he dado las gracias por organizarlo todo, ha sido muy amable por tu parte —reconoció mirando hacia su copa de vino en lugar de mirarla a ella.

—No tienes que agradecermelo, era mi deber.

—Tu deber —respondió él seriamente—. ¿Cuáles son tus deberes exactamente? —preguntó de pronto mirándola ahora fijamente.

—No... no entiendo a qué te refieres —contestó confusa.

—Dijiste que había sido tu deber —repitió mientras daba un sorbo—. ¿Es tu deber porque te debes a mi como esposa?

Catherine intuía hacia donde quería David llevar su conversación y a la clase de juego que la estaba sometiendo.

—Si —respondió afirmativamente cogiendo su copa y saboreando el vino.

—¿Y qué más deberes tienes hacia mí? Porque quizá quiera hacer uso de alguno de ellos en estos momentos.

Catherine pensó en su tía como si estuviera en su subconsciente, ¿Qué haría ella en su lugar?, ¿Fingir inocencia o ser directa? Le costó por cuál decidirse de las dos, pero dada la situación optó por la primera, no quería dañar a David, al menos no en ese día.

—Muchos —contestó evitando una sonrisa—. Tales como asegurar de que estés cómodo en casa, que sirvan la cena u organizar una velada si así lo deseas —confirmó haciéndose la ingenua.

—¿Y cómo te asegurarás de que estoy cómodo, *esposa*? —dijo haciendo hincapié en la última palabra.

—¿Está sugiriendo *lord* Clayton que no está cómodo en su propia casa? —respondió con formalismos.

—No, no estoy sugiriendo tal cosa —contestó en un tono ronco—. Pero sí sugiero que podrías hacer algo para que me sintiera mejor —dijo ahora observándola con una intensidad que a Catherine le costó mantener aquella mirada.

—¿Ah sí? —respondió y desvió su mirada a su copa porque la intensidad de los ojos de David parecían devorarla. Se sintió tan intimidada que fue incapaz de seguir observándole.

—Si —contestó en un tono de voz grave con lo que Catherine juraría que era deseo si no se equivocaba.

Catherine le miró de nuevo, no quería que él creyera que se acobardaba, que

era tímida o insulsa como solía ser antes.

—¿Como qué? —preguntó en el instante en que sus ojos se encontraron.

—Bésame —dijo David y cogió con su mano la muñeca de ella comenzando a acariciar la piel interior suavemente.

El cosquilleo que sintió Catherine fue inmediato.

—Te dije que... —comenzó a decir, pero sus palabras murieron en su garganta.

—Solo un beso. Solo te pediré eso —dijo sin dejar de acariciarla.

¿Solo un beso? Hubiera jurado que sus intenciones iban mucho más allá de un beso, pero no era quién para cuestionar nada, él era quien se estaba poniendo los límites y no ella, aunque aquello no sabía si le gustaba o no, ¿Con qué intención le pediría aquello? Lo cierto era que Catherine se moría por besarle, en lo más dentro de sí misma deseaba repetir el beso que él le había dado el día anterior, quizá no tan brusco sino más suave...

David se llevó su muñeca a los labios y le dio un beso en ella sin dejar de mirarla provocando un estremecimiento en lo más profundo de su ser, dejándola sin habla y siendo solo una mera espectadora.

—Dime que sí, Catherine —susurró.

Su voz era tan grave que Catherine solo pudo sentir palpitaciones al escucharla, ¿Qué era todo ese calor que de pronto la estaba invadiendo? Y eso que llevaba el vestido más liviano que poseía. Los besos de David fueron ascendiendo por su brazo al tiempo que la miraba cada vez que le volvía a dar uno, acercándose lentamente hasta su hombro.

Catherine contenía la respiración deleitándose con cada beso nuevo que él le daba a la piel de su desnudo brazo, el contacto de sus ardientes labios con su suave piel era estremecedor. Cuando le dio un beso en el cuello no pudo evitar soltar un leve gemido de placer al sentir aquello, así que giró su cara para enfrentarse a él, sus alientos se mezclaban su nariz rozaba con la suya y sus miradas estaban entrelazadas.

—Si —jadeó ella de pronto sin poder contenerse y acto seguido David junto sus labios con los suyos, sellando de algún modo su destino o eso pensó ella hasta que perdió el poco sentido de la consciencia cuando se dejó arrastrar por aquel placer.

David la atrajo con un brazo rodeando su cintura colocándola sobre sus rodillas en un solo movimiento mientras que con el otro brazo guiaba su mano por su espalda rozando su cuerpo.

Catherine por su parte rodeó con sus brazos su cuello mientras sus dedos se mezclaban en aquel cabello fino que tantas veces había deseado tocar y acariciar. Los labios de David se deleitaron lentamente acariciando los suyos como si de un melocotón maduro se tratara, gustosamente Catherine entreabrió sus labios y jugueteó con su lengua como si explorase nuevos mundos. A su paso, la lengua de David se unió a la suya formando una batalla campal entre ambos de los que no se sabía quién resultaría vencedor,

ella era inexperta en la materia, pero le estaba gustando la lección, de hecho, le estaba encantando demasiado.

Sin pretenderlo Catherine se abandonó a sus propios deseos y como deseosa aprendiz aumentó la rudeza de aquel deleite de lenguas cuando el placer que le estaba proporcionando aquel gesto comenzó a provocarle un ardor desconocido que de algún modo quería aplacar sin saber cómo hacerlo. ¿Que era esa sensación extraña que la recorría? Era como un calor incesante que bajaba desde su garganta hasta su estómago instalándose en lo más íntimo de sí misma.

Juntó aún más si es que se podía su cuerpo con el de David y notó un bulto en su nalga, era algo duro, firme y en aquel momento no supo que era exactamente, de lo contrario no lo hubiera tocado porque cuando lo hizo David soltó una maldición y se separó bruscamente de ella.

—Creo que será mejor que nos vayamos a descansar. Ha sido un día muy largo —dijo él dándole la espalda.

—Si, será lo mejor —respondió desconcertada sin saber aun lo que había ocurrido.

David desapareció sin girarse y Catherine le vio desaparecer por la puerta que daba al comedor. Ella hizo lo mismo unos segundos después dirigiéndose a su habitación, ¿Por qué había reaccionado David así? Recordó el momento de pasión que habían mantenido cuando ella tocó aquella cosa dura en su pantalón y...

—¡Oh dios mío! —exclamó en voz alta llevándose las manos a la cara, probablemente estaría roja como un tomate al darse cuenta de qué parte del cuerpo de David había tocado exactamente. ¿Tan duro y firme era? Pensó de

pronto al recordar las palabras de las chicas en el burdel cuando lo habían hablado, pero ¡Qué iba a saber ella que era así de firme!, ¿Le habría hecho daño y por eso se había alejado así? Si hubiera sabido que era aquello lo habría tocado del modo en que le habían enseñado para dar placer a un hombre, pero ¡En que estaba pensando! Se regañó a sí misma. No se entregaría a David tan fácilmente, aunque cualquiera podría decir lo contrario dada la escena que acababa de representar.

David no sabía si estar furioso o increíblemente contento, por el contrario, aunque cualquiera que lo viera se inclinaría más por la primera opción. Había besado a Catherine de la forma que él había querido, deleitándose en cada uno de sus movimientos, provocándola y tanto la había provocado que había podido ver que no era inexperta; para su desgracia su mujer había estado con otro hombre. Ninguna virgen podría moverse así, besar así, ¡Tocarle así!

Podría alegrarse, ¿No? Hasta quizá estuviera embarazada y todo. Se maldijo una y mil veces por su suerte, él la había incitado a aquello, desde el primer día que quiso tener vidas separadas, pero ¡Que narices!, ¡Ella lo había engañado con sus artimañas para parecer horrenda! Aunque reconociera que se había comportado como la duquesa que ahora era, al menos las apariencias las guardaba.

No pudo evitar pensar en los hombres que habría metido en su cama y se martirizó de solo imaginarlo, ¿Por qué le tenía que importar? Pensó llevándose una mano a la sien. Nunca le había importado y ahora no tenía porqué ser diferente, se apremió a pensar.

—No siento nada por ella —se obligó a creer—. Solo es una mujer que lleva mi apellido, nada más.

Cuando Catherine bajo a desayunar aquella mañana con la contrariedad de

enfrentarse de nuevo a David intentando estar lo más calmada posible y evitar avergonzarse después de lo ocurrido la noche anterior, le informaron de que su excelencia ya se había marchado de casa. Al parecer había madrugado bastante para su afortunada suerte. No obstante, debería enfrentarlo en el almuerzo o la cena después de todo.

Aprovechando la mañana soleada decidió visitar a Emily que ahora con su embarazo procuraba pasar menos tiempo en Lynet's, por lo que pasaría por su casa que tan solo estaba a un par de calles puesto que ambas vivían en Park Lane.

—¡Catherine, que sorpresa! —exclamó con una grata sonrisa la deliciosa y dulce Emily.

—Lamento no haber avisado, quizá te moleste, pero vivimos tan cerca que no pude evitar pasarme a visitarte.

—Desde luego que no es ninguna molestia —decretó—. Estoy muy bien, tranquila —dijo invitándola a sentarse en su pequeña salita donde solía recibir a sus amigas pidiendo que le sirvieran el té—. Henry es el que se empeña en que esté todo el día en casa sin hacer nada —añadió frustrada.

—¿No te deja ir a Lynet's? —preguntó asombrada.

—No es que no me deje —admitió—, sabe que si voy acabaré haciendo algo porque me conoce y es consciente que no puedo estar ociosa, aquí me tiene más controlada —dijo riéndose de la situación lo que provocó una sonrisa también en Catherine no pudiendo evitar sentir algo de envidia por haber conseguido formar ese vínculo con su esposo.

—Eso significa que se preocupa por ti —admitió Catherine.

—Demasiado —contestó suspirando Emily—. No estuve ociosa cuando estaba embarazada de Lynette, pero fue un parto algo complicado y ahora Henry teme pasar por lo mismo de nuevo, ¡Con lo ilusionado que estaba cuando le anuncié que tendríamos otro hijo!

Catherine la miró confundida.

—Tal como lo cuentas parece que hubiera estado en tu primer parto —ironizó Catherine.

—¡Oh!, ¡De hecho estuvo! —contestó Emily sonriente provocando aún más confusión en Catherine—. Es una historia bastante larga... —dijo Emily y guardó silencio mientras su doncella dejaba el té sobre la mesita—. Gracias Leila, yo lo serviré —le dijo a la doncella para despedirla mientras se quedaban de nuevo solas—. Solo Julia sabe todo lo que te voy a contar, pero dado que tu confiaste en mí para contarme tu secreto, ahora lo haré yo en ti —dijo mientras comenzaba a relatarle su historia de amor desde el principio con el duque de Sylverston.

—¡Entonces Lynette es su hija! —exclamó sorprendida.

—Así es —afirmó Emily.

—¡Oh! Pero fue muy romántico... ahora entiendo por qué me pudiste dar la documentación falsa cuando te la pedí, en aquel momento no quise preguntar nada, pero pensé que tu relación con el duque no sería la más apropiada si tenías esos documentos.

—Afortunadamente para mí, Henry vino en mi búsqueda y aclaramos todo. Ahora soy completamente feliz si no fuera por los miedos constantes de mi querido esposo hacia este embarazo. Primero fueron los celos y cuando consiguió pasar esa etapa vienen esos miedos absurdos porque me pase algo

durante el parto.

—Pero tú tienes ocho hermanas, tienes predisposición para ello por naturaleza —argumentó Catherine como si fuera un motivo de peso.

—¡Ah! No se lo recuerdes —dijo de pronto—. Mi madre murió al darme a luz a mí, así no sirve ese argumento. Ya lo probé en su día —dijo riendo.

—Al menos no pareces preocupada por ello —confirmó.

—No lo estoy —negó sonriente—, reconozco que en ocasiones puede resultar tedioso, pero enseguida encuentro la forma de cambiarle de parecer, aunque supongo que conforme se acerque la fecha no podré hacerlo tan fácilmente —reconoció.

—Me imagino cuál es esa forma de hacerle cambiar de parecer tan fácilmente —dijo esta vez riéndose Catherine al captar enseguida a lo que se refería por su tono de voz cambiante.

—Hombres —dijo Emily rodando los ojos—. Siempre pensando en lo mismo.

—Hablando de hombres, anoche me ocurrió algo extraño —comentó.

Ya que Emily se había sincerado tanto con ella, tenía que preguntarle a una mujer experimentada, al menos más que ella desde luego que, aunque tuviera los conocimientos no tenía la experiencia.

—¿Que ocurrió? —preguntó Emily.

—Veras... —comenzó a decir... justo en el momento en que pensó en la situación no supo cómo plantearla sin avergonzarse, pero eliminó por completo su pudor y lo soltó explicándole la situación—. Estaba besando a

David cuando noté algo duro en mi nalga y lo toqué no sabiendo exactamente lo que era en ese preciso momento porque me había dejado llevar por la intensidad de aquel beso.

Las carcajadas de Emily hicieron que ella también riera

—¿En serio no sabías que era después de haber estado viviendo en un prostíbulo? —exclamó cuando recuperó el aliento.

—Juro que no, estaba tan abstraída que...

—Pues sí que debe besar bien tu esposo para no haberte dado cuenta, pero ¿Que querías preguntarme entonces?

—Pues que David me apartó bruscamente cuando lo hice y no entiendo porqué, ¿No se supone que un hombre enloquece cuando le tocan “ahí? —dijo haciendo hincapié en la última palabra.

—Enloquecer es poco para lo que les ocurre —afirmó serenamente Emily—. Pero es extraño, ¿No te dijo nada? Es una parte muy sensible, ¿Le pudiste hacer daño?

—No lo sé... solo emitió una especie gruñido y me apartó rápidamente diciendo que había sido un día largo.

Emily rio de nuevo pero esta vez Catherine la miró confundida.

—Querida, David probablemente te apartó porque si no lo hacía te tomaría ahí mismo —afirmó— Desconozco el motivo de por qué no te arrastraría hasta el dormitorio, pero probablemente fuera porque acababa de enterrar a su padre hacía tan solo unas horas y no le parecería correcto.

Catherine se quedó pensando en ello, ¿Serían esas las razones o quizá otras?

Lo que sí le había quedado claro es que si se apartó de ella no fue porque no le gustara que lo tocara sino por todo lo contrario.

Aquella mañana David recibió una visita; el abogado de su padre se acercó hasta las oficinas de carruajes Grafton. Al parecer el duque de Lennox había dejado estipulado en su testamento que todas sus propiedades pasaran por derecho propio a su heredero legítimo que en este caso tras la muerte de Peter era él por ser el único hijo con vida del difunto *lord* Albert Clayton.

Tras firmar los documentos pertinentes que el abogado le dejó sobre la mesa donde figuraban todas las posesiones y la herencia del ducado ya era oficial, al menos podría decirse que lo era porque realmente no lo sería hasta que los documentos se sellaran por la casa real, pero podría decirse que solo era puro trámite puesto que el ducado pasaba de padre a hijo legítimamente.

Acaba de convertirse en el cuarto duque de la dinastía Lennox a pesar de que desde pequeño jamás soñara con ostentar dicho título puesto que sus oídos no escucharon otra cosa que no fuese que su hermano Peter sería el próximo cuarto duque de Lennox.

Ahora debería acudir a la cámara de los Lores, no sería una opción como hasta ese momento en el que podía decidir no asistir, sino que sería una obligación por poseer dicho título.

Se dejó caer en la silla cuando el abogado salió de su despacho pensando en todas las obligaciones que se le venían encima, si tan solo le hubieran dicho hacía unos meses o incluso unas semanas que pasaría de ser el ocioso *lord* David Clayton; el libertino y juerguista para convertirse en un caballero en posesión de multitud de empresas y además compaginarlo con el ducado de Lennox se habría podido preparar mentalmente para lo que le esperaba. Tenía tanto trabajo que apenas se podía ausentar del despacho y por si fuera poco,

no sabía en qué situación estaría la fortuna familiar de los Lennox y él no tenía ni un centavo hasta que no cumpliera las condiciones del vizconde de Grafton para poder acceder a la gran fortuna de éste.

Por su mente pasó el duque Sylverston, desde luego ese hombre tenía muchos negocios y era capaz de gestionarlos todos, imaginaba que, si *lord* Sylverston podía hacerlo, él también debería poder lograrlo. Además, no había mejor forma de dejar de pensar en Catherine que mantener la mente ocupada con trabajo.

—Catherine —susurró.

Esa condenada mujer suya que no sabía si le estaba volviendo loco o simplemente desquiciado, porque cada vez que pensaba en ella solo se deleitaba con el beso que habían protagonizado la noche anterior y su entrepierna volvía a ponerse tan firme como lo había estado en aquel instante. Se reprendía a sí mismo por sentirse carne débil ante aquella mujer que probablemente solo buscaba manipularle como desde luego había hecho desde un principio al privarle de su belleza.

Que diferente habría sido si la hubiera conocido así, desde luego la habría tomado sin contemplaciones en su noche de bodas y la habría hecho suya tantas veces que se habría saciado de ella evitando el sufrimiento que ahora sentía por no tenerla. Solo podía ser eso, puro deseo y pasión contenidos por no haberla hecho suya, pero a pesar de ser consciente de que su mujer habría yacido con otros hombres aún la deseaba por más que le pesara.

¿A santo de que le importaba si su esposa habría tenido amantes o no? Él mismo la incito a hacerlo por lo que no podía reprochárselo ni echárselo en cara. La cuestión era que sí le importaba y por más que quisiera decirse a sí mismo que no, sentía una opresión en su pecho con solo imaginarlo que no

paraba de crecer.

Envió una nota a casa para avisar de que no llegaría a almorzar, probablemente no lo haría en toda la semana debido al cúmulo de trabajo que tenía en la fábrica. Además, tenía varias reuniones que probablemente se alargarían por lo que sería una semana algo complicada.

—Mejor —se dijo a sí mismo—. Cuanto menos la vea menos desearé tenerla.

Catherine gozaba de tener demasiado tiempo libre, más aún, teniendo en cuenta que su marido llevaba varios días sin almorzar en casa y llegaba muy tarde para la hora de la cena por lo que solicitaba en algunas ocasiones cenar solo en su estudio o directamente ya había cenado con algún cliente.

Insatisfecha consigo misma por que David no dejaba de evitarla o eso era lo que interpretaba por su forma de actuar hacia ella, se le ocurrió una magnífica

idea en la que invertir su tiempo en una de sus visitas a su amiga Emily. No era demasiado buena costurera, pero sí entendía de números y contabilidad, así que como Emily no se dejaba caer mucho por Lynet's en su estado avanzado de gestación para satisfacer la tranquilidad de su esposo, le ofreció la posibilidad de ir ella en su lugar y llevar la contabilidad del negocio, puesto que era lo que más le preocupaba a su amiga.

Al principio Emily había dudado cuando se lo propuso porque no quería abusar de su amistad, pero cuando le dio a entender que el favor realmente se lo hacía a ella porque no tenía como ocupar su tiempo y además podría compensarla de alguna forma por los vestidos que le había regalado hasta que pudiera pagarle lo que costaban, terminó accediendo.

El entusiasmo de Catherine fue tal que se le olvidó el estado de Emily y la abrazó con efusividad.

—¡Oh, lo siento! —exclamó cuando se dio cuenta de la sonrisa de su amiga.

—Espero que tu marido no se oponga —contestó seriamente Emily.

«El dichoso estigma de no poder hacer nada si estabas casada», pensó Catherine.

—No lo creo —afirmó—, está siempre tan ocupado que ni se dará cuenta —añadió despreocupadamente, no pensaba mencionar nada al respecto, sobre todo porque dudaba que a David fuera a importarle.

Trabajar en Lynet's le dio esa libertad que buscaba, pese a solo llevar un solo día se sentía encantada de poder interactuar con las costureras y las dependientas. Ahora entendía porqué a Emily le gustaba tanto estar allí, era mejor que cualquier almuerzo, té o incluso baile. En un solo día se había reído más que en todos los años de su vida, le recordó tanto a los meses que

había pasado en el ducado de Florencia y a las chicas del burdel de su tía Camelia que sintió cierta melancolía por ello.

—¡Oh, *lady* Catherine! —exclamó Janet—. Tenías que haberla visto, parecía una gallina con tantas plumas y aun así, decía que habíamos puesto muy poca cantidad —afirmó la joven cuyas risas contagiaban al resto de las chicas incluida a Catherine que no paraba de reír, por suerte estaban en la trastienda y nadie las escuchaba.

En aquel momento entró una de las dependientas para recoger un pedido y le pidió a Janet que saliera porque había algunas clientas sin atender. Catherine fue a recoger unos pagarés que solían dejar junto a la caja registradora para llevarlos al pequeño estudio donde se había instalado y tenía los libros de cuentas que había comenzado arduamente a revisar una vez le explicaron cómo funcionaba la tienda.

—¿Señorita Casandra Brooks? —escuchó Catherine.

Llevaba demasiado tiempo sin escuchar ese nombre, más aún con ese acento que sólo podía provenir de una parte de un lugar concreto.

Catherine alzó la vista y se encontró con aquellos ojos verdes que vio por última vez cuando abandonó tan apresuradamente el ducado de Florencia.

—¿Señor Edmondo? —exclamó sorprendida al verle justamente allí.

—No sabe el placer que me da poder volver a verla —afirmó con una gran sonrisa—, pensé que sería imposible encontrarla en una ciudad tan grande, pero el azar nos ha vuelto a unir —dijo mientras la observaba intensamente.

Catherine no podía apartar la mirada de aquellos ojos verdes que eran tan enigmáticos y además, ese hombre solo sabía decir cosas hermosas. Desde

luego tenía demasiada experiencia en cortejar a una mujer o al menos era la sensación que ella tenía.

—Pero ¿Que hace aquí? —preguntó al fin cuando finalmente reaccionó al ser consciente de que el señor Edmondo estaba frente a ella en la tienda de su amiga.

—Vine para asistir a la boda de un familiar —sonrió—. Estoy acompañando a mi hermana pequeña que necesita comprar algunos vestidos, ¿Trabaja usted aquí? —preguntó observando la tienda con cierto interés.

—*Lady Catherine* —dijo Janet alzando la voz e interrumpiendo la conversación que mantenía con el caballero.

—¿Si? —respondió Catherine aún demasiado confusa por el hecho de que aquel hombre estuviera allí y en ese momento cayó en la cuenta de que no se llamaba Casandra como él creía, ni tampoco era una de las cortesanas del burdel de su tía como habría deducido

¡Oh dios mío! Había escuchado como la llamaban *Lady Catherine*, ¿Lo habría entendido al ser otra lengua?

—Aquella dama no conoce nuestro idioma y señala al caballero que parece hablar con usted, ¿Será que usted entiende su lengua?

—Si Janet —afirmó—. Yo les atenderé, conozco al señor Edmondo personalmente, no te preocupes —añadió con una tranquilidad que no tenía.

—¿*Lady Catherine*? —preguntó Gabriele confundido una vez se alejó Janet.

—Se lo explicaré en otro momento señor Edmondo. No es el lugar más apropiado para tratar esa conversación —respondió con una sonrisa cómplice.

—Si eso significa volver a verla *lady* Catherine, estoy de acuerdo —respondió mientras cogía la palma de la mano de la dama y le daba un beso en ella sin dejar de mirarla con esos ojos tan verdes que provocaban más de un suspiro.

Catherine se dirigió hacia la dama en cuestión con cierto rubor en su rostro. Suponía que sería la señorita Edmondo si se trataba de la hermana del señor Edmondo, era una joven bonita, con un color de cabello castaño oscuro muy similar al de Gabriele. Cuando se acercó a ella pudo comprobar el parecido incluso en el color de ojos, iba a ser una dama muy solicitada si acudía a algún baile dada su belleza.

—Disculpe, ¿Es usted la señorita Edmondo, cierto? —preguntó Catherine con una sonrisa y en un perfecto acento florentino.

—¡Si! —exclamó con cara de felicidad por poder expresarse finalmente en su lengua.

Finalmente, la señorita Rosalie Edmondo encargó tres vestidos para la temporada que pensaban pasar en Londres, probablemente se quedarían hasta finalizar la temporada que después de todo no faltaría mucho para ésta terminara.

—¿La veremos entonces en el gran baile que se dará en Palacio Real el próximo sábado? —preguntó la joven Rosalie esperanzada.

—Allí estaré —afirmó sonriente Catherine sin añadir que también estaría su marido, el duque de Lennox.

—¡Oh!, ¡Al menos podré conversar con alguien que no seas tú, querido hermano! —exclamó eufórica la joven Rosalie.

—Y yo que pensaba que disfrutabas de mi compañía —contesto haciéndose el ofendido.

Rosalie rodó los ojos por toda respuesta y Catherine no pudo evitar dar una carcajada.

Cuando se fueron de la tienda Catherine no supo si el señor Edmondo iba a suponer una bendición o por el contrario, una maldición con su llegada. Por un lado, ese hombre era apuesto: muy apuesto de hecho debía admitir, y parecía estar interesado en ella, pero probablemente fuera porque pensaba que era una cortesana a la que podría pagar para tener en su lecho, ¿Cómo reaccionaría el señor Edmondo cuando se enterase de que no era una cortesana?, ¿De qué no estaba disponible y que era una mujer casada con duque? En unos días obtendría la respuesta.

No tenía idea de que vestido lucir para el baile que se daría en el Palacio real. Los reyes asistirían al acontecimiento y las damas lucirían sus mejores galas y sus joyas más caras debido a ello. Catherine no tenía un vestido de tal magnitud para un evento así, pero se pondría el vestido azul de su madre, sin duda ese era el mejor vestido que tenía en su armario.

El sábado pese a que el baile sería esa misma noche, acudió por la mañana a Lynet's debido a la gran demanda que habían tenido para echar una mano en la tienda. Había tenido una cena la noche anterior y no habían terminado muy tarde, así que no estaba muy cansada todavía. Apenas había visto a su marido, *lord* Clayton en toda la semana hasta la noche anterior que debieron acudir juntos a la cena y él estaba bastante ausente, es más, ni tan siquiera se había dado cuenta de que ella llevaba varios días trabajando en Lynet's y se ausentaba de casa durante todo el día al igual que él. No habían vuelto a hablar como lo hicieron aquella noche que acabaron besándose, ni tampoco

había hecho el intento de acercarse a ella, fuera como fuera Catherine lo notaba más distante de lo normal y no entendía las razones.

Cuando se iba a despedir para marcharse a casa, se tropezó con uno de los percheros y cayeron varios vestidos sobre ella, entre ellos, uno de color verde esmeralda le llamó la atención y lo cogió entre sus manos para verlo detenidamente. Recordó al instante cuándo vio ese vestido por primera vez; fue el mismo que lució su amiga Emily el día que la conoció y debía reconocer que en su momento parecía una reina cuando lo llevaba.

—¿Está usted bien *lady* Catherine? —preguntó una de las costureras al verla que seguía en el suelo.

—Sí. Sí... —afirmó doblemente al encontrarse ausente—, es que estaba contemplando este hermoso vestido y me vinieron algunos recuerdos.

—¡Oh! —exclamó la costurera—. Son los vestidos que la duquesa de Sylverston trajo para arreglar.

—¿Por qué lo iba a arreglar éste vestido si está perfecto tal y como está? —preguntó extrañada.

—En su estado no puede utilizarlos y según la propia duquesa, no considera conveniente que en su situación deba ponérselo teniendo en cuenta que es demasiado atrevido —confesó la costurera.

—¿Crees que pueda ponérmelo esta noche? Antes de que deje de ser tal y cómo es ahora —confesó esperanzada.

—¡Oh! La duquesa estará encantada de que lo luzca antes de que deje de ser tal y como es mi *lady* —contestó sin dudar.

Siendo consciente de lo que iba a hacer, Catherine sonreía en sus aposentos

mientras se daba un largo baño antes de prepararse para el baile. Esa noche iba a ser el centro de todas las miradas como en su día lo fue Emily, de eso estaba segura y además, tanto David como el señor Edmondo serían testigos de ello.

Se había entretenido demasiado con aquel largo baño y el tiempo se le echó encima. Cuando Lilith le avisó de que *lord* Clayton ya la estaba esperando en el hall de entrada, ella aún estaba sin vestir y una de sus doncellas ultimaba los últimos detalles de su recogido colocando el último de los pequeños adornos brillantes. Le ajustaron el corsé mucho más apretado que lo que hacían de costumbre puesto que el vestido de Emily era más estrecho de cintura. Esperaba que mereciera la pena, todo fuera por ver la reacción que causaría esa noche y que esperaba fuera positiva. Sus pechos estaban apretados de tal forma que hacían un escote de lo más revelador y que sumado a la sugerencia, pero a la vez elegancia del vestido, dudaba que pasara desapercibido para cualquier espectador ya fuera hombre o mujer.

«Probablemente mañana seré la mujer más criticada de la ciudad» pensó mientras sonreía porque lo que iba a hacer era una travesura y ella era consciente de ello. Solo esperaba que David reaccionara bien ante aquello, es más, esperaba captar su atención para que no dejase de observarla en toda la noche al menos esa había sido su intención cuando se llevó aquel vestido de la tienda.

—Mi *lady*, esta noche luce usted radiante —confesó la joven doncella que la asistía junto a Lilith—. Parece una princesa con ese vestido —añadió.

—Gracias Bertha, pero me temo que es el vestido quien hace que lo parezca —reconoció sonriendo mientras se terminaba de ajustar los zapatos.

—¡Vamos niña que tu esposo lleva esperándote casi media hora!

—interrumpió Lilith mientras cogía el esplendoroso collar de diamantes de la madre de Catherine y se lo colocaba en el cuello.

Era la primera vez que se lo pondría y estaba nerviosa por hacerlo, sobre todo por creerse digna de llevar una joya de tal envergadura y que debía costar una auténtica fortuna, pero que para ella sobre todo tenía un gran valor sentimental.

Se envolvió en su capa plateada tapando toda la revelación del vestido incluido el collar y salió de sus aposentos mientras se encaminaba escaleras abajo a un paso ágil.

—Lamento la tardanza —dijo disculpándose si tan siquiera ver a su marido, pero suponía que estaría allí.

Catherine solo tenía ojos para los escalones no fuese que tropezara y ni tan siquiera salieran de casa.

—Es un baile en palacio real —recriminó David saliendo del comedor con un vaso en la mano—. Se supone que debemos ser puntuales, solo espero que la reina aún no haya hecho acto de presencia o nos mirarán mal por nuestra falta.

Catherine afirmó y entonces alzó su rostro para enfrentarlo. David vestía con su immaculado traje de gala y ostentaba el escudo real del ducado de Lennox en la solapa de su chaqué. Su corazón se contrajo cuando sus miradas estuvieron a la misma altura y pudo sentir perfectamente esa conexión de nuevo, esa atracción inevitable que sentía por él.

—Démonos prisa entonces —contestó saliendo apresuradamente hacia el carruaje para tratar de eludir esa mirada que la hacía temblar.

Llegaban tarde y David se movió rápidamente para apearse del carruaje cuando este freno en la puerta de entrada de palacio real bajándose de un salto y tendiendo la mano para que Catherine saliera. No le dio tiempo a poner un pie en el pequeño escalón cuando David la cogió de su cintura y de un solo movimiento la depositó en el suelo.

—No hay tiempo, ¿Escuchas eso? —exclamó señalando hacia el cielo mientras sentían la música que comenzaba a sonar proveniente del interior de palacio—. Solo puede significar que la Reina acaba de hacer su entrada, ¡Vamos! —dijo mientras arrastraba a Catherine hacia el gran salón real.

Cuando entraron por el gran arco de entrada Catherine se deshizo del lazo de su capa con la mano libre que le quedaba y se fue quitando la capa como pudo mientras David seguía con la mirada al frente bastante preocupado por llegar tarde ¿Desde cuándo le importaba llegar tarde o no a una velada a su marido? Le dejó la capa a uno de los sirvientes que la miró anonadado y ella sonrió para sí misma hasta que llegaron al gran salón al cuál no fueron anunciaros por llegar excesivamente tarde.

Las miradas se centraron en ellos David pronuncio una maldición inteligible o al menos Catherine no entendió nada, pero había sonado como una maldición.

—Esto era lo que quería evitar —dijo volviéndose hacia ella y viéndola ahora por primera vez.

¡Pero qué Diablos!, Por todos los santos, ¿En qué estaba pensando Catherine para ponerse aquel vestido? Y dónde estaba la dichosa capa esa que llevaba porque para ponérsela de nuevo encima y que nadie la mirase. En ese momento solo deseaba echarla sobre su hombro y salir de allí con la misión de encerrarla en su habitación para no salir durante varios días o tal vez semanas de su cama.

—¿David? —preguntó Catherine de pronto al ver la reacción extraña en su

marido.

David reacciono al escuchar su nombre por parte de ella, ¡Dios! Que bien sonaba su nombre proveniente de aquellos deliciosos labios, ¡Esa noche se iba a volver loco!

—¿Si? —contestó confundido.

—No nos podemos quedar aquí en mitad de la escalera, tenemos que bajar, ¡Todo el mundo nos mira! —le apremió.

David cogió a su esposa firmemente del brazo para terminar de bajar los escalones que quedaban, no pensaba soltarla, menos aun viendo como más de un hombre, o mejor dicho todo el salón de baile la miraban con aquellos ojos lujuriosos que desde luego no contemplaban pensamientos decentes.

¡En que maldita hora se le ocurrió ponerse ese vestido creado para el pecado! Se maldijo a sí mismo por la tortura que su bendita mujer le iba a hacer pasar aquella noche.

Catherine estaba contenta, la mitad del trabajo estaba hecho, David no había podido disimular su asombro al verla, aún recordaba lo absorto que se había quedado observando fijamente su escote.

Cuando Catherine vio los rostros conocidos de sus amigas Emily, Julia y Susan sonrió al acercarse al grupo y se desprendió del brazo de David para saludarlas, independientemente de que a él le gustara o no.

—Creo definitivamente que ese vestido te sienta mucho mejor que a mí —dijo Emily nada más acercarse Catherine hasta ella.

—¡Oh, de eso nada! —exclamó Catherine enseguida—, aunque es una pena que quieras modificarlo, tal y como está ahora mismo es absolutamente

perfecto.

—Lo cierto es que, al verlo puesto sobre ti tienes razón, es bastante sugerente y un poco provocador, pero esa era la idea cuando lo diseñé. Pensé que después de convertirme en duquesa y ser madre no sería apropiado llevar algo así, pero me has devuelto el espíritu de William esta noche Catherine y te lo agradezco infinitamente —reveló Emily algo emotiva.

—Por dios no llores —dijo apresuradamente Catherine—. No era esa mi intención —añadió para consolarla.

—Debe ser el embarazo —contestó riendo—. Últimamente paso del llanto a la risa muy a menudo.

—Sea como sea lo cierto es que tu esposo no es capaz de quitarte la vista de encima —dijo ahora Julia con una sonrisa de complicidad hacia Catherine—. Hasta me extraña que te haya dejado salir de casa sabiendo lo que iba a ocurrir.

—Lo cierto es que no me ha visto hasta llegar aquí —respondió en el mismo tono de complicidad que provocó las risas de sus tres amigas.

—¡Por todos los dioses! —exclamo la voz de Julia demasiado elevada pasar desapercibida—. He muerto y estoy en el cielo, ¿Quién es ese caballero? Y lo peor de todo, ¿Por qué no le conozco? —preguntó creando gran interés entre sus amigas que se giraron para ver al que, sin duda, debería ser un apuesto caballero dada la expectación de ella.

Catherine se giró para encontrarse con el rostro de Rosalie bastante sonriente que se dirigía en su dirección seguida muy de cerca por su hermano el señor Edmondo. A su pesar debía reconocer que esa noche estaba más apuesto de lo habitual ya fuera por las luces de la sala o por el ambiente en general, pero

sin duda alguna Julia tenía razón en sus palabras.

—¡*Lady Catherine!*, ¡*Lady Catherine!* —exclamó la voz de Rosalie.

Catherine dejó de observar al galán apuesto para sonreír a la joven señorita Edmondo que lucía un sencillo vestido rosa pastel, aunque estaba adorable.

—Rosalie —dijo el señor Edmondo reprendiendo a su hermana por su exhibición que había provocado que un círculo de personas les observaran detenidamente.

—¡Oh Gabriele!, ¡Yo quiero un vestido así! —exclamó expectante.

Nadie salvo Catherine les entendió, lo que provocó que solo ella riera ante sus palabras y el resto se quedaran simplemente observándoles.

Gabriele no respondió al comentario de su hermana, se limitó a observar y a lo que Catherine entendió como devorarla con la mirada, porque el recorrido que hizo con sus ojos a toda su figura la hizo sin duda alguna estremecerse.

—Me alegro de volver a verlos —respondió sonriente—. ¿Como es que me han podido encontrar entre tanta gente? —exclamó abrumada por la intensa mirada del señor Edmondo.

—Cómo no hacerlo *lady Catherine* —respondió él con aquella suave voz—. Está usted sencillamente radiante.

—¡Oh! Es solamente el vestido —contestó algo alterada.

—El vestido podrá ser muy hermoso, pero la dama que lo ostenta es realmente arrebatadora —confesó Gabriele que se acercó lo suficiente y cogió la mano de Catherine para darle un suave, cálido y extremadamente largo beso en ella.

David observaba a cierta distancia como aquel mequetrefe y la dama que lo acompañaba se acercaban hasta Catherine, creyó en un principio que serían un matrimonio, pero sin duda alguna no lo eran, ¡Ese idiota estaba cortejando a su mujer en sus propias narices! Lo que era peor, se conocían para haberse acercado a ella y Catherine no dejaba de sonreírles, ¡Maldita fuera su estampa! Se apretó los puños porque de lo contrario sabía que irían en la dirección de la cara de aquel tipo sin ningún tipo de escrúpulos.

Cuando se acercó disimuladamente escuchó que hablaban en otra lengua No era francés y no supo acertar si se trataba español o algo similar, pero lo sorprendente fue saber que su esposa estaba dotada en idiomas y él ni tan siquiera lo sabía. ¿Qué más cosas sabría hacer su esposa que eran desconocidas para él?

—*Lord Clayton*, debo agradecerle la ayuda que *lady Catherine* le está prestando a mi esposa —dijo el duque de *Sylverston*.

David no entendió a qué se refería *lord Sylverston*, pero probablemente sería hacerle compañía dado su estado de gestación o algo similar puesto que era lo que solían hacer las damas en esa situación.

—No debe dármelas a mi —contestó sin darle importancia, ¿Quién era él para impedirle a su mujer que visitara a una amiga?

—Bueno, son pocos los caballeros que acceden a que su esposa trabaje ostentando un título —admitió el duque de *Sylverston*

Aquellas palabras provocaron en David un cambio brusco de reacción, ¿Trabajar?, ¿Había oído trabajar? En ese instante se volvió hacia Catherine para encontrarse con que se dirigía hacia la pista de baile agarrada del brazo de ese... ese... ¡patán! Que para más agonía tenía el rostro hermoso

tratándose de un caballero y no supo si sentía más furia porque bailara con aquel tipo o por lo que le acababa de decir Sylverston sobre ella. Cuando vio como rodeaba con aquellas manos por su cintura y la apretaba contra él para iniciar el baile, sintió unas irrefrenables ganas de ir hasta allí y arrebatársela a ese arrogante estúpido. Sin duda alguna sintió más rabia por lo primero.

Catherine se dejó llevar por el apuesto señor Edmondo hacia la pista de baile, pensó en negarse en un primer instante, pero si era sincera consigo misma le apetecía bailar con el apuesto joven de aquella magnífica sonrisa y ojos profundamente verdes. ¿Quién podría negarse? Tal vez si lo hubiera hecho Julia habría saltado para ofrecerse ella misma por lo interesada que parecía estar en el apuesto extranjero.

No volvió la vista atrás para ver si su esposo la estaría observando o no, aunque en aquel momento se centró en disfrutar del baile y de la compañía del señor Edmondo que no cesaba de enseñar sus blancos dientes con aquella sonrisa.

—Creo que esta noche soy la envidia de todos los caballeros *lady* Catherine —afirmó Gabriele una vez se situaron en la pista de baile mientras rodeó con su mano su cintura.

—Tiene razón —terció ella sonriente—. Es el único que habla otra lengua y se libra de las interminables charlas absurdas de algunas personas. Hasta yo le envidio señor Edmondo.

El emitió una sonora carcajada que indudablemente más de uno debió pensar cuál sería el motivo de semejante comportamiento.

—Muy oportuno, pero dista mucho de ser esa la razón por la que me tendrían envidia —afirmó.

—Hay algo que no le he mencionado, señor Edmondo —dijo Catherine con una voz suave y aterciopelada preparándose para lo que iba a confesar.

—Si me va a decir que le preocupa el hecho de cuente a alguien cómo nos conocimos, no debe preocuparse. Su razón tendría para relacionarse con la gente que lo hacía, yo mismo lo hago y no es de incumbencia de nadie.

—Reconozco que eso me tranquiliza y dice mucho de usted señor Edmondo —comenzó a decir—. Aunque también quería decirle que soy una dama respetablemente casada y que mi estadía en el ducado de Florencia no era otra que la de visitar a un familiar.

—¡Oh es una lástima! —confesó sin perder la sonrisa—. Podría decirse que me ha roto mi pobre corazón *lady* Catherine, pero confieso que no soy un hombre celoso y que usted no sería ni la primera, ni la última mujer casada con la que he tenido el placer de intimar.

Si tenía alguna duda, ésta se había disipado completamente con aquellas palabras. El señor Gabriele Edmondo la quería y no con el corazón precisamente. La deseaba realmente y sentirse así por aquel caballero la hacía llenarse de placer, tenía la libertad de acceder a lo que él le proponía con su mirada puesto que David le había dado permiso, aunque eso fuera antes de saber cómo era realmente ella. Al pensar en su propio esposo no pudo evitar darse cuenta de que Gabriele no era él, aunque fuese muy apuesto ella seguía deseando y anhelando a su marido por encima del señor Edmondo.

—Salgamos a tomar el aire —advirtió Gabriele—, hace una noche espléndida para pasarla aquí encerrados —anunció con una cómplice sonrisa que daba demasiado a entender y a Catherine no se le ocurrió una excusa aceptable antes de que él la guiara entre las parejas de baile hacia la terraza exterior.

David iba por su tercera copa, pero era la única forma de asegurarse no ir hasta donde estaba su mujer y separarlos formando un escándalo. Incluso hasta él escuchó la sonora carcajada que había emitido aquel patán, ¿Es que Catherine estaba coqueteando con él? Era evidente que sí. La muy... no podía ni pronunciarlo. Catherine se atrevía a dejarle en ridículo delante de toda la sociedad al coquetear con un extranjero delante de sus narices y él en cambio, como perfecto caballero andante debía lejos de recriminárselo apremiarla por ello puesto que él mismo la había incitado a hacerlo en su día, ¡Estaba harto! Más que harto estaba celoso, si, ¡Celoso por ese arrogante extranjero! Porque tenía las atenciones de Catherine y él no.

Le daba igual porque le importaba Catherine, la cuestión era que lo hacía, así que en cuanto los vio dirigirse hacia la terraza que daba a los jardines de palacio no dudo en seguirles. Si les arruinaba la fiesta lo sentía mucho, pero a aquel tipo le iba a quedar claro de quién era Catherine.

Catherine no estaba segura de que fuera una buena idea salir a tomar el aire con el señor Edmondo, pero quería averiguar muy dentro de su ser en qué acababa aquella travesura. Quiso volver la vista hacia atrás para ver si alguien los veía, pero solo atino a dar con su grupo de amigas que parecían bastante entretenidas, no obstante, pronto las perdió de vista cuando las siguientes parejas de baile comenzaron a danzar.

Hacía una noche fresca pero agradable ideal para estar al aire libre, de hecho, la velada habría tenido lugar en el exterior si no hubiera sido por la ligera lluvia que hizo a media tarde. Cuando atravesaron los grandes ventanales la oscuridad les invadió arropados únicamente por unos candelabros y la luz de la luna, en la oscuridad Catherine sintió como el señor Edmondo entrelazaba sus dedos con los suyos y los apretaba fuertemente antes de tirar de ella para bajar a los jardines.

—¡Señor Edmondo!, ¡No! —exclamó en voz alta tratando de frenarle mientras él seguía llevándola tras él.

Ella intentaba no ir, pero él era más fuerte. Sabía sus intenciones, conocía perfectamente lo que quería y que probablemente esa había sido su intención durante toda la noche y ella había tenido la culpa por no haberlo frenado, ¡Era una estúpida!

Cuando llegaron lo suficientemente lejos la rodeó con sus brazos apresándolos entre ellos y pese a la oscuridad Catherine vio que sonreía igualmente.

—Sé lo que quieres. Lo deseas tanto como yo —dijo antes de unir sus labios a los suyos en un candente beso.

Catherine notó los labios sobre los suyos y no sintió lo que su propio esposo le hacía sentir, aunque Gabriele besara bien ese mariposeo no existía, ni ese calor inquietante, ni esas palpitaciones, ni ese... David, él no era David.

Intentó apartarse de él y consiguió deshacerse de su beso, pero no de sus brazos.

—Déjeme señor Edmondo —dijo tratando de esquivarle—. No lo ha entendido yo no quiero, no...

—Sera un secreto. Nadie lo sabrá —afirmó en voz baja cómplice del delito—. Desde que la vi supe que tenía que hacerla mía, es usted demasiado hermosa para dejarla escapar...

—No lo entiende. No puedo, estoy...

—Creo que la dama ha dicho que no —interrumpió la voz grave que se escuchó en la oscuridad.

Gabriele apartó rápidamente las manos de Catherine, provocando la inestabilidad de ella que la hizo tambalearse y casi acabar de bruces en el suelo.

Cuando la figura se acercó lo suficiente Catherine ahogó un gemido en su garganta, David no la miraba a ella directamente sino al señor Edmondo y además, lo hacía con un gesto que cualquiera hubiera creído que se trataba de un tigre estudiando a su presa.

—Disculpe señor —comenzó a decir Gabriele en un inglés algo extraño por su acento

—Excelencia —corrigió David sin dejar de mirarlo—. Soy *lord* David Clayton, cuarto duque de Lennox y esposo de la dama aquí presente.

La expresión de Gabriel pasó del gesto de inocencia al lívido en solo un instante y puso la mejor de sus sonrisas.

—Un placer, su excelencia —dijo cordialmente—. Solo estaba acompañando a su bella esposa a tomar el aire —añadió inocentemente.

—¿Tan lejos de palacio? —respondió serenamente.

—Es una noche espléndida para pasear, ¿no cree? —preguntó de forma ingenua.

—¿Quién es usted? —preguntó David.

—*Lord* Gabriele Edmondo de Guicciardini —respondió altivamente.

David conocía ese apellido y eso que nunca había estado en el ducado de Florencia, pero sabía quién era la familia más influyente aparte de la realeza, esos eran los Guicciardini. Si los rumores no le fallaban, uno de sus

miembros iba a casarse con la sobrina de la reina y la ceremonia se celebraría la próxima semana, ¿De qué conocía su esposa a la segunda familia más influyente del ducado de Florencia?

—Que disfrute de la velada *lord* Guicciardini, tengo asuntos que tratar con mi esposa —respondió mientras cogía del brazo a Catherine y se encaminaba hacia palacio.

Catherine no sabía si David estaba enfadado o no, por su aspecto casi diría que no.

—¿Se puede saber qué haces? —preguntó de pronto al verse tratada del mismo modo que anteriormente lo había hecho *lord* Edmondo que por otro lado acababa de descubrir que pertenecía a una familia importante y no sabía por qué razón había ocultado esa información hasta ahora, seguramente por su seguridad.

—Salvarte del ridículo al que nos expondrías a ambos —afirmó tajante.

—¿Y por eso tienes que llevarme de ese modo? —preguntó con ironía.

—¡Podrías darme las gracias en lugar de actuar como una cualquiera y provocar ese tipo de situación! —dijo frenando en seco y mirándola directamente a la cara con evidente falta de aliento producida por la caminata y por la inmensa frustración que había acumulado durante toda la noche.

—¿No fuiste tú quien me dijo que buscara a alguien para la octava condición?, ¿Que tú no estarías dispuesto a hacerlo? Me afirmaste que no me pondrías ni un solo dedo encima —afirmó.

Le había dolido que la llamara así cuando ella no había actuado de esa forma, pero si él iba a reprochárselo le recordaría sus palabras.

—¡Eso fue antes de que...! —exclamó quedándose callado.

—¿Antes de qué? —exclamó enfrentándose a él descaradamente para ver si era capaz de decirlo.

David vio como el pecho de ella se hinchaba bajo aquel ajustado corsé y se deleitó mirándola casi al punto de perder la noción de la discusión.

—De convertirte en la mujer más bella que he conocido —confesó en un susurro.

Ella iba a responder algo sin pensarlo creyendo que volvería a atacarla hasta que procesó sus palabras y aquello que iba a decir murió en su garganta. No se esperaba que David le confesara algo así e inesperadamente antes de que ella dijera algo, la cogió del brazo y rodearon los jardines hasta salir a la entrada sin tener que pasar por el salón de baile.

—¿Dónde vamos? —preguntó confundida, pero sin dejar de seguirle.

—A casa —afirmó sin dudarlo.

—¿Como que a casa? —respondió de pronto—. ¡No podemos irnos sin despedirnos! —gritó contrariada.

David llegó al carruaje y ayudó a subir a Catherine que pese a todo accedió. Cuando él también estuvo dentro y dio un par de golpes para que el carruaje iniciara la marcha de un movimiento cogió a su esposa y la sentó en su regazo pese a la reacción inesperada del gesto por parte de ella.

—Esta noche vas a ser mía, Catherine —dijo mirándola fijamente y antes de que pudiera contradecirle besó sus labios para acallar cualquier tipo de reclamo.

Los labios de David rozaron los suyos y aquello fue como probar el cielo de nuevo, al menos eso pensaba Catherine que se atrevió a estrecharse entre sus brazos y abrazarlo por los hombros para aumentar aquella sensación que comenzaba a deleitarla.

Le había dicho que era bella, no solo eso sino la mujer más bella que él había visto jamás y quisiera ella o no, había logrado ablandar su corazón con aquellas palabras, porque si para alguien ella deseaba ser hermosa; era para

él. Aunque en el fondo supiera que solo la querría por eso, esa noche quiso acallar a su conciencia y guiarse únicamente por lo que sentía. Aquella noche sería para ellos y que él la anhelara solo hacia incrementar su deseo por David, aunque supiera que su marido solo la deseara por ser hermosa prefería conformarse con ello en lugar de que la apartara de su lado y la evitase a toda costa.

Cuando David notó como el cuerpo de ella se estrechaba junto al suyo sintiendo cómo sus pechos rozaban su piel pese a estar apretados por ese más que atrevido vestido, solo podía provocarle aún más deseo por ella si es que podía ser. Se sintió enfebrecido y con sus manos comenzó a palpar los pliegues de aquella maldita falda que se empeñaba en no tener fin para meter sus manos por debajo de ella y encontrar sus deliciosas piernas.

El trote del carruaje solo hacía que los pequeños saltos del camino empedrado unieran el cuerpo de Catherine al suyo provocando que su erección fuera más descomunal de lo normal. Si no llegaban pronto estaba casi seguro de que la tomaría mismamente en el carruaje, porque no creía que aguantase mucho más tiempo sin hacerla suya. Catherine había comenzado a darle pequeños mordiscos por su oreja mientras bajaba por su cuello, síntoma de toda una amante experta que en aquel momento solo le pudo hacer enloquecer de placer.

Finalmente, David encontró el borde de su falda y cuando pudo tocar sus suaves medias comenzó a ascender con sus dedos rozando su pierna hasta encontrar el fin de la misma y empezar a tocar la carne de su piel; era tan suave que solo deseaba posar sus labios sobre ella para besarla. En ese momento tuvo claro que la deseaba desnuda en su cama para lamer cada recóndito trozo de piel de su delicado cuerpo.

Catherine ahogó un gemido cuando notó los dedos de su esposo rozando su piel desnuda y como éstos seguían ascendiendo buscando definitivamente el centro del placer de ambos sin duda alguna. En aquel momento ella buscó su boca desesperadamente para darle un profundo beso cargado de pasión contenida que David respondió gustosamente deleitándose con un juego de lenguas que solo podría acabar en un empate por el ardor de ambos y cuando los dedos de David empezaban a abrirse paso entre sus enaguas a punto de alcanzar aquel recorrido incestuoso y aquel momento el carruaje dejó de moverse.

Antes de que el cochero abriera la puerta, Catherine se separó del cuerpo de David bruscamente dejándole confuso por aquel hecho, probablemente no se habría dado cuenta del detalle de que habían llegado a su destino y sin previo aviso bajó del carruaje y alzándose el vestido hasta las rodillas volvió su vista hacia atrás dándole la mejor de sus sonrisas traviesas y echó a correr hacia sus aposentos.

David solo interpreto aquel gesto como una invitación y para asombro de sí mismo accedió a su juego con una sonora carcajada y comenzó a correr tras ella dejando al personal que esperaban su llegada atónitos ante el comportamiento de sus señores.

Catherine llegó a su habitación y cerró la puerta justo a tiempo para que él no la alcanzara riéndose ante aquel juego de niños, para su asombro David no llamó a la puerta y cuando se dio la vuelta y se recostó en ella pensando que haría su esposo la puerta que comunicaba a los aposentos de él se abrió en aquel momento.

¡Se había olvidado de aquella puerta! Razonó inmediatamente al ver la sonrisa de él conforme se acercaba a ella.

—David tengo que decirte... —comenzó a pronunciar—. Tengo que avisarte de que yo...

—No quiero saber nada —respondió cortando su frase.

Le daba igual lo que tuviera que decirle en aquel momento, no quería saber de sus amantes, ni del tal Guicciardini que por alguna extraña razón ella le había rechazado, porque pese a no saber de qué hablaban, el “no” de Catherine fue plausible pese a estar en otra lengua.

—Pero tienes que saber que...

Las palabras de Catherine murieron en su garganta cuando él volvió a apresar sus labios y ella se dejó arrastrar de nuevo. Quería avisarle de que sería su primera vez, de que ella no era una cualquiera como él pensaba, ni había tenido amantes, pero se olvidó de todo aquello en el momento que él la alzó entre sus brazos y quedó apresada entre su cuerpo y la pared de su alcoba.

Sintió las manos de David deshaciendo los botones de su vestido y sólo se percató de ello cuando se sintió libre de la opresión a la que había estado sometida todo ese tiempo. Su liberación no vino solo para ella, sino también para sus pechos cuando notó las manos de él apresando uno de ellos. Su cuerpo instintivamente se arqueó hacia él queriendo más de aquella sensación que provocaba aquel deleite maravilloso en lo más profundo de su ser, ese calor incesante y ardiente que comenzaba a recorrerla desde su garganta.

Los labios de David bajaron por su cuello abandonando su boca y finalmente apresaron uno de sus pezones con la boca. Catherine notó sus dientes, como éstos jugueteaban a la vez que con su lengua lamía y absorbía aquel pezón rosado provocando una frustrante sensación en ella demasiado inquietante de la que solo podía emitir gemidos de placer al respecto por experimentar aquel

cúmulo de experiencias nuevas para ella.

David terminó por deshacerse del vestido que quedó tirado en el suelo mientras la alzó para depositarla sobre cama sin dejar de besar sus labios. Ella consiguió deshacerse de su chaqué y comenzó a desabotonar su camisa para deslizar sus ágiles dedos entre la tela y tocar su pecho duro y firme.

Cuando se deshizo de la última prenda que separaba a Catherine de la desnudez completa, David se alejó de ella solo para deleitarse con la belleza de aquella mujer. Había soñado infinidad de veces con tenerla así sobre su lecho y ahora que la tenía no podía evitar pensar si se trataba solamente de un sueño, aunque a juzgar por la estrechez de sus calzones podía asegurar lo contrario. Necesitaba urgentemente hundirse en ella y hacerla suya, acabar con aquella posesiva obsesión que ella ejercía sobre él.

«Es más hermosa aún de lo que creía» pensó David sin expresarlo en voz alta. Por alguna razón no quiso que ella fuera consciente del poder que ejercía sobre él, aunque con sus hechos demostrara lo contrario.

Catherine se sintió algo avergonzada estando desnuda bajo la atenta mirada de David, pero pronto se deleitó con la desnudez de él y lejos de asustarse su instinto fue tocarlo, quería tocarlo por todas partes y poder probar con sus propias manos en un hombre todas aquellas lecciones.

David comenzó a bajar lentamente sobre ella, sintiendo el roce de sus cuerpos ahora tocándose piel con piel. Catherine sentía su contacto, su calor y la increíble sensación que aquello provocaba en ella la hizo arquearse para él, invitándole a tomar lo que quisiera de ella porque desde luego estaba más que dispuesta a dárselo. Necesitaba imperiosamente sentirlo, sentir todo aquello que se suponía que solo podía traer experiencias placenteras y más aún de alguien que le provocaba todas aquellas sensaciones de las que únicamente

deseaba más.

Los movimientos de Catherine arqueándose para él solo provocaron que perdiera el poco juicio que aún conservaba, quería deleitarse en su cuerpo, saborearlo y rememorar cada parte de su ser en sus recuerdos, pero definitivamente se volvería loco si no la tomaba así que sin poder controlarse se deslizó dentro de ella de una sola estocada provocando un grito en su esposa aterrador de dolor y una profunda sorpresa por respuesta en él.

Catherine sintió como él se hundía dentro de ella sin previo aviso y provocó un dolor agudo del que fue imposible reprimirse, era como si le clavaran una aguja afilada en lo más profundo de su ser, pero para su asombro el dolor solo fue instantáneo y su cuerpo pareció adaptarse a la invasión mientras ese dolor remitía hasta casi desaparecer.

—Eres virgen —afirmó David confundido aún con ella en brazos viéndola ahora por primera vez de verdad.

Catherine abrió los ojos y se encontró con la mirada azul de David, observándola detenidamente sin ejercer movimiento alguno.

—Lo era —respondió ella cálidamente ahora que el dolor había pasado sin dejar de mirarlo.

David bajó lentamente sin dejar de mirarla dándole el beso más dulce que hasta ahora le había dado, como si con aquel beso tratara de disculparse. Fue tan suave, cálido y placentero que ella se sintió de alguna forma completa en ese instante.

—No sabes lo feliz que acabas de hacerme —susurró David en su oído—, esposa mía —añadió antes de comenzar a moverse dentro de ella lentamente y cuando Catherine comenzó a notar aquella sensación extraña que se

apoderaba por completo de sí misma se unió a sus movimientos tal y como le habían enseñado a hacer.

No supo si fue por el hecho de saber que era el primer hombre para Catherine o porque ella lo volvía completamente loco, tal vez fuera por los movimientos de ella que lo convirtieron en una bestia enfebrecida de pura pasión o verla como se deshacía entre sus brazos alcanzando su propia satisfacción proporcionada por él mismo, pero fuese lo que fuese, lo único cierto es que aquella mujer virgen acababa de darle el mayor placer que en todos sus años de vida libertina jamás le había dado ni la más experimentada de las fulanas con las que había estado.

«No» pensó David. «No se iba a cansar de Catherine por poseerla, sino que sería, más bien al contrario, aquella mujer definitivamente le había hechizado».

Una cálida sensación placentera despertó a Catherine aquella mañana y con un gemido profundo nacido en su garganta abrió los ojos para encontrarse con la inigualable sonrisa de David que parecía demasiado alegre de verla.

—Buenos días —susurró antes de hundir sus labios en su garganta para besarla y mordisquearla en aquella zona mientras sus dedos jugueteaban entre sus muslos provocando una sensación extraordinaria.

—Buenos días —gimió ella ahogadamente.

En ese momento Catherine se incorporó y sorprendiendo a David se abalanzó sobre éste para dejarlo tumbado sobre la cama y aprovechar para colocarse a horcajadas sobre él.

Catherine aprovechó la sorpresa para echarse hacia delante y apresar los labios de su esposo como si una fiera salvaje se hubiera apoderado de sí

misma aquella mañana y a la misma vez que introducía su lengua en su boca hizo que David se adentrara en ella provocando un fuerte alarido por parte de él debido a su asombro por verla tomar aquella iniciativa.

Haciéndose con el control de la situación Catherine se abandonó a sí misma y a su propio placer experimentado recientemente. Quería volver a obtener ese pequeño trozo de cielo que había probado hacía tan solo unas horas, tal y como le habían enseñado comenzó a mover sus caderas hacia delante y atrás balanceándose en su propio peso y en sus piernas.

David observó como su esposa se movía sobre él y definitivamente aquello fue como estar en el mismísimo paraíso junto a Eva, ¿Cómo demonios podía moverse así una virgen? Fuese como fuese solo deseaba que no parase jamás y fundirse con ella así fuera en el infierno o en el cielo, pero siempre junto a ella.

Colocó sus manos en sus caderas apremiándola a continuar con su ritmo y verla como disfrutaba dándole placer a él y a sí misma solo hizo desearla aún más si es que aquello era posible. En ese instante se dio cuenta de que no solo tenía a la mujer más hermosa de todo Londres y quizá de todo el País, sino que además era toda una proeza en el lecho como ya había intuido la noche anterior y le estaba demostrando en aquel preciso momento. Si no fuese porque era consciente de que era virgen, estaría martirizado pensando en los incontables amantes que habría tenido su esposa para lograr darle tanto placer con aquellos movimientos. No sabía que más inhóspitas sorpresas le esperaban de su mujer, pero definitivamente estaba deseoso de averiguarlas absolutamente todas.

Catherine se dejó caer sobre el pecho de David cuando ambos alcanzaron el clímax saboreando el momento y juntando su cuerpo sudoroso por el esfuerzo

sobre el de él.

—¿Te encuentras bien? —preguntó David con voz aterciopelada provocando que Catherine alzara la vista sin separarse de él.

—Estupendamente, ¿Por qué? —contestó sonriente.

Llevaba tanto tiempo deseando saborear aquel placer, soñando desde hacía años y pensando que sería imposible para ella. Leyendo en los libros lo que definitivamente era impensable imaginarse hasta que lo había experimentado y ahora se sentía florecer, como si estuviera en una nube y definitivamente quería más, mucho más de aquella nueva sensación de la que seguramente jamás se cansaría.

—Se supone que eras doncella y deberías estar “dolorida” —dijo acariciando su mejilla sin dejar de observarla.

—Me encuentro perfectamente bien, aunque reconozco que tengo bastante hambre —confesó pensativa.

David emitió una carcajada por respuesta lo que provocó que ella también riera, era agradable verlo así y no tan serio o distante como había estado últimamente, aunque siempre había sido así con ella.

—Reconozco que yo también estoy hambriento —admitió.

Aunque David había dicho aquello mirándola tan fijamente que por un instante Catherine pensó que no se refería precisamente a comida. ¿Cuán insaciable podría ser David en asuntos referentes al lecho? Aunque para ella no sería un problema saciar su apetito, pero ¿Se conformaría solo con ella? Las dudas comenzaron a embargarla de pronto sintiéndose repentinamente vulnerable.

—Tal vez debamos bajar a desayunar, ¿O prefieres que nos sirvan el desayuno aquí? —respondió Catherine evitando el contacto de su mirada.

—A estas alturas todo el personal de la casa debe saber lo que hemos estado haciendo durante la noche y parte de la mañana, quizá deberíamos bajar para hacerles creer que somos personas civilizadas —respondió acercándose a ella—. Y porque si nos quedamos aquí un minuto más me aseguraré de que no salgas de esta cama en todo el día.

Catherine se estremeció al escuchar aquello y más aún en el tono cargado de erotismo con el que lo había dicho. La deseaba sin ninguna duda, la cuestión era si era algo más que deseo o de lo contrario pronto se cansaría de ella.

David se perdió en su habitación para vestirse puesto que la única vestimenta que allí tenía era el traje de gala que llevó la noche pasada y ella aprovechó para refrescarse. Cuando alzó la vista vio las sábanas manchadas de sangre y se llevó el dorso de la mano a su boca reprimiendo una sonrisa. Tenía que reconocer que había dolido en un principio, pero fue algo maravilloso y más aún con el hombre que ella quería, con su esposo y no solo eso sino, que David la había tratado con delicadeza y le había asegurado

lo feliz que se sentía. Quizá ahora las cosas irían bien entre ellos, tal vez a partir de ese momento todo cambiaría.

Cuando entró en el comedor donde comenzaban a servir el desayuno pese a ser casi la hora del almuerzo ella sonrió a su marido, que la esperaba en el marco de la puerta. Resultaba extraño después de haber compartido tanta intimidad instantes antes buscar un tema que tratar fuera del lecho, aunque David lo encontró rápidamente hablándole de la fábrica.

—Tal vez yo podría ayudarte —dijo Catherine instintivamente alegrándose de la implicación que David parecía tener con los negocios de su padre. Aquello la hacía de alguna forma hasta sentirse orgullosa de él.

—¿En qué podrías ayudarme?, ¿Eligiendo los colores de los tapices tal vez?
—contestó con cierta ironía.

—Creo que podría hacer algo más que eso —contestó seriamente—. He estado ayudando estos días en la casa de modas de Emily y me encargaba de...

—En referencia a eso —contestó repentinamente David interrumpiéndola—. Se ha acabado —afirmó—, y da gracias porque no recibas una reprimenda al ocultarme que estabas trabajando si tan siquiera pedirme permiso para hacerlo. Cuando *lord* Sylverston me lo comentó anoche no supe de qué me estaba hablando. No voy a permitir que la duquesa de Lennox sea una vulgar dependienta de una casa de modas por más prestigio que ésta tenga. No es tu lugar, ni tu cometido; así que te prohíbo que trabajes allí.

—¿Que me prohíbes que trabaje? —respondió alzando la voz.

—Si —contestó firme.

—Voy a trabajar allí tanto si me lo prohíbes como si no, querido esposo
—respondió cruzándose de brazos firmemente.

—Me obedecerás quieras o no, Catherine —afirmó seriamente en un tono de regaño.

—¡No pienso quedarme en casa sin hacer nada durante todo el día! —gritó.

—He dicho que no vas a trabajar en la casa de modas y es mi última palabra
—insistió.

—Ya lo veremos —dijo ella mientras se levantaba y tiraba la servilleta sobre la mesa antes de salir de allí sin terminar siquiera de tomarse el té.

¿A qué venía tanto empeño por trabajar en la tienda que tenía la duquesa de Sylverston? Algo le ocultaba y averiguaría de qué se trataba. ¿Tal vez fuese allí donde habría conocido a *lord* Guicciardini? Si era así y su empeño de trabajar en aquel sitio era ese, que Dios se apiadara de ella, porque desde luego él no lo haría. Ahora que había probado el succulento bocado de su esposa y sabía que era el único en haberla catado, no permitiría que nadie más lo hiciera. En su vida había sentido celos, ni tan siquiera de su hermano pese a saber que él jamás tendría el ducado, pero lo que sentía por Catherine iba más allá de la racionalidad. Ella era suya y no iba a permitir que nadie que no fuera él tocara lo que consideraba suyo.

Catherine entró en su habitación y cerró con fuerza la puerta, estaba enfadada y si él tomaba aquello como un gesto de comportamiento inadecuado le daba absolutamente igual, quería demostrarle que no pensaba obedecerle. Si había creído que se había casado con una esposa amante, fiel, tímida y tonta que le esperaría en casa fervientemente mientras estaba todo el día fuera; que se buscara a otra porque ella no era ociosa, nunca lo había sido, incluso a veces

su padre le había dejado repasar algunos libros de cuentas como estudio de las clases que el señor Smith le impartía.

Fue la única ventaja que obtuvo de ser hija única y no tener hermanos varones. El vizconde había enseñado a su hija ciertas lecciones propias de un hombre que solían estar vetadas para la mujer. Ni tan siquiera *lady* Elisabeth lo sabía ya que pensaba que el profesor Smith venía para repasar sus clases de su lengua materna; el florentino, pero David no había querido ni escucharla, ni tan siquiera le había permitido decirle que no era una vulgar dependienta cosa que tampoco lo consideraba vulgar ahora que lo pensaba, era un trabajo tan digno como otro cualquiera fuese o no una duquesa.

Se tiró sobre el lecho deshecho aún, y al respirar el aroma que David había dejado impregnado en la almohada no ayudó en absoluto a dejar de pensar en él. Enfadada se levantó y comenzó a quitar las sábanas con ardua rapidez y cólera, queriendo desprenderse de aquello para alejarlo por la rabia que la consumía al tratarla de aquel modo.

—¿Pero que estás haciendo? —pregunto la voz de Lilith.

Catherine siguió estirando con fuerza para arrancar aquellas sábanas de su lecho y tirarlas al suelo con ímpetu.

—¡Deshazte de ellas! —gritó—. O mejor aún, ¡Quémalas! —dijo una vez que dejó solo el mullido colchón desnudo sin ropa de cama que lo cubriera.

—¿Y se puede saber que te han hecho unas pobres sábanas querida niña? —exclamó con cierto aire de inocencia.

—Huelen a él —afirmó—. Y en estos momentos no lo quiero cerca de mí —respondió altivamente dirigiéndose al ventanal de sus aposentos para tranquilizarse con las vistas.

—Así que pasaste la noche con él —dijo Lilith como si lo supiera, pero no lo afirmara del todo mientras recogía las sábanas formando un gran bulto para cogerlo con facilidad.

—No te hagas la ingenua, con el espectáculo que dimos anoche se han debido de enterar todos los criados —contestó cruzando los brazos con evidente enfado.

—¿Y se puede saber que ha pasado para que estés así? Porque yo creía que estarías contenta —afirmó la doncella.

—Y lo estaba, al menos lo estuve hasta que ese energúmeno abrió la boca —contestó con evidente enfado.

—¿Patán?, ¿Así hablas de tu esposo? —recriminó Lilith.

—¡Me prohibió trabajar! Es un patán por hacerlo —insistió.

—Ya te advertí que no estaba de acuerdo con esa idea de trabajar —afirmó la doncella haciendo ademán de irse—, eres una duquesa y las duquesas no trabajan. Te debes a un título y a tu esposo. No puedes tirarlo por tierra porque simplemente te aburres en casa.

—¡Pero Emily trabaja y también es duquesa! —gritó con evidente razón.

—Eso es distinto, ella diseña vestidos hermosos y es como pintar un cuadro, al fin y al cabo, está creando una obra de arte.

—Pues yo también creo arte —dijo con energía—, ¡Solo que lo hago con los números! —recriminó.

—Maldita sea la hora en la que al vizconde se le ocurrió que sería buena idea que aprendieras contabilidad —refunfuño Lilith.

—Quizá fue lo único bueno que supo hacer —respondió mientras se dirigía hacia su armario para sacar un vestido.

—¿Es que piensas salir? —preguntó con confusión.

—Si —afirmó—. No aguanto estar aquí un minuto más, iré a dar un paseo por Hyde Park.

Catherine envió una nota a casa de los señores Benedict para invitar a Julia y otra a casa de los señores Brandon para invitar a Susan a dar un paseo. Afortunadamente para ella, ambas acudieron.

No quiso importunar a Emily en su estado, menos aun teniendo en cuenta que la noche anterior habían acudido a la fiesta de palacio real y estaría cansada, en cambio Julia y Susan eran almas frescas y gozaban de la libertad de ser solteras, aunque no sabía si el yugo de tener que cazar marido era aún peor que estar casada ahora que lo pensaba. Una mujer de su época siempre se debería a un hombre, primero a su padre, después a su marido y si enviudaba y tenía hijos varones posteriormente a estos.

Hijos... ella debía tener un hijo y lo debería tener en un plazo de tiempo estimado, ¿Podría haberse quedado embarazada con la noche apasionada que habían tenido David y ella? No, probablemente en una noche no se podría concebir un hijo, pero la posibilidad era existente.

—¡Ya puedes contarme todo sobre ese caballero extranjero de anoche! —exclamó Julia nada más ver a su amiga Catherine.

Ni tan siquiera un; Buenas tardes, ¿Que tal estas? No, Julia era así de directa siempre y aquello era desde luego es lo que más le gustaba a Catherine de su amiga. Comenzó a reírse ante su pronto interés en el caballero extranjero y sus risas contagiaron a Susan que justo había llegado unos instantes antes de

Julia.

—Así que tus ganas de asistir a dar un paseo solo son debidas al señor Edmondo —dijo recordando al instante lo que había ocurrido la pasada noche—. O más bien debería decir a *lord* Guicciardini —dijo antes de que sus amigas intervinieran.

—¿De qué me suena ese apellido? —terció Susan.

—¡De que pertenece a una familia importante del ducado de Florencia! De hecho, ¡A la más importante después de la familia real! —exclamó Julia entusiasmada como si estuviera hablando del mismísimo príncipe.

—¿Y de qué lo conoces? —preguntó con curiosidad Susan.

—Era un conocido de mi tía Camelia. Le conocí cuando me fui al ducado de Florencia.

—¿Al ducado de Florencia?, ¿Por qué yo no me entero nunca de las cosas emocionantes? —exclamó Susan con interés.

—Es culpa tuya —respondió Julia pícaramente—. Has estado ausente las últimas dos semanas.

—Mejor no me lo recuerdes, si he venido es precisamente para evitar pensar en ello.

Julia y Catherine la miraron extrañadas. Susan siempre se había mostrado despreocupada y sonriente, nada que ver con la joven que tenían delante.

—Vaya... ¿Qué ocurre? —preguntó Julia esta vez preocupada.

—Prefiero no decirlo por ahora, si lo hago será real y prefiero pensar que no lo es, así que si no os importa preferiría deleitarme con las aventuras de

Catherine para no tener que pensar en mis propias preocupaciones.

Catherine pensó que algo grave debería de ocurrirle a Susan, pero si no era el momento de hablarlo ya lo haría cuando estuviera preparada así que comenzó a relatar su estadía en el ducado de Florencia.

—¿Entonces *lord* Guicciardini creía que tú eras una... una...

—¿Cortesana? Sí —respondió a Susan.

—¿Y sabe ya quién eres? —preguntó Julia entusiasmada con la historia.

—Sí, es más, mi esposo nos sorprendió anoche cuando Gabriele me besó —confesó algo avergonzada.

—¿Te beso? —exclamó Julia saltando del asiento.

—¿Os vio? —preguntó sorprendida Susan al mismo tiempo.

—Sí y sí —respondió Catherine alternativamente.

—¿Y no le retó a duelo? —preguntó Susan como si de una novela romántica se tratara.

—No, más bien le dijo que no me volviera a tocar y me llevó directamente a casa. Por esa razón desaparecimos anoche de forma tan apresurada.

—¿Fue dura la reprimenda que recibiste? —preguntó Julia curiosa.

—¡Oh sí! Muy dura... —Comenzó a reír Catherine—, creo que ver a *lord* Clayton celoso fue la mejor satisfacción de toda la noche. Hasta confesó que yo era la mujer más bella que había conocido.

—¡Oh que romántico! —exclamó Julia apesadumbrada—. Ojalá tuviera yo una historia así por la que suspirar.

—La tendrás —afirmó Catherine—. Aunque no es oro todo lo que reluce. Ésta mañana discutimos porque me prohibió volver a trabajar en Lynet's.

—Emily nos dijo anoche que te estabas encargando de la contabilidad, ¿Qué hay de malo en eso? —preguntó Julia.

—Eso díselo al patán de mi esposo, aunque él cree que soy una vulgar dependienta, ¿Sabéis que os digo?, Que lo crea, es más, voy a trabajar de dependienta además de llevar la contabilidad solo por fastidiarle.

—¿Estás segura? La gente hablará —terció Susan.

—Me da igual —afirmó—. Llevo toda la vida soportando que hablen de mi y de mi enfermedad, créeme que esto será más tolerable que lo otro.

David apretó los puños como síntoma de enfado cuando le comunicaron que su esposa había salido. Tras la discusión de aquella mañana él decidió encerrarse en el estudio para tratar de aclarar su mente. Aquello solo hizo que se autoconvenciera aún más de que el empeño de trabajar que ponía su esposa no era otro que el de ocultar algo, ¿Por qué sino iba a querer trabajar una mujer? Nacían para deberse a su marido, gestionar la administración de la casa y darle hijos. Las únicas mujeres que trabajaban eran las que su estatus social no les permitía poder no hacerlo y sin embargo Catherine se empeñaba como si fuera pobre o no tuvieran dinero.

Su esposa, la duquesa de Lennox era una vulgar dependienta atendiendo a las damas de la alta sociedad para venderles vestidos... No. No iba a ser el hazmerreír de toda la sociedad para que creyeran que eran pobres o tenían necesidad y menos aún después de dejarse los sesos en sacar adelante las empresas del vizconde ahora que había empezado a coger el ritmo de trabajo.

Precisamente iba a aclarar las cosas por si su rabieta aún seguía en pie cuando

le habían comunicado que su bella esposa había decidido salir de paseo hacía tres horas y aún no había regresado, ¿A dónde diantres había ido ahora?

—¡Quiero saber dónde está! —gritó David. ¿Es que era tan difícil que le contestaran a una maldita pregunta?

—Ya se lo he dicho mi *lord*, la duquesa solo dijo que iría a dar un paseo. No dijo nada más —contestó algo tímida la joven doncella.

—¡Llama a Alfred! —contestó malhumorado. Ahora no solo hacía lo que quería a sus espaldas, sino que también salía y entraba a sus anchas, aunque ¿De qué se sorprendía? Era lo que había estado haciendo hasta ahora y no

entendía por qué justo en esos instantes le fastidiaba cuando antes no le había importado.

—¿Mi *lord*? —preguntó el sirviente cuando llegó hasta él.

—Quiero que ensillen mi caballo, voy a salir —atajó seriamente.

—Por supuesto su excelencia —respondió con un gesto afirmativo.

Si Catherine había ido a dar un paseo tendría que haber sido a Hyde Park, pero sin duda ya era tarde para estar paseando, más le valía que la encontrara o no respondía de sí mismo.

Después de despedirse de Julia y Susan, Catherine se encaminó de vuelta hacia su casa, habían estado demasiado tiempo hablando y se les había hecho algo tarde, es más, ya estaba oscureciendo. Quizá no llevar doncella ahora le parecía una mala idea cuando comprobó lo solitarias que estaban las calles a esas horas. Nunca había tenido miedo, aunque por otro lado tampoco había salido nunca sola de casa y aquella sensación era extraña. Solo quedaban un par de cuadras para llegar a su destino y estaba en la mejor zona de Londres, no le tendría porque pasar nada, ¿Verdad?

—¡Vaya, vaya, vaya! —escuchó Catherine que pronunció alguien que permanecía escondido en un callejón por el que ella pasaba y apresuró el ritmo de sus pisadas—. ¿Dónde va con tanta prisa señora? —añadió y ella aceleró aún más el paso.

—No corra, solo queremos divertirnos un rato —dijo otra voz—, seguro que es lo que también desea cuando camina sola a estas horas de la noche y por estas calles solitarias —añadió comenzando a reír.

Las risas a espaldas de Catherine la pusieron nerviosa, en aquellos momentos

deseó tener esas horribles manchas rojas que la afeaban y que la hacían ser indeseable. Sintió como un brazo se cernía al suyo para detenerla y a empujaba hacia atrás.

—¡No me toques! —gritó Catherine alterada.

—Vale, vale —dijo alzando las manos uno de ellos.

Al verlos detenidamente, para sorpresa de Catherine eran caballeros bien vestidos que parecían pertenecer a su clase social. Había imaginado que serían vulgares ladrones o algo peor.

—¿Qué hace una preciosidad como usted por estas calles tan sola?
—preguntó el sujeto número uno con una sonrisa macabra.

—No es de su incumbencia y si no le importa, tengo prisa —respondió tajantemente tratando de deshacerse de aquellos caballeros que la retenían. No era correcto, eso era más que obvio y desconocían sus motivos, pero habrían reconocido que ella era una dama y según la etiqueta social, debían dejarla marchar.

—No tan deprisa... —advirtió el sujeto número dos reteniéndole el paso—. No irás a creer que la dejaremos ir después de apreciar de cerca su rostro. Un hermoso melocotón como usted hay que saborearlo.

A Catherine le temblaron las piernas y en su cabeza la palabra “huir” se hacía cada vez más fuerte, así que intentó forcejear para soltarse del amarre de aquel sujeto que la mantenía presa. Sabía que tenía pocas posibilidades de escapar tratándose de dos individuos que tenían una fuerza muy superior a la suya, pero debía intentarlo. ¿Dónde había quedado la moralidad de un caballero? Todas sus creencias se rompieron en el mismo momento en el que uno de ellos intentó rasgarle el vestido y ella gritó con todas sus fuerzas

rezando porque alguien la escuchara.

—¿Está usted bien? —preguntó una voz que Catherine supo reconocer al instante. No conseguía ver bien el rostro de su salvador por la distancia que le separaba de él, pero indudablemente el acentuado acento tan marcado solo podía ser de un hombre.

—Jamás he tenido tantas ganas de volver a verle *lord* Guicciardini —contestó Catherine en su lengua materna mientras se acercaba a él. Tal vez fuera por la situación, el horror por el que se había visto obligada a pasar o porque lo necesitaba que sin pensarlo se abrazó a su salvador.

—¡*Lady* Catherine! —respondió estupefacto porque fuese ella la joven damisela en apuros.

Catherine estaba temblando sin poder evitarlo, sentir los fuertes brazos de Gabriele sabiendo que la había salvado de aquellos malhechores que sin duda alguna pretendían violarla en plena calle la hizo sentirse vulnerable. Había gastado todas sus fuerzas en tratar de huir de ellos, con gran rudeza la habían zarandeado y sin duda alguna podía percibir como su cuerpo la abandonaba al sentirse ahora a salvo.

—¿Le hicieron algo?, ¿Se encuentra bien? —preguntó Gabriele preocupado mientras ella sin poder resistirlo escuchaba sus palabras como si estuviera en un lugar muy lejano—. ¡*Lady* Catherine!, ¡Catherine! —gritó finalmente olvidándose de los modales.

Catherine escuchaba cómo la llamaba, pero era imposible responder... en algún momento perdió el atisbo del último rastro de conciencia que le quedó con el rostro de *lord* Guicciardini y aquellos ojos verdes que la observaban preocupados antes de desmayarse entre los brazos que para su fortuna, la

sostenían firmemente.

David dio otra vuelta a caballo por Hyde Park, pero no quedaba ni un alma y ya había oscurecido. No había rastro alguno de Catherine, además de que a esas horas comenzaba a ser peligroso estar por las calles de Londres sin compañía, cosa que su estimada esposa había cometido la osadía de hacer. ¿Habría vuelto a casa? Un sentimiento de preocupación comenzó a instalarse en su pecho hasta ahora desconocido para él, pero que se hizo cada vez más persistente. Solo esperaba que no le hubiera ocurrido nada porque de lo contrario... no. No quería ni pensar en que algo le hubiera ocurrido a su esposa.

—¿A vuelto? —preguntó nada más entrar en casa mientras respiraba agitado por la cabalgata y la rapidez con la que había desmontado para entrar.

—No mi *lord* y ya es muy tarde —respondió Alfred nada más abrir la puerta.

—¿No la ha encontrado?, ¡Ay Dios mío, ha debido de ocurrirle algo!
—exclamó Lilith acongojada y comenzando a llorar cuando les escuchó.

—¿Dónde fue?, ¿Con quién fue? —preguntó David suponiendo que aquella mujer al ser de la confianza de su esposa debería saberlo.

—Quiso dar un paseo, le envió una nota a la señorita Benedict y a la señorita Brandon para visitar Hyde Park, por eso no quiso que la acompañara y solo fui con ella hasta la entrada del parque y la dejé junto a la señorita Brandon y la doncella de ésta. No debí haberle hecho caso... debí haber insistido, pero es tan cabezota a veces y estaba enfadada... —gimoteo entre sollozos.

David apretó sus puños con fuerza. Saber que la imprudencia de su esposa se debía únicamente por su culpa no justificaba su falta, pero por alguna razón le hizo sentirse aún peor de lo que se sentía... si no hubiera discutido esa

mañana con ella, si no le hubiera impuesto de aquella forma tan brusca, ella no se habría marchado.

—¿Tal vez esté en casa de los señores Benedict?, ¿O de los señores Brandon?
—preguntó Alfred.

—Enviaré una nota a casa de los Brandon urgentemente y me presentaré en casa de los Benedict que es la más cercana. Solo espero que por su bien haya tenido la inteligencia de quedarse allí y no pasear sola sin compañía por las calles a ciertas horas sabiendo que era una imprudencia. —Su tono era de preocupación y de enfado al mismo tiempo por la impotencia de no saber si Catherine estaría bien.

Desmontó su caballo de nuevo para llamar a la puerta de los Benedict, el alma se le cayó a los pies cuándo le comunicaron que hacía más de dos horas que *lady* Catherine se encaminó hacia casa, confirmando entonces que tampoco encontraría a su esposa en casa de los señores Brandon.

—Tranquila Julia, seguro que *lady* Catherine bien —mencionó Robert tratando de dar consuelo a su hermana que había entrado en estado de pánico.

—Le dije que no era buena idea que fuese sola, pero ella insistió porque decía que estaba muy cerca —contestó sollozando en una lengua algo ininteligible.

—Deberíamos realizar una partida de búsqueda, David —dijo seriamente Robert—. Daremos parte a los alguaciles y la encontraremos —añadió tratando de reconfortar a su amigo.

David sintió un crack por dentro que no sabía de dónde procedía, pero un sentimiento de miedo atroz acababa de penetrarlo por completo Tener constancia de que algo le había sucedido a Catherine y con toda probabilidad no debía tratarse de nada bueno, le partía por completo el alma.

Se juntaron más de veinte hombres entre amigos y conocidos para buscar a la duquesa de Lennox o alguna pista que les pudiera indicar su paradero. Julia les dijo desde qué punto exacto la había perdido de vista y recorrieron el camino que les llevaba hacia la mansión donde vivía con lámparas de aceite para poder iluminar las zonas más oscuras de las calles. Cuando los leves rayos de sol comenzaron a indicar el amanecer de un nuevo día, David comenzó a temer lo peor... ahora solo le parecía completamente absurdo haberle prohibido trabajar como dependiente, es más, si lo deseaba con tanto fervor, estaba más que dispuesto a permitirsele.

Se escucharon unos cascos de jinete galopando rápidamente cerca de ellos capturando la atención de todos por la premura con la que lo hacían.

— ¡Traigo noticias de palacio! —gritó una voz que llegó hasta el grupo de hombres que se encontraba allí concentrado. A David no le importaban en aquel instante lo que hubiera ocurrido en palacio, ya se podría haber muerto la mismísima reina que él solo podía pensar en Catherine—. Al parecer un extranjero rescató ayer a una dama en apuros que estaba siendo asaltada por dos caballeros de dudosa reputación —confirmó—, según la descripción de la dama podría tratarse de la duquesa de Lennox.

David alzó los ojos mirando fijamente al portador de dicha información con cierto atisbo de esperanza. En aquel instante un rayito de esperanza se instaló dentro de él y solo esperaba por lo más sagrado que de verdad fuese Catherine esa dama y que se encontrara bien.

—¿Han comunicado que tal se encuentra la dama? —preguntó Robert al ver que *lord Clayton* estaba mudo por la impresión.

—Según parece aún no ha despertado, por eso no han podido comunicar a nadie de quién se trata —afirmó.

—Iré enseguida a palacio para salir de dudas —dijo seriamente David a la vez que montaba rápidamente y espoleaba su caballo saliendo a toda velocidad.

Tras llegar a palacio comunicó la desaparición de su esposa y su posible relación con la dama que allí se encontraba. Mientras se dirigía hacia los aposentos donde supuestamente estaría la mujer que había sido rescatada de un asalto la noche anterior, solo rezaba porque fuera Catherine, deseaba con todo su ser que fuese ella porque al menos tendría respuestas a lo que habría sucedido y el hecho de reconocer que deseaba que fuera ella lo asustaba horripilantemente, porque acababa de descubrir unos sentimientos hacia su esposa que para él habían pasado totalmente inadvertidos. No sabía en qué momento ella le importaba hasta el punto de sufrir por la desesperación de su ausencia y la preocupación que se juntaba con su agonía de no tener noticias sobre su esposa.

—Un invitado de palacio la encontró anoche siendo asaltada por dos caballeros que aún están siendo buscados, mi *lord*. Por esa razón, *lord* Guicciardini se encuentra con la guardia real buscando a los dos malhechores. —Comenzó a relatar el criado que acompañaba a *lord* Clayton hasta los aposentos donde estaba la dama en cuestión.

—¿*Lord* Guicciardini? —preguntó David alzando una ceja extrañado.

—Si, ¿Le conoce, mi *lord*? Al parecer *lord* Guicciardini conocía a la dama, aunque no supo de quién se trataba hasta que se desmayó en sus brazos.

—Ya puede pasar mi *lord* —dijo una joven criada que salía con una especie de palangana de agua llena de paños interrumpiendo la conversación que mantenía con *lord* Clayton con el criado.

David entró en la habitación que permanecía con cierta penumbra y vio a un médico junto a otra doncella que permanecían vigilando a la persona que se situaba en el lecho. Fijó su vista en ella y sus cabellos rubios le hicieron volver a respirar cuando seguidamente pudo apreciar el hermoso rostro de Catherine. Aceleró el paso hasta la cama y se sentó en el borde de ésta para verla bien.

—Catherine —susurró con voz quebrada.

—¿Es su esposa entonces? —preguntó el médico.

—Si, es mi esposa. Ella es la duquesa de Lennox —confirmó ahora que la opresión mantenida en su pecho parecía darle un cierto alivio.

No podría saber nada hasta que Catherine despertara, ¿La habrían violado? Por lo más sagrado solo esperaba que ella no hubiera sufrido daño alguno a pesar de haber tenido que padecer un asalto. La puerta se abrió en aquellos instantes y se giró para volver a reconocer a *lord* Guicciardini. Supuestamente debía darle las gracias a aquél patán que justamente había besado a su esposa a la fuerza la noche anterior, ¿Que se supone que hacía ese caballero a esas horas y tan lejos de palacio?, ¿Habría ido a un encuentro con su esposa? Tal vez fuera esa la razón por la que Catherine no quiso llevar compañía, lo más probable era que se hubiera citado con *lord* Guicciardini a escondidas y saberlo solo le hizo querer odiar con más intensidad a ese hombre.

—¿Aún no ha despertado? —preguntó *lord* Guicciardini al médico.

David notó que, por la voz de aquel hombre, parecía notablemente preocupado.

—No, su excelencia —respondió el médico.

La respuesta del médico no pasó inadvertida para David, si lo había llamado excelencia es que aquel patán tenía título y en lo más profundo de su ser

deseó que fuera un simple barón o vizconde, pero que no superase su ducado.

Catherine comenzó a removerse inquieta en el lecho captando la atención de todos, especialmente la de David que se acercó para ver si su esposa despertaba de lo que parecía una pesadilla.

—Catherine despierta — susurró cerca de su rostro.

—Gabriele... —susurró Catherine algo desorientada.

—Aquí estoy —dijo pronunciándose el aludido consiguiendo que David apretara los puños con fuerza para controlarse. Su esposa despertaba después de ser atacada por unos asaltantes y le llamaba a él, ¡A ese extranjero! Sin duda tenían que ser amantes, ¡Su esposa tenía una aventura con ese patán arrogante!—. Está a salvo *lady* Catherine —susurró Gabriele en su lengua.

David no entendía que le estaría diciendo y se levantó ofuscado para no decir algún impropio, aunque reconoció el nombre de su esposa en esa lengua extranjera y eso hacía que se enfureciera aún más, pero ¿Qué se supone que debía hacer, era su marido y allí estaba él; presenciando una escena de dos... amantes ¡O lo que fuera que fuesen!

—¿Dónde están?, ¿Dónde estoy? —preguntó de pronto siendo consciente de todo y viendo los rostros del médico y la doncella que no conocía.

—Está en el palacio de Buckingham, la traje aquí porque no sabía dónde llevarla después de que se desmayase.

Catherine suspiró algo más tranquila y observó la figura que estaba algo alejada de su cama de medio lado.

—¿David? —preguntó sorprendida, ¿Le habrían avisado de que estaba allí?, ¿Tanto tiempo había estado desmayada? Cuando se fijó en su semblante se

estremeció por completo. A su rostro serio y taciturno, le había añadido una mirada de furia que hasta ahora no había visto nunca en él y no supo cuál sería la razón.

—¿Pueden dejarnos a solas? —preguntó David con su voz de forma tan contundente y autoritaria que nadie puso objeción alguna a ello, aunque el último en salir fue Gabriele.

—Estaré al otro lado de la puerta —dijo Gabriele en su lengua justo antes de salir y de que Catherine asintiera.

Catherine miró a David temblorosa, no sabía porqué, pero aquel semblante no presagiaba nada bueno.

—¿Te han ultrajado? —preguntó directo.

Catherine bajó los ojos sintiéndose completamente vulnerable en aquel momento e indiscutiblemente indefensa, la misma sensación que había sentido en el momento en que fue atacada y del que se había salvado gracias a *lord* Guicciardini.

—No —susurró—. Afortunadamente Gabriele llegó justo a tiempo —afirmó sin darse cuenta de la familiaridad con la que había llamado a *lord* Guicciardini.

David pudo respirar porque una parte del peso que comenzaba a cargar sobre sus hombros se había liberado, pero aun sentía esa rabia e impotencia porque su esposa le estuviese engañando o tuviera las intenciones de hacerlo solo un instante después de pasar aquella magnífica noche juntos en la que había sido una amante espléndida y que no estaba dispuesto a compartir.

—¡Y se puede saber en qué diantres pensabas para no ir acompañada!

—recriminó enfurecido—. ¿Es que acaso temías que si te acompañaba alguien me podría informar?, ¿Es eso?

Catherine le miró confusa sin saber que responder, ¿Qué por qué no había llevado compañía? No lo creyó necesario en su momento y desde luego había sido todo un error por su parte, pero a que venía eso de que él fuera informado, ¿De qué se tenía que informar?, ¿De lo que pensaba sobre él y de su forma de prohibirle las cosas? Recordó la discusión de aquella mañana y la causante de todo su desastre.

—¡Me da igual que te enteres o no de lo que digo o de lo que dejo de decir sobre tu persona! —exclamó con todo el ímpetu que en su estado pudo aunar.

Aún no se podía creer que la estuviera regañando como a una niña pequeña por una travesura, ella mejor que nadie había aprendido la lección e incluso debía dar las gracias de que no hubiese ocurrido lo que aquellos dos hombres —porque no se merecían llamarles caballeros—, pretendían hacerle.

—¡No cambies de tema! —inclinó David.

—¡No he cambiado de tema! —gritó Catherine alterada.

—¿No?, ¿Y qué me dices de *lord* Guicciardini?, ¡Ah no, perdona! Se me olvidaba la familiaridad con la que le trataste, para ti es simplemente *Gabriele* —dijo en cierto tono de ironía atrevida—. Que casualmente te besaba anoche y mira tú por donde apareció para salvarte por un barrio de la ciudad donde no tiene nada que hacer y a altas horas de la noche —añadió mordaz de forma que ella comprendiera que había comprendido absolutamente todo.

—No es lo que piensas —dijo con voz calmada.

—Lo que pienso —susurró—, ¿Que no es lo que pienso? —exclamó en un tono de voz fuerte poseído por los mil demonios que le carcomían por dentro—. ¡Me he pasado toda la noche temiendo lo peor!, ¡Pensando que jamás te encontraría y que te había ocurrido... —No pudo terminar la frase y se giró para no revelar su rostro.

En ese momento Catherine intentó alzarse, pero sus músculos no le permitieron hacerlo rápidamente.

—¡Para descubrir que tienes algo con ese... ese extranjero! Y que probablemente ya os habíais citado anoche. —Siguió diciendo sin pensar detenidamente en lo que decía porque su mente solo trazaba teorías sobre esa relación que mantenía su esposa con *lord* Guicciardini—. ¡Que fuiste capaz de ser tan irresponsable de no llevar compañía solo para encontrarte a escondidas con él!, ¡De que pretendes ser su amante! —le recriminó finalmente enfrentándola.

—No pretendo ser nada para *lord* Guicciardini —contestó Catherine en el tono más calmado posible.

—Pero no te lo voy a permitir. —Prosiguió David sin haberla escuchado siquiera—. ¿Me has oído?, ¡Te prohíbo que lo veas!, ¡Ni tan siquiera que hables con él!

Catherine le miró ahora enfadada, ¿Otra prohibición? Como siempre pensando lo peor de ella y estaba cansada... harta de esa actitud errante que probablemente solo fuera fundada porque él mismo había sido así. ¿Que decía el refrán? Dícese del ladrón que todos son de su condición. Pues bien, David aquí va tu primera lección de realidad.

—Hablaré y veré a *lord* Guicciardini cuando y donde me apetezca —contestó

con una mirada directa y firme sin temblor alguno—. Te recuerdo y cito lo que me dijiste el día de nuestra boda; “No esperes encontrar amor por mi parte, *lady Catherine*, ya que jamás lo he sentido y jamás lo sentiré. No voy a entrometerme en sus actos, sois libre de hacer lo que os plazca, al igual que tampoco intervendréis en lo que yo haga o deje de hacer. Solo seremos un matrimonio en apariencia”. —Tenía tan marcadas esas palabras que las recordaba grabadas en su memoria de las veces que las había recitado—. Ahora no puedes tratar de exigirme algo que tú mismo quisiste, David. Tuviste tu oportunidad y no la supiste aprovechar.

«Maldita fueran las palabras que le dijo en su día y maldita la hora en la que Catherine se había vuelto una obsesión para él» pensó David.

—Hazlo y dejare de cumplir con mi parte de las condiciones que exige el testamento de tu padre —afirmó rotundo—. Sabes de sobra lo que eso significa, que todo el dinero de tu padre irá a parar al orfanato y tú mi querida esposa, serás tan pobre como yo, así que tú decides.

Nada como decirle a una mujer que su fuente de ingresos sería mermada para que hiciera cuanto quisiera, al menos sabía eso por experiencia.

—¿Es una amenaza? —preguntó altivamente.

—Tómalo como quieras, pero ya sabes lo que ocurrirá si decides contradecir mi decisión.

A Catherine le importaba un cuerno el dinero, pero no quería ver como todo el imperio que había creado su padre era diezmado y reducido a la más triste insignificancia. Le entristecía tener que perder lo que su padre había conseguido con su propio esfuerzo y dedicación, aunque le doliera tener que aceptar su amenaza lo haría, pero David le estaba demostrando una

irracionalidad de la que ella no era capaz de comprender. ¿A santo de qué venían esas prohibiciones cuando él mismo siempre había insistido en hacer vidas separadas?, ¿Es que debía volver a convertirse en la antigua Catherine para que el sentido común de su esposo volviera a emerger? No sabía qué prefería si al David sumamente celoso que tenía ahora o el anterior que la trataba con completa indiferencia.

El silencio de Catherine le hizo creer que había aceptado su destino. Ni tan siquiera él mismo se entendía, ¿Por qué ella le volvía irracional y le sacaba de sus casillas? No sabía la razón, pero lo único que su fuero interno le gritaba a voces era que si veía a *lord* Guicciardini cerca de su esposa iba a cometer un crimen. No podía soportar literalmente la idea de que otro hombre la tocara porque él estaba completa y obsesivamente loco por ella, más aún después de la noche que habían pasado y de lo absolutamente placentera que había sido.

—Nos iremos ahora mismo de aquí —ordenó con un gesto indicando que se levantara de la cama.

Catherine trató de levantarse y se mareó, por lo que tuvo que aferrarse a uno de los postes de la cama para evitar caerse.

David vio cómo se tambaleaba y pese a su frustración no pudo obviar el hecho de ayudarla, así que llegó hasta ella y la sujetó entre sus brazos.

—No es nada, es solo que llevo muchas horas sin probar bocado —confesó sin saber porqué le estaba dando explicaciones al tozudo de su esposo.

—Apóyate sobre mí. Te llevaré en brazos hasta el carruaje —afirmó serio.

Sorprendida por su reacción no le quedaban fuerzas para discutir, ni tampoco podía ir por sí misma de eso estaba segura, así que se dejó caer en su pecho respirando el embriagador aroma de David que solo hizo que sintiera ganas

de llorar por desear a un hombre que la trataba de aquella forma pensando lo peor sobre ella. Notó los fuertes brazos de su marido alzándola y cobijándola entre ellos para llevarla en volandas.

Al salir les comunicó a los presentes incluido a *lord* Guicciardini que se llevaba a su esposa a casa para que se terminara de recuperar. Se disculpó por las molestias ocasionadas y agradeció que hubieran cuidado tan bien de ella. Catherine escuchó todo aquello sin decir nada, con la cabeza apoyada en el pecho de David y agazapada entre la vergüenza de que la sacaran así de palacio y el hecho de que con toda probabilidad aquellas personas habrían escuchado como discutían a voces. Utilizaron un carruaje de alquiler y David enganchó su caballo a éste para no dejarla sola, aunque por unos instantes casi prefería que lo hiciera. Necesitaba estar sola, pensar en todo lo que había ocurrido y sobre todo, recuperarse del gran susto que se había llevado y que desde luego no podría olvidar durante un buen tiempo.

Para su conmoción cuando llegaron a casa David la volvió a coger si tan siquiera mencionar palabra alguna, escuchó varios grititos de conmoción y pudo reconocer incluso la voz de su nana Lilith con una parlotearía de alabanzas hacia su marido por haberla devuelto a casa. Le produjo una sensación extraña saber que se habían preocupado por ella y ahora que lo pensaba: David también lo había hecho. Pese a que le recriminara que tuviera una aventura con *lord* Guicciardini solo en su imaginación, él se había pasado toda la noche buscándola porque estaba preocupado por lo que le podría haber ocurrido y había temido lo peor.

Inconscientemente quiso abrazarlo, pero el recuerdo del trato recibido por parte de él la hizo contenerse, más que el recuerdo de su supuesta aventura fue el de su amenaza. No podía demostrarse débil, proclamar lo que sentía por él y dejar ver que el único hombre para ella era él. No después de que él

siempre pensara lo más bajo y ruin sobre ella.

David la depositó sobre la cama y tuvo que reconocer que lo hizo con suma delicadeza. Ella atesoró el último instante de su contacto aspirando su aroma para recordarlo posteriormente y en cuanto lo hizo observó como salió de su alcoba dejándola completamente sola.

Quiso llorar, ¿Por qué tenía que ser todo así?, ¿Por qué no podía existir un punto medio entre ellos? Había probado el paraíso y ahora estaba en el infierno... quizá algún día consiguiera mantener el equilibrio con David, pero por ahora estaba en constantes tierras movedizas.

Lilith entró con una bandeja en la habitación al poco tiempo de estar sola, traía lo que parecía ser varios alimentos que a ella le parecieron de lo más apetecible dada la hambruna que padecía; fruta, panecillos con mantequilla, algo de queso y unos sándwiches que a ella le encantaban.

—Su excelencia dice que debes comer. Ha pedido que te preparen algo caliente, pero mientras tanto te traigo esto para que abras apetito —dijo dulcemente Lilith.

—¿Mi esposo ha pedido que me subas esto? —preguntó algo sorprendida por la rapidez de actuación de su esposo.

—Si, también ha pedido que te preparen el baño en cuanto termines de cenar. Debe estar agotado, puesto que lleva toda la noche buscándote niña, ¿Se puede saber dónde te habías metido? —exclamó reprochándole el alboroto que se había formado en torno a su ausencia.

—¿No os ha contado nada? —respondió dando un bocado a uno de los sándwiches.

—No —afirmó—, está dando órdenes a diestro y siniestro, justo cuando yo subía las escaleras ha vuelto a salir sin decir a donde iba, pero nos advirtió que si te sucedía cualquier cosa o notábamos algo extraño le enviáramos un aviso urgente a la fábrica.

A Catherine le extrañó que David se fuese de aquella forma. Si había estado toda la noche buscándola, ¿Por qué razón no se iba a descansar? Le relató a su nana todo lo que había ocurrido, excluyendo la discusión que había mantenido con David y sus reproches, de algún modo no quería que la influencia de Lilith la afectara. Por más confianza que tuviera con ella, su nana era demasiado tradicional, de las que creen que una dama solo está para servir a su marido y no hacer nada más. Lo respetaba, pero no lo compartía y por esa misma razón lo mejor era no contarle nada al respecto.

Pese a ser de buena mañana una vez terminó de comer y de darse un largo baño se quedó dormida de nuevo pensando únicamente en el objeto del que se había convertido definitivamente su inquietud... David y sus indiscutibles celos, porque después de mucho meditarlo y pensarlo no le entraba en la cabeza que hiciera todo aquello por el escándalo que podría ocasionar si alguien se enterase de que su mujer lo engañaba. No, definitivamente no podía ser eso cuando él mismo se lo había propuesto en un principio precisamente. Solo podían ser unos celos enfermizos los que le llevaran a actuar así, pero si tenía celos significaba que de algún modo la quería solo para él, no deseaba compartirla con nadie y ahora solo tendría que averiguar si solo era una obsesión o se trataba de algo más...

David iba por su tercera copa, no había ido a la fábrica para trabajar precisamente sino para aclarar sus ideas. Llevar en brazos a Catherine solo le había hecho sentir ese deseo de nuevo incontenible por ella y lo que es peor, un instinto de protección inaudito hasta entonces que jamás había sentido por nadie.

—¿Estás aquí? —preguntó *lord* Sylverston provocando un sobresalto en David, que desechó sus pensamientos para prestarle atención.

—Si —afirmó. Debía venir a por unos documentos importantes para llevarlos

a casa —mintió descaradamente.

—Estupendo, simplemente pasé para verificar que todo estuviera en orden creyendo que hoy no acudirías dada la situación —confesó algo preocupado—. ¿Se trataba de Catherine? Emily está muy preocupada y no he querido darle falsas esperanzas en su estado.

—Si —respondió enseguida—. Era ella —afirmó—, al parecer fue asaltada por dos indecentes rufianes que no tenían buenas intenciones, pero por suerte un caballero pasaba por allí y escuchó sus gritos de auxilio.

—¿Se encuentra bien después del asalto? Me imagino la conmoción que habrá supuesto para ella, si se tratara de mi Emily los mataría con mis propias manos —confesó poniéndose en su lugar.

—Se desmayó y ha estado inconsciente durante toda la noche, el médico dijo que era normal en su situación, ahora está en casa descansando tranquilamente —dijo sin emoción alguna.

—¿Y qué haces aquí?, ¡Vamos!, ¡Ve con tu esposa que lo más probable es que esté asustada y no quiera estar sola! —Le apremió.

—¿Puedo hacerte una pregunta absurda? —preguntó de pronto algo conmocionado.

Llevaba tiempo conociendo a *lord* Sylverston y sabía que era un caballero leal, de los que no le contaría una conversación privada absolutamente a nadie como lo haría Richard, por ejemplo.

—Por supuesto —contestó firme.

—¿Estás enamorado de tu esposa? —preguntó directamente. Le sorprendía la devoción que ese hombre tenía por su esposa, aunque era normal puesto que

era una dama bellísima, pero para él Catherine era incluso más bella aún que *lady Emily*.

—Aunque suene increíblemente inaudito y espero que quede entre tú y yo porque también va a sonar patético —afirmó—, Amo profundamente a mi esposa con tanta locura que no podría ni sabría vivir sin ella, más bien no querría hacerlo —confesó abiertamente—. ¿Por qué quieres saberlo? No es que me importe ocultarlo, de hecho, a estas alturas toda la sociedad debe saber que estoy completamente enamorado de mi esposa.

—Es solo que me parece increíble. Soy de los que subestiman ese sentimiento.

—Intuyo por tus palabras que no amas a *lady Catherine*, aunque déjame decirte que anoche te encontré demasiado afectado por su desaparición —contestó con seriedad.

—Reconozco que ella me provoca demasiadas emociones contrariadas y no puedo negar que es hermosa, la mujer más hermosa que he conocido.

—Amigo mío —dijo *lord Sylverston*—, porque creo que puedo considerarte un amigo a estas alturas —añadió entre risas Henry—. Tú estás tan enamorado de tu esposa como yo lo estoy de la mía.

Lord Sylverston comenzó a reír mientras se servía una copa para acompañar a David.

—¿Enamorado? —exclamó pensando en el significado de esa palabra—. ¡No!, ¡Por supuesto que no! —respondió enseguida.

—¿Has experimentado celos?, ¿Preocupación por ella?, ¿Inquietud por saber dónde está?, ¿Deseo incontrolable?, ¿Anhelo por verla y estar a su lado?,

¿Ganas de tocarla constantemente y no dejar de besarla ni un solo segundo?

David sabía que la respuesta a todo eso era afirmativa y aun así no respondió.

—Ahí lo tienes —dijo *lord* Sylverston tragándose el contenido del vaso de un trago—. Estás perdidamente enamorado de tu esposa, pero alégrate de ello, porque cuando yo me di cuenta de que amaba a *mi* Emily ella se había casado con otro, así que ya tienes terreno ganado —añadió antes de marcharse.

Enamorado. Estaba locamente enamorado de Catherine, aunque él jamás hubiera considerado ese sentimiento, pero ¿Qué sino iba a ser aquel instinto de protección que había tenido?, ¿De preocupación?, ¿De anhelo?, ¿De deseo?, ¿De celos absolutamente incontrolables?

Se había enamorado de su esposa y ella solo pensaba en irse con el patán ese de *lord* Guicciardini. Aunque se había asegurado de que no volviera a verle, tenía que hacer algo, no tenía ni la más mínima idea, pero iba a conseguir que su esposa se enamorase de él.

Catherine supo por Lilith que su esposo había regresado, pero que había permanecido en su estudio el resto de la mañana. Tomo el almuerzo en su habitación y estar durante tantas horas postrada en la cama sin hacer nada la tenía entumecida, así que decidió ir a por una de esas novelas para entretenerse, solo que todos los libros estaban en la biblioteca que había en el despacho de su padre justo donde se suponía que David estaba. Aun así, salió despacio y con paso firme de su habitación bajando lentamente los escalones, pese a encontrarse mejor no quería correr riesgos. Llamó suavemente a la puerta, pero no obtuvo respuesta así que presionó suavemente la manivela y abrió ligeramente con cautela, al no encontrar a David en la mesa del despacho supuso que estaría en el sillón, el momento le recordó al día que entro de la misma forma en aquel estudio y se lo encontró dormido solo que

esta vez cuando no lo estaba, sino que parecía estar leyendo detenidamente unos documentos.

—Lo siento... yo... he llamado —dijo tratando de disculparse. Aún tenía esa sensación de que entrar en aquel despacho era algo prohibitivo por la autoridad que su padre había ejercido sobre esa habitación de la casa en concreto.

—No lo escuché —contestó estudiándola con la mirada, algo que hizo a Catherine sentirse pequeña ante él.

—Solo vine a por un libro. No molestaré —dijo avanzando hacia la estantería que estaba justo a la derecha de él.

—No molestas —respondió en el mismo tono de voz.

Catherine sentía de alguna forma la mirada de él sobre ella y un calor comenzó a invadirla por tener esa sensación, aunque probablemente sólo serían imaginaciones suyas y él ya estaría metido de nuevo en aquel documento que estaba leyendo tan detenidamente cuando entró. Cogió un libro al azar de la zona que estaba mirando para no alargar la tortura, pero no pudo evitar girar levemente su rostro para quitarse aquella sensación y descubrir que no solo era producto de su imaginación, sino que David la miraba de forma intensa. Cuando su mirada conectó con la de su marido que parecía observarla como un felino a su presa, un escalofrío la recorrió haciéndola sentirse vulnerable y las piernas comenzaron a flaquearle. Apartó la vista rápidamente y se agarró a la estantería para sostenerse o de lo contrario estaba segura de que se caería al suelo sin poder evitarlo, enseguida notó su calor en su espalda, su innegable cercanía y su aliento en su cuello por no mencionar del aroma varonil y único en él que comenzaba a invadir sus fosas nasales.

—Será mejor que te sientes, parece que aún estás algo débil y necesitas descansar —afirmó.

El tono de preocupación en David solo la hizo sentirse aún más vulnerable por él y desearlo con mayor frenesí. Tenía que esforzarse por recordar al David que no era así, que era un bruto inconsciente y sin razón, pero en aquel momento adoraba que se preocupara por ella pese a la discusión que habían tenido hacía unas horas.

—No quiero molestarte, será mejor que vuelva a mi habitación inmediatamente —contestó evitando mirarle.

No quería que descubriera que la única razón de su temblor era él y no otra cosa.

—Puedes leer “Enamorando a mi esposo” aquí —contestó David en un tono de lo más formal.

Catherine enrojeció, estaba segura incluso de que su tono de piel blanquecino habría cambiado de color a un rojo como la grana. Se quedó muda, estática y casi quiso que la tierra la tragara cuando bajó la vista para ver que efectivamente el libro que había cogido se titulaba “Enamorando a mi esposo”, ¿De entre todas las novelas había tenido que coger justamente esa?

David observó a su esposa y cómo ésta se enrojecía cuando mencionó el título del libro, probablemente no sabía ni qué libro había escogido. No entendía porque se mostraba nerviosa, pero su gesto de timidez y vergüenza solo provocó que su ardor por ella creciera y unas ganas de tocarla y abrazarla nacieron de él apoderándose por completo de esa idea pese a tenerla sujeta del brazo. La tenía tan cerca y sus labios eran tan deseables que sólo debía bajar unas pulgadas más y los rozaría con los suyos propios.

—No deseo importunarte con tu... tu trabajo —consiguió pronunciar Catherine al fin después de un silencio demasiado prorrogado.

«Quédate» deseó susurrarle al oído David.

Quería que se quedara, poder verla cada vez que levantara la vista y saber que estaba allí, a salvo y sobre todo podría deleitarse con su belleza.

—Tal vez te venga bien estirar un poco las piernas y yo podré terminar de leer los documentos mientras tu lees.

Catherine no podía negarse, habían sido dos veces los intentos de marcharse y él parecía insistir en que se quedara, aquello solo podía conseguir que su corazón palpitara con más fuerza, pero por otro lado podría deleitarse cada vez que alzara la vista del libro para contemplarle. Asintió y finalmente se acomodó en el sillón que había justo al lado de donde estaba David y observó por el rabillo del ojo como él se sentaba en el suyo y recogía los documentos que había dejado sobre la mesilla auxiliar.

Catherine intentó concentrarse en la lectura, pero era incapaz de leer nada, no conseguía pasar de las tres primeras frases de cada página porque si, cambiaba de página cuando se daba cuenta de que llevaba una infinidad atascada en la misma hoja y evidentemente sería incapaz de leer algo estando David allí presente.

David era incapaz de concentrarse en aquel contrato que debía firmar al día siguiente con unos clientes donde se habían redactado unas cláusulas bastante ajustadas. Si ya de por sí le costaba un poco hacer el cálculo de contabilidades ajustadas a los presupuestos, peor aún sería con Catherine allí presente que le suponía la mayor de las distracciones. Ella parecía ensimismada en aquel libro que de alguna forma esperaba o más bien deseaba

que pusiera en práctica con él. Se hubiera pasado todo el tiempo observándola, deleitándose en aquel rostro tan dulce de ojos azules y labios carnosos que tanto deseaba besar.

Los golpes fuertes en la puerta hicieron que su suplicio hubiera finalizado, aunque comenzaba a reconocer que disfrutaba de la compañía a pesar de ser silenciosa de su esposa y pensó en cómo lograr volver a quedarse a solas con su esposa tal como había sucedido en más de una ocasión.

—Adelante —pronunció firme.

—Mi *lord*, la cena está lista ¿Dónde prefiere su excelencia que la sirvan? —preguntó el mayordomo.

—Mi esposa y yo cenaremos aquí —contestó sin dudar. No quería que ella se marchara de nuevo a la cama y el sillón era mucho más cómodo que la silla del comedor. Además, le parecía que el ambiente era más cercano en aquel despacho y la última vez que usaron el comedor terminaron discutiendo.

—Sí su excelencia, enseguida —contestó Alfred saliendo del despacho.

—¿Vamos a cenar aquí? —preguntó Catherine cerrando el libro que apenas había leído.

—Si —afirmó—, te resultará bastante cómodo cenar en ese sillón —respondió tratando de darle alguna lógica para no admitir que lo que lo que en realidad quería era seguir disfrutando de su presencia.

No le dio tiempo a contestar porque en un instante una de las doncellas entraba con un carrito y Alfred venía con los servicios para instalarlos en la mesa auxiliar que era algo bajita, pero al ser alargada daría cabida a los

platos. Cuando instalaron la mesa con los dos servicios de platos y cubiertos la doncella les sirvió el primer plato; se trataba de un estofado de carne y patata que olía deliciosamente bien. Aunque la mesa estaba algo baja lo cierto es que era bastante cómodo aquel sillón y Catherine terminó por coger el plato entre sus manos, aunque le pareciese un acto incorrecto mientras comía.

—¿Ha sido interesante la lectura? —preguntó David.

Catherine casi se atraganta con una de las patatas cuando escuchó aquello, pero finalmente consiguió tragar y se acercó para coger el vaso de vino de la mesa que para su alivio al no llegar lo suficientemente bien, David se lo acercó haciendo que su mirada con un cierto toque de brillo, la embriagara.

—Si, ha sido... interesante —confesó sin tener la más mínima idea de si lo sería en realidad o no, aunque por el título intuía que sí.

—¿Entonces pondrás en práctica alguna de las tácticas que menciona? —preguntó seriamente.

Catherine enrojeció, ¿Como era posible que él le preguntara aquello con esa calma y seriedad?

—Tal vez sea demasiado pronto para hacerlo —dijo entrando al juego.

—Tendré que leer entonces ese libro —respondió mientras dejaba el plato sobre la mesa.

¿David leyendo una novela de amor? No... eso sería digno de ver.

—¿Por qué razón invertirías tu valioso tiempo en una novela romántica?
—preguntó aun sin mirarlo.

—Me gustará saber cuándo mi esposa ponga en práctica una de esas tácticas

—afirmó.

Su voz ahora era distinta, Catherine notó que era más grave, e incluso más ronca.

—¿Qué emoción tendría entonces? —preguntó Catherine, no sabía en qué iba a terminar aquella conversación, ¿Estaba en lo cierto si pensaba que David la estaba invitando a seducirlo?, ¿A enamorarlo?, ¿O simplemente se trataba de un juego?

David estaba insólitamente excitado, estaba seguro de que si se incorporaba su más que evidente erección sería visible, pero solo Catherine podría ser capaz de provocar algo así en él con una simple conversación, ¡Por todos los Dioses!, ¡Sí que estaba enamorado de ella y hasta lo más profundo de su ser! Fuese cierto o no el juego de sus palabras, se moría literalmente de ganas porque de alguna forma tratara de conquistarlo, aunque si decidía hacerlo tuviera la batalla más que ganada.

Terminaron de tomar el postre y para su sorpresa David no permitió a su esposa que caminara hasta su alcoba, sino que la cogió en brazos y ella se aferró a su cuello para no caerse. Catherine escondió su cabeza por encima de su hombro para que no descubriera su nerviosismo y guardó silencio durante todo el trayecto hasta que volvió a depositarla sobre su lecho de la misma forma que había hecho en la mañana, suave y lentamente, como si se tratara de una delicada flor que sin duda alguna había que tratar delicadamente.

Perder el contacto del calor del cuerpo de David hizo que se le creara un nudo en el estómago, le necesitaba cerca de ella con aquella calidez que él le transpiraba y no solo con su cuerpo sino con aquella actitud nueva y desconocida para ella que solo conseguía que se enamorase aún más de él.

Ese era el David que ella quería, el que anhelaba y el que desde luego cualquier mujer añoraría tener; un hombre delicado, suave, tierno y que la mirase con aquellos ojos que parecían transmitir más allá de cualquier sentimiento o culpa. Era a ese hombre al que amaba y al que había sabido ver incluso antes de que comenzara a demostrarlo, ella sabía que ese David existía bajo aquella fachada de frialdad y despreciable de los primeros días en que lo conoció. No había estado ciega, sólo había sabido ver bajo todo aquello, pero aún le quedaba mucho más por descubrir de él, por hacerle ver que ella no era una mujer sumisa e inútil que se quedaría siempre en casa. Ella quería demostrarle que valía mucho más que eso y hasta que no lo consiguiera y se enamorara de la ella, no le confesaría sus sentimientos.

—Buenas noches, querida —dijo David mientras se alejaba de ella lentamente sin dejar de mirarla.

—Buenas noches, David —contestó en un tono de voz anhelante, pero no pudo evitarlo. Todo su cuerpo vibraba por él y aquello era innegable.

Cuando David se marchó de su habitación, se quitó el sencillo vestido que se había colocado tras el baño para estar cómoda en la cama y se quedó solamente con la camisa fina y algo transparente que llevaba debajo. Se levantó para refrescarse un poco porque sentía un calor incesante por aquellos sentimientos que solo David conseguía aflorar en ella, habían sido demasiadas horas a su lado controlando sus deseos y se sentía más que ardiente, aunque su ardor era interno. Cogió el paño y lo hundió en la palangana de agua fresca estrujándolo y pasándoselo por su cara, cuello y

escote notando aquel alivio momentáneo que le hizo respirar de nuevo. Se metió en la cama y sopló la única vela que quedaba encendida en su mesilla de noche provocando que la extensa oscuridad se cerniera sobre su habitación.

«No hay por qué temer nada» se repitió mentalmente una y otra vez. Estaba en la seguridad de su casa, al lado estaba la habitación de David, pero no podía quitarse aquella sensación de miedo que de pronto había comenzado a apoderarse de ella tras recordar su asalto justo al anochecer.

No supo si tardó horas o solamente minutos, pero finalmente acabó durmiéndose pensando una y otra vez en mil cosas absurdas como en la contabilidad de Lynet's que pensaba poner pronto al día cuando volviera a la casa de modas de su amiga o en los magníficos labios de David, aunque eso no fuera absurdo... solo supo que su último pensamiento fue recordar a *lady* Elisabeth y su posible implicación en la muerte de su padre, era algo que aún debía indagar y que de alguna forma tendría que tratar de averiguar.

David tardó en dormirse pese a estar más que agotado puesto que salvo un par de horas en la mañana que se dejó caer en el sillón del despacho no había dormido absolutamente nada, pero ¿Cómo hacerlo? Cuando la mayor revelación de su vida había tomado forma y aún estaba incrédulo a pensar que él, justamente él, se hubiera quedado prendado de su esposa de aquella forma. Era consciente de que intentaba engañarlo con *lord* Guicciardini, también era consciente de que le había engañado desde el principio inventándose aquella enfermedad y aún desconocía las razones por las que lo habría hecho, lo único innegable para él es que no había estado con ningún hombre anteriormente y que su carácter junto a su belleza le tenían completamente obnubilado.

Unos gritos provenientes de la habitación de Catherine le despertaron y sin dudarle corrió hasta su habitación atravesando la puerta que conectaba ambas alcobas.

—¡No!, ¡Soltadme! —gritaba Catherine que se removía entre las sábanas en las que se había quedado atrapada entre ellas y evidentemente parecía estar teniendo una pesadilla—. ¡Ayuda!, ¡No! —Sus gritos empezaban a ser gimoteos y David se acercó a la cama de ella sentándose para tratar de ayudarla y apartarla de las sábanas en las que estaba enredada.

—¡Catherine, despierta!, ¡Es una pesadilla! —dijo alzando la voz. Catherine abrió los ojos repentinamente en ese momento y se topó con una figura oscura que le tapaba la poca luz de la ventana, se asustó echándose hacia atrás—. Solo era una pesadilla, estás en casa —añadió de forma suave.

Las suaves palabras de David hicieron que Catherine le reconociera y no le importó nada más, sencillamente se abrazó a él. Necesitaba un sitio donde refugiarse del miedo. David sabía que podría estar mal, pero ¡Qué demonios! Notaba perfectamente los pechos de Catherine a través de la tela tocando su propia piel y solo podía pensar en meter las manos bajo aquella fina prenda para tocarlos deleitándose en ella, aunque no podía hacerlo cuando ella estaba como un flan por el miedo de la que sin duda había sido una pesadilla rememorando el asalto que había sufrido.

Aunque él jamás se hubiera parado a pensar en los sentimientos de una mujer, —en otra ocasión le hubiera importado un infierno lo que ella hubiera dejado o no de sentir para satisfacer su deseo—, ahora para él primaba más el deseo de consolarla que el hecho de poseerla. Se alejó de ella lentamente porque no estaba seguro de poder controlarse.

—¿Te podrías quedar conmigo? —susurró Catherine—. Solo por esta noche

—confesó avergonzada, pero tenía la necesidad de sentirse segura entre los brazos de David.

Nada le gustaría más a él que aquello pese a que iba a ser una terrible tortura.

—Está bien —dijo en un tono de voz ronco y casi roto de deseo.

David se posicionó al lado de Catherine mientras ésta se ajustaba a su pecho y podía notar el calor de su cuerpo, rodeó con su brazo su cintura y aspiró profundamente su olor, ¡Por todos los dioses que bien olía esa mujer! A flores, a deseo, a lujuria, a pasión, a excitación... iba a ser una noche larga, muy larga pero no lo cambiaría por nada.

Catherine abrió los ojos cuando la tenue luz se filtraba a través de su ventana, por unos momentos no supo ubicarse hasta que el entorno de la habitación le resultó ciertamente familiar y recordó la pasada noche, ¿Había dormido con David?, ¿Tan asustada estaba que hasta le había pedido quedarse con ella? No sabiendo si había sido un sueño o no se giró lentamente, pero estaba sola en el lecho, no había ni rastro de su esposo, aunque algo evidenciaba que él había dormido allí y que no había sido un sueño, su olor volvía a impregnar la almohada y las sábanas.

Aspiro su aroma embriagándose de esa masculinidad poderosa que solo él tenía y se preguntó porqué no se habría despertado cuando él se marchó. Recordó lo bien que se había sentido protegida entre sus brazos y lo conciliador que había sido ese sueño reparador, no había vuelto a despertarse con otra atemorizante pesadilla y además, el calor de David lejos de incordiarla le agradaba.

Se levantó rápidamente para ver si era lo suficientemente temprano como para verle antes de que se marchase a la fábrica, inexplicablemente quería

estar radiante y hermosa para él. Vistiéndose con un escotado y elegante vestido para ser de día, se apresuró a bajar los escalones y dirigirse hacia el comedor, pero su desilusión fue evidente cuando no le encontró.

—Mi *lady*, me alegra que se encuentre lo suficientemente bien como para tomar el desayuno en la sala —dijo la voz de Alfred que le hizo dar un saltito del susto.

—Gracias, Alfred —respondió ahora calmada—. ¿Está su excelencia en casa?

—No mi *lady* —contestó con otra reverencia—. Salió en la mañana temprano, al parecer tenía varios asuntos urgentes que atender y una reunión que tuvo que cancelar ayer y que no podía posponer por más tiempo.

—Entiendo —respondió algo desilusionada, pero evidentemente los negocios eran prioritarios—. Tomaré el desayuno en la sala de té —añadió puesto que no le apetecía estar en el comedor, era una sala demasiado grande si iba estar ella sola.

—Por supuesto mi *lady* —contestó el mayordomo. Catherine hizo ademán de marcharse cuando Alfred la interrumpió—. Ha recibido correo esta mañana mi *lady*. —Catherine observó al mayordomo dirigirse hacia la entrada y coger las cartas de la mesa del recibidor para posteriormente dárselas.

—Gracias, Alfred —repitió de nuevo llevándose las cartas hacia su sala de té.

Tenía cartas de Julia, Susan y Emily algo preocupadas por su estado, al parecer iban a venir a visitarla a lo largo de la mañana. Catherine pensó en las buenas amigas que eran y la suerte que había tenido de que Julia fuera sobrina de *lady* Elisabeth, después de todo había podido sacar algo bueno de aquella bruja.

Vio otra carta, pero no tenía ningún remitente y eso era algo extraño, estaba sellada sin escudo por lo que tampoco podría intuirse de quién se trataba. Abrió la carta lentamente y su cara se quedó lívida al leer el contenido:

El asalto de la otra noche no fue casualidad, sino sumamente premeditado.

Hay alguien que desea ver mancillada su reputación y si es necesario usará los medios posibles para eliminarla.

Tenga cuidado lady Catherine y vigile sus espaldas.

Atentamente.

Alguien que la tiene en alta estima.

Sus manos temblaban, ¿Quién podía enviarle aquello y por qué lo hacía de forma anónima?

—¿Catherine, estas bien? —Cuando la aludida alzó la vista se encontró con los cálidos ojos color bronce de Julia y dos figuras más se hicieron presentes en la salita.

—No... —negó temblándole el pulso mientras extendía la carta hacia ella y leían el contenido. Definitivamente no se encontraba bien, nadie podría encontrarse bien si le decían que su intento de violación no había sido fortuito, sino que había sido planificado y la habían asaltado justo en el momento preciso en que fue más vulnerable.

—Hay que avisar a las autoridades —dijo Susan.

—¿Pero quién puede desear que te mancillen?, ¿Con qué intención?
—argumentó Emily pensativa.

—Tienes que decírselo a tu esposo —afirmó de pronto Julia.

¿A David?, ¿Cómo reaccionaría él ante la idea de que su asalto había sido planificado? En ese momento estaba hecha un mar de dudas y no podía razonar con claridad. ¿Estaría *lady* Elisabeth detrás de todo aquello?, ¿Y si fuera así, con qué razón? pero de ser así, ¿Quién le enviaría entonces esa carta? Tenía que ser alguien que sabía exactamente las intenciones de la persona que quería perjudicarla y ella aparte de las tres amigas que tenía allí y no conocía a nadie en Londres que quisiera ayudarla previniéndola de aquella forma.

—Creo que iré a la fábrica para enseñarle la carta a mi esposo, será lo más conveniente —dijo levantándose del asiento.

—¿Quieres que te acompañe? —preguntó Emily.

Lo que menos podía hacer Catherine era implicar a alguna de sus amigas, no iba a hacer que ellas también corrieran riesgos, por culpa de esa mal nacida de *lady* Elisabeth que cada vez estaba más segura de que tendría algo que ver en aquello.

—No —negó—, iré con alguien del servicio, no os preocupéis—contestó firme.

—¿Estás segura? —preguntó ahora Julia.

—Si, os prometo que os enviaré una nota más tarde. Ahora id a casa, yo estoy bien y David me protegerá, él sabrá lo que hacer al respecto —afirmó. Al

menos era lo que ella esperaba, tendría que confiar en que su marido supiese cómo actuar.

A David le había costado un infierno abandonar aquel cálido lecho en el que había pasado la noche y aún más, el suntuoso y apetecible cuerpo de Catherine que se había ajustado perfectamente al suyo. Sentir sus curvas bajo aquella finísima tela le había mantenido en tensión constantemente y de hecho apenas había dormido nada, estaba casi seguro de que su estado era lamentable después de dos días sin apenas descansar, sus ojeras casi llegarían a la mitad de sus pómulos.

—Menuda cara tienes amigo mío, desde luego trabajar no te sienta nada bien —irrumpió en su despacho la voz inconfundible de Richard que le provocó una sonrisa al llevar tiempo sin verlo.

—Yo también me alegro de verte, Richard —contestó dejando de lado los documentos que estaba intentando sin éxito revisar.

—Confieso que las noches sin ti ya no son lo mismo —dijo quitándose el sombrero y sentándose en una de las sillas frente a su mesa.

—Vaya, no pensé que mi compañía fuera lo que buscaras al frecuentar esos lugares —dijo refiriéndose a los tugurios en los que siempre solían acabar lleno de prostitutas y mujeres fáciles.

—Si, pero apostar quién se llevaría a la más bonita era lo más divertido de la noche —afirmó éste.

—Sabes que siempre te elegían a ti, eras quien más dinero les terminaba ofreciendo —respondió David con una carcajada.

—Cierto —admitió sonriente—. Moriré rodeado de mujeres que solo alaben

mi abundante cartera.

—¿Ese es tu sueño? —preguntó David con cierto tono irónico, porque a pesar de que para él aquello hubiera sido su meta en la vida hacía tan solo unos meses, ahora no se podría imaginar a otra que no fuera Catherine la que estuviera en su cama cada noche.

—¡Oh sí!, ¿Por qué conformarse con una sola mujer pudiendo tenerlas a todas? —exclamó como si fuera incomprensible pensar lo contrario.

—Rezaré entonces porque tu cartera siempre permanezca llena amigo mío —contestó con una vaga sonrisa.

Richard era rico, pero a su ritmo conseguiría dilapidar su fortuna si no cambiaba de actitud.

—Eso es algo que no me preocupa, lo que sí quiero saber es si asistirás al viernes negro que de este año. No me puedes decir que no. Nunca hemos faltado desde que nos invitaron por primera vez.

El viernes negro era la fiesta de la perversión, un día en el que solo los miembros exclusivos que han sido invitados bajo estricta selección podían asistir al evento. Una fiesta en la que solo estaba garantizado el placer, la diversión y las orgías por doquier. Se trataba de un evento oculto a la sociedad solo para los miembros de los más bajos instintos carnales.

—No iré —se negó rotundamente. Ni tan siquiera se había preocupado por esa fiesta que nunca se sabía cuándo era, solo que siempre era un viernes y que se realizaba en el periodo comprendido de la temporada de ese año para asegurar que los miembros invitados asistirían.

—Será el próximo viernes, ¡Vamos David!, ¡Invéntate una excusa para

asistir! —exclamó Richard pensando que ese sería el problema.

¿Cómo decirle a Richard que aquella fiesta carecía de sentido para él? Que increíblemente para su propia expectación no sentía el más mínimo deseo de asistir.

—O mejor aún, tráete a tu esposa, seguro que de allí sale embarazada —añadió tranquilamente.

David cambió su semblante de pronto, no le gustaba ni un pelo el matiz de aquella conversación.

—Catherine es solo mía, ¿Entendido? —exclamó seriamente—. Y la próxima vez que trates a mi esposa despectivamente seré el primero en partirte la cara.

—Vale, vale —comentó Richard—. Cualquiera diría que bebes los vientos por tu esposa.

—¿Algún problema si así fuera? —preguntó autoritario.

—Bueno... no me extrañaría por lo increíblemente hermosa que ha resultado ser, pero no te hacía hombre de una sola mujer. No a ti que precisamente eres como yo.

—Y no lo soy —mintió David, pero odiaba ser objeto de burla de Richard y si tenía que mentir al respecto lo haría—. Me gustan demasiado las mujeres para conformarme sólo con una.

—¡Ahí está el David que conozco! Entonces te espero en la fiesta del viernes negro.

—No te prometo nada —dijo sabiendo de sobra que inventaría alguna excusa para no acudir.

Catherine había llegado justo en ese momento para escuchar el final de la conversación, cuando más expectante estaba pensando que David sí sentía algo por ella, éste acabó confesando que él jamás sería hombre de una sola mujer, ni tan siquiera por ella. En aquel momento se había olvidado hasta de lo que había venido a hacer allí, solo el ruido de la silla al incorporarse la hizo reaccionar a tiempo para esconderse y no ser vista por ninguno de los caballeros.

Iba a marcharse a casa una vez que vio a Richard alejarse, esperaría pacientemente a que llegara el viernes y ver que excusa daba su esposo para permanecer fuera de casa esa noche, aunque sabía de sobra que si le seguían ya podían despedirse de la herencia, ¿Se arriesgaría? Probablemente no lo haría, pero únicamente por esa razón y no por ella. Así que con ese gesto de rebeldía del que arremetía últimamente y un descaro que se había apoderado de ella, entró en el despacho cuya puerta permanecía abierta y dio un sonoro portazo al cerrarla lo que hizo que David la mirase de pronto sorprendido tanto por el estruendo, como por ver allí a su esposa y más con aquel gesto de furia.

—¿Catherine?, ¿Qué ocurre? —exclamó preocupado.

—¡Así que me prohíbes ver a *lord* Guicciardini cuando tu intención es claramente tener más de una amante! —exclamó fuera de sí.

—¿A qué te refieres? —preguntó David confuso.

—¡Hablo del viernes negro!, ¡Hablo de que no te conformas con una sola mujer!, ¡Y hablo de que te he escuchado! —gritó completamente furiosa.

«¡Maldito fuera Richard!» pensó David al instante de quedarse lívido por saber que Catherine estaba tras aquella puerta.

—¿Es que no piensas decir nada? —exclamó de brazos cruzados ofuscada.

David analizó a su esposa, incluso enfadada estaba increíblemente bella. Recordaba perfectamente cuando la había abandonado por la mañana en el lecho y lo que le había costado hacerlo sin tocarla, sin poseerla, sin besarla. Verla ahora allí, en aquella pose de furia y podría decirse que ¿Celosa? Nada le gustaría más que ver a Catherine celosa para saber que sentía algo por él.

—No voy a asistir a esa fiesta —respondió tranquilo.

La seguridad con la que dijo aquellas palabras confundió a Catherine, no parecía molesto por no acudir y eso le resultó extraño.

—Por supuesto que no acudirás, sería un incumplimiento de una de las condiciones —respondió ávidamente.

—Sí, sería un incumplimiento —afirmó con tesón—, pero tampoco me apetece ir —confirmó y Catherine le observó contrariada—. Me he dado cuenta de que ese tipo de fiestas ya no me atraen —confesó acercándose a ella.

—No hace mucho parecía que si te atraían —insistió.

—Eso era antes de saber que obtendría mucho más en mi propia casa —respondió mirándola fijamente.

Catherine en ese momento sintió sus piernas temblar, su carne era débil ante aquella mirada. No había previsto ese final, no. Había entrado para ponerle las cosas claras no para ser una presa del cazador.

—Olvidas lo que acabas de decir. No eres hombre de una sola mujer —dijo retrocediendo lentamente.

—Cssh —susurró acercándose ahora peligrosamente hasta ella—. Olvida lo que escuchaste, a veces decimos cosas que en realidad no sentimos —confesó con una voz suave.

—¿Y por qué habrías de...

Catherine no pudo terminar su frase porque los labios de David ya estaban apresando los suyos, si ese hombre no besara tan condenadamente bien le daría un rodillazo en la entrepierna y se alejaría de él. Llevaba tanto tiempo deseando esos labios, tocar ese cuerpo que se estremeció cuando David rodeó su cintura y la estrechó contra él.

—Te deseo fervientemente Catherine —susurró al tiempo que le besaba el cuello, justo debajo de su oreja provocando una oleada de placer—. Y me enferma pensar que puedas estar con otro hombre que no sea yo. —Volvió a susurrarle mientras apesaba el lóbulo de la oreja y lo mordía lentamente—. Así que llámame egoísta, llámame celoso, llámame como quieras, pero te quiero solo para mí —dijo finalmente dejando a una Catherine extenuante y anhelante por más de aquello.

Catherine quería más confesiones, más que deseo... ella quería amor, pero le necesitaba; su cuerpo le reclamaba a gritos como el sol a la mañana. Rodeó con sus brazos su cuello y apoyó sus brazos en sus hombros para acercarse a él.

David tomó aquello como una invitación y apresó de nuevo sus labios ardientemente con fervor, sacando todo el jugo de los labios de Catherine que le fue posible. Apoyándola en la pared, David le subió las faldas a tuestas sin dejar de besarla, encontrando por fin el punto de acceso que buscaba, lo que tanto había anhelado hacer durante toda la noche conteniéndose y controlándose lo iba a obtener ahora en su propio despacho. Estaba seguro de que ya no lo volvería a ver igual después de aquel momento.

Catherine notó los hábiles dedos de David metiéndose entre los pliegues de sus enaguas y ni corta ni perezosa se dispuso a desabotonar el pantalón de su esposo provocando leves jadeos en éste por respuesta. Cuando David la tocó en el punto más íntimo de su ser, se volvió loca de deseo y metió su mano en sus calzones, tocando su más que firme y erecto miembro varonil.

Los movimientos de la mano de ambos solo conseguían provocar un jadeo incesante en el otro y acercarse a una unión devastadora.

David no sabía dónde habría aprendido Catherine a mover la mano así, pero bendita sea la hora... iba a explotar allí mismo de placer.

—Moriré si no te hago mía —jadeó al tiempo que la alzaba sorprendiendo a Catherine que tuvo que soltarle y agarrarse a él del movimiento y segundos después se sintió placenteramente invadida.

—No pares —advirtió Catherine ahogada de placer, quería más, mucho más de esa sensación placentera.

David sonrió al tiempo que salía lentamente de ella para volver a embestirla y ambos se abandonaron al más oscuro de sus deseos: satisfacerse mutuamente otorgándose placer.

Nunca habría imaginado que hacer el amor de pie fuera tan satisfactorio, al menos eso fue lo que pensó Catherine cuando gritó por alcanzar aquel infinito paraíso momentáneo.

—Catherine —gimió en su oído aun estrechándola entre sus brazos y deleitándose con su aroma. La respiración agitada de David era igual de acompasada a la suya que aún trataba de recuperarse de aquel asalto.

Escuchar su nombre de aquella manera ronca, cariñosa y suave al mismo tiempo la hizo sonreír.

—¿Si? —susurró invitándole a hablar mirando fijamente aquellos ojos grises.

David la observó perdiéndose en aquellas profundidades de mar azul que tenía su esposa como color de ojos, era tan increíblemente arrebatadora que no creía que se cansara jamás de admirarla así de cerca, solo quería atesorar aquel instante en sus recuerdos.

—Yo... quería decirte que... —comenzó a confesar.

La voz de David sonaba extraña, casi parecía que iba a confesar sus más oscuros secretos cuando golpearon la puerta del despacho.

—Excelencia el señor Rubens está aquí —gritó una voz masculina al otro lado de la puerta.

—¡Arg!, ¡La citación! —exclamó David extenuado echando la cabeza hacia atrás.

No parecía estar muy conforme con tener que separarse de Catherine, pero lo hizo y se recolocó su vestimenta al igual que ella lo hacía con su vestido.

—Supongo que debo marcharme —anunció Catherine alisando los pliegues del vestido.

—Se trata de un potencial cliente muy importante y debo conseguir que firme el contrato —contestó tratando de disculparse de algún modo por la premura con la que debía dejarla.

—Lo comprendo —respondió sabiendo que no era oportuno mencionar justo en ese momento la carta que había recibido esa mañana. Si la reunión era importante, sería mejor no preocuparlo y que tuviera la mente despejada para aquel trato.

—Espérame en casa —anunció David—, estaré ansioso por repetir lo que acabamos de hacer aquí, pero en un lugar más comfortable —añadió acercándose a ella y dándole un casto beso en los labios sin profundizar.

Catherine cerró los ojos ante sus palabras. Si era sincera consigo mismo ella también quería aquello, aunque ardiera en las llamas del infierno lo deseaba con todo su ser.

—Está bien, te esperaré en casa... pero primero pasaré por Lynet's —dijo dándole la espalda.

—Catherine, recuerda lo que hablamos —dijo David tratando de advertirla, pero su tono no fue tan firme como en otras ocasiones.

—Lo recuerdo perfectamente —respondió con la mejor de sus sonrisas.

David no sabía porqué no podía enfadarse en aquel momento. Si, seguía detestando la idea de que trabajase como dependienta en la casa de modas,

pero ¡Qué demonios! Verla sonreír así solo había conseguido hacerlo sentirse feliz... ya buscaría la forma de que se le quitara aquella idea de la cabeza, es más, cuando acabase lo que tenía pendiente en la fábrica se pasaría por Lynet´s personalmente para ver si aún estaba allí o sonsacar información a las trabajadoras. Tal vez pudiera sobornar a alguna para que evitaran que Catherine estuviera de cara al público, si a ella le hacía feliz estar en aquella casa de modas, con gusto permitiría que estuviera, pero se aseguraría que nadie lo supiera y sobre todo, de que el *lord* Guicciardini no apareciera.

Catherine se encerró en el pequeño despacho de Emily y abrió el libro de cuentas. Llevaba varios días sin pasarse por allí y aún le quedaba bastante trabajo por hacer, así que le vino bien despejar la mente con los números para quitarse de la cabeza aquella nota infernal. Tenía una mayor preocupación por averiguar de quién se trataba la persona que habría corrido el riesgo de avisarla, que del individuo que pretendía dañar su reputación con un acto tan atroz como el que se había producido. ¿Quién la tenía en tanta estima para correr el riesgo de avisarla y ser descubierta? Aún más... alguien cercano a *lady* Elisabeth —porque estaba segura de que debía ser ella la culpable de todo aquello—, que la apreciara lo suficiente para avisarla de que tuviera cuidado. A su mente solo venía Julia y ella evidente que no había sido.

David entró en Lynet´s algo cohibido, era la primera vez que entraba en una casa de modas para mujer. Lo cierto es que no tenía nada de malo el hacerlo, puesto que muchos de los caballeros acompañaban a sus mujeres, hijas o incluso amantes a ese tipo de lugares, pero en su caso él jamás había tenido esa necesidad.

Al no encontrar a su esposa tras aquellos mostradores, pensó por un instante que lo más probable sería que ella se hubiera marchado a casa, o mejor aún, que simplemente su comentario solo fue para provocarle y realmente no

pensaba acudir a Lynet's en realidad.

—¿En qué puedo ayudarle caballero? —preguntó una de las dependientas que parecía ser la más joven de las que se encontraban atendiendo.

—Soy el duque de Lennox, ¿Me podría indicar quien es la encargada de este lugar? —preguntó en un tono suave y muy bajo.

—Es un placer recibirle en nuestra casa de modas, su excelencia —respondió Janet—. Yo soy la encargada cuando la duquesa de Sylverston no se encuentra aquí —dijo sin ningún tipo de cohibición—. ¿Desea encargarse un precioso vestido para *lady Catherine*? —añadió sonriente.

La sonrisa de la joven vendedora indicó a David su honestidad.

—En realidad no, aunque puede que lo haga en alguna otra ocasión. Me gustaría tratar un tema delicado con usted si no le importa —afirmó seriamente

Janet frunció el ceño confundida, no entendía que podría querer tratar con ella el esposo de Catherine.

—Por supuesto, su excelencia. Puede decirme de que asunto se trata —respondió siendo cordial.

—Sé que a mi esposa le gusta trabajar aquí. —Comenzó a decir delicadamente David estudiando cada una de sus palabras.

—Si, *lady Catherine* nos ayuda muchísimo y más ahora que *lady Emily* no puede pasar aquí tanto tiempo debido a su estado avanzado de gestación.

—Se adelantó a responder Janet.

—Cómo le decía, no es que pretenda negarle a mi esposa algo que le aporta

tanto placer, pero como usted comprenderá una duquesa no puede permitirse estar en esa posición, atendiendo a personas que precisamente están por debajo de su posición y siendo el tema central de las habladurías que se puedan generar por ello —concluyó David satisfecho. Había conseguido expresarlo de un modo suave y nada despectivo hacia el trabajo de una vendedora o eso le había parecido.

—No le entiendo mi *lord* —contestó Janet confundida.

¿Qué es lo que no había entendido? Se lo había explicado bastante bien e incluso había sido específico.

—Lo que trato de decirle es que no es conveniente que la duquesa de Lennox trabaje como dependienta —respondió directamente. Tal vez siendo aún más claro la joven consiguiera comprenderlo mejor.

—Si, eso no lo pongo en duda mi *lord*, pero *lady* Catherine no trabaja como dependienta —dijo Janet como si fuera lo más evidente.

¿No era dependienta?, ¿Y entonces a que se dedicaba allí?, ¿Era costurera?

—¿No? —exclamó David sin poder evitarlo a pesar de parecer estúpido al hacerlo.

—*Lady* Catherine lleva toda la contabilidad de la casa de modas, excelencia. Es muy buena con los números —respondió Janet sonriente.

¿Números?, ¿Contabilidad? A ninguna mujer se le otorgaba las enseñanzas de esas materias... ¿Cómo era posible que su esposa tuviera esos conocimientos? Hasta a él mismo le costaba estudiar la contabilidad de la fábrica, no podía ser que su propia esposa disfrutara haciendo aquello.

—¿David?, ¿Qué haces aquí?

En ese momento la voz de Catherine interrumpió sus pensamientos y efectivamente, allí estaba ella con un libro que indudablemente era de contabilidad por la tapa roja que los caracterizaba en las manos.

—Yo vine a... —David trató de buscar una excusa y se quedó pensativo intentando pensar en algún pretexto que no le hiciera sentirse el hombre más inútil del mundo.

—Su excelencia quería darle una sorpresa mi *lady* —contestó Janet de pronto sacándolo de su más absoluta incoherencia.

—¿Una sorpresa? —exclamó Catherine frunciendo el ceño. Si precisamente él no quería verla allí, le había prohibido expresamente trabajar.

—Pensé que después de la otra noche no sería sensato que volvieras sola a casa —improvisó David.

—No volvería sola, Luca me ha acompañado toda la tarde y me espera pacientemente en el carruaje —contestó mientras se acercaba.

—¿Luca? —preguntó sorprendido David. Ese crío de dieciséis años era el hijo de la cocinera, pero era bastante robusto para su edad gracias al buen comer del chico y a las dotes culinarias de la madre—. Está bien, pero me sentiré más seguro si te acompaño yo mismo —insistió.

—Voy a dejar esto en el despacho un momento y regreso en seguida —advirtió Catherine mientras desaparecía de nuevo a la trastienda.

David se quedó pensativo tratando de asimilar el hecho de que tenía una esposa increíblemente habilidosa en el arte de los números, ¿Hasta dónde llegarían sus conocimientos? Anonadado por la sorpresa de saber este hecho, no fue consciente de que Catherine había regresado de nuevo ataviada con su

fina capa para marcharse, hasta que no estuvo a su lado.

—Hasta mañana Janet —dijo Catherine para despedirse de ella, puesto que era la única dependienta que en aquellos momentos no estaba ocupada con algún cliente.

La joven se despidió de ellos y salieron inmediatamente de Lynet's.

—¿Dónde has dejado el carruaje? —preguntó David una vez que estuvieron en la puerta.

—Allí. —Señaló Catherine a tan solo unos cuantos pasos de donde se encontraban.

—Espérame en mi carruaje, voy a avisarles de que vendrás conmigo para que regresen a casa.

Catherine asintió y montó en el carruaje de David, tener una fábrica de carruajes les daba ciertos privilegios como el de tener carruajes de una calidad excepcional. El carruaje de Catherine era de un bello blanco roto, con bordados en marrón oscuro y dorado, por dentro estaba revestido de un estampado floral muy a la moda; ese carruaje había sido un regalo de cumpleaños de su padre hacía dos años y lo tenía en muy alta estima. En cambio, el carruaje de David era de un sobrio negro sin ningún tipo de bordado, aunque todo su interior era de suave terciopelo azul noche, en realidad era el último carruaje que el vizconde hizo para sí mismo y que David había heredado en su lugar. David regresó interrumpiendo así el recuerdo que estaba manteniendo de su padre abriendo la portezuela y subiendo ágilmente al carruaje. Con el bastón que había en su asiento vio como le daba un par de golpes al techo y en un instante escucharon el relinchar de los caballos seguido del movimiento.

—¿Cuándo pensabas decirme que poseías conocimientos de contabilidad?
—preguntó directamente David a su esposa.

—No creía que fuese algo que te interesara saber —contestó sincera.

—Pues me interesa —confesó curioso.

—Desde los catorce años un profesor me daba clases de contabilidad en casa
—afirmó saciando la curiosidad de su esposo.

—¿Tu padre lo permitió? —preguntó sorprendido. Seguramente solo debió ser un capricho de su esposa por aprender la materia.

—No solo lo permitió, sino que fue él quien me impuso aprender la materia
—contestó recordando el día en el que el vizconde le dijo que quería que ella tuviera esos conocimientos e iba a aprender la materia.

David la miró anonadado, ¿El vizconde la obligó a dar clases de contabilidad?, ¿Con qué finalidad?

—¿Sabes por qué razón tu padre quiso que aprendieras sobre una materia que está prohibida para las damas? —preguntó con cierta intriga.

—Lo desconozco, pero puedo afirmar que di clases tres días por semana durante cuatro años —contestó seria.

—¿Cuatro años? —exclamo—. ¿Tanto tiempo?

—Si, hasta que aprendí contabilidad avanzada —aseguró.

—¿Contabilidad avanzada? —volvió a exclamar y sus ojos se abrieron de par en par, ¡Ni siquiera él había llegado a ese nivel!

Catherine no pudo evitar sonreír por la expresión de la cara de David.

—Me gusta mucho, por eso disfruto llevando la contabilidad de Lynet's, aunque es demasiado fácil para mí —advirtió sonriente.

—¿Demasiado fácil? —exclamó en un estado atónito. No entendía como a Catherine podía gustarle si los números llegaban a ser una auténtica tortura.

—Si, solo es llevar las cuentas, los pedidos, los pagarés... no hay complicaciones, pero al menos consigue distraerme.

Justo en ese momento el carruaje se paró, acababan de llegar a casa y David no supo que responder. Su principal razón por la que no había querido que Catherine trabajara en Lynet's era porque pensaba que quería esconder su aventura con *lord* Guicciardini y el hecho de que además se expusiera públicamente le hacía tener una excusa para prohibírselo. Ahora no solo había errado con la profesión que creía ejercer en aquella casa de modas, sino que empezaba incluso a dudar de que estuviera allí por ese patán extranjero. Tal vez no se podría negar a concederle esa gracia si era feliz haciendo aquello.

David descendió del carruaje y tendió la mano a Catherine para ayudarla a bajar, parecía haber aceptado de buen grado que hubiese recibido lecciones de contabilidad en su infancia y ahora las aplicara trabajando en Lynet's puesto que no había mencionado objeción alguna después de saberlo... parecía que las cosas comenzaban a estar en calma entre ellos.

La cena estaba a punto de ser servida y tomaron asiento, por primera vez estaban teniendo una cena agradable, Catherine se había entusiasmado contando anécdotas de sus clases y el esfuerzo que le había costado aprender ciertas fórmulas y variaciones hasta que fue interrumpida por el mayordomo.

—Su excelencia, lamento interrumpir, pero la señora Gertrudis está

preocupada por su hijo —anunció Alfred.

—¿Luca no ha vuelto? —preguntó Catherine preocupada por el joven.

—No mi *lady*, su carruaje no ha regresado aún —afirmó con semblante serio.

—¡Si salieron antes que nosotros! —exclamó David.

—¡Oh dios mío!, ¿Y si les ha pasado algo? —exclamó Catherine temiéndose algo grave.

—Lo más probable es que se haya roto el eje de una de las ruedas o que hayan parado para prestar servicio —contestó David intentando ser cauto.

En aquel momento Luca, el joven hijo de la cocinera y Jonás, el cochero del carruaje de Catherine, aparecieron. Habían entrado por la puerta del servicio y se aproximaban hacia sus señores, aunque, en sus rostros se apreciaba agotamiento.

—¿Que ha pasado? —preguntó David a los empleados.

—Su excelencia —contestó Jonás —, sufrimos un asalto cuando veníamos hacia aquí.

—¿Pero estáis bien?, ¿Ha ocurrido algo grave? —preguntó Catherine.

—Si mi *lady*, nosotros estamos bien, pero no era a nosotros a quienes buscaban, sino a usted.

—¿Cómo dice? —preguntó David ahora confundido.

—Nos asaltaron tres hombres mi *lord*, dos de ellos nos agarraron mientras un tercero entraba en el carruaje y gritaba que la dama no estaba allí, que se encontraba vacío. Todo el mundo sabe que ese carruaje tan singular es de

lady Catherine Clayton su excelencia.

—Oh dios mío —susurró Catherine acongojada—. La carta tenía razón...
—volvió a susurrar.

—¿La carta? —exclamó David—. ¡Qué carta! —inquirió ahora exaltado.

Catherine observó su semblante serio que la hizo temblar... ahora se arrepentía de no habérselo mencionado por culpa de aquella reunión tan importante.

—¡Que carta! —gritó desesperado David ante el silencio de su esposa.

Si... ahora tendría que enfrentarse a la furia de David y con toda la razón, se regañó mentalmente.

—Esta mañana recibí una carta —dijo casi sin mirarlo con voz baja.

—¿Dónde está esa carta?, ¿Y que se supone que menciona para que tenga algo que ver en esto? —preguntó ágilmente.

Catherine fue hasta la entrada para coger su minúsculo ridículo donde había guardado la dichosa carta que tantos quebraderos de cabeza le había dado y más aún parecía querer darle. Volvió al comedor y se la entregó a David delante de los empleados que parecían bastante curiosos por saber más sobre aquello que estaba sucediendo.

—¿Has sabido esto todo este tiempo y aun así te has atrevido a salir de casa? —recriminó David a su esposa habiendo leído rápidamente el contenido.

—Acudí directamente hasta la fábrica para decírtelo, pero luego... —Se calló porque su rostro se volvió rojo como la grana, tenían delante testigos que no tendrían porqué saber los detalles de su discusión y menos aun lo que había sucedido en la intimidad de aquel despacho.

—¡Me da igual lo que pasara!, ¡No debiste salir! —gritó furioso.

—¡Pero iba acompañada de Luca y...

—¡Basta! —gritó—. Ve inmediatamente a mi despacho y espérame allí —concluyó un poco más calmado, pero igualmente su voz sonaba exasperada.

Catherine se enfurruñó, pero le obedeció. Si le había dicho que fuera a su despacho era porque quería hablar a solas con ella sin testigos, al menos era lo que suponía.

—Alfred quiero que acudas junto a Jonás y Luca a las autoridades para denunciar lo ocurrido, tomad mi carruaje para llegar cuanto antes —dijo David en cuanto su esposa desapareció del comedor.

—Si, mi *lord* —contestó el mayordomo.

David asintió y comenzó a avanzar hacia su estudio, pero se volvió hacia su mayordomo—. Alfred —dijo llamando su atención—, quiero que alguien se presencie aquí y tome declaración a mi esposa.

—Por supuesto mi *lord* —aseguró el mayordomo y David se encaminó a enfrentar a su pequeña fiera testaruda de la que estaba seguro de que acabaría con su paciencia.

Catherine se paseaba de brazos cruzados nerviosa pensando en que David no podía reprocharle nada, ¡Precisamente fue por su culpa por lo que no le dijo nada! Ella había ido con toda su buena intención para contárselo y...

Escuchó como la puerta se abría y se volvía a cerrar suavemente, entonces se giró sin descruzar sus brazos y se enfrentó a David

—¡Es tu culpa que no te lo dijera!, ¡Si tu no hubieras dicho lo que le dijiste a Richard yo te lo habría contado!

—¿Así que por eso es mi culpa? —respondió alzando una ceja.

—¡Si! —gritó enfurruñada. Lo cierto es que estaba teniendo un comportamiento algo infantil al respecto, pero la situación era más grave de lo que pensó en un principio y no sabía cómo reaccionar al respecto.

—Ven aquí —contestó David en un preocupado.

Catherine le miró y observó que no parecía enfadado, su voz no fue grotesca, ni de reproche, sino que abrió los brazos invitándola y no lo dudó, corrió a sus brazos aferrándose a su cuerpo.

—No quiero pensar en lo que habría ocurrido si no llegas a venir en mi

carruaje —susurró David con la voz rota mientras acariciaba el cabello de Catherine—. Pero entiendo que no puedo permitir que te ocurra nada malo.

—¿No puedes permitirlo? —preguntó ella mientras alzó ligeramente la vista hacia David.

—No —negó rotundamente—. Te necesito en mi vida Catherine Clayton —confesó.

En ese momento el pulso de Catherine se aceleró con tal magnitud que casi sentía como se le iba a salir del pecho, ¿Era aquello una declaración? Por favor que así fuera, suplicaba y deseaba que David la quisiera de verdad y no por conveniencia para obtener el dinero de la herencia.

—¿Por qué me necesitas David? —preguntó con esperanza. Su respuesta le daba miedo, pero necesitaba saberlo por más dura que fuera la realidad.

—Porque te quiero —respondió justo antes de acortar la distancia que le separaba de sus labios y darle un tierno y cálido beso.

—¡Oh David! —exclamó Catherine con lágrimas en los ojos y alzó los brazos para que la estrechara entre los suyos mientras volvía a besarlo.

—Sé que no me merezco que me quieras, que soy celoso y posesivo en cuanto a ti se refiere, pero te prometo que intentaré ser más comprensivo.

—Te quiero —contestó sonriendo ante sus palabras provocando que el discurso de David que parecía ser aún más largo finalizara.

—¿Me quieres? —preguntó sorprendido.

Catherine asintió con una sonrisa de felicidad pese a las circunstancias, algún día le confesaría incluso que se enamoró de él prácticamente con solo verlo.

David expresó una sonrisa sincera de felicidad mientras la rodeaba de su cintura y la estrechaba entre sus brazos.

—No pienso permitir que te hagan daño mi amor —dijo en un tono de preocupación.

—Lo sé —respondió confiando plenamente en él. La amaba, ¡David la amaba!

—Así que me prometerás que no vas a salir de casa salvo que yo mismo te acompañe.

Catherine podía entender la preocupación de él, después de dos asaltos fallidos, uno de ellos gracias a *lord* Guicciardini y otro a David, no podía correr el riesgo de que hubiera un tercero, quizá no tendría tanta suerte una próxima vez.

—¿Tendré que encerrarme en casa de por vida? —preguntó apenada.

—Solo hasta que a averigüemos quien quiere causarte daño y por qué motivo —afirmó.

—Yo sé de quién se trata —confesó Catherine siendo consciente de lo que iba a decir—, pero no tengo pruebas para demostrarlo.

—¿Quién desearía perjudicarte? —exclamó asombrado.

—*Lady* Elisabeth —confesó al tiempo que recordaba que David y su hermanastra habrían podido protagonizar tenido una aventura.

—¿*Lady* Elisabeth? —preguntó sorprendido—. ¿Por qué motivo iba esa dama a querer perjudicarte? Es como una madre para ti.

Catherine resopló en cuanto David dijo aquello.

—No. *Lady Elisabeth* jamás ha actuado como una madre para mí, al menos no lo hacía salvo que padre estuviera presente en la sala —confesó abiertamente.

—Aun así, creo que no tiene motivos para...

—¿Recuerdas cómo lucía mi piel cuando me conociste? Ella es la causante de que durante años padeciera esa horrible afección que tanto me hizo sufrir —puntualizó.

—¿Cómo estás tan segura de ello? Son acusaciones muy graves.

—Me proporcionaba un aceite envenenado que provocaba esa reacción en mi piel y lo hizo durante años sin tener el menor escrúpulo en hacerlo. Yo tan solo era una niña... sufrí un verdadero infierno por los picores, ardores y fiebres que aquella reacción me daba. Recorrí con mi padre casi todo el país buscando algún experto que pudiera dar con el remedio y mientras tanto ella seguía envenenándome.

—Tal vez ella no fuera consciente de que fuera esa la razón de tu afección ¿No crees? —preguntó incrédulo.

—¿Por qué la defiendes? —le incriminó Catherine.

—No la defiendo, es solo que no encuentro la justificación para sus acciones. Ella era la esposa de tu padre y tenía acceso a su fortuna, aunque tu hayas heredado absolutamente tod...

David guardo silencio en ese momento dándose cuenta de la situación. Efectivamente el vizconde de Grafton no había sido benevolente con su esposa y su hijastra, es más, recordaba que le sorprendió en la lectura del testamento que le hubiera dejado tan poca fortuna a las damas y en cambio

hubiera otorgado toda su inmensa riqueza a su hija legítima.

—Ahí tienes la razón de porqué soy una molestia para ella, pero no entiendo porqué quiere mancillarme, ¿Por qué no me mata directamente como hizo con mi padre?

—¿*Lady Elisabeth* mató al vizconde? —exclamó asombrado.

—No lo puedo asegurar, pero pondría la mano en el fuego y no me quemaría porque fue así. Mi padre gozaba de buena salud y algunos testigos me confirmaron que la actitud de *lady Elisabeth* tras la muerte de mi padre fue de lo más reveladora.

—Por aquel entonces yo te estaba buscando como un loco tratando de encontrarte, puesto que todos daban por hecho que sabía dónde encontrarte... algo que por cierto jamás me confesaste.

—Ni te confesaré —añadió con cierta diversión.

—Algún día lo harás mi bella Catherine —afirmó seguro de sus palabras.

—Ya lo veremos —respondió ésta de forma altiva.

David sonrió y cernió las manos sobre la cintura de su esposa acercándola más a él.

—Si estás tan segura de que es *lady Catherine* y por lo que me has contado, con toda probabilidad lo sea; hay que informar a las autoridades para que tomen cartas en el asunto.

—No tenemos pruebas, ¿Crees que no lo he pensado? Ella es una dama respetable y denunciarlo solo hará que sea aún más precavida si decide actuar.

—No voy a exponerte como un cebo de pescar para que te ocurra algo o termines dañada. Simplemente me niego en rotundo, Catherine —dijo firme.

—Pero algo tendremos que hacer para que revele sus intenciones.

—Prefiero optar por echarla de nuestra casa en Kensington y que se vaya a su casa de los Hamptons, así se acabará todo —sentenció.

—Conozco a mi madrastra, ella debe tener un plan retorcido, ¿Por qué sino solamente quiere dañarme y no quitarme del medio?

—Me da igual sus planes, Catherine. Tú te quedarás en casa y yo podré respirar tranquilo —aseguró.

—Pero puedo tener cuidado, no me gustaría dejar el trabajo que hacía en Lynet's, me servía de distracción. Aquí solamente me volveré loca pensando que es lo que pretende hacer esa bruja conmigo.

David se quedó pensativo guardando silencio durante unos minutos.

—¿Te gustaría probar con la fábrica de carruajes Grafton? —David sabía que era un riesgo exponer a Catherine saliendo de casa, pero si estaba junto a él, se sentiría más seguro que pensando en que ella podría salir en un momento dado sin su consentimiento.

—¿A qué te refieres? —preguntó Catherine confundida.

—No voy a dejarte ir a Lynet's, mira lo que ha ocurrido esta noche. Primero fueron dos, hoy tres... ¿Quién no me asegura que en un próximo asalto sean seis?, ¿O diez? Solamente si estas a mi lado estaré tranquilo y aun así aumentaremos la seguridad cuando salgamos.

—¿Quieres que trabaje en la contabilidad de la fábrica de carruajes Grafton?

—preguntó ilusionada.

—Si crees que eres capaz de hacerlo, sí. Así te tendré cerca todo el tiempo, aunque seas más una distracción para mí que otra cosa.

—¿No te molesta que trabaje? —insistió.

—No es un trabajo cuando disfrutas haciéndolo y en la fábrica hay muchos trabajadores, por lo que estarás más segura incluso allí que aquí en casa.

—¡Oh David! —exclamó feliz—. ¡Te quiero tanto!

—Y yo mi amor, y yo —respondió mientras le daba un casto beso que pronto comenzó a dejar de serlo por la intensidad con la que ella le respondió.

Catherine se despertó lentamente abriendo los ojos y adaptándolos a la luz tenue que había en la habitación. Sintió como unos brazos cálidos la tenían rodeada y sonrió al recordar la noche de pasión que había tenido junto a David, rememorando que habían terminado exhaustos a altas horas de la madrugada y ahora sus cuerpos desnudos se entrelazaban piel con piel sintiendo el roce de su contacto. Había sido una noche de muchas confesiones, pero sobre todo lo que más atesoraba era el hecho de saber que David la quería, la amaba. Su sueño se había hecho realidad, aunque aún no pudiera disfrutarlo todo lo que quisiera por culpa de aquella maldita bruja y su codicia. Sintió un suave roce en su hombro y dedujo que eran los labios de David dándole un beso que poco a poco fue subiendo hacia su cuello.

—Buenos días mi amor —dijo éste mientras ella no podía dejar de sentirse como en una nube al escuchar esas palabras de cariño.

—Buenos días esposo mío —respondió mientras se giraba sobre sí misma para verlo de frente.

—Eres aún más hermosa recién despierta —afirmó David mientras se acercaba a ella para robarle un beso haciendo que Catherine se sintiera en el paraíso.

—¿Iré contigo hoy a la fábrica? —preguntó expectante.

—Si, aunque preferiría que vinieras cuando hubiéramos contratado más seguridad, pero hoy siento que no podré apartarme de tu lado —confesó mientras se colocaba sobre ella y apesaba de nuevo sus labios evitando que pudiera darle cualquier contestación.

Catherine se ubicó en una sala junto al despacho de David que servía de almacén donde colocaron una vieja mesa y una silla para poder trabajar. Su esposo tenía demasiadas reuniones y tendría que recibir a bastantes clientes como para poder instalarse en el mismo despacho de él. La contabilidad de los carruajes Grafton era mucho más compleja que la casa de modas de Lynet's, así que le llevaría mucho más tiempo ponerse al día sobre ello, pero le satisfacía sentirse realmente útil y aún más poder ayudar a su marido y estar orgullosa de la empresa familiar.

David se encargó de contratar a dos hombres fornidos que se encargarían de la seguridad de su esposa, lo cierto era que esto haría que sus gastos se redujeran aún más de lo que de por sí eran, pero no le importó. Estaba dispuesto a gastarse toda la fortuna familiar con tal de que ella estuviera a salvo.

Afortunadamente el resto de semana fue tranquila, Catherine creía estar en una nube de tanta dicha, ella jamás había sido tan feliz en toda su vida y de alguna forma sentía que todo se desplomaría. Nunca había gozado de privilegios o de ser realmente feliz y ahora que lo era vivía con el miedo de que se lo arrebataran, era un sentimiento que se había instalado en su pecho,

como una sensación extraña de que algo malo iba a ocurrir.

El sábado, Catherine acudió temprano a casa de Emily para visitarla puesto que su amiga apenas salía de y ya no acudía a ningún evento social, conforme se acercaba la fecha de parto, el duque de Sylverston estaba cada vez más nervioso y Emily no deseaba contrariarlo aún más evitando así cualquier acontecimiento o salida por si le ocurría algo. Según su amiga tenía la esperanza de que cuando su esposo viera que el parto se produciría sin complicaciones perdería el miedo y todo volvería a la normalidad.

Contarle a Emily lo feliz que era ahora en su matrimonio la hizo sentirse vibrante y llena de vida, ahora entendía la complicidad que Emily mantenía

con su esposo y si era la mitad de lo que ella estaba viviendo con David no le extrañaba la preocupación del duque por su esposa.

Pese a llevar la contabilidad de la fábrica Grafton, Catherine también se ocupaba de la contabilidad de Lynet's puesto que significaba poco esfuerzo para ella, solo que lo hacía desde el despacho de carruajes Grafton cuando una de las trabajadoras le llevaba los informes con las cuentas y todo el papeleo necesario.; era lo que menos podía hacer después de marcharse inesperadamente y a ella no le suponía ningún esfuerzo.

Le relató el segundo atentado que gracias a David se había evitado y Emily se preocupó como era totalmente esperado.

—Solo espero que por fin desenmascares a *lady* Elisabeth si es ella quien está detrás de los atentados, debes tener cuidado Catherine.

—Lo sé, David ha contratado a dos hombres para que me protejan todo el día.

—Si yo estuviera en tu lugar, creo que Henry me hubiera puesto a diez y no me dejaría salir de casa bajo ningún concepto por más excusas que intentara darle —sonrió y Catherine lo hizo con ella.

—Lo creo, pero lo cierto es que *lady* Elisabeth nunca se delatará por sí misma, buscará la forma de que otros lo hagan por ella para no perjudicarse. Por eso será muy difícil encontrar pruebas de que ella está detrás de todo esto además de la muerte de mi padre.

—Tal vez tu hermanastra pueda ayudarte —dijo Emily valorando esa opción.

—No, Amelia es casi peor que su madre. Solo que ella sí demuestra su envenenado carácter a diferencia de *lady* Elisabeth y no oculta sus

intenciones.

—Sé que encontrarás la forma, Catherine. Estoy segura de ello y cuando llegue el momento podrás disfrutar plenamente de tu amor con *lord* Clayton.

—Yo también lo espero, porque quiero quitarme esta opresión en el pecho que me hace creer que algo malo va a ocurrir tarde o temprano.

Pese a que le había mencionado a David que volvería mucho más tarde, la insistencia de Emily porque no volviera tarde debido a su propia seguridad, hizo que abandonara pronto su visita y volviera temprano a casa. Para su sorpresa David no se encontraba en el comedor, ni tampoco estaba en el salón, ni en su despacho una vez que lo había comprobado. Supuso que habría salido de casa hasta que una de las doncellas le mencionó que se encontraba arriba sin especificar exactamente dónde y lo hizo de una forma que a ella le extrañó demasiado.

Había entrado tan apresuradamente por ver a David que no se había quitado su sombrero y cuando lo hizo reconoció sobre el perchero de la entrada un sombrero que no era suyo.

—¿Tenemos visita? —preguntó con el corazón acelerado.

—Sí, mi *lady*. Su hermana, la señorita Barston ha venido a visitarla
—respondió la misma doncella.

—¿Sola? —preguntó cortés.

—Así es, mi *lady* —afirmó la empleada azorada.

—¿Y dónde se encuentra? —exclamó a pesar de saber la respuesta. Entendió perfectamente porque la doncella había respondido como lo hizo cuando pregunto por su esposo, pero aun así quiso preguntar.

—Arriba, mi *lady* —afirmó no pudiendo sostener la mirada hacia su señora y fijándola en el suelo.

Con paso decidido subió las escaleras y se dirigió hacia la habitación de David que comunicaba con la suya. No se escuchaba nada, pero aun así respiró hondo antes de girar la manivela y abrir la puerta. La habitación estaba iluminada por la luz que se filtraba desde la ventana y las cortinas no habían sido corridas. Cuando entró y dio un portazo notó como uno de los dos cuerpos que yacía sobre la cama se incorporaba con un gesto de fingida sorpresa.

—¡Catherine! —exclamó la muy zorra con cara de sorpresa fingida como si lo último que pensara fuese que alguien apareciera.

El otro cuerpo junto al de Amelia se movió y Catherine escuchó lo que parecía un leve quejido.

¿David había tenido la indecencia de dormirse tan tranquilamente después de yacer con su hermanastra en su propia casa?, ¡En su propio lecho!

—No te bastó con acaparar las atenciones de mi padre, también tenías que tener a mi marido, ¿No? —recriminó Catherine mordazmente mirando fijamente a su hermanastra.

—Yo... —Comenzó a balbucear Amelia.

—No, mejor no digas nada —negó Catherine que se dio media vuelta porque no aguantaba más aquella situación y necesitaba pensar con la cabeza fría—. Te lo advertí Amelia, así que ya puedes hacer las maletas porque te quiero fuera de mi casa esta misma noche.

—¿Catherine? —susurro David.

Su voz parecía casi un quejido y Catherine le miró con los ojos vidriosos llenos de ira por la traición que acababa de cometer.

—Debí estar ciega para creer que habías cambiado —escupió con dolor antes de salir dando otro portazo y esta vez sí derramando lágrimas amargas por su corazón roto.

Montó en el carruaje de nuevo y estuvo dando vueltas por la zona durante dos horas, pensando qué hacer, a donde ir y que opciones serían las más convenientes en su situación.

Si abandonaba Londres o su casa perdería la herencia pese a que en aquellos momentos fuese lo que más quisiera para condenar a su marido. Un resquicio de su fuero interno no quería que el imperio de su padre se desvaneciera en la nada, era lo único que le quedaba de él de verdad aparte de su recuerdo. Si volvía a casa de nuevo tendría que enfrentar a David y no tenía fuerzas para mirarlo a la cara, mucho menos para admitir su traición ahora que era más que evidente que la aventura que mantenía con su hermanastra no se había acabado, sino que probablemente la habían estado engañando durante todo este tiempo sin ella saberlo y riéndose de su ingenuidad.

Lo más probable es que David solo hubiera tratado de engatusarla para que no sospechara, de tenerla contenta para cumplir con todas las condiciones y heredar la herencia de su padre. Tal vez hasta él mismo fuera cómplice de los asaltos que había recibido... en ese momento se esperaba cualquier cosa de su esposo.

No sabía que pensar, sus sentimientos por David la confundían y hacían que no pudiera determinar nada con claridad. Su decepción hacia él era tan grande que su corazón ahora destrozado solo esperaba pensar lo peor de él.

Lo había intentado, con todas sus fuerzas había intentado que aquello funcionara, que David se fijara en ella ahora que era hermosa. Había pasado por alto sus celos infundados e incluso olvidado que él siempre imaginara lo peor de ella, porque había creído fielmente que la amaba, pero era evidente que no y debió imaginarlo cuando confesó a Richard aquel día sus verdaderos sentimientos: “No soy un hombre de una sola mujer” recordó. Al igual que también recordó la reacción de David para hacerla callar cuándo se enfrentó a él... se había entregado tan fácilmente, cayendo presa en sus redes sin poder evitarlo.

Tal vez no debería haber sido hermosa jamás, quizá descubrir que lo que tenía no era una enfermedad no había sido tan bueno como creía. Prefería mil veces aguantar los picores, el ardor y el intenso dolor físico antes que sentir aquel nítido dolor que se centraba en su pecho.

No deseaba importunar a Emily con su embarazo, pero era la única de sus amigas que tenía casa propia y no vivía con sus padres. No tenía otra opción más que mendigar cobijo, al menos por esa noche a los duques de Sylverston.

—Catherine, ¿Que ha pasado?, ¿Has sufrido un asalto? —preguntó Emily cuando la vio en aquel estado de conmoción teniendo en cuenta que cuando la dejó solo desbordaba felicidad.

—No —respondió Catherine mientras empezaba a llorar sin control.

—Enviaré una nota a *lord* Clayton —dijo la voz seria de Henry llegando hasta los oídos de Catherine.

—¡No! —exclamó entre sollozos—. Por favor no lo haga —suplicó.

—Pero estará preocupado por ti, dinos que ha pasado —dijo Emily acercándose hasta ella.

—Es demasiado bochornoso admitirlo —aclaró mirando a Emily que enseguida supo interpretar las palabras de Catherine.

—Mi amor, ¿Puedes pedir que nos sirvan el té? —exclamó Emily mirando hacia su esposo.

—¿El té? Pero si es casi la hora de cenar —respondió confundido *lord Sylverston*.

—Por favor. —El tono de Emily hizo que Henry entendiera que sobraba en aquella conversación y debía irse.

—Ahora puedes contármelo tranquilamente —sentenció.

—Les encontré en la cama... ¡En mi propia casa! —exclamó entre lágrimas—. Pero ¡Cómo puede sorprenderme si ya trajo en su día a una prostituta! Eso me dolió menos que encontrármelo con ella...

—¿Con quién? —exclamó Emily atónita.

—Con Amelia —confesó derramando más lágrimas.

—¡Ay Dios santo!, ¿Con tu hermanastra? —pregunto boquiabierta.

—Si —gruño entre lágrimas.

—Pero si hace unos instantes me acababas de confesar que te amaba, que se había declarado al fin... no lo entiendo, ¿Qué ha hecho él cuando te ha visto?

—Evidentemente no me ama lo suficiente o directamente no me ama y todo fue un engaño de ambos. Sé que ya eran amantes desde antes —confesó Catherine recordando cuando se lo reprochó en su día y él respondió con evasivas—. No me ha dicho nada porque estaba plácidamente dormido y la

única que ha visto que los he descubierto ha sido Amelia.

—Sobra decir que puedes quedarte a pasar la noche aquí y cuantas necesites.

—Gracias, aunque si lo hago perderé la herencia, ¡Estoy vinculada a ese cretino y a esa dichosa casa por culpa de esas malditas condiciones!

—exclamó ahora malhumorada—. Aunque... —comenzó a decir pensando una estratagema para evadir esa cláusula—. ¿Me podrías prestar papel y pluma además de un sirviente para llevar un recado urgente?

—Si, por supuesto —afirmó enseguida Emily.

Catherine envió un mensaje urgente al abogado de su padre donde relataba que su vida corría peligro tras sufrir dos asaltos. Además de mencionar la carta donde la ponía en alerta de que habían sido intencionadamente. Por tanto, se había visto en la necesidad de abandonar su casa puesto que no era un lugar extremadamente seguro ya que estaría vigilada por su agresor y se había recluso en casa de unos amigos. Adjuntó la dirección de la casa de los duques de Sylverston y esperaba confidencialidad puesto que su vida peligraba si se conocía su paradero. Catherine selló la carta y la envió con uno de los sirvientes a la espera de respuesta, tal vez aquella treta le valiera durante algunos días en los que pudiera convertir su frágil corazón en una bola de hielo de la que protegerse cuando tuviera que enfrentarse a David.

David despertó con un dolor de cabeza inmensurable, no recordaba haber bebido, al menos no más de lo habitual. Lo último que recordaba era tener que recibir a la hermanastra de Catherine en casa que se había presentado sin avisar.

Hubiera dejado a la dama sola, pero le pareció una descortesía así que acudió a recibirla para invitarla a marcharse puesto que su excusa era ver a a su

hermanastra Catherine y no se encontraba en ese momento. La señorita Barston insistió en esperar puesto que según ella tenía que tratar un asunto de extrema importancia con su hermanastra por lo que David se sintió obligado a pedir el té mientras tanto. Nada le incordiaba más que una voz chillona y aquella dama en concreto tenía una que penetraba en los oídos haciendo que uno quisiera suicidarse. No le extrañaba que aún no se hubiera casado, era indudablemente bella, pero al mismo tiempo su talante y semblante hacían querer alejarse lo más lejos posible. Se notaba a leguas que era una trepadora social y lo peor de todo es que no trataba de ocultarlo.

Sirvieron el té y después de dos preguntas de cortesía hacia la dama no recordaba nada más, ¿Que hacía en su habitación?, ¿Ya era de noche? Se incorporó y vio que solo llevaba puesta su vestimenta de cintura para abajo, ¿Quién lo había desvestido y dejado a la mitad? Aún le dolía la cabeza cuando bajo las escaleras y vio que en el comedor no había nadie, tampoco estaban colocados los servicios, ¿Sería demasiado tarde para cenar?

—Alfred, ¿Dónde está mi esposa? —preguntó al mayordomo que justamente estaba encendiendo unos candelabros.

—Se ha marchado mi *lord* —contestó firme.

—¿Que se ha marchado? —exclamó confundido—, ¿Cómo que se ha marchado? —preguntó sin entender absolutamente nada.

—Después de descubrir a la señorita Barston en su alcoba junto a su excelencia, se marchó precipitadamente —afirmó el mayordomo.

Las palabras de Alfred fueron directas, precisas e hirientes como si estuviera molesto con su señor.

—¿La señorita Barston estaba en mi alcoba? Eso no puede ser cierto... yo

jamás pensaría ni tan siquiera en...

Pero en ese momento se calló, porque vagos recuerdos le comenzaban a llegar a la mente, tales como los susurros de esa joven víbora y su voz chillona que le decían que subieran a su habitación y él tenía esas vagas imágenes obedecerla sin poder siquiera evitarlo.

—¡Voy a matar a esa víbora!, ¡Juro que le arrancaré la garganta si es preciso como no confiese la verdad! —gritó completamente enfurecido.

—¿Que verdad mi *lord*? —preguntó el mayordomo—. Todos le vimos subir con ella.

—Te garantizo que algo me echó en ese asqueroso té, ¡Yo jamás me atrevería a hacer tal cosa!, ¡Y menos aún en mi propia casa! —exclamó furioso y en un tono que podría hacer temer hasta al más cruel y despiadado de los hombres.

—Mi *lord*, no es a mí a quien debe convencer de lo sucedido
—contestó Alfred en un tono algo más amigable que el anterior.

En realidad, David no sabía porque le estaba dando explicaciones al servicio, puesto que le debería de importar bien poco lo que Alfred pensara o dejase de pensar sobre él, pero sí que le importaba, si su mayordomo era reticente a creerle, ¿Como demonios iba a hacerlo su propia mujer? Lo haría, Catherine le quería y confiaría en sus palabras, es más, ella misma sospechaba que *lady*

Elisabeth estaba detrás de los atentados, sin duda creería que su hermanastra le había tendido una trampa, aunque desconociera el propósito de tal finalidad.

Buscó a su mujer en todas y cada una de las pensiones que había en los alrededores y el centro de la ciudad, pero no la encontró en ninguna de ellas. ¿Dónde se habría metido? Visitó a los señores Benedict y a los señores Brandon, pero tampoco estaba alojada con ninguno de ellos, ¿Estaría en casa de los duques de Sylverston? Era demasiado tarde para preguntar, pero no podría volver a casa sin ella, necesitaba verla y aclararle lo sucedido.

El mayordomo de los duques de Sylverston tardó en abrirle la puerta iluminado únicamente con un pequeño candil y cuando lo hizo le observó extrañado.

—Lamento las molestias, soy el duque de Lennox y necesito saber si mi esposa *lady* Catherine está alojada en esta casa.

—Lo siento mi *lord*, pero no son horas de...

—¿Quién es Tomas? —preguntó *lord* Sylverston.

David escuchó la voz de Henry y se apresuró a abrir la puerta.

—¿Está ella aquí? Por favor dime que está aquí o me volveré loco —preguntó esperanzado.

—Está aquí —terció Henry reconociendo a David.

David suspiró aliviado, al menos su esposa se encontraba bien. Solo de pensar que podría haber sido víctima de otro de aquellos asaltos le hacía casi rozar la desesperación.

—¿Ella está bien? Necesito verla. —Comenzó a decir atropelladamente—. Necesito aclararle lo sucedido, que no fue lo que ella piensa.

—Creo que no tiene mucho que pensar, David —contestó Henry—. Te vio. O mejor dicho, os vio —aclaró.

—¡Pero esa víbora me echó algo en la bebida. ¡Yo jamás me acostaría con ella! —exclamó enfurecido.

—¡Oh vamos, David! —dijo Henry en un tono de cierta complicidad entre caballeros—. ¿Quién se va a creer semejante absurdez?

—¿Qué razones tendría para no admitirlo? —preguntó tajante. El hecho de que Henry no le creyera no era un buen augurio.

—La herencia por supuesto —afirmó rotundamente.

¡Por Cristo!, Henry tenía razón... una de las condiciones era precisamente aquello. Negarlo hasta la más absoluta evidencia era algo más que obvio, pero no era ese el caso.

—Yo quiero a Catherine —confesó—. Me importa un comino esa maldita herencia, aunque me haya devanado los sesos en la fábrica, ella es lo único que me interesa.

Henry cambió el semblante y le miró como si estuviera estudiando sus palabras.

—Aunque te creyera y conste que solo lo hago porque he visto un ligero cambio en los últimos meses de tu forma de actuar, tu historial habla por ti mismo amigo mío —dijo mientras colocaba una mano en el hombro de David y le invitó a pasar a su despacho que estaba en la planta baja.

—Déjame verla, Henry. Sólo déjame intentarlo —insistió.

—No puedo permitirte que veas a Catherine esta noche, Emily me mataría —contestó mientras cerraba la puerta y encendía un par de velas—, pero puedo ofrecerte una copa que creo que la necesitas más que yo y escuchar tu versión de los hechos.

David le contó vagamente lo que recordaba y lo seguro que estaba de que aquella condenada dama le había echado algo en el té para perpetrar su crimen.

—Hay algo que no entiendo —afirmó Henry pensativo—, si todo sucedió como lo cuentas, ¿Con qué intención haría la señorita Amelia Barston algo así? La más perjudicada sería ella si la sociedad llegase a enterarse.

—No lo sé —contestó David mientras se levantaba de la butaca y comenzó a pasearse por el despacho inquieto—. Tal vez las mismas por las que quieren dañar a Catherine. Ese par de codiciosas no parecen tener límites, pero te aseguro que esa arpía confesaría... me encargaré de que así lo haga.

—No me gustaría estar en tu pellejo amigo mío —confirmó Henry seriamente.

—A mí tampoco me gusta estarlo —confirmó—. Cuando por fin las cosas nos iban bien entre Catherine y yo. tiene que pasar esto.

—Por lo que me ha contado mi esposa, no lo tienes nada fácil David —advirtió *lord Sylverston*.

David suspiró se bebió de un trago el resto de su copa.

—Gracias por escucharme, Henry. Me voy sabiendo que Catherine está en buenas manos, pero mañana vendré a verla y me dejarás hablar con ella.

—Mediaré para que así sea, aunque no te puedo prometer nada.

A primera hora de la mañana David se presenció en su propia casa, porque en el fondo era su casa, aunque ya no viviera allí y ahora la ocupara la víbora que la había metido en aquel maldito lío y su madre. Se había asegurado de esperar a que *lady* Elisabeth saliera, aunque de buen gusto la hubiera enfrentado a delante de ella, pero si Catherine tenía razón en cuanto a las intenciones de su madrastra creía que sonsacaría más información solo de la hija.

Una de las doncellas le abrió la puerta y le dejó pasar informándole de que la señora de la casa había salido, pero al mencionar que venía a visitar a la señorita Barston le hizo pasar al salón principal.

—*Lord* Clayton —exclamó la joven al verlo.

Al parecer no lo esperaba y lo más extraño de todo es que David casi juraría que no tenía esa voz chillona de siempre, tal vez solo lo había imaginado o era debido a la sorpresa. Solo con verla ya le hacía que su sangre se alterase de furia, si por él fuera le apretaría el pescuezo hasta que dejara de respirar, pero de momento la necesitaba viva.

—Va a venir conmigo y le va a confesar a mi esposa toda la verdad si quiere seguir con vida —dijo con un semblante de lo más serio.

—No sé de qué me habla mi *lord* —respondió algo alterada.

—Sabe perfectamente de qué le hablo —afirmó tajante.

—No puedo hacerlo —contestó en un hilo de voz del que David casi tuvo que leerle los labios para comprender lo que decía.

—¿Es que no me ha oído? —gritó—. ¡No te doy otra opción!

—No podemos hablar aquí —contestó Amelia en un tono muy bajo y David alzó una ceja—. Ella tiene oídos en todas partes.

—¿Ella? —exclamó atónito.

—Mi madre —volvió a susurrar sin aquella voz chillona que parecía como si la hubiera perdido en solo unas horas.

—Me da igual sus artimañas, va a venir ahora mismo a confesar lo que hizo ayer tarde.

—Reúnase conmigo en Hyde Park dentro de dos horas —dijo de nuevo en ese hilito de voz. Se escucharon entonces unos pasos cerca de la sala como de alguien que se acercaba—. Me alegro de que se preocupe por nosotros su excelencia —añadió Amelia.

Ahí estaba de nuevo la voz chillona de aquella pequeña arpía que hizo que David la mirase confundido. En ese momento observó a una mujer entrar con porte serio, demasiado arrogante para tratarse de una sirvienta por su atuendo. Un instinto hasta ahora desconocido en él le hizo seguirle la corriente a la hermanastra de Catherine. Allí había gato encerrado y más le valía presenciarse en Hyde Park como le había mencionado o prendería fuego a la casa y la quemaría viva allí dentro.

Catherine se había levantado temprano, pero teniendo en cuenta que apenas había podido dormir tampoco era de extrañar. Estuvo paseando por los jardines de la casa de los duques de Sylverston durante algunas horas. Se sentía demasiado agobiada por todo lo sucedido y tuvo la necesidad de salir, quería asegurarse de que tanto Amelia como su madre abandonasen su casa, no iba a tolerar que vivieran a su costa ni un solo día más.

Cuando el carruaje paró y se asomó por la ventanilla pudo ver perfectamente

el inconfundible carruaje de David y solo unos instantes después observó como éste salía de la casa. No sólo había metido a Amelia en su cama, sino que incluso la buscaba en su propia casa; su indecencia sobrepasaba los límites del decoro, sin duda alguna se arrancarían a David de su corazón así le costara sudor y lágrimas hacerlo.

David llevaba casi quince minutos paseándose por la entrada de Hyde Park de un lado a otro esperando a que la señorita Barston hiciera su aparición. Cómo se le ocurriera alguna de sus sucias tretas o simplemente no apareciese, él mismo se encargaría de acabar con ella, eso sí, primero que confesara sus crímenes ante Catherine.

Hacía tan solo un día desde la última vez que había visto a su esposa y ya la echaba inmensurablemente de menos, no sabía cómo era posible querer tanto a una mujer, pero él sin duda amaba incondicionalmente a esa dama rubia de ojos azules absolutamente preciosa que tenía la fortuna de tener por esposa y estar lejos de ella le mataba lentamente.

La señorita Amelia Barston que bajo su punto de vista no se merecía ni ser nombrada señorita después de meterse en su cama bajo sucias tretas hizo su aparición acompañada de una de las doncellas que él recordaba de la época en la que vivió en aquella casa cuando se casó con Catherine, es más, recordó que fue la que le miró con reproche cuando metió a aquella prostituta sin ser consciente de ello en casa y probablemente ahora pensaría que tenía una aventura con la hermanastra de su esposa; nada más lejos de la realidad.

—Lamento la demora mi *lord*, pero he tardado en convencer a mi madre para que me dejase venir sola.

—No está sola —respondió secamente David observando a la doncella.

—Ginger no dirá nada, se alejará cuando se lo ordene —dijo de forma que la doncella no la oyera.

—Usted dirá, es la que me citó aquí y más le vale tener una explicación si no quiere que ahora mismo la estrangule aquí mismo porque le aseguro que no es por falta de ganas.

—Paseemos —dijo mientras comenzaba a caminar y para desesperación de David la siguió. Más le valía que no fuera otra de sus tretas o pronto cumpliría condena por matar a una mujer con cientos de testigos presentes.

—Sabía que Catherine le amaba, pero desconocía que usted también la amase a ella —afirmó la señorita Barston.

David se extrañó al volver a apreciar ese tono calmado y normal en la pequeña arpía, ¿Dónde estaba la voz chillona que la caracterizaba?

—¿Que tiene eso que ver? —contestó secamente.

—Realmente nada, lo habría hecho de igual manera a pesar de haberlo sabido, pero me alegro de que por fin Catherine se merezca a alguien que la quiera de verdad.

—No la comprendo —dijo David aturdido.

David vio como la señorita Barston miraba a su alrededor para verificar que no había nadie cerca y comprobaba la distancia que la doncella mantenía con ellos, aun así, habló en un tono de voz muy bajo.

—*Lady Elisabeth* siempre la ha humillado, de hecho, me ha obligado a mi durante años a hacerlo. Ella es cruel y despiadada... es capaz de hacer cualquier cosa con tal de salirse con la suya y junto a madre, ambas son como un arma letal.

David la observó detenidamente, ahora sí que estaba realmente confundido. Aquella pequeña arpía estaba admitiendo lo que Catherine le había advertido, pero ¿Por qué hablaba de una madre y de *lady* Elisabeth por separado? ¿Acaso no eran la misma persona?

—He tenido que fingir que odiaba a Catherine durante toda mi vida para no sufrir su temperamento... mi espalda es testigo de ello —afirmó en un tono de voz melancólico.

—¿Por qué razón cree que voy a creerla después de lo que ha hecho?
—preguntó intrigado.

Si era sincero, le importaba bien poco lo que aquella mujer hubiera sufrido o no, seguro que se lo tenía bien merecido.

—Porque si ayer hice lo que hice, solo fue para que no mataran a Catherine —verificó con los ojos brillantes de emoción.

—¿Qué? —exclamó David con voz chillona a pesar de ser un caballero.

—Bajé la voz —susurró—. Mi madre tiene oídos en todas partes, nunca te puedes fiar, una vez pensé que no me escuchaba y no sé cómo lo hizo. Me quedé postrada en cama tres días fingiendo un constipado después de eso.

—¿*Lady* Elisabeth la maltrata físicamente? —preguntó directamente. Le sorprendía que aquella mujer que parecía tan refinada y distinguida le pusiera una mano encima a su propia hija.

—*Lady* Elisabeth no es mi madre, ella solo finge serlo —admitió volviendo a comprobar que nadie estaba lo suficientemente cerca de ellos. Tenía miedo, mucho miedo.

—No entiendo nada —confirmó David encogiéndose de hombros.

—Mi madre es simplemente una criada y yo la hija bastarda de un noble. *Lady Elisabeth* necesitó fingir un embarazo para casarse con su anterior esposo y de ahí que llegara a un acuerdo con mi verdadera madre; ella tendría un hijo y a cambio yo dejaría de ser una simple bastarda.

—¿Por qué me cuenta todo esto?, ¿Qué razones cree que tendría para no hacerlo público y desprestigiarlas a ambas?

—Hágalo —afirmó—, yo no puedo hacerlo. Vivo en una cárcel desde que nací, solo el miedo y la falta de recursos me impiden huir. Todo ha empeorado desde que el vizconde murió, al menos esos años pese a no poder tener una hermana como tanto hubiera querido tener, pude estar tranquila. Mi madre y *lady Elisabeth* pensaban que, si el vizconde desprestigiaba lo suficiente a su hija, acabaría dejándome la herencia solamente a mí, que debía ganarme su favor. Para una niña es muy fácil conseguir que el propósito se convierta en un verdadero sentimiento, a veces incluso creí que odiaba de verdad a Catherine por tener el favor de su padre, pero con los años descubrí que todo había sido fomentado e incluso no entendía como ella a pesar de su maltrecha situación por culpa de los ungüentos de madre, ni tan siquiera se defendía de todos los insultos que le profesaba.

—¿Entonces es su madre y *lady Elisabeth* las que están detrás de los asaltos hacia *lady Catherine*? —preguntó abiertamente.

—Así es —confesó—. Intenté poner en sobre aviso a Catherine con una nota anónima. Desconozco si finalmente fue entregada puesto que tuve que hacerlo rápidamente en un descuido de madre —confirmó.

—Yo mismo leí esa nota —afirmó David sabiendo ahora de quién procedía aquella advertencia.

—Quise advertirla porque *lady* Elisabeth tenía la convicción de que, si Catherine era violada, su excelencia la repudiaría y entonces yo conseguiría captar su atención y se casaría conmigo, de forma que podría recuperar la herencia que cree pertenecerle del vizconde.

—Yo jamás le haría eso a Catherine —afirmó tajante.

—Lo sé. Se dieron cuenta cuando vieron que Catherine comenzó a visitar frecuentemente la fábrica de carruajes Grafton para permanecer bajo su protección, es entonces cuando decidieron que debían aniquilarla. De esa forma, usted heredaría toda la fortuna del vizconde y estaría libre para mí.

—Y entonces porqué me drogó ayer, ¿Por qué fingió que éramos amantes?
—preguntó sin comprenderlo.

—Yo le dije a Catherine en su día que usted me amaba. Madre me obligó a hacerlo para dañarla como en tantas otras ocasiones— comenzó a decir—. Ella me amenazó con echarnos de su casa si me acercaba hasta usted, pensé que, si fingía que éramos amantes, ella cumpliría con su amenaza de enviarnos lejos y ni *lady* Elisabeth, ni madre podrían hacerle daño.

—¿Y qué pasaría si no decidieran irse? —exclamó no pareciéndole convincente esa explicación.

—No tienen recursos para mantener el nivel de vida que *lady* Elisabeth desea. No tendría más remedio que marcharse a la casa que el vizconde le heredó en los Hamptons.

—¿No pensaste que antes de marcharse acabarían logrando su cometido para evitar precisamente su marcha?

—Lo pensé, pero dado el odio que Catherine debe sentir por mí en estos

momentos, supuse que no sería ella quien lo hiciera, sino que enviaría a alguien. Incluso también consideré la posibilidad de que se marchara de nuevo, de estar lejos de ellas.

—Todo esto es demasiada información que asimilar —confirmó David mientras se sentaba en un banco y se pasaba una de las manos por el cabello, ¿En qué mundo se había criado Catherine? Rodeado de mujeres conspiradores y malvadas que solo la habían hecho sufrir—. ¿Por qué no le has contado todo esto a Catherine?, ¿Por qué me lo cuentas a mí?

—Contárselo a Catherine no serviría de nada, somos damas y no tenemos potestad. En cambio, usted sí puede cambiar las cosas, puede darme la libertad que tanto ansío.

—¿Testificará contra *lady* Elisabeth y su madre? —preguntó convencido de que tenía que denunciar los crímenes de aquellas mujeres.

—Si —afirmó sin reparos.

—Necesitaremos pruebas de sus crímenes —dijo pensando en todo lo que aquello conllevaba.

—*Lady* Elisabeth envenenó al vizconde. Aún tiene más de ese veneno en su baúl de ungüentos y pociones.

—¿Sabes por qué razón lo hizo? —preguntó sin sorprenderle la afirmación, puesto que la propia Catherine ya se lo había advertido.

—El vizconde averiguó que ella y madre eran las culpables de la enfermedad de Catherine y las quiso echar de casa.

—Catherine corre realmente serio peligro —afirmó David más para sí mismo que hacia la señorita Barston.

—Tiene que protegerla *lord* Clayton, ella se lo merece —apremió Amelia emocionada.

David miró ahora a la señorita Barston con otros ojos, vio en ella una dama frágil, hermosa y no entendía porqué no se había casado para librarse de aquellas mujeres que la atormentaban.

—¿Por qué no se casó para escapar de ellas? —preguntó a pesar de que le daba igual la respuesta, pero sintió curiosidad.

—Tengo heridas profundas, heridas que me atormentan y me recuerdan de dónde vengo y que no soy merecedora del amor que ningún hombre pueda brindarme —contestó pesar en sus palabras.

—Pero habrás recibido infinidad de peticiones de matrimonio, ¿Como has conseguido poder negarte a todas ellas?

—Actuaba para conseguir que mi belleza exterior quedará ensombrecida por mi personalidad, de esa forma no resultaba ser interesante para ningún caballero. He tenido que soportar más de un latigazo por culpa de ello —afirmó consciente de lo que estaba diciendo.

La dama tenía razón, él mismo podía constatar ese hecho y saber que la habían maltratado por ello le apenaba.

—Debo marcharme o se preguntarán dónde estoy —dijo apresurándose—. Necesito que me prometa que cuidará de Catherine.

—Con mi vida si es necesario —dijo sin dudarlo.

David vio como la joven señorita Barston se alejaba junto a la doncella y con paso decidido se encaminó hacia su destino, la casa de su amigo *lord* Henry Sylverston. Estaba esperando en el recibidor de la casa duques cuando Henry

apareció con un semblante serio.

—No quiere verte —dijo antes de saludarlo.

—Soy su esposo, me verá quiera ella o no —afirmó. Podía entender su empecinamiento, pero era más importante lo que tenía que decirle que la testarudez de Catherine.

—¿Por qué no le das un par de días para que la situación se apacigüe? Te aseguro que conseguirás más que en el estado en que se encuentra ahora —contestó Henry tratando de convencer a su amigo.

—No puedo esperar —admitió—, es de suma importancia lo que tengo que

decirle —insistió David.

Henry suspiró, realmente se encontraba entre la espada y la pared porque si David había sido franco la noche anterior, él en su misma situación estaría igualmente desesperado.

—Espera aquí —dijo antes de marcharse a lo que parecía ser una salita de té.

David se acercó lentamente para saber si allí se encontraba Catherine e intentó escuchar tras la puerta disimuladamente.

—Tú has visto como estaba cuando ha vuelto esta mañana, no creo que pueda soportar enfrentarlo Henry. —Se trataba de la voz de *lady* Emily

David escuchó a la duquesa de Sylverston hablar sobre Catherine por lo que supuso que allí no se encontraba así que aprovechó la situación para subir las escaleras y revisar todas las habitaciones. Encontró a la pequeña hija de los Sylverston jugando con una joven doncella y se disculpó por la intromisión. Cuatro puertas después, dio con una habitación de invitados bien iluminada y la silueta de una mujer observando por la ventana que sin duda era Catherine.

Cuando Catherine escuchó el sonido de la puerta cerrarse se giró rápidamente para observar a David, ¿Que hacía él allí?, ¿Cómo la había encontrado?

David observó a su esposa con unas ojeras visibles, la cara hinchada por el llanto y se maldijo a sí mismo porque su esposa sufriera de aquella forma por culpa de aquellas víboras asesinas.

—Lárgate de aquí —dijo Catherine en un tono de voz despreciativo.

—Sé lo que viste y sé que es difícil de creer, pero te juro que la señorita Barston no es mi amante, ni jamás lo ha sido.

Catherine alzó una ceja de incredulidad.

—Entonces debo pensar que solamente estabais durmiendo desnudos en la misma cama porque sois muy buenos amigos, ¿Es eso? —preguntó con cierta ironía más que evidente.

—Amelia me drogó —confirmó dando respuesta a su pregunta.

—Invéntate otra excusa más creíble —le recriminó—. Sé que erais amantes antes. Tú mismo no negaste en su momento el interés que tenías hacia ella.

—Jamás he tenido interés alguno en la señorita Barston, siempre la he detestado —confirmó. Necesitaba relatarle todo lo que su hermanastra le había contado, hacerla ser consciente del peligro en el que estaba y salvaguardarla hasta alejar esa amenaza de ella.

—No te creo, siempre me has mentado, incluso nuestro matrimonio fue una vil mentira —le reprochó echándosele en cara.

—No Catherine —se negó—, puede que al principio no lo deseara, es más, deteste la idea de casarme incluso antes de saber quién sería mi prometida, pero eres lo mejor que me ha pasado en mi vida y no voy a dejar que nada, ni nadie te separe de mí.

—Pues ya no hace falta que hagas nada porque tú mismo te has encargado de ello.

—Catherine —insistió—, te prometo que entre Amelia y yo jamás ha habido nada, pero lo que hizo fue por un motivo.

—Veo que ni tan siquiera niegas la familiaridad que hay entre vosotros, aunque claro, esta mañana salías de su casa o más bien de mi casa —contestó airada—. Pero le puedes decir que se marche, no quiero que esté en mi casa

ni un solo minuto más.

—Amelia no es como tú crees, ella...

—¡Fuera! —gritó sin dejarle terminar de hablar.

—¡Pero tienes que escucharme! —exclamó autoritario.

—Largo de aquí o empezaré a gritar —insistió Catherine.

—¡Grita!, ¡Me da igual! —exclamó exasperado—. ¡Tú eres lo único importante para mí y no pienso permitir que ninguna de esas malnacidas te haga daño!

—¿Que ocurre aquí? —pronunció Henry que había escuchado los gritos y se presenció para ver lo que estaba sucediendo.

—Nada, David ya se marchaba —afirmó Catherine.

—Catherine, prométeme que no saldrás de esta casa —dijo observándola detenidamente—. Henry, solo me iré de aquí si me aseguras que ella no abandonará esta casa hasta que el culpable de los asaltos hacia mi esposa esté detenido.

—No habrá lugar más seguro en toda la ciudad para ella que aquí —contestó Henry intentando mediar entre ambos.

Emily apareció en la habitación de Catherine en cuanto David se hubo marchado.

—¿Debo suponer que no ha ido tan mal cuando no estás llorando?
—preguntó mientras se sentaba en la cama aparatosamente debido a su enorme vientre.

—Ha negado que tenga una aventura con Amelia, dice que ella le drogó, pero al mismo tiempo intentaba defenderla... ¿Qué hombre puede contradecirse de esa forma?

—Resulta extraño —confirmó Emily.

—O la ama —contradijo Catherine.

—Pero Henry me dijo que anoche le confesó que te amaba a ti.

—¿Anoche? —preguntó Catherine girándose para mirar a Emily.

—Vino de madrugada, al parecer te estuvo buscando por toda la ciudad antes de llegar aquí en última instancia. Evidentemente Henry no le dejó despertarte y estuvieron conversando hasta altas horas de la noche —contestó Emily.

—¿No estuvo entonces con Amelia? —preguntó Catherine más para sí misma que para su amiga.

—No, pero sí que le dijo que iría a su casa hoy mismo y si era preciso la arrastraría hasta aquí para confesar delante de ti que le había drogado —afirmó Emily—. Si soy sincera, no me extrañaría que la señorita Barston hiciera algo así después de todo lo que me has contado sobre ella y su madre.

—¿Y si David ha dicho la verdad? —preguntó Catherine esperanzada. Lo cierto es que cuando entró en la habitación de David él no estaba consciente, ella creyó que dormía plácidamente, pero quizá estaba realmente sujeto a alguna sustancia que lo hacía no poder reaccionar para saber lo que estaba ocurriendo, en cambio Amelia sí que parecía estar esperándola y su voz era demasiado ensayada.

—¿Qué razones crees que pueda tener la señorita Barston para hacer algo así?

—preguntó Emily pensativa.

—¿Hacerme daño como lo ha hecho toda su vida? —contestó Catherine.

—Ella podría ser la más perjudicada si esa situación en la que fue encontrada se hiciera pública. Nadie la querría, jamás se casaría, ni conseguiría un matrimonio ventajoso —contestó contrariada.

—Tal vez solo intenté quedarse con David, siempre ha querido todo cuánto yo tuviera —afirmó Catherine.

—Engañarlo con esa treta no funcionaría. Tal vez con un hombre soltero, pero David está casado y tiene la excusa idónea para negarse a ella —volvió a contradecir Emily.

Catherine llevaba tres días encerrada en la casa de los duques de Sylverston. Al principio ni tan siquiera había intentado salir puesto que tenía demasiado en lo que pensar desde la conversación que mantuvo con Emily tras la marcha de David. Le había hecho recapacitar y pensar si él podría ser inocente de aquello, lo cierto es que necesitaba hablar con él, pero primero enfrentaría a su hermanastra Amelia y sonsacarle su versión de los hechos, aunque sabía de sobra como se las gastaba Amelia esperaba poder encontrar la verdad o la falsedad en sus palabras. Se vistió adecuadamente para salir, era algo temprano por lo que intuía que *lady* Elisabeth habría salido a dar su habitual caminata como hacía cada mañana para conservar su esbelta figura —según ella— y sería la oportunidad perfecta para encontrar sola en casa a su hermanastra Amelia.

Salió silenciosamente de su habitación tratando de ocultarse para que nadie la viera y avanzó sigilosamente hacia la escalera de forma precipitada antes de que alguien la viera.

—¿Dónde crees que vas? —exclamó Emily en voz alta.

Catherine se giró para ver a su amiga Emily con su vientre abultado de brazos cruzados al final de la escalera.

—Tengo que salir —dijo sincera—. Debo hablar con Amelia, necesito que saber la verdad de lo que sucedió o me desquiciaré aquí encerrada.

—Sabes que es peligroso Catherine, no te dejaré salir. Si te ocurre algo no me lo perdonaré jamás —contestó preocupada.

—No me pasará nada —respondió tratando de convencer a su amiga—. Nadie sabe que estoy aquí, utilizaré tu carruaje y volveré en seguida. Apenas tardaré una hora en regresar.

—No, menos aún si Henry no está aquí para poder acompañarte —negó rotundamente.

—Por favor, Emily —suplicó—. No tardaré, tengo que aprovechar que *lady* Elisabeth estará ausente para enfrentar a solas a mi hermanastra.

Catherine observó como Emily dudaba y se aprovechó de ello.

—Solo serán unos instantes y enseguida volveré. Te lo prometo —insistió con voz apenada.

—Entiendo tu dilema Catherine, créeme que lo entiendo, pero si te ocurriera algo yo...

—Sé que me aprecias y te estoy eternamente agradecida, pero esto es algo que debo de hacer por mí misma. Se trata de mi felicidad, de mi futuro.

Emily suspiró y Catherine supo que había tocado el corazón generoso de Emily lleno de bondad, por lo que ella terminaría accediendo a su petición.

—Está bien, pero yo te acompañaré —afirmó seriamente.

—¿Qué? —exclamó Catherine sorprendida.

—Solo si te acompaño podré estar tranquila y en mi situación no querrás que me ocurra algo, ¿no?

—No, por supuesto que no —negó Catherine—. No puedes acompañarme.

—¿Por qué no? Tú misma dijiste que sería solo un momento y nadie te vería, que en mi carruaje nadie podría reconocerte.

—Pero yo no puedo... si te pasara algo *lord Sylverston* me mataría y yo no me lo perdonaría.

—Solo saldrás de aquí conmigo, Catherine —advirtió desafiándola—. Así que tu decides; o decides ir en mi compañía o te quedarás aquí.

Catherine valoró la situación, realmente no tendría porqué correr peligro y Emily se podría quedar en el carruaje cuando llegaran a su casa de Kensington. No tendría de qué preocuparse puesto que ella estaría a salvo en su propio carruaje, regresarían enseguida y ni tan siquiera el duque de Sylverston sabría de su salida a menos que Emily optara por contárselo cosa que dudaba que hiciera si no quería ganarse una reprimenda de su esposo.

—Está bien, démonos prisa —contestó Catherine apremiándola para ponerse en marcha cuanto antes.

Llegaron en cuestión de unos minutos a su casa en Kensington donde residían *lady Elisabeth* y su hermanastra, algo que iba a cambiar inmediatamente porque no pensaba tolerar su presencia ni un solo día más.

—Espérame aquí. No tardaré —advirtió Catherine a su amiga que volvió a

desafiarla con la mirada.

—De eso ni hablar. No voy a dejarte sola en esa casa enfrentándote a esas...

—Las palabras no salían de su garganta—. ¿Qué ocurriría si *lady* Elisabeth está presente?, ¿O regresa pronto? Prefiero asegurarme de que estés bien, así que te acompañaré.

Catherine supo que Emily era aún más tozuda que ella misma —si es que eso era posible—, así que como debía darse prisa aceptó que la acompañara de mala gana. Tal vez incluso temieran alzar la voz debido a las consecuencias que el esposo de la duquesa de Sylverston podría tener sobre ellas si a su querida esposa le ocurría algo. Llamó a la puerta y una joven doncella abrió enseguida, si mal no recordaba su nombre era Ginger, la misma que había sido testigo de su desastroso matrimonio cuándo vivía allí.

—Mi *lady* —saludó al reconocerla.

—¿Se encuentra *lady* Elisabeth en casa? —preguntó Catherine con precaución.

—No, *lady* Elisabeth salió a dar un paseo como hace cada mañana mi *lady*, pero la señorita Barston si se encuentra, ¿Desea que avise de su llegada?

—Si, dígale que la estaré esperando en el comedor —contestó mientras entraba sin quitarse los guantes, ni el sombrero y se dirigía a la sala mencionada que tan bien conocía dónde se encontraba seguida por Emily.

—Tu viviste aquí, ¿Cierto? —preguntó Emily mientras esperaban.

—Si —afirmó—, aunque realmente lo hice solo unos días, por lo que apenas disfruté de esta casa. No sabría decirte si resulta cómoda o no —contestó algo nerviosa sabiendo que tarde o temprano su hermanastra aparecería por esa

puerta y debía ser fuerte para enfrentarse a ella.

—Desde luego la mansión Wells es mucho más grande que esta pequeña casita —respondió Emily mirando a su alrededor observando detenidamente el salón principal que debía ser una cuarta parte del tamaño del salón de su propia casa.

—¿Catherine?, ¿Qué haces aquí? —exclamó Amelia nada más verlas.

Catherine y Emily se giraron tras escuchar la voz de Amelia que lucía con una tez más pálida de lo normal y sus cabellos estaban sueltos y desordenados, parecía que aún no había podido arreglarse adecuadamente. Jamás en su vida Catherine había visto a su hermanastra lucir con un aspecto tan demacrado ¿A qué se debería?

—Te advertí que te marcharas de esta casa, veo que has decidido no seguir mis indicaciones —contestó altivamente Catherine.

—Le advertí a *lord* Clayton que debías esconderte, es peligroso que estés aquí —dijo en un tono de voz bajo mientras cerraba las puertas tras de sí.

Cuando Amelia se giró, tanto ella como Emily pudieron apreciar leves manchas de lo que se podía intuir como sangre en la espalda, atravesando parte de su vestido. ¿Qué estaba ocurriendo allí? Emily miró entonces a Catherine que igualmente le devolvió la mirada sin comprender absolutamente nada, pero ambas estaban completamente estupefactas.

—Debéis marcharos antes de que ella descubra que estáis aquí o de lo contrario... —comenzó a decir.

—*Lady* Elisabeth no está en casa —terció Emily.

—No hablo de *lady* Elisabeth —respondió mirando hacia los lados asustada.

—¿Entonces a quién os referís? —contestó Emily.

Catherine observaba a Amelia aturdida y además, ¿Dónde estaba aquella voz chillona y repelente que siempre tenía.

Unos golpes en la puerta hicieron que las tres dieran un pequeño salto por la tensión acumulada.

—Mi señora, traigo el té —pronunció la joven doncella, se trataba de Ginger que entró en el salón para depositar la bandeja sobre la mesa auxiliar.

—Yo he pedido que nos sirvieran el té, Ginger. Además, las damas ya se marchaban —respondió en su altivez habitual que Catherine reconoció enseguida.

—Pero doña Hortensia me ha dicho que lo sirva —respondió la doncella confundida.

—Está bien —respondió Amelia dejando que la criada sirviera el té ofreciéndoles una taza a cada una de ellas—. No debiste haber venido Catherine... solo espero que no nos hayas condenado a las tres.

En ese momento Catherine observó como su hermanastra se levantó del asiento y tiró el contenido de las tazas al suelo para evitar que lo bebieran.

—¡Zorra ingrata! —exclamó una voz que se abalanzó sobre Amelia justo en el momento que dijo aquello emergiendo como una sombra negra atravesando el salón.

—¡Corred!, ¡Deprisa, corred y no miréis atrás! —gritó Amelia antes de que un golpe seco en la mejilla la hiciera tambalear y caer al suelo.

Emily asustada retrocedió sin perder un segundo la escena de aquella horrible mujer de negro que se había abalanzado sobre la señorita Barston propinándole una bofetada y ahora las observaba con una especie de odio y malicia inexplicable.

—Nadie saldrá de aquí —afirmó aquella mujer con una voz autoritaria inapropiada para su estatus social.

—Soy la duquesa de Lennox y exijo una explicación —habló Catherine

colocándose delante de Emily para protegerla. No entendía con qué derechos la sirvienta personal de *lady* Elisabeth pegaba a Amelia sin miramientos.

—Se perfectamente quien eres mocosa mal nacida. Por tu culpa mi hija no tiene lo que le corresponde.

Emily dejó escapar un gritito y Catherine le cogió la mano para calmarla. Solo esperaba que el bebe estuviera bien, sacaría a Emily del lio en la que la había metido por su culpa, aunque fuese lo último que hiciera.

—No sé quién es su hija, ni tampoco me interesa saberlo, pero ahora mismo la quiero fuera de mi casa —advirtió en el tono más autoritario que pudo conseguir decir pese a que debía admitir para sí misma que por sus venas corría un miedo atroz. En los ojos de aquella mujer se podía apreciar el matiz carente de sentido común y de honorabilidad por el que no se podía esperar que les aguardara ningún tipo de respeto.

—Usted no me da órdenes, no es nadie —admitió—. Debí haberla matado hace tiempo como maté a vuestra madre en vez de dejarme convencer para dejarla con vida.

Catherine tembló en aquellos momentos ¿Su madre fue asesinada? No podía ser...

—Madre... déjelas marchar por favor —pronunció la voz débil de Amelia que hizo que Catherine abriera aún más los ojos de la impresión.

—Tú cállate, estúpida —contestó de mal agrado—. Por tu culpa no la violaron y ahora sería una mujer repudiada por su marido ante tal agravio, ¡Podrías haberlo tenido todo!, ¡Todo! Y decidiste ser una pobre inútil enviando esa maldita nota anónima para advertirla creyendo que no iba a descubrirte... —añadió con evidente odio en sus palabras—. Y en cuanto a

vosotras dos, lamento comunicarles que tendrán un fatídico accidente de carruaje hoy mismo.

—Nadie lo creerá —contestó Emily reaccionando ante sus palabras—. Todos saben que Catherine sufrió dos asaltos, lo investigarán y sabrán que usted está detrás de todo esto.

—Ocurren accidentes todos los días. No encontrarán pruebas para incriminarme, jamás lo han hecho.

—No conoce a mi marido —advirtió Emily—. Si nos deja irnos le aseguro que seremos clementes con usted.

—¡Usted no me da órdenes, nadie lo hará! —gritó ida de furia.

—¿Pero qué tenemos aquí? —La inconfundible voz de *lady* Elisabeth se escuchó tras ellas—. ¿Dónde están los modales que te enseñé, perra inútil? Al final no me has servido para nada, solo para quedarte con toda la fortuna de tu adorable padre. Todo lo que hice... todos esos años soportando a ese asqueroso hombre para que después no me dejase absolutamente nada... pero eso va a cambiar. Cuando estés muerta, Amelia se casará con ese petimetre de Lennox y el dinero volverá a nosotras.

—*Lord* Clayton jamás se casaría con Amelia —contestó Catherine intentando tener seguridad en sus palabras.

—Eso ya lo veremos —respondió *lady* Elisabeth con voz fría y autoritaria—. Mátalas Hortensia y asegúrate de que parezca un accidente.

Catherine aún tenía la mano entrelazada con la de Emily que la apretaba fuerte como si con ello se fortaleciera. Vio el miedo en los ojos de su amiga y su mano en el vientre como si con ello tratara de transmitir seguridad a la

pequeña vida que se gestaba en su interior.

—Su plan no funcionará —alegó de pronto Catherine—. Mi padre fue muy estricto con el testamento y dejó cláusulas que impiden heredar su fortuna.

—¿Qué quieres decir? —preguntó levantando una ceja.

—Estableció una serie condiciones y el dinero no podrá tocarse salvo que se cumplan absolutamente todas ellas —afirmó sincera.

—Eso no importa, cuando mueras tu esposo heredará toda la riqueza del vizconde de Grafton y esas condiciones de las que hablas se anularán.

—No. El único en poder heredar será un hijo legítimo de *lord* Clayton y mío, de lo contrario toda la fortuna irá a parar a un orfanato elegido por mi propio padre.

—No puede ser... ¡Mientes! —gritó fuera de sí.

—Puede averiguarlo si quiere —contestó altiva—. Sabe que el abogado se reunió a solas con nosotros tras la lectura para tratar algo en privado, era para advertirnos de las condiciones. Hasta que no tenga un hijo legítimo la herencia permanecerá intocable y si no llega a suceder en un plazo de tres años desde la lectura jamás tocaremos su fortuna.

—No podemos matarla si dice la verdad, ¡Esa herencia es de Amelia! —gritó la criada de *lady* Elisabeth que le recriminaba a ésta mientras parecía pensar en las opciones que tenía.

—Tendremos que procurar entonces que te embaraces y ha de ser pronto.
—Su sonrisa fue cínica y malvada—. Hortensia, llévalas a la casa del lago, ya me ocuparé de encontrar a varios hombres que estarán más que dispuestos a dejarla en cinta.

Catherine tragó en seco, el nudo que en aquellos momentos tenía en la garganta no la dejaba hacerlo con normalidad. La maldad de aquella mujer no tenía límites.

—No hará falta, *lady* Catherine ya está embarazada —dijo en ese momento Emily cogiendo con fuerza la mano de su amiga haciendo que Catherine no rebatiera sus palabras.

—Menos problemas entonces y en cuanto a ti... —advirtió *lady* Elisabeth mirando a la duquesa de Sylverston fijamente—. Supongo que te dejaremos con vida por si tu hijo nos fuese de utilidad.

—No dejaré que toque a mi hijo, vieja arpía y.... —su voz se apagó mientras se desplomaba al suelo.

—¡Emily!, ¡Emily, no! —gritó Catherine—. ¿Qué le ha hecho?

—Solo duerme, como lo harás tú ahora —contestó Hortensia justo antes de colocarle un paño en la nariz a Catherine que pese a luchar con todas sus fuerzas se vio abducida por la más negra oscuridad.

Cuando Catherine abrió los ojos intentó adaptarlos a la penumbra del lugar en el que se encontraba. Estaba tumbada sobre algo duro y frío que tras tocarlo, comprobó que se trataba del suelo de piedra, se giró a su alrededor y vio a Emily que aún estaba inconsciente y justo al lado identificó a su hermanastra Amelia intentando abrir la puerta de la habitación en la que se encontraban encerradas.

—¿Amelia? —gimió. Su tono de voz era algo ronco aún debido a su somnolencia.

—Tenemos que escapar —dijo volviéndose hacia ella—. Puede que os dejen

vivas para conseguir su objetivo, pero nada os libraré de los latigazos de madre.

—¿Hortensia es tu madre? —preguntó Catherine con tacto.

—Si —afirmó sin ningún pudor.

—¿Por qué no me lo dijiste?, ¿Por qué nunca me contaste lo que te estaban haciendo? —exclamó intentando incorporarse.

—¿Revelar que *lady* Elisabeth era una impostora?, ¿Decir que soy la hija bastarda de un noble cuyo nombre desconozco y de una simple sirvienta? —contestó con cierta ironía—. Lo intenté, pero madre siempre tenía oídos en todas partes y se aseguró de que jamás pensara en hacerlo porque las consecuencias serían mucho peor.

—Tu espalda... está sangrando —advirtió viendo las manchas del vestido que ya habían traspasado del todo el tejido.

—Descubrió que te envié esa nota anónima, no sé cómo lo hizo, pero lo averiguó —afirmó desistiendo de su empeño en abrir aquella puerta cerrada con llave.

—¿Por qué me la enviaste? Debiste venir en persona a decírmelo en lugar de enviarme esa simple nota —contestó creyendo que de esa forma las cosas podrían haber sido distintas.

—No me habrías creído. Además, no podía correr ese riesgo si me atrevía a visitarte —dijo acercándose a ella—. Catherine, jamás hubo algo entre *lord* Clayton y yo, le drogué para que nos encontraras en su lecho y así cumplieras tu amenaza de echarnos de casa porque ellas iban a hacerte daño, las escuché planificando tu asesinato —confesó—. Le advertí al duque que te mantuviera

a salvo, que te alejara de ellas hasta que consiguiera las pruebas que delataban sus crímenes, entre ellos... la muerte de tus padres.

—¡Dios mío! —exclamó llevándose una mano a sus labios atónita—. David me lo dijo, pero estaba tan furiosa que no le creí, ni tan siquiera hice por escucharlo —contestó ahora arrepentida—. Debí haber confiado en él, si lo hubiera hecho nada de esto habría pasado y no habría puesto en peligro a Emily y a su bebé.

—¿Sabe alguien que vinisteis? Cuando os echen en falta os buscarán y *lord Clayton* sabe lo ocurrido, estoy segura de que sabrá quienes son las culpables de vuestra desaparición. No cesará en buscarte porque él te ama Catherine, te ama de verdad.

Catherine miró a su hermanastra y por primera vez no la vio como la dama consentida, cruel y despiadada que siempre había pensado que era, había estado tan ciega todo este tiempo, si tan solo se hubiera dado cuenta de la realidad del infierno que Amelia vivía en su propia casa...

—Todo lo que hiciste, todas las cosas que me decías para hacerme daño... —dijo Catherine.

—Madre me obligaba a hacerlo... no espero que me perdones Catherine, puesto que fui demasiado cobarde para asumir las consecuencias de mi castigo si no lo hacía, en un acto de egoísmo y supervivencia, preferí que fueras tú la desdichada en lugar de enfrentarme a madre y dejar que me lastimara.

—Viviste un infierno en mi propia casa y jamás lo supe —afirmó a pesar de saberlo.

—Tú no tienes la culpa, fuiste otra víctima más de ellas, como lo fue también

tu padre.

—¿Por qué?, ¿Por qué le asesinaron? —exclamó con dolor.

—No les bastó con separarlo de ti, que cuando el vizconde descubrió que *lady* Elisabeth era la culpable de tu enfermedad la enfrentó y lo hizo enfermar.

—¡Dios mío! —gritó Catherine que pese a sospecharlo tanto tiempo ahora que se lo confirmaba su hermanastra no sabía cómo asimilarlo.

—¿Cómo lo descubrió mi padre?, ¿Cómo lo supo? —preguntó ávida por obtener respuestas.

—Lo desconozco —contestó apesadumbrada—. Yo le tenía estima al vizconde, él siempre me trató bien y lamento no haber podido hacer nada para salvarlo —confesó triste.

—Tú no tienes la culpa Amelia, cuando salgamos de aquí me aseguraré de que jamás vuelvan a ponerte la mano encima —aseguró siendo consciente de sus palabras.

—¡Oh Catherine! —exclamó mientras las lágrimas de Amelia saltaron de sus ojos y se abrazó sobre Catherine como si estuviera necesitada de ese abrazo desde hace demasiado tiempo. ¡He deseado tantas veces poder tenerte como una verdadera hermana! —exclamó entre sollozos.

—Y la tendrás... —afirmó abrazándola por primera vez con cariño.

—¿Cómo que no están en casa? —vociferó de tal manera el duque de Sylverston que su voz resonó en toda la casa.

—Mi *lord*, *lady* Emily salió junto a la duquesa de Lennox esta mañana sin

decir a donde se dirigían y el carruaje aún no ha regresado.

—¡Arg! —gruñó Henry con furia contenida—. ¡Como le pase algo!, ¡Juro que si...! —empezó a vociferar, pero evito soltar una sarta de improperios que no servirían de nada puesto que conociendo como conocía a su mujer, su mayordomo no habría podido evitar su salida, aunque sí podría haberlo avisado a tiempo.

—¡Haz que ensillen mi caballo inmediatamente! —gritó mientras se dirigía hacia el salón, necesitaba tomarse una copa de coñac para tratar de calmar la ansiedad que sentía.

¿En qué demonios estaba pensando Emily para acompañar a Catherine? Y peor aún, ¿En qué infiernos pensaba la duquesa de Lennox al exponerse de esa forma! Cómo le hubiera pasado algo a Emily... no respondía de sus actos, es más, cómo le hubieran tocado un solo pelo de su cabeza; mataría a quien se pusiera por delante sin tener miramiento alguno.

—Ya está listo mi *lord* —Henry se apresuró a tomar el resto de su copa de un solo trago y cogió su capa al mismo tiempo que salía por la puerta en dirección a la caballeriza donde su caballo estaría ensillado y preparado para salir.

Cabalgó a toda prisa hacia la mansión Wells donde se alojaba el duque de Lennox pensando en cómo diablos se le había podido ocurrir salir a su esposa sabiendo el peligro que acechaba a la *lady* Catherine, ¿Es qué esas damas no tenían ningún sentido de la prevención? Aporreó la puerta bruscamente, lo que menos tenía ahora era sentido del decoro o del deber estando desaparecida su esposa, si se trataba de Emily, perdía todo razonamiento coherente, más aún en el estado de gestación avanzado en el que se encontraba precisamente ahora.

En cuánto el mayordomo abrió la puerta entró si tan siquiera anunciarse.

—Estoy buscando a su excelencia *lord* Clayton —dijo con paso decidido hacia el conocido despacho de David.

—Está... en su despacho mi *lord* —escuchó Henry la voz del mayordomo que terminaba justo al mismo tiempo en que él abría la puerta del despacho de David y le encontraba perdido entre papeles.

—Han desaparecido —afirmó captando toda la atención *lord* Clayton.

—¿Qué? —exclamó este alzándose de pronto.

—Salieron esta mañana a primera hora y cuando volví hace un momento descubrí que aún no habían regresado —contestó tratando de ser cauto.

—¿Llevan todo el día fuera?, ¡Demonios Henry!, ¡Me aseguraste que estaría a salvo en tu casa! —le incriminó David.

—¡No me vengas con acusaciones David, porque mi esposa también está desaparecida! —gritó en el mismo tono.

—¿Has preguntado en casa de los señores Benedict? Tal vez estén allí, quizá fueron porque...

—¡Como le haya pasado algo a mi esposa te juro que...! —vociferó Henry... no era capaz ni de terminar la frase, se mesó el cabello al tiempo que daba zancadas de un lado a otro—. No les ha pasado nada. No puede haberle pasado nada —susurró más para convencerse a sí mismo.

—Estarán bien —afirmó David para tratar de consolar a su amigo y quizá, también a él mismo.

Visitaron la casa de los señores Benedict donde Julia admitió que no tenía

noticias de sus amigas desde hacía varios días atrás cuando las visitó por última vez. Robert se ofreció para acudir a Lynet's donde cabía la posibilidad de que estuvieran las damas solo por precaución.

En casa de los señores Brandon obtuvieron la misma respuesta por parte de Susan y sus padres que corroboraron no saber nada de las damas.

—¿Qué motivos tuvieron para salir?, ¿Qué razón las pudo llevar a salir?
—preguntó Henry desesperado pensando en que su esposa podría haber sido asaltada por unos malhechores sin escrúpulos y ahora mismo estaría desprotegida, vulnerable y a saber qué clase de cosas le habrían podido hacer... solo de pensarlo hacía que su estómago se revoliera.

—Creo que sé dónde pudo ir —dijo David mientras espoleaba su caballo y Henry le seguía de cerca.

David llamó a la puerta de su antigua casa, pero nadie abrió. Eso hizo que se extrañara, puesto que era ilógico que las damas de la casa no estuvieran a esas horas y menos aún, el servicio que aún dado el caso de que se hubieran ido permanecería en el lugar. Forzó la puerta y ambos entraron en la casa que permanecía completamente a oscuras.

—¿Hola? —preguntó David alzando la voz.

Henry se adentró y encendió un candil para iluminar el estrecho recibidor.

—¿Se han ido? —preguntó *lord Sylverston* extrañado.

David no sabía que pensar ¿Podría haber cumplido Catherine su amenaza de echarlas de su casa de forma que lo habrían aceptado de buen agrado y se habrían ido? Por alguna razón lo dudaba.

—¡Cielo santo! —exclamó alzando Henry la voz.

David acudió enseguida al lado de donde se encontraba el duque de Sylverston y pudo visualizar varios cuerpos tendidos en el suelo iluminados por la leve luz del candil que su amigo tenía en la mano. Estaban inertes, como si estuvieran inconscientes o sin vida, pudo reconocer a simple vista desde aquella distancia a la doncella que había acompañado a la señorita Barston y a su antiguo mayordomo, pero había dos cuerpos más. Con cierta expectación y un temblor que le recorría el cuerpo, se acercó junto a Henry hasta que comprobaron que no se trataba de ninguna de sus esposas.

—Es el cochero de Emily —afirmó Henry mientras se agachaba y le intentaba tomar el pulso para saber si estaban vivos, pero al tocar su fría piel dedujo que no era así.

—Han estado aquí, de eso ya no hay duda —asimiló David.

—Si han matado a todo el personal de la casa y a mi cochero es porque indudablemente no quieren dejar testigos—. Hay que avisar a las autoridades —dijo Henry—. Si no están aquí es porque quieren algo de ellas y deben estar con vida —suspiró esperanzado.

—Pero ¿Qué? —preguntó David intentando analizar todo lo que sabía para averiguar la razón.

—Eso es lo de menos, lo único que nos puede importar es que sea el tiempo suficiente para lograr encontrarlas.

Lady Elisabeth parecía que se había desvanecido, incluso fueron hasta la casa de los Hamptons en la que obviamente no la habían encontrado, tampoco había ni rastro de la señorita Barston y la desesperación en el rostro de *lord Sylverston* y *lord Clayton* empezaba a hacer mella por la falta de sueño, aunque sobre todo de preocupación. No iban a descansar hasta encontrarlas y

que ellas regresaran sanas y salvas a casa.

—¿Sabes dónde estamos? —preguntó Catherine a su hermanastra.

—Si, es una casa antigua que está a tres horas de la ciudad. *Lady Elisabeth* y madre guardan aquí sus plantas y pociones. Aquí es donde cultivan todas las especias poco comunes que necesitan.

—Pero ¿Alguien sabe que existe?, ¿Pueden encontrarnos? —preguntó Emily que hacía unos instantes se había despertado y no dejaba de sujetarse el

vientre para tratar de calmarse.

—No, nadie conoce su existencia. Era de mis abuelos, la casa donde madre se crio de pequeña —afirmó compungida.

—No nos encontrarán —dijo Emily abatida—. Mi hijo nacerá entre estas mugres paredes sin ver a su padre, ¡No! —exclamó no pudiendo evitar derramar las lágrimas que comenzaban a brotar de sus ojos—. Esta vez tenía que ser distinto, Henry tendría que ver nacer a su hijo... no puede ser así, tenemos que salir, él tiene que...

—Cssh —siseó Catherine al escuchar pasos que se acercaban y oyeron una llave que giraba en la puerta para después ver como ésta se abría y aparecía la verdadera madre de Amelia que con su rostro serio no parecía presagiar nada bueno.

—¡Os tiene que durar hasta mañana! —gritó mientras les lanzaba una onza de pan al suelo y dejaba una jarra de barro en el suelo.

—¡Madre!, ¡Por favor madre, déjalas irse! —gritó Amelia acercándose a la puerta en un tono de súplica.

—¡Tu cállate!, ¡Malnacida! —gritó Hortensia atestándole un guantazo provocando que Amelia se cayera al suelo de bruces—. ¡Todo esto es por tu culpa! —habló señalándola con el dedo—. Si hubieras hecho las cosas como tenía planeadas para ti, ¡Nada de esto habría pasado! —volvió a gritar.

—¡Yo no quería nada de esto!, ¡No era mi deseo...

—¡Cállate! —Su voz era atronadora y alzó la mano para volver a propinarle otro golpe.

—¡No! —gritó Catherine metiéndose por medio y llamando su atención.

—¡Tú no te entrometas o te llevarás sus latigazos! —Le recriminó haciendo que a Catherine se encogiera el corazón por temor a Amelia.

Vio como aquella mujer se acercaba a Amelia y la cogía de sus cabellos mientras estiraba de ellos para sacarla a rastras del lugar. Catherine no pudo contenerse y se abalanzó para evitarlo, pero aquella mujer le propinó un puñetazo en la mejilla haciendo que se tambaleara. En ese momento escuchó los gritos de Emily de fondo, los quejidos de Amelia, pero solo podía notar lo frío que estaba el suelo y la pesadez de su cuerpo en aquellos momentos.

—¡Después vendré por ti!, Así aprenderás a saber dónde estás y quién debes temer —dijo presagiando su amenaza a pesar de no ser consciente si la estaría escuchando o no debido al golpe.

—Catherine.... Catherine... —La dulce voz de Emily hizo que Catherine sintiera que estaba despierta a pesar del dolor.

—Estoy bien —mintió, pero en el estado en el que Emily se encontraba preocuparla no era beneficioso.

—¿Qué vamos a hacer? Esa vieja loca nos matará y nos torturará —exclamó atemorizada.

—Tranquila. Vamos a salir de aquí —dijo convenciéndose más a sí misma que otra cosa.

—¿Y cómo? En mi estado no soy de gran ayuda y esa bruja nos encierra con llave.

Unos golpes acompañados de unos gritos hicieron que Catherine se callara aquello que iba a decir y agarrara fuertemente a Emily de la mano.

—No sé cómo lo haré, pero te juro que esta noche te sacaré de aquí Emily

—afirmó Catherine. Era su culpa, por su entera culpa Emily se había metido en aquella historia y la sacaría sana y salva junto a su bebe a como diera lugar.

Cuando Amelia volvió apenas podía caminar, en cuanto aquella mujer la soltó para cerrar la puerta, cayó de rodillas al suelo y Catherine fue corriendo para sostenerla.

—¿Qué clase de madre le hace algo así a su propia hija? —dijo indignada. Ella no era madre, pero desde luego no era amor lo que esa mujer sentía por su hija.

—Solo lo hace para corregir mis malos hábitos —contestó Amelia.

—Ni se te ocurra defenderla —le advirtió Catherine a su hermanastra—. Su trato no tiene defensa alguna, ni perdón Amelia. Es completamente injustificable.

—Se me pasará en unos días... —respondió restándole importancia—, esta vez no ha echado sal en la herida —añadió con un hilito de voz.

—¡Dios santo! —exclamó Emily consternada con lágrimas en sus ojos por la crueldad de la situación.

—Esta noche nos iremos, ¿Me oyes? Necesito que descanses porque en unas horas escaparemos de aquí.

—No hay escapatoria Catherine, no con madre estando aquí.

—La habrá. Créeme que la habrá —dijo acariciándole el cabello mientras ideaba el plan que se le acababa de ocurrir para llevar acabo.

El señor Richard Hayden llegó inmediatamente hasta donde se encontraba su

amigo *lord* Clayton. Le habían llegado rumores sobre la posible desaparición de la esposa de su amigo y la duquesa de Sylverston, por lo que se implicó en la búsqueda para ayudarles.

—He conseguido cierta información —afirmó a los presentes—. No es muy fiable, pero al menos puede ser una pista.

—¡Vamos, habla! —exclamó *lord* Sylverston casi desesperado.

—Uno de mis contactos me avisó de que el carruaje de la duquesa de Sylverston se vendía en el mercado negro, así que acudí para comprobarlo.

—¿Era el carruaje de mi esposa? —preguntó impaciente.

—Si, lo era, llevaba incluso sus iniciales —contestó serio—. Pero eso no es lo importante, averigüe dónde lo habían encontrado y al parecer estaba abandonado a dos horas de aquí en el camino de Riddano CREALS.

—¿Crees que huyeron en el carruaje con ellas? —preguntó *lord* Clayton a su amigo Richard.

—Es lo que no he podido averiguar porque lo encontraron ayer por la tarde.

—Debieron huir inmediatamente o no les habría dado tiempo de deshacerse del carruaje, así que lo más probable es que tomaran ese camino —terció David meditando la situación.

—Registraremos cada casa del camino si hace falta, nos lleve a dónde nos lleve —aseguró Henry.

—Tendrán que estar en un lugar apartado, donde nadie las pueda ver ni tampoco localizar si piden auxilio —mencionó David—. Por lo que han de

estar en un lugar lo suficientemente apartado del camino.

—Pongámonos en marcha entonces, no hay tiempo que perder —concluyó *lord Sylverston* mientras le daba una palmada en el hombro a Richard que pareció agraderle haber podido servir de ayuda.

—Reuniré una partida de caballeros para que os den alcance lo antes posible —dijo antes de que partieran rumbo a Riddano CREALS

—¿Lo tenéis claro? —preguntó Catherine para asegurarse.

—Lo sospechará —terció Amelia en voz baja—. Ella siempre se lo sabe todo, es como si tuviera un sentido especial para detectarlo.

—No —aseguró— Saldrá bien, confía en mi —respondió mientras apretaba su mano.

—Está bien —respondió Amelia abatida pero aun así intentó sonreír.

—Emily, colócate junto a la puerta y tu Amelia tumbate como hemos dicho —dijo al tiempo que ambas se posicionan en sus puestos.

—Que empiece el espectáculo —susurró mientras le guiñaba un ojo a ambas para tratar de darles ánimos—. ¡Amelia despierta! —Comenzó a gritar Catherine junto a Emily que gritaba como una poseída junto a la puerta—. ¡No!, ¡Despierta por favor!

Tal como estaba previsto la puerta se abrió al poco tiempo de sus fingidos gritos y la escena que representaban para doña Hortensia —la madre de Amelia—, fue la del cuerpo inerte de Amelia en los brazos de Catherine.

—¡La has matado! —gritó con furia Catherine haciendo que el semblante de aquella mujer cambiara por unos instantes, aunque incrédula se agachó para

comprobarlo.

—No... —susurró al notar como no tenía pulso.

En ese momento Catherine empujó a doña Hortensia que cayó al suelo ante el golpe inesperado. Emily ya se había escapado por la puerta y Catherine había incorporado a Amelia mientras corrían.

—¡Ah! —gritó Amelia haciendo que Catherine se volviera en su ayuda.

Emily buscó a su alrededor algo para utilizar como arma, pero no había nada punzante a la vista.

—¡No irás a ninguna parte! —exclamó aquella mujer que se había aferrado con las manos a la pierna de Amelia.

—¡Suéltala o lo tiraré! —gritó amenazante Catherine con un candil de aceite en la mano.

—¡No serías capaz de hacerlo! —contestó doña Hortensia con una risa malvada en su rostro de autosuficiencia.

—No tiene idea de lo capaz que soy por mi hijo —aseguró antes de soltar el candil sobre ella, provocando que estallara en mil pedazos y el aceite se esparciera por los ropajes de la madre de Amelia, provocando que el fuego se propagara rápidamente por las prendas que llevaba puestas.

Los gritos de la mujer resultaban aterradores, pero Catherine agarró con fuerza la cintura de su hermanastra y estiró de ella hasta que pudo verse libre de las garras de su madre.

—Tenemos que irnos, antes de que *lady* Elisabeth venga y se de cuenta de que hemos escapado —aseguró Catherine fríamente, sin pensar en que

estaban dejando a una mujer en una habitación ardiendo viva por más cruel que fuera el hecho. Se lo merecía o eso quería pensar para calmar su buen juicio.

—La puerta está atrancada —advirtió Emily.

—¿Cómo que está atrancada? —preguntó con desesperación Catherine.

—¡Ay! —exclamó Emily en respuesta colocándose una mano en el vientre.

—¡No! —gritó Catherine al verla. Lo que le faltaba, Amelia sin apenas poder caminar, encerradas en aquella casa sin salida comenzando a incendiarse y Emily a punto de dar a luz... no podía ponerse ahora de parto... ¡Simplemente no podía!

—He roto aguas —afirmó cerrando los ojos.

—No voy a darme por vencido Henry —dijo David mientras salían de otra casa donde se habían asegurado de que no estaban sus esposas.

—Ni yo, daría hasta el último de mis alientos antes de dejar de buscarla —contestó este volviendo a montar en su caballo.

Llevaban casi cinco horas en aquel camino registrando cada casa que

encontraban en alguno de los desvíos. La búsqueda era frustrante por no dar resultados, pero aquello era mejor que quedarse a la espera de noticias que nunca llegarían.

David solo esperaba que Catherine estuviera bien, ¡Por el amor de Dios!, ¡No le podía haber ocurrido nada! Su vida sin ella carecía de sentido, ella lo era todo para él y bastante miedo había pasado sabiendo que corría peligro que ahora debía sumar la incertidumbre por saber qué daño le podrían haber causado. Tenía que encontrarla, su desesperación no podía ser mayor. Debía encontrarla incluso por su propio bien porque sin ella estaba seguro de que moriría.

—¿Es mi imaginación o allí hay una columna de humo? —exclamó David al ver a lo lejos detrás de unos grandes árboles lo que parecía un denso humo negro.

—Yo también la veo, eso indica que debe de haber una casa o refugio detrás de aquellos árboles —aseguró Henry mientras se dirigían hacia ella.

Catherine trató de calmarse sin obtener resultado alguno, pero aparentemente debía estarlo para tratar de que su amiga no entrara en pánico absoluto.

—Bien —sentenció mientras dejaba a Amelia sobre una de las pocas sillas que había en aquella casa—. Calmémonos —dijo en realidad para calmarse ella, pero mirando a Emily. No podía ocurrir nada peor, ¿No? Sabía que sí; la inminente llegada de *lady* Elisabeth cuya incertidumbre porque apareciera le hacía estar así de nerviosa.

—¡Duele!, ¡Maldita sea, duele! —gritó Emily que se dejó apoyar en la mesa.

—Respira, tu céntrate en respirar —contestó Catherine.

El humo de la habitación donde *lady* Emily había prendido fuego a doña Hortensia se adentraba en la casa, así que Catherine corrió para cerrar la puerta. El fuego había comenzado a prenderse por toda la habitación y comenzó a abrir las ventanas para que el humo no las asfixiara.

—¡Maldita sea!, ¿Dónde hay agua? —exclamó mientras tosía y se rasgaba el vestido para liárselo en la cabeza tratando de no respirar humo y haciendo lo mismo con Amelia y Emily.

—El pozo está fuera —susurró Amelia intentando incorporarse.

—¡Tiene que haber una llave!, ¡Eso es! —exclamó ahora encontrando soluciones. Pero de haberla la tendría esa bruja que ardía en aquella habitación a la que no podría entrar, aunque era la única alternativa y tenía que hacerlo.

—Yo la cogeré —respondió Amelia como si le hubiera leído el pensamiento.

—¡No! Es demasiado peligroso —respondió Catherine.

—Si no lo hago, moriremos todas —aseguró firme Amelia a pesar de estar malherida.

En eso Catherine tenía que darle la razón, si no cogían las llaves morirían las tres, pero aceptar que Amelia lo hiciera y más aún en el estado en que se encontraba, simplemente no podía permitirlo.

—No puedo dejar que vayas, estás malherida... iré yo —contradijo a Amelia.

—Catherine no —se negó rotundamente Amelia—. Emily te necesita, y yo no seré útil en mi estado si a ti te pasa algo. Tengo que ser yo, debo ir yo —afirmó doblemente consciente de la situación.

Catherine tuvo que aceptar la dureza de la realidad. Emily la necesitaba, su hijo iba a nacer y no podían permitirse el lujo de perder más tiempo.

—No te dejaré sola, Amelia —aseguró mientras la agarraba de la mano y cogía una manta para apagar el fuego que pudiera prenderse en su hermanastra.

Amelia abrió la puerta y el humo inundaba toda la habitación que ahora salía hacia el exterior. Contempló cómo las llamas devoraban el cuerpo de su madre y se extendía a su alrededor devorando todo aquello que podía atrapar en el camino, incluyendo algunas mantas, ropajes y enseres de madera.

Catherine supo que Amelia aguantó el dolor que la abrasaba mientras rebuscaba entre el cuerpo de su madre las malditas llaves hasta que finalmente las encontró y vio entonces la jarra de barro con agua, no dudando un instante en volcarla sobre las manos de su hermanastra provocando un leve alivio instantáneo en ella, puesto que podían apreciarse las quemaduras por las cuáles le temblaba el pulso. Seguía sosteniendo a Amelia que apenas podía mantenerse de pie, el humo hacía que apenas pudieran respirar oxígeno y cuando estaban saliendo de la habitación escuchó a Amelia gritar de dolor, cuando había soportado hasta el momento sin quejarse un solo instante.

—Tú vas a morir conmigo —exclamó la aterradora y a la vez agonizante voz de doña Hortensia.

En ese momento alguien aporreó la puerta y Emily soltó un grito de angustia probablemente debido a una contracción o al susto debido a que con toda probabilidad se tratara de *lady* Elisabeth.

—¡Emily! —gritó una voz masculina que se escuchó desde el exterior.

—¿Henry? —respondió esta con lágrimas en los ojos reconociendo la voz de

su esposo.

El golpe que se sintió después era un intento de derribar la puerta que evidentemente no cedía.

—¡Hay un incendio!, ¡La puerta está atrancada! —gritaba Emily.

—Te voy a sacar de ahí, ¿Me oyes? —exclamó *lord Sylverston* seguro de sí mismo mientras se abalanzó de nuevo contra la puerta para tratar de derribarla.

Catherine notó cómo en esos momentos Amelia se desvanecía y a ella apenas le quedaban fuerzas para sostenerla, con un ágil movimiento alcanzó a tientas —porque el humo apenas le dejaba ver—, la jarra de barro que había usado y la estampó en lo que esperaba fuera la cabeza de doña Hortensia. Fuera como fuera cuando estiró de Amelia para sacarla de allí, no tuvo impedimento alguno.

Los golpes en la puerta no cesaban y eran seguidos, daba la impresión de que *lord Sylverston* no estaba solo.

Catherine cogió el manajo de llaves mientras le temblaba el pulso y fue probando una a una, a pesar de los golpes que seguía recibiendo la puerta para tratar de derribarla y de no dejar de toser por el humo que comenzaba a expandirse por todo el salón. Finalmente, una de las llaves giró y en ese momento el cuerpo de un hombre se abalanzó entrando en el salón.

—Catherine —susurró David—, ¡Oh dios! —exclamó abrazándola de pronto y estrechándola fuertemente entre sus brazos.

Jamás en su vida Catherine había sentido tanta alegría por escuchar la voz de David que la apretaba con fuerza.

—Tenía tanto miedo —confesó Catherine con lágrimas en los ojos.

—¿Estás bien? —preguntó *lord Sylverston* a su esposa que lloraba sin poder parar mientras éste la acogía en brazos para sacarla de allí.

—¡No!, ¡No estoy bien! —gritó compungida mientras se abrazaba a su esposo—. ¡No quiero que mi hijo nazca aquí! —refunfuñó al tiempo que volvía a gritar de dolor por otra contracción.

Henry alzó a su esposa y desapareció enseguida con ella abandonando aquella casa.

—¡Amelia! —gritó Catherine de pronto corriendo hacia el cuerpo que aún permanecía en el suelo de su hermanastra.

David la cogió en brazos y también salió del mismo modo que había hecho instantes antes Henry con su esposa.

—¿Dónde están? —preguntó David mirando preocupado a su alrededor.

—No sé dónde se encuentra *lady Elisabeth*, no la vimos cuando despertamos aquí —respondió Catherine interpretando la pregunta—. La señora Hortensia es quién nos tenía encerradas en esta casa, ella era la madre de Amelia, pero espero que esté bien muerta ahí dentro —añadió sin sentir lástima alguna y menos aún por ser testigo del sufrimiento que Amelia había padecido por culpa de esa mujer.

Un grito de dolor reprimido captó la atención de ellos que se giraron hacia Emily. Permanecía apoyada contra un árbol mientras Henry que lucía bastante desesperado y sin saber cómo calmar a su mujer deseaba consolarla.

—¡Dime que hago! —exclamó desesperado—. ¡Por Dios dime qué debo hacer! —insistió.

—Tranquila Emily —terció Catherine situándose a su lado mientras le cogía de la mano y sacaba a *lord Sylverston* de su apuro.

—Vamos a hacer esto juntas, ¿Vale? —apremió en el tono más firme que le fue posible.

Sabía que Emily estaba asustada y más aún porque deseaba que ese parto fuera bien para eliminar el miedo que *lord Sylverston* sentía por su esposa al hacerla pasar por ese trance de nuevo.

—Vale —contestó con un poco de ánimo.

—¿Podéis traerme agua limpia, paños y un cuchillo? —pidió a los presentes.

—¿Un cuchillo? —exclamó alarmado Henry con la cara pálida.

—Tranquilo, solo es para cortar el cordón umbilical —contestó con una calma que en su vida creía que jamás había poseído.

Catherine le levantó las faldas a Emily mientras le palpaba el vientre no sabiendo muy bien para que, pero su instinto le hizo hacerlo.

—Cuando el dolor venga, debes empujar. Hazlo con todas tus fuerzas —dijo mientras David depositaba un cuenco con agua a su lado y *lord Sylverston* volvía con un cuchillo que había sacado de una de las alforjas del caballo.

—No hay paños —aseguró David.

—No pasa nada —contestó Catherine levantándose y subiéndose el vestido para posteriormente rasgarse sus enaguas que le servirían de paños.

David observó a su esposa, quedando obnubilado por su reacción y coraje, sintiéndose interiormente el más orgulloso de los hombres por tener a alguien con tanta entereza, fuerza y valor para hacer frente a lo que se avecinaba.

Catherine colocó las enaguas bajo las piernas de Emily, se enjuagó las manos para lavárselas en el agua que David le había traído. Se concienció para lo que acontecía, aunque no tuviera la más mínima idea de hacerlo salvo las veces en las que Lilith le había contado como asistió a su propia madre en sus numerosos partos ya que habían sido doce hermanos y ella era la mayor. Esperaba que los relatos de Lilith tan detallados le sirvieran de utilidad ahora.

—Vamos, ¡Empuja! —gritó cuando notó que Emily comenzaba a reprimir otro dolor de lo que sería una contracción.

Catherine se agachó y aunque no veía aun la cabecita del bebé, supuso que no debía faltar mucho porque los dolores de Emily eran seguidos y según Lilith, cuando eran muy seguidos significaba que el bebé iba a nacer enseguida.

—Ya no puedo más —susurró Emily agotada.

—Sí que puedes, ¡Tienes que empujar!, ¿No tienes ganas de ver su carita?
—exclamó Catherine apremiándola mientras su amiga asentía.

—*Lord Sylverston*, ¿Puede colocarse tras ella? —advirtió al duque que perdía de vista la escena a pesar de no saber qué hacer para tratar de ayudar a su esposa.

—Si, por supuesto —dijo colocándose tras su esposa y poniendo a Emily en su regazo.

—Cuando le diga que empuje, debe presionar aquí con las manos suavemente, ¿Entendido? —dijo indicándole el punto exacto y colocando sus manos en la parte superior del vientre abultado de Emily.

—¿Pero cuanto debo apretar?, ¿Mucho?, ¿Poco?, ¿Como lo sabré?
—preguntó confuso.

Catherine no pudo evitar sonreír pese a la situación, aquel caballero estaba realmente asustado y ahora entendía porque Emily quería complacerlo.

—Sabrá exactamente cómo hacerlo —afirmó Catherine. Ni tan siquiera ella sabía cómo, pero estaba segura de que saldría bien.

Henry asintió y cuando Emily apretó los dientes por el dolor que le invadía Catherine le gritó que apretara y *lord Sylverston* comenzó a presionar su vientre.

—¡Si! —gritó emocionada—. ¡Ya veo su cabecita!, ¡Vamos Emily!, ¡Un poco más! —siguió apremiándola hasta que la criatura salió lo suficiente como para que ella pudiera cogerlo entre sus manos y estirar de él para sacarla por completo.

—¡Mira que preciosa es! —exclamó llena de lágrimas mientras la depositaba en brazos de Emily que ahora lloraba y Henry no tenía ojos sino para la pequeña hija que acababa de tener.

—Es una niña, una pequeña *lady Sylverston* —dijo Henry emocionado.

Catherine cogió el cuchillo y cortó el cordón umbilical.

—Gracias —dijo Emily algo conmovida hacia Catherine que aún permanecía de rodillas contemplando la escena.

Emily se quejó de nuevo y Henry se asustó.

—Tranquilo —dijo de pronto Catherine acordándose—. Es la placenta, debe expulsarla también.

—No tengo con qué vestirla... con toda la ropa que le he preparado ¡Y no tengo que ponerle! —exclamó Emily en la ironía de la situación.

David se acercó y se quitó la camisa dejando su torso desnudo a la vista de todos y sorprendiendo a Catherine que no pudo sino deleitarse con el varonil cuerpo de su esposo.

—Toma —dijo entregándosela a Henry que asintió agradecido y Emily envolvió el cuerpecito desnudo de la pequeña Sylverston entre ella.

—¿Cómo se llamará? —preguntó Catherine mientras se levantaba y se acercaba hasta David.

—Catherine —afirmó Emily.

—¿Si? —contestó Catherine.

—No —sonrió Emily—. Se llamará Catherine, por su madrina que la ayudó a venir al mundo.

En ese momento a Catherine le saltaron las lágrimas de la emoción que sintió y también de pura felicidad.

—¿En serio? —preguntó anonadada.

—Es lo menos que puedo hacer —contestó Emily agradecida.

—Seré la madrina más orgullosa y probablemente consentidora que jamás haya existido —contestó sincera, porque desde el momento en el que esa niña había venido al mundo se había quedado prendada de ella.

—¡Catherine no! —gritó en ese momento Emily con un sonido aterrador, pero fue demasiado tarde. Un dolor agudo la había penetrado desde atrás y en ese momento el frío más punzante la atravesó de arriba abajo, únicamente tuvo ojos para mirar a David que la observaba intensamente con los ojos abiertos y pudiendo ver el terror a través de ellos.

—Si no es para mí, tampoco lo será para ti.

Catherine escuchó el susurro de aquella voz desquiciada cerca de su oído, pero que infiniblemente reconocía por haberla oído durante tantos años.

—Lady Elisabeth —susurró mientras sus piernas flaqueaban e inevitablemente caía al suelo volviéndose todo oscuro... negro... de pronto tenía sueño, mucho sueño.

David vio como Catherine se desplomaba y se abalanzó sobre aquella mujer

que había clavado un cuchillo en el costado a su esposa. La ira que sentía en aquel momento por el daño que aquella mujer había provocado a su esposa no era únicamente debido a ese instante, sino por toda la maldad de la que estaba seguro de que Catherine había tenido que sufrir durante todos esos años. Le apretó tanto el brazo que estaba seguro de haberlo fracturado y aquello hizo que aquella mujer gritara de dolor y de paso el arma punzante cayó al suelo.

La risa de *lady* Elisabeth a pesar del dolor que le había provocado era casi maquiavélica y fría. Tanto que deseó matarla y le daba absolutamente igual las consecuencias de que ella fuera una dama, tenía que pagar por sus crímenes e iba a acabar con su vida.

—No sé porqué se enfada —dijo con sorna aquella mujer que no se merecía considerar ni dama—. Después de todo, le he librado de ella.

¿Librarse de ella?, ¿De Catherine? Por nada del mundo querría vivir sin su mujer.

David llevó su mano al cuello y apretó con rabia, podía jurar que era lo que esa mujer deseaba. Tal vez solo estuviera buscando la muerte.

—No... —susurró—. Te mereces algo peor que la muerte —dijo al tiempo que dejaba de apretar sin soltarla.

—Yo me encargo —intervino Henry llegando hasta su lado—. Tu esposa te necesita.

—Catherine —dijo de pronto corriendo hasta ella, había demasiada sangre en su vestido y se estremeció—. Te pondrás bien —dijo al tiempo que la alzaba y le daba un beso en los labios a pesar de la inconciencia de ella.

Con cuidado la colocó sobre su caballo y montó rápidamente acunándola entre sus brazos—. Enviaré ayuda —dijo justo antes de espolear su caballo y salir galopando tan rápido como lo permitía el animal.

A mitad del camino encontró a los caballeros que Richard mencionó que reuniría y les explicó de forma breve pero concisa donde se hallaba Henry. Siguió la marcha casi sin detenerse, tenía que llegar cuanto antes a la ciudad para encontrar ayuda. Catherine necesitaba un médico y lo necesitaba urgentemente.

—Tienes que vivir, tu eres mi razón para vivir amor mío —le susurró cuando vislumbró la gran ciudad a tan solo unas millas de distancia. Ya casi había llegado, pero la palidez de Catherine y su herida no auguraba nada bueno.

David entró en la ciudad con gran velocidad dirigiéndose hacia un punto concreto. Sabía dónde encontrar al mejor médico de la ciudad, el único capaz de obrar milagros con sus métodos y al que necesitaba justo en aquel momento. Con Catherine malherida y desangrada en sus brazos y siendo consciente de su desnudez de cintura para arriba, llamó a altas horas de la noche a aquella casa particular donde vivía el señor Jonas Stanton.

Un sirviente abrió la puerta y por su expresión David dedujo que ofrecía una digna estampa de la que hablar en la comidilla de la sociedad, pero aquello no le importaba en absoluto en aquel instante.

—¿Dónde está el señor Stanton? —exclamó. Su voz era prominente rozando la exigencia.

—¿Qué ocurre? —preguntó alguien y por suerte para David era la voz del médico.

—La han herido gravemente—respondió con voz rota y desesperada.

El señor Stanton se colocó mejor su óculo y se aproximó a él viendo la sangre. Colocó sus dedos en la muñeca.

—Su pulso es débil, tendremos que darnos prisa si desea que ella viva. ¿Qué tipo de arma ha sido? —preguntó mientras caminaba y David le seguía.

—Un cuchillo —afirmó David.

—¿Sabría decirme de qué clase? —preguntó el médico tratando de especificar.

—¿Que importa eso ahora?, ¿Puede salvarla? —exclamó aturdido.

—Eso dependerá de las heridas internas que tenga, de ahí que le pregunte por las dimensiones del arma que usaron.

—No lo sé... —dijo David de pronto.

Apenas se fijó, su ira se volvió contra aquella bruja que había herido a su esposa.

—Está bien, déjela aquí —advirtió el médico indicando una especie de cama alta, estaban en algo parecido a un consultorio donde había bastantes muebles con botes de cristal etiquetados—. Hierve agua, prepara los utensilios, probablemente tenga que inspeccionarla así que prepara mi instrumental de cirugía —mencionó a su criado que asintió y se marchó inmediatamente—. No voy a darle falsas esperanzas, Señor... —dijo sin saber su nombre.

—*Lord Clayton*, soy el duque de Lennox —contestó David.

—Haré todo cuanto esté en mi mano para que la dama se recupere, pero su situación es muy grave. Ha perdido demasiada sangre.

—Tiene que salvarla —susurró—. No puedo perderla —exclamó rompiendo

la voz por la agonía.

—Si quiere ayudarme, tráigame el arma con la que fue herida. Me ayudará a determinar sus lesiones internas.

David se acercó al cuerpo de Catherine, parecía dormida, aunque demasiado pálida. No quería que aquello fuera una despedida, ¡Por el amor de Dios!, ¡Catherine debía vivir!

—Volveré enseguida —susurró a su oído antes de darle un beso en sus labios tan dulce que esperaba atesorar hasta su vuelta. Podía notar que no tenían la calidez que siempre habían tenido y unas lágrimas cayeron de sus ojos—. Vive —dijo cogiendo una de sus manos y llevándola a su propio rostro para besarla—. Prometo que lucharé incansablemente y haré que cada uno de tus días sea hermoso. Te juro que te haré ser la mujer más feliz de este mundo así tenga que morir en el intento para conseguirlo, pero no quiero vivir sin ti Catherine, no puedo... no me abandones. Te amo demasiado para seguir sin ti.

En aquel momento el sirviente entró con todos los utensilios preparados y David se separó pese a no querer hacerlo de su esposa, observó como la colocaba de lado para tener mayor acceso a la herida causada por el arma y comenzaba a cortar el tejido del vestido. No pudo seguir mirando, el dolor era insoportable, así que salió rápidamente y sin prestar atención al frío de la noche o a la mención de que no llevaba ropa alguna encima que cubriera su torso, volvió a cabalgar para traer aquel maldito cuchillo con el que habían herido a Catherine. Para su suerte se encontró con la partida de caballeros que habían llegado hasta el lugar. Richard portaba a *lady* Amelia que parecía haber recuperado la conciencia, aunque estaba demasiado desorientada. Henry llevaba a su esposa que acunaba a la pequeña Catherine entre sus

brazos y Robert se había encargado de llevar a *lady* Elisabeth que al parecer estaba bien maniatada de brazos y piernas, hasta lucía una mordaza en su boca.

—¿Como está Catherine? —preguntó Emily de pronto al verlo.

—Necesito el arma con la que fue herida —respondió David sin dar detalles.

—¡Aquí esta! —gritó Richard señalando sus alforjas.

David no podía creer en su suerte, no tendría que llegar hasta aquella maldita casa y podía volver esperando que fuera lo suficientemente pronto como para que Catherine pudiera salvarse.

Catherine abrió los ojos de pronto, reconoció enseguida su antigua habitación, aquellos tonos pasteles y el tapiz que colgaba en su pared izquierda. Le pareció extraño encontrarse de nuevo en la estancia donde tantos años había pasado durante su infancia.

—Buenos días dormilona —exclamó la voz de Lilith que la hizo sonreír.

Hacía tiempo que no la escuchaba decir aquello al despertar, le recordaba al tiempo en el que vivía allí antes de casarse o siquiera conocer a David, de saber lo que era la verdadera felicidad. Comenzó a incorporarse con lentitud y entonces sintió su cuerpo pesado, se miró el brazo y vio de nuevo aquellas manchas rojas que le cubrían todo el cuerpo.

—Parece que hoy tienes mejor aspecto —dijo Lilith observándola mientras ella se miraba todo el cuerpo viendo que estaba de nuevo con el aspecto que tantos años había tenido.

—¡No! —gritó.

—¿Qué ocurre mi niña? —exclamó Lilith sin comprender.

—¡No puede ser!, ¿Por qué vuelvo a tenerlas? —preguntó y en ese momento el picor volvió a invadirla de nuevo y aquella sensación de escozor que venía acompañada junto al picazón.

—¿A tener que? —respondió su nana sin entender.

—Esto —dijo señalándole los brazos—, la reacción por la hiedra venenosa de *lady Elisabeth*.

—Pero ¿Qué dices niña? —respondió ahora un tanto confundida—. Anda vístete antes de que la señorita Amelia venga con su mordaz lengua.

—¿Amelia?, ¿Ella está bien? —preguntó recordando a su hermanastra herida por las quemaduras.

—Demasiado bien para mi gusto —refunfuñó Lilith.

—¿Y David? —dijo de pronto acordándose de él.

—¿David?, ¿Quién es David?

—¿Quién va a ser?, Mi esposo —afirmó seria.

—¡Ay mi niña! Yo creo que tú estás soñando todavía —exclamó Lilith riendo—. Espero que ese señor David fuera guapo al menos.

—No puede ser... —gimió—. ¡David! —empezó a gritar—. ¡David!

Catherine comenzó a buscarlo por toda la casa, gritando su nombre desesperada, no podía ser un sueño, no podía haberlo soñado todo. David existía, ¡Estaba enamorada de él!, ¡Tenía que existir!

—¡Que son esos gritos! —exclamó la voz de *lady Elisabeth* haciendo que un

frio interior la recorriera por dentro, dejándola gélida y sin poder mover un músculo.

—¡Tu! —gritó—. ¡Me apuñalaste! —exclamó echándose en cara.

Una risa maquiavélica salió de la garganta de aquella arpía.

—Si, te apuñalé —contestó mientras se acercaba lentamente a ella—. Y puesto que no acabé contigo, ahora pienso hacerlo. No vas a tener ese hijo que esperas, no dejaré que tengas ninguno.

Catherine observó como sacaba un cuchillo de su falda y se acercaba a ella, pero no podía moverse, por alguna razón permanecía inmóvil y sus músculos no respondían.

—¡David! —empezó a gritar—. ¡David! —ahora lo hacía con desesperación mientras notaba como se acercaba más y más.

Cerró los ojos con fuerza, no queriendo ver como aquella mujer acababa con su vida sin poder hacer nada por impedirlo.

—¡Despierta! —escuchó de pronto y cuando Catherine abrió de nuevo los ojos vio aquellos pozos grises que tanto había anhelado ver—. Sabía que volverías conmigo —susurró David mientras no pudo evitar sonreír, algo que hizo que el corazón de Catherine dejara de estar acelerado.

No había sido un sueño. David era real, tan real como el amor que sentía por él.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Catherine algo contrariada. Desconocía el lugar en el que se encontraba y sentía su cuerpo demasiado pesado, casi como en la pesadilla que acababa de tener.

—¿No recuerdas nada? —preguntó David.

—No... —comenzó a decir Catherine intentando hacer memoria de cuál era su último recuerdo—. Recuerdo a Emily... a su pequeña niña —sonrió levemente al recordar a esa preciosidad de criatura que ayudo a traer al mundo—. Y después sentí dolor, un dolor frío e intenso antes de la oscuridad —dijo acordándose de pronto.

—Ya pasó mi amor —respondió David acariciando su rostro.

—¿Emily está bien?, ¿La pequeña Catherine está bien? —preguntó al recordar la voz de *lady* Elisabeth justo antes de perder la consciencia.

—Si, todos están bien y deseando que te recuperes para celebrar el bautizo.

—Gracias a Dios —dijo serenándose.

—*Lady* Elisabeth está en los calabozos de palacio, a la espera de juicio, pero según mencionó *lord* Sylverston, lo más probable es que su destino final sea la horca o pasar el resto de sus días en un manicomio si consigue hacer creer que perdió la cordura.

—Sinceramente no siento lástima por ella, es lo que se merece después de cómo me trato a mí y también a Amelia todos estos años, aunque nunca supe de su situación hasta ahora.

—Me alegro de que al menos puedas tener a la señorita Barston después de todo —dijo con franqueza David.

—Yo también me alegro —contestó afligida.

A David no le pasó desapercibido su tono, casi lastimoso y de nostalgia.

—Aunque también me tienes a mí, por supuesto —afirmó con total

seguridad.

—Si, también te tengo a ti. —Catherine miró directamente a los ojos de David y vio como éstos brillaban transmitiéndoles seguridad y cierto sentimiento que deseaba fervientemente que fuera amor; un amor tan inmensurable como el que ella le profesaba a él.

David intuía que a Catherine le ocurría algo, pero quizá solo fuera la confusión del momento. Había pasado cuatro días inconsciente, esperando que despertara y ahora que lo había hecho la recompensaría por todo lo mal que se comportó con ella desde un principio. Se aseguraría de cuidarla, mimarla y demostrarle cuanto la amaba durante el resto de su vida porque ahora que Catherine estaba fuera de peligro no deseaba nada más que no fuese su bienestar.

—¡Vamos mujer!, ¡Alegra esa cara, por fin todo ha terminado! —exclamó Julia.

Catherine ya estaba en casa, en su propia habitación y para ser exactos en su propia cama. Debía guardar reposo por unos días según prescripción médica, pero su cabeza estaba en otra parte... pese a que todo había terminado al fin, que ya no tenía una constante amenaza al acecho, que en cuánto se recuperase podría ser libre y salir sin tener que preocuparse de sufrir algún tipo de asalto o ir constantemente custodiada, su cabeza solo pensaba una y otra vez en lo mismo.

—Lo sé, es simplemente que aún estoy algo resentida —dijo para no preocupar a Julia que había venido a visitarla.

—Bueno, debes recuperarte pronto para ser la madrina más hermosa y mejor vestida de toda la ciudad —afirmó y Catherine rio ante aquel comentario.

El bautizo de la pequeña *lady* Catherine Sylverston sería en tres semanas; tiempo más que suficiente para recuperarse del todo, aunque estaba segura de que en unos días ya podría caminar y los puntos no le estirarían tanto. Emily había creído oportuno darle tiempo suficiente para recuperarse porque tenía que lucir más hermosa que nunca y de hecho, le había realizado un vestido del cual desconocía absolutamente todos los detalles y del que no sabría nada hasta la fecha del acontecimiento aunque conociendo a su amiga, sabía que sería absolutamente precioso.

—Creo que estaré más que recuperada para esa fecha —contestó sonriente. Si había algo que la ilusionaba era precisamente aquello. Después de haber perdido a su madre, a su padre y de pensar que estaba sola en el mundo, ahora iba a formar parte de la vida de una pequeña niña que de por sí ya amaba por haberla ayudado a nacer.

—Bueno, he de marcharme. Padre no se encontraba bien esta mañana y no quiero dejar a madre sola tanto tiempo —dijo Julia mientras se levantaba.

—Vaya, no lo habías mencionado, ¿Es grave? —preguntó preocupada.

—No lo creo, se quejaba de un dolor de brazo y que le dolía levemente el pecho, aun así, madre se pone muy nerviosa cuando alguno de nosotros no se encuentra bien y se altera demasiado, por lo que prefiero no ausentarme demasiado teniendo en cuenta que Robert no está en la ciudad.

—No te preocupes, yo estaré entretenida con la lectura. Mis bendiciones para tu padre —dijo antes de que Julia se marchara.

—Gracias, vendré mañana a visitarte para hacerte compañía —contestó sonriente y se marchó.

Catherine pasó el resto de la tarde leyendo, pero sin leer en realidad, no dejaba de darle vueltas a lo mismo, aunque no quería que la idea se formara en su mente y se convirtiera en algo con lo que no pudiera convivir.

—Tendré que vivir con ello —susurró cerrando el libro de golpe puesto que llevaba demasiado tiempo sin avanzar en la misma página.

Intentó incorporarse, pero en aquel momento David entró en la habitación.

—No, no, no —dijo mientras la detenía—. Ya sabes lo que ha dicho el médico —advirtió.

—Pero estoy cansada de estar aquí —se quejó.

—Dime dónde quieres ir y te llevaré en brazos —contestó rápidamente.

—¿Harías eso por mí? —preguntó mirándole directamente a los ojos grises de David.

—Haría cualquier cosa por ti, Catherine.

En ese momento su corazón dio un vuelco y se aceleró de pronto.

—¿Cualquier cosa? —preguntó sonriente.

—Lo que me pidas. Tus deseos serán órdenes para mí —afirmó sonriente.

—Ámame —le pidió.

—Ya te amo, con todo mi ser —contestó rozando suavemente la piel de su brazo.

—Demuéstramelo —dijo al tiempo que se acercaba a él y le besaba con voracidad.

David respondió a su beso con anhelo, nada deseaba más que hacer el amor con su esposa, pero debía ser responsable consigo mismo y sabía que aquello podría perjudicarla. El médico le había asegurado que su esposa estaba viva milagrosamente teniendo en cuenta la gran pérdida de sangre que había tenido y que no podía hacer ningún movimiento brusco, por lo que, aunque le doliera en el alma, no correría ningún riesgo innecesario. Tenía que agradecer que ella se había salvado y por tanto ahora no podía amar a su esposa de la manera en la que ella deseaba y que desde luego él también, por lo que lamentándolo con todo el dolor de su corazón separó lentamente sus labios de los de ella.

—No puedo —dijo con la voz rota—. El médico ha dicho que debes tener cuidado...

—Tendré cuidado —gimió Catherine mientras intentaba robarle otro beso candente.

—No voy a correr riesgos. La herida podría abrirse. —dijo David serio y Catherine le miró con cierta desilusión—. Casi muero pensando que te perdía, creyendo que no podría volver a tenerte entre mis brazos, volver a hacerte el amor, reír, discutir, gritar e incluso soñar con nuestro futuro juntos —dijo casi con la voz rota de dolor—. Ahora que sé que te pondrás bien, no pienso correr ningún riesgo.

—Pero...

—No —dijo colocándole un dedo en sus labios—. En cuánto estés recuperada me aseguraré de que no desees abandonar esta cama en semanas. Pienso tenerte entre mis brazos día y noche e incluso no te dejaré dormir. — Sus palabras estaban cargadas de deseo contenido—. Y hasta entonces, solo puedo asegurarme de que coges las fuerzas suficientes para que llegue ese momento que te aseguro que ansío más que nada en el mundo. Se acercó a Catherine y devoró sus labios en una promesa contenida de que todo lo que le había confesado era más que cierto, hundió su lengua entrelazándola con la de ella y justo cuando iba a gemir de puro placer se separó de ella antes de que las cosas se le fueran de las manos y no pudiera contenerse—Recupérate pronto mi amor... porque hasta entonces voy a sufrir una auténtica tortura — mencionó antes de marcharse y Catherine sonrió inevitablemente.

Llevaba casi una semana empotrada en aquella cama y aunque no podía quejarse de las constantes atenciones sobre todo por parte de Lilith puesto que David había vuelto a retomar el trabajo en la fábrica en serio a pesar de que procuraba traerse gran parte del papeleo a casa, era inevitable que le robara demasiado tiempo.

Podía entender que todo el patrimonio que su padre les había heredado y del que sumaba una cifra de elevado valor era al mismo tiempo un martirio por la

cantidad de tiempo que requería mantenerlo. En esos días de soledad se había dado cuenta de que el carácter de su padre que en un principio había creído conservador, autoritario y algo ausente de la familia no era sino culpa de aquel trabajo que lo tenía absorbido, aquello le llevaba a pensar si deseaba que David se volviera igual que su padre y la respuesta no tardó en llegar; no. Era evidente que prefería tener menos posesiones, aunque conllevara ser más pobre antes que un esposo ausente y apartado de ella por culpa de los negocios como lo fue su padre.

—Ayúdame a levantarme nana —mencionó a Lilith aquella mañana.

—Aún es pronto, niña. ¿Por qué no esperas un par de días? —contestó la doncella.

—No voy a esperar más, tengo demasiadas cosas que hacer y una vida demasiado corta que vivir —dijo ansiando verdaderamente comenzar a disfrutar de la suya y no pasarla empotrada en una cama.

—Está bien —accedió a pesar de no estar conforme, pero entendía que llevar una semana en cama para Catherine era demasiado, más aún cuando durante toda su vida había guardado cama por aquellas veces en que tuvo que pasarse tumbada días enteros para calmar el dolor y la picazón de aquel aceite envenenado.

—Necesito tomar un baño, así que ordena que lo preparen y me pondré el vestido lavanda —advirtió.

—¿Es que piensas salir? —preguntó sorprendida.

—Si, voy a salir —afirmó sonriente.

Se tomó un baño con sumo cuidado, Lilith lavó su cabello delicadamente y

después lo secó minuciosamente para peinarlo en un recogido bajo. Se vistió con calma para no perjudicar su herida a pesar de que había cicatrizado muy bien y después se perfumó con aquella fragancia que tanto le encantaba y que Maximilian había fabricado para ella sin la hiedra venenosa. Quizás debería de traerle malos recuerdos, pero en cambio pensó que pasar por todo aquello la había convertido en la mujer que era, la llevó hasta el ducado de Florencia junto a su tía —a la cuál debería escribir para contarle todos los detalles— y desde luego la había convertido en alguien fuerte, capaz de tomar sus propias decisiones, aunque se equivocase en ellas.

Aunque tuviera que convivir el resto de sus días con ese sentimiento que llevaba días embaucándola había tomado la decisión de no darle importancia, disfrutaría del amor que David le ofreciera fuese o no real. Decidió pasar primero por casa de los duques de Sylverston para visitar a Emily y a su pequeña ahijada, no las había podido ver desde la única visita que le hizo Emily que aún se estaba recuperando del parto y aun así no había podido coger a la pequeña debido a su herida, por lo que ansiaba poder acunarla en sus brazos y de algún modo imaginó si en un futuro próximo podría poder hacer lo mismo con sus propios hijos, con los que tendría algún día con David.

David había acudido a la casa de los duques de Sylverston para reunirse con *lord* Sylverston, que desde que su esposa había dado recientemente a luz, era el lugar propicio para localizarlo y necesitaba tratar las reformas que pensaba realizar en la fábrica Grafton; quería la aprobación de Henry puesto que no sabía si aquello podría ser una auténtica locura o en cambio sería la idea de un visionario.

—¿Entonces te parece bien? —preguntó David a Henry que parecía meditarlo detenidamente.

—Me sorprende que esta idea se te haya ocurrido a ti, cuando hace poco menos de un año jamás habría pensado verte tras una mesa de un despacho —confesó con una sonrisa.

Ahora que David y Catherine iban a convertirse en los padrinos de su pequeña hija, la amistad con ellos se había vuelto aún más estrecha, eso sin tener en cuenta que ambos habían pasado por la misma situación buscando a sus esposas y lo cierto era que pese al miedo que tuvo inicialmente, agradeció tener a David a su lado en aquellos momentos de angustia. Tal vez pensar en el hecho de que no era el único que agonizaba por la incertidumbre que sufrían ambas damas lo convertía en una carga menos pesada.

—Cuando Catherine estuvo inconsciente durante esos cuatro días, pensé que la perdería y pese a no perder la esperanza jamás hubo un momento en el que creí que no saldría de allí junto a ella —dijo con pesar en sus palabras recordando los momentos vividos tan intensamente—. Me dije a mi mismo que si Catherine se recuperaba, si ella volvía a mí de nuevo; le dedicaría todo mi tiempo, el tiempo que verdaderamente se merece por todo el daño que le he podido causar, todo el sufrimiento que le generé desde un principio.

—Eso dice mucho de ti, David —confirmó Henry.

—Ella es única, Henry. Aún no creo en la suerte que he tenido y por primera vez pienso disfrutar verdaderamente de esa suerte.

—Me alegra saberlo —contestó sonriente.

—¿Y entonces? —respondió David refiriéndose al tema de las reformas.

—Creo que es arriesgado, pero si sale bien, será toda una revolución que desde luego te dejará mucho margen de beneficios y poco tiempo de inversión.

—Creo que Catherine se merece que corra ese riesgo.

—Si, tienes mi apoyo. Y tienes razón, ella es una mujer única —reconoció Henry. Él más que nadie estaba agradecido por la tranquilidad y eficacia con la que se hizo cargo de la situación cuando su esposa estaba de parto y él se volvió un completo inútil en un momento tan crítico. Catherine había conseguido quitar sus miedos ante la idea de que Emily tuviera que volver a pasar por otro parto, ¡Si hasta se estaba planteando la posibilidad de tener más descendencia y todo!

David se despidió y dejó a Henry sumido en papeles, otra de las cosas que él también haría y copiaría de su amigo para estar siempre lo más cerca posible de su familia.

“Familia” pensó un instante, ¿Tendrían hijos pronto? No es que le corriera especialmente prisa, pero la idea de tener un hijo con Catherine comenzaba a tomar forma y no precisamente por obligación como tenían estipulado en las condiciones del testamento, sino porque tener a una pequeña niña con los cabellos rubios y los ojos azules de su madre sería lo más perfecto que podría existir.

—¿Y entonces porque no eres feliz? —escuchó David mientras iba por aquel pasillo de camino a la salida de la casa de los duques de Sylverston.

Se trataba de la voz de *lady* Emily que al parecer estaría reunida con alguien, probablemente una de sus amistades más próximas que habrían venido a conocer a la pequeña, aunque la familiaridad de sus palabras indicaba que debía ser una de sus íntimas amigas.

Tuvo una corazonada sin saber porqué y ralentizó su paso.

—No es que no sea feliz —escuchó la voz de la que sin duda era Catherine,

¿Qué demonios hacía Catherine fuera de la cama? Es cierto que habían pasado varios días, pero aún consideraba demasiado pronto que hubiera salido de casa.

Estuvo a punto de interrumpirlas para raptar a su esposa y llevarla de vuelta a casa cuando esta habló y le dejó helado.

—Es solo que no puedo dejar de pensar que David solo me ama porque soy hermosa.

—¿Por qué piensas eso? —preguntó Emily sorprendida.

—Cuando nos casamos él me detestaba —dijo recordando las palabras que le mencionó tras la ceremonia—, me dijo cosas demasiado hirientes y pese a todo yo me había enamorado perdidamente de él casi sin ser consciente de que lo había hecho —confesó en voz alta.

—Fue un matrimonio impuesto para ambos, tal vez a él le costó un poco llegar a conocerte y por aquél entonces con esa irritación en la piel para él debió ser difícil aceptar la situación Catherine. —Emily trató de suavizar un poco sus palabras. Era cierto que David no se había portado bien en un principio, pero ahora amaba profundamente a su esposa y de eso no le quedaba la menor duda por lo que había podido apreciar ella misma.

—Si, sé que es algo con lo que deberé vivir el resto de mi vida, pero siempre me quedará la espinita clavada de que, si no hubiera descubierto que el aceite de *lady* Elisabeth era el causante de mi irritación, él jamás se habría fijado en mí y eso solo me lleva a creer que solo me aprecia por mi belleza, no por las cualidades que pueda poseer.

—Yo no creo que sea así Catherine, eres una mujer valiente, decidida y muy tenaz cuando te lo propones, además de inteligente. *Lord* Clayton ha visto

todo eso en ti y creo que por eso mismo te ama aparte de apreciar lo obviamente hermosa que eres.

—¿Tú crees? —preguntó insegura de sus palabras.

—No lo creo. Lo sé. Todos hemos visto como aquella muchacha solitaria e insegura se convirtió en una bella mariposa, no solo cambiaste físicamente Catherine, volviste a ser tú. Tu personalidad salió a relucir al igual que tu belleza y eso es algo que jamás hubiera ocurrido de no ser porque descubriste que no padecías una enfermedad.

—Tal vez tengas razón y no deba pensar en ello más, disfrutar de la felicidad que ahora puedo gozar junto a David, olvidar el pasado y nuestros comienzos.

—Eso está mejor —respondió sonriente Emily mientras se levantaba y con cuidado dejaba en el regazo de Catherine a la pequeña que llevaba su mismo nombre.

—Es tan bonita —aseguró Catherine observándola detenidamente.

—Es preciosa —dijo con los ojos brillantes Emily.

—Es igual que tu —respondió sonriente.

—Lo cierto es que sí —afirmó riéndose—, Lynette al menos tenía los ojos de Henry, pero Catherine tiene los ojos verdes de padre, los míos.

—Será un honor ser tu madrina pequeña —dijo Catherine con voz añorada hablando a su ahijada.

David se acercó para observar la escena y cuando Emily alzó la cabeza al verlo se sorprendió, pero rápidamente David le hizo un gesto para que guardara silencio mientras contemplaba a Catherine acunar entre sus brazos a su ahijada sin perder la sonrisa. Un sentimiento acogedor se instaló en su pecho, él quería ver esa escena de Catherine con su propio hijo... lo quería más que nada en el mundo, pero antes acabaría con las dudas de su esposa, una incertidumbre que en el fondo tenía su razón de peso, pero que desde luego estaba más que dispuesto a demostrarle que la amaba por encima

de todo.

Catherine pasó por la fábrica, pero sorprendentemente David no estaba allí, así que volvió a casa y efectivamente estaba en su despacho.

—Hola —saludó al verlo revisar papeles detenidamente sin levantar la vista de ellos.

—Hola —respondió sonriente y a Catherine le sorprendió, parecía como si estuviera tramando algo.

—Sabes que he salido, ¿Verdad? —preguntó ella algo sorprendida porque no la reprendiera.

—Si, lo sé —dijo él mientras se separaba de la mesa y la invitaba a sentarse sobre su regazo.

—¿Y no vas a decirme nada?, ¿A regañarme por mi osadía? —preguntó extrañada por su reacción tranquila.

—No —respondió mientras rodeaba con sus manos su cintura y la apretaba contra su cuerpo para saborear aquel cuerpo.

—¿Te ocurre algo? —preguntó Catherine colocando una mano en su frente como si sufriera fiebre.

—Entiendo que te sentías lo suficientemente bien como para levantarte y que probablemente estarías deseando ver a la pequeña Catherine ya que es tu ahijada.

Catherine sonrió y le miró fijamente.

—Adoro a esa pequeña. —Su voz denotaba que así era.

—Serás una gran madre —respondió sin dejar de mirarla.

—¿De veras lo crees? —preguntó sorprendiéndole que David pudiera decir aquello.

—No lo creo. Lo afirmo —contestó seguro.

—Lo cierto es que la pequeña Catherine me ha despertado en mí el deseo de ser madre —confesó mientras sus ojos se perdían en los de David.

—Entonces deberemos hacer algo al respecto, ¿No crees? —contestó con picaresca.

—¿Te hace ilusión tener hijos, David? —preguntó seriamente a pesar de haber entendido las intenciones de él, necesitaba saber si él quería tenerlos por voluntad propia o solo porque era una de las condiciones del testamento.

—Todo lo que tiene que ver contigo me hace ilusión Catherine, pero adoro la idea de convertirme en padre. —En ese momento acercó sus labios a los de ella para robarle un beso, era dulce y lleno de promesas.

Catherine se acercó a él colocando sus brazos sobre los hombros mientras se deleitaba con aquellos suaves labios hasta que unos golpes en la puerta les obligaron a separarse.

—Adelante —respondió David sin soltar a su esposa de su regazo.

—Excelencia —dijo Alfred—. ¡Oh disculpe! —exclamó avergonzado al ver en la situación tan cercana en la que se encontraban sus señores.

—Tranquilo Alfred, ¿Qué quería? —respondió David sin soltar a su esposa.

—El almuerzo está listo, ¿Dónde quiere que lo sirva? —preguntó avergonzado y mirando hacia el suelo.

—¿Dónde te apetece almorzar mi amor? —David miró a Catherine para que eligiera.

—En el jardín —sonrió ella ante su ocurrencia.

—Ya lo has oído Alfred —respondió éste sin dejar de mirar a su esposa.

—Si excelencia, así será.

Después de un almuerzo tranquilo y sin preocupaciones, probablemente el primero desde que estaban casados, David la invitó a retirarse a su habitación para descansar, porque según le había susurrado al oído le esperaba una noche larga y más que memorable noche de pasión. Con aquella promesa de los labios de David se acostó y por primera vez desde que se había recuperado del secuestro y ataque de *lady* Elisabeth durmió plácidamente.

Notó unos dedos por su cuerpo rozando lentamente su piel con alguna especie de líquido que suavemente la masajearan de forma placentera. Catherine abrió los ojos y se encontró con la mirada oscura de David que se deleitaba con su cuerpo. Bajó su vista y vio que estaba casi desnuda mientras él masajeara su piel con algún tipo de aceite, pero lo que indudablemente la conmovía era su forma de hacerlo, rozando sus manos delicadamente por todo su cuerpo.

Inevitablemente gimió cuando casi rozó su pecho en uno de sus movimientos, tenía especial cuidado en no pasar sus manos por los puntos clave, sino que la provocaba deseando que lo hiciera.

—David —susurró de deseo.

—Espero que puedas perdonarme algún día por esto —susurró en el oído de su esposa.

Catherine en ese momento frunció el ceño confundida.

—¿Perdonarte? —preguntó confuso.

—Era el único modo... la única manera de demostrártelo. —Su voz era rota y no de deseo precisamente sino de dolor—. Lamento tener que volver a hacerte pasar por esto —dijo al tiempo que la besaba con ardor y con un profundo sentimiento de amor—. Volveré más tarde y te demostraré cuanto te amo, Catherine.

David salió dejando a Catherine confusa, ¿Qué había querido decir con aquello? Y entonces vio el frasco sobre la mesilla de noche, el mismo frasco que su tía Camelia le había dado fabricado por Maximilian.

—Pero ¿Qué has hecho, David? —exclamó al coger el frasco completamente vacío y se dejó caer sobre la almohada abatida.

«Es la única forma» Se decía una y otra vez David en su despacho mientras se paseaba cruzado de brazos sin poder estarse quieto. Le dolía tener que hacer pasar por aquello de nuevo a Catherine, pero más le dolería aún que ella tuviera que sufrir en silencio por creer que no la amaba completamente, que jamás la amaría salvo por su aspecto cuando indudablemente no era así. Aunque su esposa volviera a tener aquellas manchas en la piel y esa hinchazón, la amaría igualmente y pensaba demostrárselo esa misma noche y todas las que hiciera falta.

Lo único que le disgustaba del proceso era el sufrimiento que la doncella de Catherine le había asegurado que tendría que pasar, pero que sería menor que el que sufrió con *lady Elisabeth*. Él mismo se había echado aquel líquido en la espalda para sufrir parte lo que ella tendría que soportar.

Después de demostrarle que la quería a pesar de su aspecto, se aseguraría de

eliminar aquel maldito aceite para siempre, pero primero tendría que hacer que no le quedara duda alguna de su amor hacia ella y después podrían ser ellos mismos por y para siempre.

Catherine notó como su piel comenzaba a reaccionar ante el aceite y aún no se podía creer que David le hubiera hecho aquello, ¿Por qué?, ¿Con qué razón? Tres horas después, David apareció con el semblante algo ensombrecido. Probablemente pensaría que ella iba a soltarle más de un improperio, pero en cambio más que enfadarse con él, quería saber sus intenciones porque su última frase no paraba de repetirse una y otra vez en su cabeza.

“Volveré más tarde y te demostraré cuanto te amo, Catherine.” Y justamente acababa de volver tal y como se lo había prometido, solo que ella ahora no lucía hermosa, estaba lejos de ser así.

David se acercó a ella que se incorporó de la cama para observarle detenidamente.

—¿Te duele mucho? —preguntó con suavidad.

—No, solo es un leve picor —contestó observando las manos de David que estaban igual que su propia piel. Las tocó levemente acariciándolas.

—¿Por qué? —preguntó intuyendo su respuesta.

—Porque te amo, Catherine. Y será la única forma de demostrarte que no solo lo hago porque eres bella o hermosa, significas mucho más para mí —dijo mientras acariciaba su rostro algo hinchado con cuidado.

—¿Cómo lo supiste? —preguntó confusa. David no se había ausentado y ella solo había revelado su miedo a Emily.

—Te escuché esta mañana por casualidad mientras hablabas con *lady Emily*.

—¡Oh! —exclamó Catherine, si le había escuchado entonces habría oído sus inseguridades respecto a él—. Pero también dije que aceptaría convivir con ello —susurró mirándole a esos ojos grises y brillantes con los que él le respondía.

—No quiero que lo hagas, lamento volver a hacerte pasar por esto una vez más y espero que me perdones, pero es la única forma en la que puedo demostrarte que, aunque volvieras a ser así durante el resto de tus días, te amaría igualmente.

—¿De verdad? —dijo sonriendo.

—Sé que fui un estúpido, no hice nada bien desde el principio y tu tuviste que pagar las consecuencias, pero reconozco que en el fondo ya me importabas. Fui consciente, aunque tarde de que formabas parte de mi vida y te quisiera o no, debía preocuparme de ti —admitió recordando sus inicios—, aunque reconozco que tu inseguridad es fundamentada, cuando volviste convertida en la hermosa mujer que eres me volví loco de deseo en un principio y loco de amor después. Era un suplicio ser consciente de que me pertenecías y al mismo tiempo no podía tenerte, eso me hizo ver la gran mujer que eras, fijarme en ti y descubrir lo tonto que había sido por no darte la oportunidad que merecías desde un principio.

—David yo... —comenzó a decir.

—Cssh —siseó David colocando uno de sus dedos en sus labios—. Pero te recompensaré, te recompensaré por todo cada uno de mis días y te prometo que trataré de que toda la felicidad que te fue arrebatada la vivas a partir de hoy, a partir de ahora... de este instante. —David se acercó a ella y acarició

sus labios lentamente.

—David, no tengo que perdonarte —respondió con lágrimas en los ojos—. Soy la mujer más feliz del mundo y aunque vuelva a pasar por esto, has conseguido que esa incertidumbre desaparezca —respondió lanzándose a sus labios y él le respondió con gran fervor.

David la desnudó con cuidado, deshaciéndose de la única prenda que le había dejado antes de embadurnarla con aquel aceite. Había sido cuidadoso para no echar el líquido en las zonas donde se aseguraría de dar placer a su esposa sin dolor, así que aquella noche le hizo el amor a Catherine suavemente, con lentitud y amando cada célula de su ser, no solo físicamente sino desde el corazón.

Catherine despertó somnolienta y entre los fuertes brazos de su esposo. Se sorprendió al ver la espalda de David cubierta de la misma afección que sufría ella y se conmovió al ver que él quería sufrir también como lo hacía ella, pero lo cierto es que después de padecer tantos años el aceite envenenado de *lady* Elisabeth, aquello que Maximilian había fabricado era mucho más soportable y en unos días con los paños de avena estaría más que curada de nuevo.

—Buenos días —dijo David mientras ella acariciaba su espalda con suavidad.

—Buenos días, amor mío —respondió sonriente.

—¿Te duele? —preguntó preocupado David.

—No, solo podría dolerme el corazón —afirmó seria.

—¿El corazón? —exclamó ahora preocupado de verdad y con semblante serio.

—Si, de tanta felicidad que siento en este instante —contestó sonriente.

David sonrió y la acercó de nuevo a él para estrecharla aún más entre sus brazos.

—Pues prepárate entonces, porque pienso disfrutar de proporcionarte esa felicidad.

Catherine rio a carcajadas y se aprovechó para montar sobre él a horcajadas. Ahora agradecía aquel tiempo que pasó en el ducado de Florencia y del que algún día contaría a David con detalle.

Lord Clayton observó cómo su mujer se movía sobre él, proporcionándole más placer del que ninguna otra mujer había conseguido. Y pensar que en su día había odiado la idea de acostarse con una mujer virgen, ¡Santo Dios! Nada más lejos de la realidad.

—Eres magnífica —susurró al tiempo que la abrazaba—. Eres única —repitió al tiempo que cerraba los ojos dejándose arrastrar por aquel placer sin igual que su mujer le proporcionaba.

—Algún día te contaré lo que hice para tratar de que te enamoraras de mi —susurró al oído.

—Fuera lo que fuera, te aseguro que funcionó —contestó—. Te amo, Catherine.

—Te amo, David.

Y tal como David había prometido, no salieron de aquella habitación durante días...

—No sé a qué viene tanto misterio —dijo Catherine que ahora volvía a lucir su piel normal después de utilizar el aceite que David le había echado y del que por cierto se había deshecho al día siguiente de todos los frascos que quedaban.

—Ya lo verás —contestó Emily sonriente.

Había ido a vestirse a la casa de Emily para el bautizo que por cierto se

celebraría allí mismo y en el que todo estaba preparado para regresar después de la ceremonia en la iglesia.

Lilith volvió sonriente trayendo contigo una especie de tela en la que probablemente estaría envuelto su vestido.

—Te quedaste sin poder lucirlo en su día y creo que hoy es el día perfecto para poder hacerlo —contestó Emily al tiempo que Catherine desenvolvía la tela y podía apreciar el vestido que Emily había diseñado para su boda, ese que nunca pudo lucir pero que ahora estaba modificado e incluso parecía más hermoso si podía ser.

—¡Emily! —gritó con lágrimas en los ojos, últimamente se emocionaba por cualquier cosa.

—Si lo hubieras podido lucir el día de tu boda habrías estado hermosa, pero hoy, Catherine... hoy estarás increíblemente preciosa.

—Cuando David te vea, morirá —afirmó Julia que acababa de llegar.

—¡Julia! —exclamó Catherine con alegría, mientras se acercaba a ella y la abrazaba. El padre de Robert y Julia había fallecido finalmente hacía un par de semanas y llevaba tiempo sin verla porque entendía que debía superar la muerte de su padre, más aún, teniendo en cuenta que la relación con su padre era bastante buena.

—¿Qué tal te encuentras? —preguntó Emily con algo de nostalgia—. Te dije que no ocurriría nada si no podías venir.

—Debía estar en un momento como este, además, la distracción me servirá. Tal y como dice Robert, la vida continua... por más que me duela debo seguir con mi vida.

—Me alegra saber que ya te encuentras mucho mejor, pero si te sientes mal, puedes irte cuando gustes —comentó Emily agradecida.

—¡Oh Catherine!, ¡Pareces una princesa! —gritó Amelia que acababa de entrar en la habitación e hizo que Catherine se abalanzara para abrazarla.

Había estado convaleciente de todo lo sucedido, sobre todo aceptando el hecho de que su madre había muerto y de que *lady* Elisabeth se había alejado de sus vidas.

—¿Qué tal estas? —preguntó viendo sus manos, las que aún llevaba vendadas.

—Mejor, el médico dice que podré quitarme la venda en unos días.

—¡Eso es estupendo! —contestó Catherine alegrándose por ella. Pese a la insistencia en que regresara a casa junto a ella, puesto que era el hogar que ambas habían compartido siempre, Amelia insistió en quedarse en la casa de Kensington, no quería importunar más a su hermanastra.

—Catherine, voy a marcharme —confesó.

—¿Marcharte?, ¿A dónde? —contestó confundida.

—He aceptado un trabajo de institutriz al norte —afirmó dubitativa.

—¿De institutriz? —exclamaron las tres al mismo tiempo sorprendidas ante este hecho.

—Si, necesito valerme por mí misma y no depender de ti, Catherine. Aunque te lo agradezco necesito hacer esto por mí, ser libre e independiente por primera vez.

Catherine lo entendió, aunque le dolía tener que alejarse de ella ahora que

había descubierto la verdadera identidad de Amelia, pero tenía que dejarla marchar para que hiciera su vida si era lo que deseaba y encontrara su felicidad.

—Siempre me tendrás, estaré aquí para lo que necesites —confesó con los ojos brillantes.

—Lo sé, tú también me tendrás para lo que necesites Catherine, pero tengo que hacer esto.

—Te echaré de menos, hermana —dijo con cierta nostalgia.

—Te enviaré cartas y vendré a verte, aunque yo también te echaré mucho de menos querida hermana —sonrió al tiempo que volvía a abrazarla.

Cuando David vio a Catherine descender las escaleras hubiera jurado que parecía una princesa, más que una princesa... una reina.

—Estás preciosa —dijo cuando llegó hasta él.

—Bueno, ya estamos todos —anunció Henry—. ¿Vamos?

Solo los más allegados a la familia de los duques de Sylverston acudieron la celebración. La ceremonia fue preciosa y Catherine sostuvo en sus brazos todo el tiempo a la pequeña *lady* Catherine Sylverston mientras Henry mantenía en brazos a su hermana mayor Lynette que observaba todo con mucha atención.

Cuando la ceremonia terminó Henry anunció que todos acudieran al refrigerio que se ofrecería en su propia mansión. Catherine supuso que ellos debían permanecer un rato más por algún compromiso al ser los padrinos de la criatura.

—Catherine —apremió David llamándola para que le mirase.

Cuando Catherine se volvió David estaba arrodillado ante ella, en la iglesia solo permanecían sus amigos que sin saber porqué se habían quedado y no se habían marchado aún.

—¿David? —exclamó confusa.

—Te amo —exclamó—. Y quiero comenzar una vida a tu lado de nuevo, desde el principio y qué mejor principio que aceptándome como tu esposo porque es tu deseo, sin presiones, sin coacciones y sin condiciones.

Catherine sollozó de la emoción.

—*Lady Catherine Clayton* y duquesa de Lennox, ¿Quieres casarte conmigo? Aquí, ahora y delante de todos estos testigos.

Catherine tenía lágrimas en los ojos que amenazaban con salir de ellos y un nudo en la garganta debido solo a la felicidad extrema que sentía.

—¡Sí!, ¡Por supuesto que sí! —exclamó entre lágrimas que no pudo contener más al tiempo que David la alzaba y ella se abalanzaba a sus brazos con el sonido de algunos aplausos de los presentes.

El mismo sacerdote que había oficiado la ceremonia de bautizo, renovó los votos de matrimonio de David y Catherine que no cesaban de mirarse en ningún momento y entrelazar sus manos, hasta que los volvió a declarar marido y mujer.

—Ahora sí tendremos luna de miel —aseguró cuando terminó de officiar el sacramento.

—¿Dónde iremos? —preguntó curiosa, aunque le daba absolutamente igual a

donde fuesen.

—Es una sorpresa —contestó guiñándole un ojo.

Después del refrigerio ofrecido en casa de los duques de Sylverston, el carruaje estaba preparado para iniciar su viaje. Se despidió de Amelia que saldría en pocos días hacia su destino y la cual no volvería a ver a la vuelta de su viaje, pero había prometido contárselo todo por carta y aunque la echaría de menos entendía que ella necesitaba alejarse, conocer el mundo por sus propios medios y ser libre.

—¿En serio no me dirás a donde iremos? —preguntó después de llevar casi una hora de viaje.

—No —contestó David, pero sonrió al hacerlo.

Cuando montaron en barco Catherine supo que viajarían fuera de Inglaterra, pero ¿Dónde irían? Descubrió que no partía hacia las Américas, así que el barco viajaría hacia costas francesas o eso creía.

—¿Falta mucho? —preguntó impaciente después de llevar días viajando a pesar de que se habían parado en diferentes hostales durante el trayecto.

—No, impaciente —sonrió mientras le robaba un beso—. Pero puedo hacer que sea más entretenido si lo deseas. —David comenzó a besarla ardientemente, su lengua jugaba con la suya mientras que con el vaivén de los baches del carruaje ajustaba el cuerpo de Catherine al suyo.

—¿Y cómo harás que sea más entretenido? —preguntó sugerente mientras comenzaba a abrir la camisa de David y acariciaba su pecho desnudo.

—De un modo atrevido —comenzó a decir mientras levantaba su falda y acariciaba su pierna—, sugerente... —siguió besando su cuello mientras se

abría paso con los dedos por sus enaguas—. Y eficaz —dijo llegando al centro de su feminidad donde Catherine gimió de placer al tiempo que él la torturaba con movimientos lentos y mágicos a la vez que la embriagaban de puro ardor.

—David, te deseo —gimió Catherine en sus labios.

—¿Qué deseas mi amor? —respondió con la voz rota de deseo contenido por su esposa.

—A ti.

—Soy tuyo, ahora y siempre Catherine.

—Demuéstramelo —dijo al mismo tiempo que notaba como David se abría paso entre sus muslos y gozaba de la exquisitez plena de tenerlo dentro de ella mientras el vaivén de los baches le ayudaba a moverse sobre él hasta que alcanzó el paraíso de la mano de su esposo.

En ese preciso instante el carruaje se paró.

—Parece que hemos llegado a nuestro destino —dijo sonriente mientras Catherine ahora avergonzada se apresuraba a bajarse la falda e intentar arreglar el completo desastre que probablemente sería ahora después de haberse dejado llevar por el placer carnal que su marido le otorgaba ¡Y bendito placer!, se dijo a sí misma.

Cuando la puertezuela se abrió reconoció al instante donde estaban.

—¡No puede ser! —gritó.

—Sabía las ganas que tenías de volver a verlas... así que pensé que podríamos hacer un alto en el camino.

—¿Cómo lo has sabido? —exclamó completamente atónita.

—Tengo mis métodos —contestó encogiéndose de hombros.

—¡Catherine! —gritó una voz llamando la atención de la duquesa de Lennox.

Catherine se volvió al escuchar su nombre.

—¡Oh Tía Camelia! —exclamó mientras corría para abrazarla.

Pasaron dos días en el ducado de Florencia, Catherine pudo despedirse de las chicas que les encantó volver a verlas y en especial de su tía Camelia.

—Tía, te doy infinitamente las gracias por todo lo que hiciste —confesó Catherine en un momento que estuvo a solas con ella—. Ahora soy feliz, infinitamente feliz.

—No sabes cuánto me alegro mi querida niña —contestó lady Camelia sonriente—, más aún de ver como tu esposo te ama verdaderamente.

—Bueno... gran parte de que me ame te lo debo a ti —sonrió cómplice.

—No Catherine —admitió lady Camelia—. No te olvides de que yo solo hice que descubrieras quien eras y me siento muy orgullosa de ti, conseguiste todo cuánto anhelabas y en el camino, te convertiste en una auténtica mujer.

Catherine se abrazó a su tía conmovida... era cierto, llegó allí siendo prácticamente una niña tímida e inocente y ahora en cambio era una mujer madura.

Le hizo gracia ver a *lord* Guicciardini de nuevo en el teatro, David pareció celoso al principio, aunque Catherine tuvo que reconocer que el florentino aceptó el hecho de que ella había elegido a su esposo antes que a él porque lo amaba y es que solo hacía falta verlos para saber cuánto amor se profesaban.

—Y yo que pensaba que eráis amantes —susurró David al oído de su esposa mientras acariciaba su oreja con la nariz.

—Nunca hubo nadie más que tu mi amor —confesó Catherine sonriente.

—Lo sé y así espero que siga siendo —admitió mientras la besaba.

Pasaron el resto de su luna de miel en una casa solariega con vistas al mar que estaba bastante aislada de forma que les proporcionaba la intimidad que deseaban. Catherine guardaría el recuerdo durante el resto de su vida de aquellos días en los que apenas habían salido de aquella casita solariega en mitad de la nada.

—Tengo una buena noticia que confesarte y de la que espero que te alegres —advirtió David.

Hacía dos semanas que habían vuelto de su luna de miel y Catherine se había dedicado a remodelar parte de la casa, iba a ser una sorpresa para David o eso esperaba.

—¿Qué ha pasado? —contestó sonriente. Ella también tenía una noticia que esperaba recibiera incluso mejor que lo que él tenía que decirle.

—Ya hemos superado el índice de ganancias que tu padre estableció en el testamento.

—¿Ya? —exclamó—. ¿Tan pronto? —dijo sorprendida por la rapidez.

—*Lord Sylverston* me prestó el dinero necesario para implementar mejoras y eso ha hecho que el crecimiento sea rápido —sonrió—. Y además me permitirá estar más tiempo contigo y pasar menos horas en la fábrica —susurró mientras se acercaba y la abrazaba.

—Me alegró —afirmó—, entonces pronto podremos reclamar la herencia —dijo sin más.

—Bueno, aún nos falta la Octava Condición —admitió David.

—¿Ah sí? —exclamó—, ¿Cuál era? —respondió haciéndose la inocente.

—Cuál va a ser —bufó David—, tener un heredero —contestó como si fuera evidente.

—Bueno..., ese ya viene en camino —dijo al tiempo que le miraba a los ojos y le colocaba una de sus manos en su vientre.

La reacción de David fue pasar de un gesto de sorpresa a una risa eufórica.

—¿De verdad? —preguntó casi incrédulo.

—De verdad —contestó sonriente.

—¡Oh Catherine!, —exclamó con la mejor de sus sonrisas—. ¡No hay palabras en el mundo para describir cuanto te amo! —gritó mientras se arrodillaba y pegaba su cabeza a su vientre como si de esa forma pudiera estar más cerca de su futuro hijo.

—No hacen falta palabras, mi amor. Yo también te amo y me has dado la mayor felicidad de este mundo —contestó mientras David alzaba la mirada.

—¿Eres feliz? —preguntó observando a su preciosa esposa.

—Muy feliz —contestó mientras Catherine se inclinaba para besarlo.

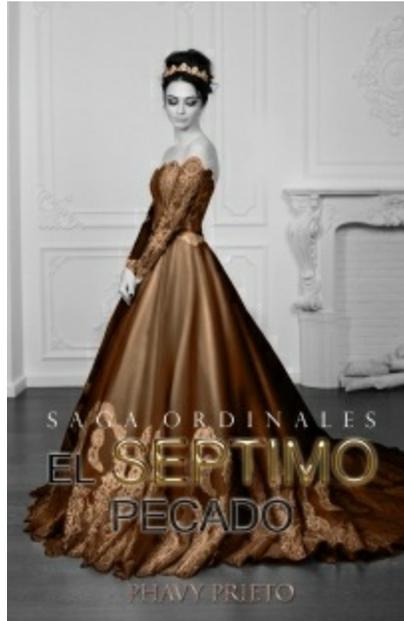
—Me alegro —admitió David—. Porque un día prometí que te haría feliz cada día durante el resto de tu vida y pienso cumplir mi palabra.

Fin.

Sigue leyendo...

PROXIMA ENTREGA

EL SÉPTIMO PECADO



La señorita Julia Benedict es una joven brillante llena de cualidades que no cualquier hombre sabría apreciar. Su picaresca, audacia y su intrépida personalidad son algunas de ellas, pero lo que hace que Julia sea especial sin duda alguna, es la devoción que siente por ayudar a los demás.

Es consciente muy a su pesar, de que jamás se casará por amor; puesto que el hombre del que siempre ha estado enamorada nunca pondría sus ojos en ella, es más, no los pondría en ninguna joven respetable porque el señor Richard Hayden nunca osaría contraer matrimonio.

El primer error de Julia fue pedirle un beso, un solo beso que atesorar en el más infinito y recóndito de sus pensamientos, pero aquella maldita petición trajo consigo consecuencias desastrosas y tras ser descubierta por su hermano

junto a media sociedad londinense solo podía terminar de una forma para salvar su reputación.

Si había algo que detestaba Richard Hayden, era el matrimonio. Preferiría morir antes que atar su vida a una misma mujer, pero si no le quedaba más remedio que hacer a la señorita Benedict su esposa, se aseguraría de que se arrepintiera de ello y de que su vida fuera un auténtico infierno.

Avance de El Séptimo Pecado

—Es tu tercera temporada Julia —aseguró Robert Benedict con semblante serio—, sabes perfectamente lo que eso significa.

Las palabras de Robert martilleaban en la cabeza de Julia una y otra vez en repetidas ocasiones.

Desde la muerte del señor Benedict, Robert había tomado el relevo como cabeza de familia y Julia podía entender su preocupación por ella, pero no era tan necesario que se lo recordara en cada instante. Era la tercera vez que lo decía en esa semana y sabía perfectamente lo que aquello significaba: debía casarse. Tendría que obtener un matrimonio sin amor, sin deseo, sin sentimientos, sin... absolutamente nada.

Llevaba años siendo consciente de que sería así, que sin lugar a duda sus opciones eran esa o la de ser una solterona rodeada de gatos y adorando a sus sobrinos —si es que Robert llegaba algún día a casarse y tener hijos— o en todo caso adorar a los hijos que tenían y tendrían en un futuro próximo sus amigas.

Ellas sí habían sido afortunadas en el amor, tanto *lady Emily* como *lady Catherine* habían tenido la suerte de enamorarse de sus esposos y sobre todo, lo más importante para ella; ellos respondían con sinceridad a ese amor.

Nunca tendría lo que en tantas ocasiones leyó en esos libros que mantenía a escondidas ocultos en su habitación bajo su cama. Jamás podría sentir qué se

sentía al besar con pasión, con lujuria, con... ese frenesí que describían aquellas páginas provocando que su sangre se alterase y que el mundo a su alrededor se desvaneciera ante la intensidad del momento.

Su madre no cesaba en su empeño de presionarla para aceptar la petición de matrimonio del conde de Ashbury que su hermano Robert tenía sobre la mesa de su despacho.

¡Es un conde! Exclamaba su madre como si con aquello se solucionara todo. No mencionaba que tenía casi veinte años más que ella, ni que había estado casado en tres ocasiones y en todo caso ella sería su cuarta esposa... todo parecía quedar eclipsado porque simplemente tenía un título nobiliario y ella no.

¿Para qué demonios iba a desear un título si no tenía amor? Simplemente para nada.

Esa mañana pasaría por Lynet's para encargarse de un nuevo vestido puesto que ya podría ir de medio luto en lugar de luto completo por la muerte de padre. Apenas tenía un par de vestidos que cumplían esa función y necesitaba rellenar su guardarropa.

En un par de meses quedaría libre del yugo del luto para contraer matrimonio según las estrictas normas morales marcadas por la sociedad. Nunca hubiera pensado que podría echar de menos las fiestas y los bailes, al menos en ellos podía distraerse, pero en el fondo era consciente de la razón por la que echaba de menos algunas de esas fiestas y la razón era verle a él, al único hombre que podía conseguir que su pulso se acelerase solo con mencionar su nombre.

Hacía varios meses desde la última vez que había coincidido en el mismo lugar deleitándose con su presencia, exactamente desde el bautizo de la hija

de los duques de Sylverston, la pequeña *lady* Catherine que al tratarse de una celebración íntima, su luto le permitió acudir.

El recuerdo de su hermoso rostro hacía que sus mejillas se volvieran sonrosadas y más aún cuando evocaba los recuerdos de aquella fiesta de máscaras de la que ya había transcurrido más de un año...

«Flashback»

Julia llevaba observándole toda la noche, ni siquiera sabía porque había acudido él a ese baile de máscaras, aunque más tarde conocería por la propia Catherine, que lo hizo para acompañar a su fiel amigo *lord* Clayton.

Podía distinguir aquellos ojos verdes en cualquier parte del mundo, así que cuando observó como eludía a las jóvenes damas para no tener que bailar con ellas —algo muy típico en él—, se atrevió a seguirlo por el salón de baile sin perder detalle de su presencia.

Notaba las miradas disimuladas de algunas señoras ya casadas que le observaban —descaradas— meditó en ese momento. Sin duda alguna él podía conseguir que cualquier mujer detectara su presencia, tenía un magnetismo que ni ella misma se lograba explicar para hacerlo posible, es más, era consciente de que estaba completamente rendida a sus pies, aunque su propio orgullo no quisiera reconocerlo, ni tan siquiera se lo había confesado a sus amigas a pesar de la confianza que tenía con ellas. No, un secreto así debía seguir solamente en su interior, en lo más profundo de su corazón.

Siguió observándole mientras atravesaba aquel pasillo en penumbra donde algunas damas paseaban en compañía. Agradeció en esos momentos llevar

máscara para no ser reconocida, de lo contrario, su madre se lo reprocharía durante el resto de su vida por lo fiel y estricta que era ante las normas de sociedad al respecto.

Se giró para ver si precisamente alguien la seguía y cuando volvió la vista al frente, él no estaba. ¿Dónde se había metido?

En ese instante sintió el fuerte estirón de su brazo y unos brazos firmes la apresaron. Ni tan siquiera pudo reaccionar cuando observó esos ojos verdes a tan solo un palmo de distancia o aquellos labios tan apetecibles que estaban tan próximos a los suyos.

—¿Me estaba siguiendo jovencita? —replicó con sorna—. ¿Es que no sabe quién soy y lo que supone para mí su invitación?

—No le seguía —susurró tan levemente que probablemente sería imposible que la reconociera por su voz.

—Yo apostaría lo contrario, puesto que lleva persiguiéndome desde que salí del gran salón y ambos sabemos porqué lo hacía. —Su voz era sensual, atrayente... como casi todo él en sí mismo.

Julia no contestó, no podía hacerlo.

—Es usted un delicioso manjar del cual me veo peligrosamente tentado a probar —admitió en un tono de voz tan masculina y a su vez ronca.

¡Dioses!, ¿Le estaba diciendo que le resultaba atractiva? Pero ¿Qué mujer no era atractiva para él? Tal vez aquella idea de seguirlo había sido mala, peor que mala, ¡Había sido una estupidez! Estábamos hablando de él, del amigo irresponsable de su hermano, del libertino más endiabladamente

guapo de todo Londres, del hombre que había dicho con sus propias palabras

ante todo el mundo y jactándose de ello que jamás se casaría por principios. Él no deseaba una esposa, no deseaba una familia y mucho menos podría ser alguien fiel.

Cerró los ojos para asimilarlo y no verlo al mismo tiempo. Lo sabía, ella lo sabía y a pesar de ello deseaba besarlo, aunque fuera una única vez.

Escuchó la voz de alguien que se aproximaba y cuando abrió los ojos, él ya no estaba.

«Fin del Flashback»

Habían podido besarse, estaba completamente segura de que la habría besado si alguien no les hubiera interrumpido y desde entonces no había tenido la oportunidad de volver a perseguirle, de volver a coincidir a solas con él a pesar de que nunca supo que se trataba de ella.

Quería ese beso. Lo deseaba más que nada en el mundo. Si debía pasarse el resto de su vida al lado de un hombre al que no amaba, necesitaba al menos ese recuerdo al que aferrarse; vivir esa sensación por una sola vez en su vida. Lo tendría, aunque fuera lo último que hiciera conseguiría que el señor Richard Hayden, el amigo de su hermano, la besara de verdad.

Julia estuvo en Lynet's casi toda la mañana porque habían llegado tejidos nuevos desde la fábrica y aprovechó para elegir las telas que conformarían el guardarropa cuando abandonase el luto por su padre y volviera a los salones de baile.

Echaba de menos a padre, de todos sus familiares, él era quien mejor la comprendía a pesar de ser un caballero. Le enseñó a tener juicio propio ante

los acontecimientos y le había permitido poder elegir, en lugar de imponerle un matrimonio forzado, solo que él nunca sabría que su corazón pertenecía a alguien nada apropiado para ella. Robert estaba cumpliendo sus funciones como dueño y señor de la casa administrando las propiedades que había heredado en nombre de papá y los pequeños negocios que generaban la pequeña fortuna que poseía la familia, pero desde que había asumido ese papel, parecía más hostil y menos cercano.

Aún quedaba tiempo suficiente hasta la hora del almuerzo por lo que, en el transcurso hacia su casa, decidió visitar a su amiga Catherine a pesar de no haber advertido de su presencia, pero sus amigas estaban demasiado habituadas a su imprudencia e impulsividad. Gracias a dios la querían igualmente pese a ello.

—¡Mi querida Julia! —exclamó una embarazadísima Catherine después de que el mayordomo la guiara hasta la salita de té donde habitualmente reposaba su amiga mientras leía plácidamente un libro.

Debido a su estado avanzado de gestación, Catherine apenas salía de casa salvo por necesidad. Tenía un embarazo tan voluptuoso que podría parecer incluso que esperaba más de un bebé, de ahí su miedo y el de la comadrona de que se adelantara el parto y no estuviese en casa en el preciso momento cuando tal acontecimiento llegara a pesar de que aún faltaran más de dos meses.

—Siento no avisar. —Se disculpó Julia, aunque en realidad no lo sentía porque casi nunca lo hacía, pero en el fondo era una señorita educada, se dijo mentalmente—. Pasaba por aquí y decidí hacerte una pequeña visita.

—¡Pues me alegra que lo hicieses! —exclamó Catherine estirándose para dejar el libro sobre la mesita sin apenas mover el cuerpo—. David lleva toda

la mañana reunido, primero con *lord* Sylverston, para tratar algunos asuntos y después con el señor Hayden que no sé de querrá para llevar más de una hora encerrados en ese despacho.

¿Richard estaba allí? Pensó Julia rápidamente y los nervios hicieron que las palmas de sus manos comenzaron a sudar. Llevaba demasiados meses sin verlo, aunque si lo veía nada cambiaría, bueno... sí que cambiaría porque había tomado una determinación solo que tenía que prepararse para ello y ahora no estaba en absoluto preparada.

—Me alegró entonces de no haber importunado —contestó algo nerviosa.

Todo lo que pensaba hablar con Catherine se había esfumado al nombrar a Richard. Nunca había dejado que nadie sospechara de sus sentimientos hacia él y desde luego no iba a empezar a confesarlos ahora. En el fondo sabía que, si sus amigas se enteraban solo la compadecerían puesto que de todos era conocido que un hombre como el señor Hayden, jamás formalizaría un compromiso, puede que ni lo hiciera aunque se viera forzado a ello.

—¿Aún te sientes mal por la muerte de tu padre? —preguntó Catherine al verla silenciosa.

Probablemente su amiga pensara que su tristeza se debía a ello y en parte después de todo así era.

—Es difícil hacer frente a su pérdida y desde que él murió, todo ha cambiado —admitió.

—Es normal, yo sufrí la muerte de mi padre y por circunstancias que ya conoces no estaban tan unida a él como tú, pero el tiempo hará que cicatrice y cuando te cases y formes una familia, el dolor no será tan fuerte porque habrá otras motivaciones que lo anulen.

—Eso sería si amara a mi esposo, cosa que dudo que haga —contestó tenaz.

—¿Por qué dices algo así Julia? Te recuerdo que yo no amaba a David cuando nos casamos y te puedo asegurar que me enamoré perdidamente de él —admitió Catherine.

—Sé que no me enamoraré de mi esposo, es algo que ya asumí hace años. Nunca tendré esa pasión que relatan los libros, ni ese ardor de deseo contenido —confesó algo nostálgica.

—Julia... —El tono de voz de Catherine era de preocupación.

—No te preocupes Catherine, de todos modos, no creo que tarde en aceptar alguna proposición.

Tenía que admitir que Robert la presionaba con apropiada razón, si no se casaba esa misma temporada, entraría en el llamado círculo de las no deseadas y a las que solo le llegaban ofertas de viudos encarecidamente detestables, ancianos o pobres. Ella ya no era una jovencita de diecisiete años que debutaba en sociedad por primera vez.

—¿Tienes alguna proposición formal? —preguntó Catherine entusiasmada.

—Si, el conde de Ashbury —respondió casi en un susurro.

—¡Pero ese hombre es casi un anciano! —exclamó.

—Pero es conde —contestó taciturna—. Al menos es la explicación de madre para considerar y aceptar su propuesta.

—Te mereces alguien mejor Julia. Alguien que aprecie tu entusiasmo, tu enorme belleza y tu inteligencia. No un vil conde que solo querrá que le des descendencia.

—Eso es muy fácil decirlo cuando mi dependencia económica está completamente ligada a mi hermano Robert. Me quedaría siendo una vieja solterona el resto de mis días si no fuera porque sería una carga para él.

—¡No digas estupideces! —exclamó Catherine—. Tu nunca serías una carga para nadie, además yo misma te acogería si fuera necesario.

Saber aquello hizo que los ojos de Julia se empañaran ligeramente en lágrimas al comprender que al menos en su amiga tenía un gran apoyo.

—Me alegra saberlo, pero debo hacer mi vida Catherine —afirmó con pesar.

—¿Alguna vez te has enamorado Julia? —preguntó intrigada. La pregunta la sorprendió a Julia por la forma directa en la que Catherine se lo había preguntado y en aquel momento no sabía si confesarlo para liberarse de alguna forma o simplemente seguir callando aquel sentimiento de por vida—. Intuyo que sí por tu silencio, ¿De quién se trata?, ¿Tal vez es alguien que no pertenece a los círculos altos de la sociedad? Conociéndote no me sorprendería —añadió Catherine algo sonriente.

—Es de la alta sociedad. —Negarlo era absurdo ya que después de todo se había delatado a sí misma.

—¿Te enamoraste del *lord* Guicciardini? —exclamó Catherine recordando el entusiasmo de Julia ante el caballero del ducado de Florencia que le traía tantos recuerdos.

—Yo... —comenzó a balbucear Julia—. Yo no... —Unos golpes en la puerta la salvaron de confesarle a Catherine quién era el caballero que robaba sus más íntimos y ardientes deseos.

AUTORA DE LA OBRA



Phavy Prieto es una joven española de origen andaluz que estudió Ingeniería de Edificación, pero desde pequeña le apasionaron los libros.

Su deseo es que su imaginación no tenga límites, por eso escribe géneros tan dispares como Histórico, Romance, Humor, Chick-lit, Fantasía, Ficción, Erótica o Misterio. Además, asegura que escribe con la belleza de una pluma y la inteligencia de una mujer.

La Octava Condición es su segunda novela publicada de género Histórico de la denominada “Saga Ordinales” constituida por nueve obras, donde relata las aventuras y vivencias de sus protagonistas en la nobleza inglesa del siglo XIX, otorgándoles un toque distintivo de ficción y modernidad, además de centrarse en el romance Histórico.

El Séptimo Pecado será su tercera obra de esta saga, y que próximamente

estará disponible para el deleite de todas sus florecillas, como denomina así a sus lectoras.

Para saber más sobre la autora y sus obras, visita su página web:

www.phavyprieto.com

